SERIE NORA KELLY

PRESTON & CHILD



TIERRA BALDÍA

PLAZA JANES

SERIE NORA KELLY

PRESTON & CHILD

TIERRA BALDÍA

Traducción de
Efrén del Valle Peñamil

PLAZA PJ JANÉS

1

Agosto de 2020; fecha exacta incierta

La mujer se detuvo y levantó la cabeza para contemplar el paisaje ondulante hasta el horizonte. Parpadeó varias veces, deslumbrada por la luz. Hasta donde alcanzaba la vista se extendía una tierra salpicada de chimeneas de hadas: agujas y cúpulas de piedra, enormes peñascos equilibrados sobre tallos esbeltos, temblorosos y fantasmales bajo el calor. Aquella locura de roca y arena se elevaba hacia un cielo en llamas dominado por un sol implacable. No distinguía rastro alguno de vida: ni árboles, ni hierba, nada salvo unos pocos nopales raquíticos pegados a la arena, resecos, muertos, más espinas que carne.

La mujer bajó la cabeza y siguió caminando, concentrada en poner un pie delante del otro, siempre hacia el norte, donde sabía que se encontraba su destino. Si era capaz de llegar pronto, estaría a salvo.

Por fin comprendía la expresión «morirse de sed». Creía haber tenido sed antes, a veces mucha sed, pero aquello no era nada. Nada. Pensó en el poema de Coleridge que tantas veces había enseñado en el curso de introducción a la literatura inglesa hasta que se convirtió en un zumbido constante en su cabeza. Aquello era lo que debió de sentir el viejo marinero al ver cómo las tablas del

barco se encogían bajo el sol. La sed que la atenazaba ahora era de las que se apoderan de la mente y se niegan a dejar pensar en otra cosa. Sentía el pulso retumbándole en las sienes y le temblaban los músculos de las piernas. Se le había secado la boca muchos kilómetros atrás y ahora tenía la lengua agrietada e hinchada. Notaba el sabor a hierro de la sangre.

Pero detenerse ahora sería el peor error posible. Tenía que seguir caminando.

Para no pensar en la sed, intentó recordar los últimos días, pero esos recuerdos eran fragmentados: largos trayectos en autobuses cubiertos de polvo; desplazamientos furtivos durante la noche; el Walmart, con su aire acondicionado y sus percheros de ropa barata; los baños destartalados de las gasolineras y los contenedores de McDonald's. Recordaba haber quemado el dinero, contemplando con fascinación cómo se arrugaban los billetes de veinte dólares formando espirales de llama. El teléfono fue más difícil de destruir; pero, al final, sus entrañas chisporrotearon y estallaron bajo una capa ardiente de líquido para encendedores.

«Un pie delante del otro».

Un mareo repentino la obligó a apoyar una mano en una roca. Respiró hondo y soltó el aire despacio. El sol dejó de girar sobre su cabeza y volvió a quedarse fijo, un orificio de calor omnipotente perforado en la bóveda del cielo. Luego escupió la sangre que manaba de la lengua y siguió adelante.

Lo único que debía hacer era resistir. Intentó decirlo en voz alta, pero no salió más que un siseo. Hacía calor, un calor brutal, pero en ningún lugar era tan intenso como a ras de suelo. Lo sentía a través de las suelas de las zapatillas de deporte. Era un milagro que no se

estuvieran derritiendo. Y, de hecho, puede que se estuvieran derritiendo: una vez leyó que, en el desierto, a pleno sol, la temperatura del suelo podía superar los sesenta y cinco grados.

Pasó el tiempo y siguió caminando. Entonces se detuvo, tambaleándose, y sintió una oleada de… ¿de qué?

¿De qué? No lograba ponerle nombre. Ahora todo era distinto. Allí, en aquel infierno, era como si ya hubiera empezado su transformación. Lo que sentía en ese momento era diferente de lo que había sentido apenas un cuarto de hora antes, y a años luz del principio, cuando comprendió por primera vez que había perdido de vista la carretera.

«Liberación». Esa era la única palabra que resonaba en su mente por encima de cualquier otra: más fuerte que el calor abrasador, más fuerte incluso que la sed atroz. «Liberación».

Notaba el yunque del sol directamente sobre la cabeza. Contó diez pasos hacia delante.

Se quitó la camiseta y la dejó caer.

Diez pasos más.

Se desabrochó el sujetador y encogió los hombros para poder quitárselo. La radiación del sol penetraba ahora en la piel.

Cuando se llevó la mano al botón de los pantalones cortos, percibió un movimiento por el rabillo del ojo. Actuando con rapidez, se escondió detrás de una roca: ya había visto muchas cosas que no eran más que engaños de una vista cegada por el sol, pero tenía que asegurarse.

Esta vez no era un fantasma ni un espejismo. Allí, a lo lejos, se distinguía una persona diminuta.

Qué extraño: en mitad de la nada, una mujer guiaba un pequeño rebaño de ovejas. Debía de estar a menos de dos kilómetros de distancia y avanzaba en dirección a ella. Solo se había hecho visible porque estaba subiendo una pequeña loma con el rebaño.

¿La habría visto?

Esperó en su escondite. Nada. Al cabo de un rato, cuando estuvo segura de que la mujer se había marchado, volvió a incorporarse. Se desabrochó los pantalones cortos y se los quitó, y después hizo lo mismo con las bragas.

Lo siguiente fueron las zapatillas y, por último, los calcetines. Cuando apoyó los pies descalzos sobre la arena ardiente, notó un dolor repentino, lacerante, tan insoportable que estuvo a punto de caer de rodillas, pero lo ignoró lo mejor que pudo y se concentró en agarrar con fuerza sus últimas posesiones: los objetos que, a diferencia de las cosas de este mundo —dinero, ropa—, no podía, no debía abandonar.

Era como caminar sobre fuego. El cuerpo, no la mente, le advertía de que aquello no podía durar mucho. Pero no había motivo para tener miedo, ninguno en absoluto.

Un paso. Otro.

Y entonces, con una brusquedad inesperada, las piernas cedieron y cayó de rodillas. La piel desnuda golpeó el suelo como carne arrojada sobre una plancha al rojo vivo. Gritó involuntariamente y luego cayó hacia atrás, retorciéndose en un intento inútil por escapar del calor. Cada nuevo contacto con la arena volvía a abrasarla y sentía cómo la piel se abría y crepitaba. Un líquido brotaba de la piel, pero no era un sudor que hubiera experimentado jamás. Producía un sonido sibilante. A través de una cortina de

agonía comprendió que se estaba cociendo. Su cuerpo se estaba cociendo…

Los gritos cesaron. Hubo un breve revoloteo de ecos antes de que el silencio volviera a adueñarse del paisaje. Su cuerpo quedó laxo sobre la arena, en una espantosa parodia de reposo, mientras empezaba la primera fase de los cambios *post mortem*, la relajación primaria de la musculatura.

Solo los puños permanecieron cerrados.

2

En la actualidad

A lo largo de la remota frontera oriental de la Nación Navajo, el alba despuntó sobre las tierras baldías de Ashislepah y el cielo fue pasando del azul medianoche a un amarillo pálido.

—Vamos a perder la mejor luz —le dijo el director a Alex Bondi, que estaba agachado junto a una pequeña plataforma de aterrizaje, preparando un dron para el vuelo—. ¡Vamos a perder la luz!

Bondi hizo caso omiso y siguió calibrando la brújula y la unidad de medición inercial del dron. No mencionó que el motivo del retraso era la juerga que se había corrido el director la noche anterior. Para llegar a las seis de la mañana a aquellas tierras baldías habían tenido que levantarse a las dos y hacer un trayecto infernal por carreteras desastrosas que te sacudían hasta los huesos. Cuando ayudaron al director a meterse en el vehículo, aún estaba borracho. Aquel viaje espantoso había eliminado el alcohol de su organismo y le había dejado resaca y mal humor.

Bondi empezaba a arrepentirse de haber aceptado el trabajo como director de fotografía de la película, un wéstern independiente titulado *Steele*, financiado por un grupo de petroleros de Houston. Sobre el papel parecía divertido: cinco semanas en Santa Fe, rodando en el Lazy C Movie Ranch y alojándose en un *bed and*

breakfast del centro, cerca de la plaza. Había oído que el director, Luke Desjardin, era «un poco» maniático, pero ya había trabajado antes con directores así y creía saber manejarlos. Pero Desjardin había resultado no ser un poco maniático, sino fanáticamente entregado: un torbellino que bebía botellas de Clase Azul, fumaba puros Montecristo y esnifaba cocaína, que parecía no dormir nunca y que se molestaba con los demás cuando lo hacían.

En el lugar había ya unos veinticinco miembros del equipo: técnicos y asistentes de producción, operadores de cámara, un servicio de cáterin para el desayuno y demás. Habían llevado una caravana con aire acondicionado y baño con cisterna. No faltaba el dinero. Habían levantado una gran carpa para protegerse del sol de julio, con enormes neveras llenas de agua con hielo colocadas sobre unas mesas. Al menos los inversores no eran tacaños, o tal vez sabían que rodar sin comodidades básicas en un lugar tan brutalmente remoto podía acabar costándoles mucho más.

Una vez terminada la calibración, Bondi dio un paso atrás.

—Listo para volar —anunció.

La voz de Desjardin era casi tan aguda como la de una niña, y tan estridente que hendía el aire del desierto como un cuchillo.

—¡Ya era hora! El sol saldrá en menos de cinco minutos. —Respiró hondo—. Quiero un plano inicial largo, un barrido amplio sobre estas tierras baldías justo al romper el alba que capte toda esa luz dorada y las sombras alargadas.

—Sin problema.

El asistente de Bondi estaba a su lado, preparado con unos prismáticos. Era el observador, encargado de no perder de vista el dron —en la medida de lo posible— en aquel paisaje. Pero Bondi

tenía mucha experiencia pilotando drones fuera del campo visual, lo cual hacía guiándose por la señal de vídeo en la consola portátil.

—Quiero que vueles más allá de ese pico de allí —dijo el director —. ¿Lo ves?

Bondi lo veía, sí: una inquietante aguja de roca negra de unos quince metros de altura, como un dedo torcido que señalaba al cielo y formaba una plano sobre la cima. Estaba a más de kilómetro y medio de distancia, al otro lado de un terreno laberíntico de tierras baldías, con chimeneas de hadas y rocas en equilibrio, surcado por cauces secos y pequeñas hondonadas. Bondi tuvo que reconocer que era una localización perfecta. También era un paisaje infernal como no había visto antes.

—Quiero que dirijas el dron hasta allí, con la cámara apuntando en vertical hacia abajo. Luego describe un círculo, eleva la cámara para centrar la aguja y pasa a toda velocidad junto a ella, girando el encuadre hacia atrás al sobrepasarla. ¿Puedes hacerlo?

—Por supuesto.

Para eso le pagaban. Su único temor era un fallo mecánico que hiciera caer el dron en algún punto de aquel paisaje demencial.

—Bien. Grabando.

Bondi puso en marcha el dron y lo elevó hasta una altura de tres metros. Luego hizo una pausa para asegurarse de que el GPS establecía contacto con los satélites y fijaba la posición, y lo hizo subir hasta unos dieciocho metros, suficiente para salvar las formaciones rocosas. Lo dirigió hacia el norte a velocidad media mientras Desjardin se inclinaba sobre su hombro para mirar la pantalla de cerca, con el aliento a puro bañando a Bondi.

—Más bajo.

Bondi hizo descender el dron hasta unos quince metros.

—Más bajo.

Lo bajó hasta unos doce.

Aquello era arriesgado, ya que muchas de las chimeneas de hadas superaban esa altura. Pero Bondi confiaba en su habilidad para maniobrar entre ellas y, además, el dron disponía de un sistema de evitación por radar que impediría que se estrellara contra una roca incluso si él lo intentaba. Normalmente desactivaba esa función de seguridad cuando necesitaba primeros planos, pero en aquel paisaje decidió no arriesgarse.

—Bien…, bien…, eso es…, mantén así… —murmuró Desjardin, que clavó la vista en la pantalla y contempló las imágenes desde la perspectiva del dron.

—Lo he perdido —dijo el observador que llevaba los prismáticos.

—No pasa nada —respondió Bondi—. Lo tengo bajo control.

Dios, qué paisaje. Costaba creer que no fuera un cuadro surrealista, con todas aquellas rocas en equilibrio, agujas, arcos y cauces secos y retorcidos que proyectaban sombras alargadas. Por loco que estuviera Desjardin, sabía conseguir imágenes increíbles: aquello iba a ser fabuloso, totalmente digno del esfuerzo.

La aguja truncada se aproximaba y era tan prominente que Bondi pensó que debía de tener nombre. La sobrepasó y luego hizo girar el dron formando un gran arco y elevando la cámara con suavidad al mismo tiempo. El objetivo captó un instante del fulgor del sol naciente antes de volver a centrarse en la aguja. Bondi supo de inmediato que lo había clavado y sintió la descarga súbita de adrenalina de un plano ejecutado a la perfección.

—Bien… —dijo Desjardin—. Bien…, ahora baja otra vez la cámara hacia el suelo.

Manipulando los controles, el terreno ascendió en la pantalla, un estanque de fuego bajo la luz de primera hora.

—Más abajo —ordenó Desjardin.

Bondi hizo bajar el dron un poco más, manteniendo la cámara enfocada al suelo.

—Espera —dijo Desjardin—. ¿Qué es eso?

Bondi también había visto algo en el suelo, pero el dron ya había pasado de largo y había quedado fuera de encuadre.

—Da la vuelta —dijo Desjardin.

Bondi lo hizo volver sobre sus pasos.

—¡Ahí! —exclamó Desjardin.

Bondi detuvo el dron y lo dejó en suspensión sobre un objeto blanquecino parcialmente cubierto por la arena.

—¿Qué coño…? ¡Es un cráneo!

—Sí —dijo Bondi.

—Y mira, también hay huesos… ¿Los ves?

—Los veo.

—¡Es un esqueleto! —exclamó Desjardin—. ¡Dios mío, alguien murió aquí!

Mientras Bondi volvía a pasar la cámara sobre los restos desperdigados, vio cerca de allí una camisa vieja y podrida y una zapatilla de deporte encogida y reseca.

—Desplaza el dron unos cien metros hacia el norte —dijo Desjardin— y luego hazlo regresar despacio otros cien metros hacia el sur. Sigue el cráneo con la cámara.

—Sí, pero…

—¡Hazlo!

Bondi obedeció y pilotó el dron más allá de los restos.

—¡Otra vez! Pero ahora eleva un poco la cámara para que entre el horizonte y luego enfoca el esqueleto al pasar.

—Eh…, eso no es atrezo —dijo Bondi.

—¿Y a quién coño le importa? ¡Es perfecto!

Cobb, el ayudante de dirección, intervino:

—Luke, en el guion no hay nada sobre un esqueleto.

—¡Ya lo habrá! ¡Te lo prometo!

Bondi volvió a hacer una pasada sobre los huesos.

—Ahí fuera hay restos humanos —dijo Cobb—. ¿Realmente podremos utilizar esas imágenes?

—¡Pues claro! En las noticias enseñan cosas así todos los días. Vale, Bondi: repite ese paneo. La primera toma ha quedado un poco tosca.

El monitor del dron empezó a pitar y a parpadear, indicando batería baja.

—Debería traerlo de vuelta —dijo Bondi.

—Yo también sé leer un indicador. Aún está al quince por ciento. Tenemos tiempo para otra pasada.

—Está casi a kilómetro y medio. Necesitamos batería para traerlo de vuelta.

—¡Haz la pasada!

Bondi no discutió; el dron no era suyo. Repitió la maniobra, pero le temblaba un poco la mano con la que giraba la rueda de la cámara y la toma no salió fluida.

—¡Otra pasada!

La alarma se volvió más insistente.

—Tengo que traerlo de vuelta —dijo Bondi—. Ahora.

—¡Una más!

Lo envió otros cien metros hacia delante y luego lo hizo girar.

De repente, la imagen de la pantalla empezó a pixelarse, sonó la alarma y todo se fundió a negro. Quince segundos después apareció un escueto mensaje en el monitor: «Aterrizaje de emergencia efectuado».

Bondi bajó la pantalla.

—Lo hemos perdido.

—Saca el dron de repuesto.

—Se estrelló, ¿recuerdas? El otro está en camino.

—¿Qué cojones…? —rugió Desjardin, fuera de sí—. ¡Joder!

Empezó a dar pisotones, blasfemando y gritando, mientras los demás guardaban silencio. No era la primera vez que perdía los estribos en pleno rodaje.

Por fin, se volvió hacia Bondi.

—Bueno, ¿sabes dónde está?

—Tengo las coordenadas del GPS.

—Ya has visto el mensaje. No se ha estrellado; ha hecho un aterrizaje de emergencia, así que sigue intacto. Vamos a buscarlo.

Aquello fue recibido con un silencio, hasta que por fin Cobb dijo:

—No hablarás en serio.

—¿Qué quieres decir? —chilló Desjardin, que se giró hacia el ayudante de dirección.

—En julio, caminar kilómetro y medio por esas tierras baldías, con el sol alto… Ya estamos cerca de los cuarenta grados. Ahí fuera puede ser mortal.

—¿Y desde cuándo eres tú el experto?

Pero Cobb se mantuvo firme.

—No hace falta que me creas, Luke. Ese esqueleto lo explica mucho mejor, y no tengo ninguna intención de hacerle compañía.

Y mientras el director echaba humo, el ayudante de dirección añadió:

—Creo que será mejor que llamemos a la policía.

3

—¿Cuánto falta? —preguntó el agente supervisor Sharp desde el asiento del conductor.

Con los ojos somnolientos y medio entornados, iba mirando al frente, como si estuviera viendo un partido de golf en lugar de conducir por las llanuras cubiertas de artemisa a más de ciento cincuenta kilómetros de ninguna parte.

Corrie Swanson miró el móvil. Aunque no tenían cobertura, había descargado previamente las imágenes de la zona desde Google Earth y localizó su pequeño punto azul.

—Ocho kilómetros más.

—Ocho kilómetros —repitió Sharp—. Supongo que eso significa que la parte divertida del trayecto está a punto de empezar.

Sharp era de los agentes del FBI más lacónicos que existían, y Corrie no estaba segura de a qué se refería. Miró por la ventanilla: la artemisa violácea y la hierba, las montañas azules a lo lejos, y aquí y allá, en la media distancia, tramos de tierras baldías: agrupaciones de rarezas geológicas, peñascos haciendo equilibrios sobre finas columnas de material más blando.

Sharp tomó una curva y el vehículo descendió a una depresión que Corrie no había visto venir. De pronto, se internaron en un bosque de rocas con aspecto de duendes. El vehículo daba

sacudidas y se balanceaba por un camino de tierra que de repente pasó de malo a espantoso.

—¡Dios! —exclamó Corrie involuntariamente, agarrándose a los reposabrazos.

—Ahora ya sabe por qué es una zona deshabitada —dijo Sharp, elevando un poco la voz para hacerse oír por encima del estrépito.

En lugar de responder, Corrie se limitó a agarrarse con fuerza. Una cosa era contemplar aquel paisaje extraño desde varios kilómetros de distancia, y otra muy distinta atravesarlo en lo que parecía más una pista que una carretera. Había visto fotos del lugar, pero no le hacían justicia. Algunas formaciones rocosas parecían intestinos hinchados y retorcidos. Otras se asemejaban más a hongos monstruosos o a las papilas de la lengua de un gigante sobresaliendo en nódulos repugnantes.

—Los lugareños llaman a estas formaciones rocosas «chimeneas de hadas» —comentó Sharp.

—Es como la cara oculta de la Luna —respondió ella, y miró por el retrovisor, donde, muy atrás, la furgoneta del equipo forense avanzaba lentamente, casi invisible entre el polvo que levantaba.

Atravesaron un cauce seco y el vehículo estuvo a punto de rozar los bajos en el fondo. Corrie habría deseado que redujera la velocidad, pero no se atrevió a sugerirlo. Decir que aquello era como la cara oculta de la Luna era quedarse corto. Más bien parecía el lugar donde, durante la creación del mundo, Dios había arrojado todos los restos sobrantes, pedazos de paisaje tan deformes y grotescos que no había encontrado sitio para ellos en ninguna otra parte.

Cuando salieron del talud de otro cauce seco, Corrie se sorprendió al distinguir a lo lejos una pequeña cabaña hexagonal de madera, hecha con troncos partidos y con techo de tierra.

—Eso no puede ser la casa de alguien —dijo—. No hay vida en Marte.

Pero a medida que se acercaban vio una caravana destartalada detrás de la cabaña y varios cercados.

—Dios mío. ¡Mire, hay alguien! —dijo, señalando la figura de una mujer que había aparecido en la puerta de la cabaña para verlos pasar.

—Es de la tribu navajo —dijo Sharp—. Estamos en una zona llamada el «Tablero de Ajedrez».

—¿Cómo?

—Es una larga historia sobre la apropiación de tierras. Pero, básicamente, aquí tenemos varios kilómetros cuadrados alternos de territorio de la Nación Navajo entremezclados con kilómetros cuadrados de terreno federal, igual que un tablero de ajedrez. Hay gente muy dura viviendo por aquí, desconectada de la sociedad y manteniendo las formas de vida tradicionales. Algunos ni siquiera hablan inglés.

—Pero usted no ha estado antes en esta zona, ¿verdad?

—En esta zona concreta, no. He estado en otras partes del Tablero de Ajedrez, y también en el cañón del Chaco, unos quince kilómetros al sur.

Corrie había oído hablar de las impresionantes ruinas del cañón del Chaco y tenía intención de visitarlas cuando pudiera tomarse un descanso del trabajo, suponiendo que lograran salir de aquel lugar sobrenatural sin que los secuestraran los extraterrestres.

Sharp llevaba su traje azul habitual. Corrie, en cambio, se había vestido adecuadamente para el desierto: botas de senderismo, pantalones cortos, una camisa ligera y un sombrero de ala ancha. Además, llevaba una bolsa de hidratación Camelbak. El único indicio de su condición de agente federal era la acreditación colgada del cuello con su placa. Sharp, por su parte, parecía a punto de comparecer ante una comisión del Congreso.

Al rodear una formación rocosa particularmente grande, Corrie vio a lo lejos la carpa blanca del equipo de rodaje y sus vehículos, incluida una gran autocaravana, aparcados en una de las pocas zonas llanas que había entre las formaciones. No se veía a nadie fuera y supuso que estarían refugiados en la autocaravana para mantenerse frescos.

—¿Lista para volver a ensuciarse las manos, agente especial Swanson? —preguntó Sharp.

—Sí, señor —dijo, y se guardó para sí el asombro que le provocaba el paisaje.

—Como estamos en el Tablero de Ajedrez, vamos a colaborar con la policía de la Nación Navajo. Desde Crownpoint nos enviarán a un sargento llamado Benally.

—¿Algo así como un Joe Leaphorn?

Sharp esbozó una leve sonrisa.

—Esperemos que sea tan bueno como uno de los policías de Tony Hillerman. He trabajado antes con la policía de la Nación Navajo y son muy profesionales. También resultan útiles para abrir puertas si surge la necesidad. —Hizo una pausa—. Espero que lleve usted la iniciativa en este caso, agente Swanson.

Ella asintió.

—Gracias, señor.

No le sorprendía: desde el principio dio por hecho que el caso sería suyo, y lo agradecía. Todavía estaba en el periodo de prueba de dos años como agente recién incorporada al FBI y le gustaba poder alejarse de la revisión de casos antiguos y de interminables entrevistas con testigos inútiles y poco inteligentes.

Sharp condujo el todoterreno hasta la zona despejada y lo detuvo junto a la autocaravana. Bajar del vehículo fue como chocar contra un muro de calor. Tres personas salieron de la autocaravana y los recibieron a la sombra de la carpa. Era ya última hora de la tarde y, por suerte, el calor del día empezaba a remitir. Los tres se presentaron: Luke Desjardin, director de la película; el director de fotografía, Alex Bondi; y otro hombre llamado Cobb. Desjardin llevaba un gran sombrero de paja y un pañuelo rojo atado por debajo, una camisa multicolor y unos pantalones anchos. Iba sin afeitar y era feo. Bondi era joven y relativamente normal. Cobb era bajo e irradiaba intensidad.

—Bien —dijo Corrie, ordenando las ideas y dirigiendo las preguntas a Bondi, que parecía el interlocutor más prometedor—. Hemos revisado el vídeo que nos enviaron: sin duda son restos humanos, y bastante recientes. Les agradecemos que nos hayan avisado. ¿Alguien ha estado ya en el lugar?

—No —respondió Bondi—. Pensamos que sería mejor esperarles.

—Buena decisión —respondió Corrie—. ¿Y dice que tiene la ubicación por GPS?

—Sí. —Bondi señaló—. ¿Ve esa formación negra de allí? Los restos que detectó el dron están dispersos unos cincuenta metros al

sudeste. Nuestro dron se quedó sin batería e hizo un aterrizaje de emergencia cerca de allí.

—De acuerdo.

Corrie examinó el paisaje inhóspito. La aguja negra —aunque había otras formaciones rocosas igualmente siniestras salpicando el terreno, aquella era con diferencia la más cercana— parecía estar a algo más de kilómetro y medio. Tendrían que trabajar deprisa antes de que anocheciera.

—¿Podemos llegar en coche?

—Me temo que no —respondió Bondi—. Y tampoco hay senderos. Tendrán que ir campo a través.

Corrie asintió. Caminar por allí sería una pesadilla, pero al menos el aire empezaba a refrescar. Se repitió mentalmente el lema del FBI: «Fidelidad, valor, integridad».

En ese momento llegó la furgoneta del equipo forense, envuelta en una enorme nube de polvo, y se detuvo junto a su todoterreno. Luego se abrieron las puertas y el equipo empezó a descargar material. Minutos después se reunieron con ellos bajo la sombra de la carpa: dos técnicos del equipo forense y su supervisor, un especialista en pruebas llamado Cliff Gradinski. Corrie no había trabajado antes con Gradinski, y Sharp parecía poco dispuesto a responder a sus preguntas sobre él. Lo observó con atención: un hombre delgado de unos cuarenta años, pelo castaño corto, ojos azules y estrechos, cuello largo y fino y un rostro bronceado y liso que irradiaba lo que a ella le pareció una expresión satisfecha y condescendiente.

Terminadas las presentaciones, Corrie se dispuso a hablar con el grupo, pero Gradinski se le adelantó.

—Bien, escuchen todos. Tenemos dos horas hasta la puesta del sol, así que debemos trabajar rápido.

Su voz era grave y cargada de autosuficiencia, y Corrie sintió una leve irritación: técnicamente ella era su superior, la agente al mando. Miró a Sharp y vio un destello en sus ojos: ¿diversión o quizá un desafío? Reprimió su enfado y se recordó a sí misma que aquello era una operación de recogida de pruebas y que era normal que el agente federal pasara a un segundo plano mientras los especialistas hacían su trabajo.

—Sombreros, agua y equipo. Todo en orden —continuó Gradinski —. Cojan el material y vámonos.

Corrie se echó la mochila al hombro, la cual contenía un cuaderno, un lápiz, la cámara reglamentaria del FBI, un pequeño botiquín, una linterna frontal, una brújula y la bolsa de hidratación. Luego miró a Sharp.

—¿Usted no viene?

—¿Vestido así? —murmuró con una sonrisa somnolienta mientras señalaba el traje azul, la camisa blanca y los zapatos negros—. Esperaré al sargento aquí, a la sombra. Es su caso, agente Swanson. Buena suerte.

4

Gradinski encabezó la marcha hacia el punto de referencia más visible: la aguja de roca negra. Los demás se pusieron detrás y echaron a andar por el cauce seco y endurecido, zigzagueando entre las extrañas chimeneas de hadas y las agujas de arenisca de las tierras baldías. El sol proyectaba sombras alargadas y aún hacía calor, pero avanzaban a mejor ritmo de lo que Corrie había previsto. En veinte minutos habían llegado.

—Muy bien, señores, manos a la obra —dijo Gradinski.

«Señores». Corrie volvió a sentir aquella irritación, pero se calló y se concentró en el lugar.

El cráneo y los huesos dispersos yacían en una pequeña depresión cubierta de grava que se extendía hasta la base de lo que la gente llamaba «el dedo de la bruja». Había algunos nopales resecos por la falta de lluvia y otras plantas del desierto que Corrie no supo identificar. A un lado, el dron descansaba sobre la arena como una araña achaparrada.

El cráneo estaba boca arriba, con las cuencas vacías mirando al cielo y la mandíbula abierta. Los huesos estaban esparcidos a su alrededor sobre el suelo pedregoso: una pelvis, huesos largos, varios segmentos de vértebras y una caja torácica incompleta. Junto al cráneo había un mechón de cabello rubio. Por las marcas de dientes, Corrie supo que los animales habían alterado los restos.

Más atrás oía a Gradinski dando instrucciones a los dos técnicos. Se separaron y empezaron a hacer fotografías, a colocar pequeñas banderillas y a recoger huesos, guardándolos en sobres o recipientes para pruebas. Trabajaban deprisa y, según pudo observar Corrie, con profesionalidad.

Decidió recorrer el perímetro del lugar. Casi de inmediato, al sur del cuerpo, descubrió medio enterrada y muy desgarrada lo que parecía una braguita de encaje. Siguiendo por el bajío en la misma dirección, localizó otra prenda: unos pantalones cortos de color caqui. Corrie continuó hacia el sur, alejándose de la roca, y encontró los restos de una camisa y luego un calcetín, una zapatilla de deporte reseca y después la otra, todo en línea.

Una extraña sensación se apoderó de ella. Aquellas prendas no habían sido dispersadas por los animales o el viento; alguien las había dejado allí deliberadamente. Al parecer, la víctima se había ido quitando la ropa de forma metódica mientras se acercaba al lugar donde murió. O donde la mataron.

Regresó hacia donde estaba Gradinski, arrodillado junto a un fémur parcialmente enterrado y apartando la arena con un cepillo.

—Señor Gradinski.

—¿Sí? —dijo él sin levantar la vista.

—Parece que la ropa de la víctima fue abandonada formando una línea…

Gradinski se volvió hacia ella de mala gana.

—Disculpe, agente Swanson. Estaba distraído.

—Decía que la ropa de la víctima parece haber sido abandonada a lo largo de esa depresión, prenda a prenda y en línea recta. Quiero

asegurarme de que usted y su equipo la marquen en el plano, la fotografíen y la recojan.

—Naturalmente —dijo antes de retomar su tarea.

Corrie siguió recorriendo el lugar, pero no encontró nada digno de mención. Luego volvió para observar a los forenses mientras examinaban el suelo en busca de cada pequeño hueso. Ahora, al escrutar la escena con más atención, se dio cuenta de las pocas pruebas que había. Cuando se encontraban cadáveres en circunstancias sospechosas, o al menos inusuales, solía haber abundante material que recoger: casquillos de bala, fotografías de salpicaduras de sangre o señales de lucha. Pero allí, en medio de la nada, no parecía ser el caso: solo había huesos y ropa abandonada.

Corrie creía que toda escena tenía una historia que contar —incluso una como aquella—, una historia que iba más allá de los huesos y las pruebas físicas. En ausencia de elementos más claramente relevantes, lo mejor era recogerlo casi todo. Por supuesto, la mayoría, si no todo, podía no guardar relación alguna con la víctima, pero era improbable que volvieran a aquel lugar. Aquella era su única oportunidad.

—Señor Gradinski.

Seguía arrodillado.

—¿Sí?

—Además de los restos humanos y la ropa, hay algunas cosas que me gustaría que recogieran.

—¿Como qué?

—Si no le importa, puedo señalárselas… si quisiera, eh…, ponerse de pie un momento.

El hombre se levantó con una expresión de fastidio.

—De acuerdo. ¿Qué?

—Esos trozos de madera podrida, por ejemplo.

—Pero… es evidente que forman parte del entorno natural.

—Por si acaso.

Gradinski hizo una mueca de desdén.

—¿Qué más?

—Allí hay una anilla de lata. Y algunas de esas piedras extrañas que hay cerca del cuerpo, como esos dos guijarros verdes junto al cráneo, y ese grupo de cantos rodados lisos, rojos y amarillos, junto a las vértebras. Y también hay algunas esquirlas de sílex por allí, diría que prehistóricas, cerca de la pelvis.

—¿Quiere que recojamos piedras?

—Eh…, sí, por favor.

—¿En serio? ¿Piedras?

El tono condescendiente le crispó los nervios.

—Puede que no tenga importancia —repuso Corrie—, pero prefiero que sobre a que falte. No estoy segura de que todas sean naturales de la zona. —Respiró hondo—. Y me gustaría contar con un inventario fotográfico de las plantas que crecen en las inmediaciones: las chollas, los nopales y esas otras plantas, lo que sean. Además de algunas fotografías del entorno, incluida esa formación rocosa. Estoy segura de que lo entiende. Básicamente se trata de dejar constancia del entorno físico.

Gradinski la miró con incredulidad.

—Agente Swanson, llevo dos décadas dirigiendo equipos forenses. Me enorgullece tener un sexto sentido para las pruebas: saber qué es relevante y qué no lo es. ¿Puedo pedirle respetuosamente que

nos permita aplicar nuestro criterio profesional? Por si no lo ha notado, tenemos muy poco tiempo.

Corrie se quedó mirando aquel rostro altivo y supo exactamente lo que estaba pensando: «No voy a permitir que una agente joven y novata me diga lo que tengo que hacer».

De acuerdo, pensó. Ahora entendía aquella media sonrisa de Sharp. Había una razón para su actitud evasiva hacia Gradinski y, conociendo a Sharp, aquella operación para recabar pruebas lo demostraba. Pues bien, no iba a hacer lo de siempre: perder los nervios.

—Conozco su excelente reputación —mintió, procurando que su voz sonara lo más amable posible—. Probablemente no lo sepa, pero los agentes jóvenes hablan de su trabajo como si fuera casi legendario. Normalmente nadie se lo diría a la cara, pero lo cierto es que todos esperamos que sea usted quien dirija el equipo forense en nuestros casos. —Se esforzó por desterrar de su voz cualquier matiz de ironía—. No pensaba decírselo, pero me siento afortunada de que le haya tocado este caso.

Gradinski arqueó las cejas.

—¿Ah, sí? Me alegra saberlo.

Corrie vio que su servil adulación estaba funcionando: en las mejillas de aquel hombre afloró un rubor de satisfacción.

—Sé que lo que pido es poco convencional —continuó—. Lo único que puedo decir en mi defensa es que espero que permita a una agente nueva como yo tomar algunas decisiones sobre las pruebas, aunque se equivoque. Solo quiero asegurarme de que no se pase nada por alto.

—Bueno, claro. Todos aprendemos de nuestros errores. Estaré encantado de colaborar.

A Corrie le costaba creer lo mucho que había cambiado de actitud.

—Nos aseguraremos de recoger esas, eh…, piedras. Y las otras cosas. Y cualquier otra cosa que proponga. ¿Le parece bien?

—Sí, se lo agradezco mucho. Y —añadió— asegúrese también de recoger esa punta de lanza que hay junto a la pelvis.

Sorprendido, Gradinski dio media vuelta y se agachó para mirar más de cerca con los ojos entrecerrados.

—Vaya, vaya. ¡Pero mire qué belleza! Por supuesto que la recogeremos. ¡Tiene buen ojo, agente Swanson!

Y, con una sonrisa radiante, le dio un par de palmaditas en el hombro.

Corrie no sabía si reír o llorar, pero consiguió mantener una expresión serena y amable. También esperó en silencio para cerciorarse de que Gradinski recogía de verdad las pruebas que había indicado. Se alegró de comprobar que así era, y además con la máxima profesionalidad: fotografiadas, localizadas en el plano, recogidas, selladas, etiquetadas y guardadas.

5

Cuando regresaron al coche, el sol ya se había puesto y el crepúsculo se había asentado sobre las tierras baldías, tiñendo el paisaje de un rosa polvoriento. El rechoncho dedo de la bruja se recortaba con dramatismo contra un cielo color burdeos y otros centinelas igual de siniestros formaban un telón de fondo que se perdía en la distancia.

Mientras el equipo forense cargaba las pruebas en la furgoneta, Corrie se acercó a la carpa, donde Sharp estaba sentado bebiendo agua con hielo. Con él había un joven navajo, impecablemente vestido con uniforme policial y gafas de aviador. Tenía unos pómulos altos, corte de pelo militar y nariz aguileña. La camisa azul de manga corta le quedaba ajustada en el pecho, y a Corrie le dio la impresión de que pasaba mucho tiempo en el gimnasio.

—Este es el sargento Jack Benally, de la policía de la Nación Navajo, jurisdicción de Crownpoint —le dijo Sharp—. Colaborará con usted en el caso. Le estaba contando todo sobre usted y sobre nuestro último caso en la sierra de Manzano.

Corrie le estrechó la mano.

—Encantada de conocerlo.

—Igualmente —dijo Benally, que se puso en pie—. Aquel caso del invierno pasado fue bastante notable. Espero que este no resulte tan… melodramático.

—Yo también —respondió Corrie.

—¿Agua con hielo? —preguntó Sharp, ofreciéndole un vaso de papel.

—Desde luego.

Corrie bebió con avidez y, tras dejar el vaso, vio que Benally la estaba observando con aire pensativo.

—¿Ha trabajado antes en la reserva?

—No, soy nueva. Me destinaron a la oficina del FBI en Albuquerque hace solo año y medio, y antes de eso nunca había estado en Nuevo México.

Él asintió.

—Bienvenida a la Nación Navajo.

—Gracias. Estoy deseando trabajar con usted.

Y era cierto: Benally poseía unos conocimientos sobre aquella zona que ella no adquiriría en toda una vida. Recordó lo que Sharp había dicho sobre la policía de los indios navajo —que eran útiles para abrir puertas— y se le ocurrió una idea.

—A unos seis kilómetros de aquí pasamos junto a una caravana y una cabaña.

—Quiere decir un *hogan*.

—Exacto. Un *hogan*. Había una señora mayor.

—Ah, sí —dijo Benally—. Es Emma Bluebird.

—¿Lleva mucho tiempo viviendo allí?

—Diría que casi toda su vida.

—Pensaba que quizá podríamos hacerle unas preguntas. Es posible que haya visto algo, tal vez incluso a la víctima, o que tenga alguna idea de lo que ocurrió.

Al oír eso, Benally soltó una carcajada.

—Buena idea. El único problema es que guarda una escopeta junto a la puerta y no le gusta ver a *bilagáana*, es decir, a gente blanca, merodeando por su casa. No es que tenga prejuicios ni nada por el estilo, pero, por su experiencia, cuando un blanco llama a su puerta casi nunca trae buenas noticias.

—A lo mejor podría acompañarme y explicarle la situación.

Benally sonrió.

—A los policías tampoco les tiene mucha simpatía, pero podemos intentarlo.

—¿Cuándo?

—Ahora es tan buen momento como cualquier otro.

—¿No nos pegará un tiro?

Benally se echó a reír.

—La escopeta no está cargada, y en el fondo es una mujer pacífica. De hecho, es una tejedora reconocida. En ese *hogan* tiene un telar hecho con ramas de enebro. Cada año teje una alfombra con lana de sus propias ovejas y la tiñe con plantas e insectos recogidos por aquí. Luego la vende y vive de eso.

—¿De verdad? Es increíble.

Benally se encogió de hombros.

—Si esta noche no conseguimos sonsacarle nada, puedo ponerla en contacto con el comerciante que le compra las alfombras. Tiene un puesto en Crownpoint.

—Gracias.

Volvieron a sus vehículos y Sharp siguió a Benally en su camioneta blanca, con el emblema verde y amarillo de la policía de la Nación Navajo en las puertas.

La última luz se estaba desvaneciendo y empezaban a verse las estrellas cuando Benally se metió por el camino de tierra que llevaba hasta la caravana. Se detuvo bastante antes de llegar a la casa, apagó las luces y esperó. Sharp se situó detrás y apagó el motor.

—¿No vamos a llamar a la puerta? —preguntó Corrie al cabo de unos minutos.

—No —respondió Sharp—. En la cultura navajo es de mala educación llamar; ya has invadido su espacio personal con solo acercarte tanto. Ella ya sabe que estamos aquí. Solo tenemos que esperar.

Pasaron los minutos, y Corrie veía el tenue resplandor de una lámpara de queroseno dentro de la caravana y la sombra de la anciana moviéndose tras las cortinas cerradas. Tras otro minuto, finalmente se abrió la puerta y en el umbral apareció la mujer, recortada contra la luz amarillenta.

Tal como había dicho Benally, en el brazo llevaba apoyada una escopeta con el cañón apuntando hacia abajo.

Entonces, Benally salió del coche patrulla y, sin acercarse, la saludó con un gesto y le habló en navajo. Ella también respondió en navajo y entablaron una breve conversación. Aunque Corrie no entendía nada, era evidente que no iba bien. Por último, la anciana volvió adentro y cerró la puerta bruscamente.

Benally se acercó a su vehículo y se inclinó hacia la ventanilla.

—Bueno, creo que ha quedado bastante claro: se niega a hablar con nosotros y quiere que nos vayamos de su propiedad.

—Vaya, lo siento.

Benally negó con la cabeza.

—No le sacarán absolutamente nada. Y, para ser sincero, dudo que tenga información útil, pero tal vez ese comerciante que mencioné pueda ayudarlos.

Volvieron a los vehículos y continuaron por aquella carretera infernal. Cuando por fin llegaron a la autopista, Benally giró hacia el suroeste en dirección a Crownpoint, mientras que Sharp y Corrie se dirigieron al sudeste, rumbo a Nageezi y Albuquerque.

Sharp se volvió hacia ella.

—Bueno, ¿qué tal ha ido con Gradinski?

—Muy bien. Somos amigos.

—¿Ah, sí?

—Pregúnteselo. Incluso me ha dado una palmadita en el hombro. —Dejó que un silencio tenso flotara un instante en el aire—. Entonces, ¿he pasado la prueba?

Sharp soltó una carcajada.

—En más sentidos de los que imagina.

Ella lo miró cuando retiró la mano de su hombro.

—No lo entiendo.

Sharp condujo unos kilómetros antes de responder.

—Corrie, después de aquel caso de la Montaña Muerta, o mejor dicho, su caso, empecé a pensar que mi trabajo como mentor estaba perdiendo relevancia con bastante rapidez. Y después de verla trabajar hoy, esa sensación no ha hecho más que aumentar.

Corrie se quedó inmóvil, con la garganta seca.

—En mi opinión, está lista para graduarse, por así decirlo. Pero hay burocracia de por medio, y aún tenemos que dejar pasar otros cinco meses, más o menos. Para el FBI sigo siendo su mentor, pero

de momento me mantendré en segundo plano y veré cómo maneja este caso por su cuenta.

Sharp siempre era difícil de descifrar, pero aquello era lo último que Corrie esperaba oír, sobre todo al comienzo de una investigación nueva como esa. Tenía la sensación de que la habían arrojado a la parte honda de la piscina.

—Señor…

—Ya me ha oído. No la perderé de vista, Swanson, pero solo intervendré si descarrila o si me pide ayuda.

Mientras volvía la mirada hacia el borroso asfalto de la carretera, Corrie trató de asimilar aquel giro y lo que sentía al respecto. Por un lado, se había acostumbrado a tener un mentor que la respaldara, que asumiera la responsabilidad final. Por otro, ahora que estaba en la piscina, debía reconocer que el agua era agradable.

6

El laboratorio forense situado en el sótano de la oficina del FBI en Albuquerque era completamente nuevo —el anterior se había incendiado— y a Corrie le encantaba trabajar allí. No habían reparado en gastos y estaba equipado con lo último en herramientas forenses, incluido un microscopio electrónico de barrido, equipos de radiografía y mucho más. El antiguo responsable del laboratorio, un inglés tedioso que se había jubilado bajo una sombra de sospecha, la había dejado como única especialista forense de toda la oficina.

Al mirar a su alrededor, no pudo evitar pensar: «Todo esto es mío».

Corrie había dispuesto los huesos de la víctima sobre una camilla y, al lado, encima de una mesa de pruebas, había colocado todo el material recogido en el lugar. El contraste era notable: por un lado, un escaso conjunto de huesos roídos por los animales; por otro, una superficie abarrotada de bolsas con pruebas, quizá demasiadas. Puede que Gradinski tuviera razón y se hubiera excedido. Aun así, se alegraba. Daba más trabajo y la gestión era un engorro, pero al menos podía estar razonablemente segura de que no habían pasado por alto nada importante.

Dio una vuelta alrededor de los restos humanos y los examinó de nuevo para hacerse una idea. Era difícil explicar qué buscaba exactamente, pero tras varios años en John Jay estudiando de forma

intensiva huesos humanos, y ahora, después de un año en el FBI haciendo lo mismo, se había dado cuenta de que los huesos podían transmitir una especie de impresión —una sensación misteriosa de la persona a la que habían pertenecido, de quién era y cómo había muerto— que ella podía percibir.

Y aquellos huesos sin duda transmitían algo. Más allá de los daños causados por los animales, vio que pertenecían a una persona joven y sana. Grácil. Una mujer. Los dientes estaban perfectamente alineados y eran de un blanco impecable, sin caries ni rastro de tratamientos dentales. Y el cabello que había recogido en el lugar era rubio.

Había enviado muestras para la secuenciación de ADN y sabía que no habría problema en extraerlo, porque aún quedaba bastante en los huesos. Pero, a menos que ese ADN concreto estuviera en alguna base de datos —lo cual era poco probable—, rastrear su identidad a partir de bases de datos comerciales como 23andMe podía llevar meses.

Eso significaba que tendría que hacer una reconstrucción facial, y se le aceleró el pulso al pensarlo; aquello era lo que la apasionaba. Se había licenciado en Antropología Forense en el John Jay College of Criminal Justice, pero también había estudiado escultura y pintura. Normalmente, la reconstrucción la llevaba a cabo un especialista forense, mientras que el modelado final —la carne, el cabello, los labios, las orejas y el color— corría a cargo de un artista. Corrie se sentía enormemente orgullosa de poder hacer ambas cosas.

En aquel momento llamaron suavemente a la puerta y entró Sharp, que se puso la mascarilla y observó la sala en silencio.

—Bienvenido, agente Sharp —dijo Corrie, que se sentía un poco incómoda. ¿No estaría reconsiderando ya su decisión?

—Gracias, agente Swanson —dijo él, bordeando la camilla con la mirada fija en los huesos—. Casualmente estaba por el barrio. ¿Le importaría decirme qué tenemos aquí? De un agente a otro.

—Lo que tenemos —empezó Corrie con su tono más profesional— probablemente es una mujer blanca de entre veinticinco y cuarenta años de edad, alrededor de un metro ochenta de estatura, rubia y, al parecer, en buen estado de salud.

—Era alta —dijo Sharp.

—Sí. Los huesos han sido examinados visualmente, por estereoscopía y por radiografía. No hay señales de lesiones, ni fracturas consolidadas, ni implantes ortopédicos, ni indicios de traumatismo. Salud dental excelente. Tenía buenos dientes, sin tratamientos. Los huesos no muestran señales de trabajos inusuales ni de movimientos repetitivos.

—Qué lástima que no haya tratamientos dentales.

Corrie asintió.

—Faltan bastantes huesos, entre ellos un fémur, ambos cúbitos, un radio, un húmero, las dos tibias y algunos más pequeños. Los que faltan son los huesos grandes. Probablemente se los llevaron los coyotes u otros animales. Los otros también están bastante mordisqueados, sobre todo por roedores.

Sharp asintió.

—¿Cuánto tiempo diría que llevaban ahí fuera?

—Es una pregunta difícil de responder. A juzgar por el daño solar en los huesos, serían al menos dos años, probablemente no más de

siete. El estado de la ropa también parece coincidir con ese intervalo de tiempo.

—Hum —dijo él—. Cinco años es un periodo bastante amplio para buscar personas desaparecidas.

—Esperemos saber más cuando llegue la secuenciación.

Sharp se acercó a la mesa, con las manos entrelazadas a la espalda y mirando hacia abajo.

—Tienen ustedes bastantes pruebas físicas.

—Sí —repuso Corrie, que no pudo evitar ponerse a la defensiva—. Quería asegurarme de que no pasáramos nada por alto.

Sharp asintió.

—Empezando por la ropa —dijo Corrie—, es del tipo más barato, producida en masa en China y Vietnam, de poliéster y otros materiales poco adecuados para el entorno desértico. Lo mismo ocurre con las zapatillas de correr: son prácticamente las más baratas que hay. Las busqué en internet y cuestan ocho dólares con noventa y nueve. Las zapatillas casi no presentan desgaste y la ropa ninguno. Yo diría que, poco antes de morir, la víctima compró esta ropa en un Walmart o un almacén de descuentos similar. Son marcas de consumo masivo que no se pueden rastrear ni fechar con facilidad.

—Es como si intentara ocultar su identidad.

—Pensé exactamente lo mismo.

—¿No había ninguna cantimplora ni botella de agua?

—Ninguna, y tampoco gorra. Y no llevaba nada en los bolsillos. En cuanto al resto de las pruebas —hizo un gesto hacia el conjunto heterogéneo de piedras, material vegetal y madera—, la mayoría no parecen relevantes. Pero esa punta de lanza estaba en las

inmediaciones y se me ocurrió que podría haberse utilizado como arma.

Sharp arqueó las cejas.

—¿Un arma homicida?

—Tal vez. Mide unos siete centímetros y medio. Es posible apuñalar a alguien con eso si se utiliza como objeto de mano. Voy a realizar un examen con microscopio electrónico de barrido, así como algunas pruebas de residuos para detectar sangre y proteínas.

El agente asintió sin decir nada, pero Corrie notó que sentía curiosidad por cuáles serían sus próximos pasos.

—Ahora —dijo ella— tengo pensado revisar esa franja de personas desaparecidas en busca de una mujer rubia de un metro ochenta con una dentadura perfecta. Y… Y voy a realizar una reconstrucción facial forense.

Corrie cerró la boca para contener el arraigado impulso de pedir permiso y Sharp se limitó a asentir de nuevo.

—Sé que tal vez sea prematuro, pero ¿tiene alguna idea, aunque sea especulativa, sobre la víctima?

Corrie dudó.

—Bueno, tengo la sensación de que era una mujer tranquila e inteligente.

Sharp arqueó las cejas.

—¿Inteligente? ¿Saliendo al desierto vestida así y sin agua ni gorra?

—Solo es una estupidez si lo hizo por ignorancia.

—No sé si entiendo a qué se refiere.

Corrie se preparó para responder y luego hizo una breve pausa para reformular la respuesta.

—Señor, yo tampoco estoy del todo segura.
La expresión indolente de Sharp se transformó en una sonrisa.
—Puede que la próxima vez que nos veamos ya lo esté.

7

El canto de los pájaros y el murmullo del agua del arroyo se vieron interrumpidos por el sonido de un maletero cerrándose de golpe.

—Nora, ¿estás lista?

—Me estaba acabando el café —respondió ella.

Durante uno o dos minutos, los sonidos de la naturaleza volvieron a llenar el aire. Entonces, Lucas Tappan subió los escalones del porche trasero y se sentó en una silla Adirondack. Ella le ofreció un sorbo de la taza y pasaron unos minutos compartiéndola en silencio, con los pies apoyados en la barandilla y disfrutando de las vistas de la reserva natural North Star.

Hacía casi nueve meses que Tappan era el novio de Nora. Durante ese tiempo no se habían visto demasiado: él había pasado varios meses en la costa este intentando poner en marcha un negocio de parques eólicos frente al mar. Cuando regresó, Nora empezó a temer el momento en que pudiera acercarse con una caja de terciopelo negro que contuviera un diamante poco más pequeño que la Gran Estrella de África. No es que le desagradara la idea de comprometerse, y sabía que su difunto marido Bill no pondría objeciones —recibir una enorme suma de dinero era algo que él habría alentado con entusiasmo—, pero para ella era demasiado pronto. O bien Lucas percibía su vacilación, o bien sentía lo mismo, porque no había insinuado dar el siguiente paso… todavía.

Nora apuró el café y Lucas llevó la taza a la cocina y la aclaró. Esa era una de las cosas que le gustaban de él: a pesar de contar con una fortuna de más de mil millones de dólares, le encantaba lavar platos y cocinar. Es más, detestaba que otras personas hicieran por él cosas que podía hacer por sí mismo. En lugar de recrearse en el lujo consentido de uno de los numerosos complejos turísticos de Aspen, habían optado por una cabaña rústica con unas vistas fantásticas. Claro que, una vez llegaran al aeropuerto de Aspen/Pitkin —y al jet privado de Lucas—, todo cambiaría. Él debía regresar a la costa este en unos días para atender sus intereses empresariales y apagar incendios —esta vez durante varios meses—, y ella volvería al instituto. Por eso, pensó Nora, habían intentado aprovechar cada minuto de aquellas vacaciones.

Le daba pena dejar aquella cabaña recóndita. Y ahora, al oír el agua corriendo en la cocina, se ruborizó como una colegiala ante una idea traviesa. Tal vez podían hacer novillos, quedarse un día más, y se le ocurría cómo.

—¿Cuál te gustó más? —preguntó, alzando la voz para que la oyera a través de la puerta mosquitera—. ¿Castle o Maroon?

Hubo un breve silencio mientras Lucas cerraba el grifo.

—Maroon. Es mucho más técnico y qué pico tan emblemático.

Habían pasado las vacaciones escalando «cuatromiles», los picos de Colorado que superan los cuatro mil metros de altitud. A Nora le gustaba hacer senderismo y escalar desde que era niña y durante su etapa en el Museo de Historia Natural de Nueva York se había convertido en «cuatromilista» y había subido todas las montañas altas de los Adirondack, incluidas las que no tienen sendero. De vuelta en Colorado, había encontrado un desafío aún mayor, al

menos en altitud. Era solo una de las muchas pasiones que compartía con Lucas, y en eso confiaba.

—Opino lo mismo —dijo ella—. Caminata larga y gran desafío, pero mereció la pena.

Hizo una pausa.

—Me recordó un poco al Algonquin, el segundo pico más alto de Nueva York. Claro que Maroon y Pyramid juegan en otra liga. Y, si me permites señalarlo, el Pyramid comparte casi toda la misma ruta.

Dejó la frase en el aire y Lucas volvió al porche.

—¿Estás sugiriendo algo?

—Probablemente.

Lucas guardó silencio. Mientras lo observaba fruncir el ceño, con la hendidura de la barbilla marcándose y los ojos grises perdidos en la distancia bajo los rizos de cabello negro, sintió una oleada de afecto.

—Ya está todo preparado —dijo él.

—¿Solo un día más?

Lucas miró el reloj.

—Ya son las ocho y media.

—No tardamos mucho en llegar en coche a Maroon. Como te decía, el Pyramid comparte casi toda la ruta. Es más fácil, más corta y con menos desnivel. Como mucho de clase tres, nada técnico.

Al ver que obtenía un silencio por respuesta, añadió:

—Eso sería mi décimo cuatromil, todo un hito. Y creo que tu vigésimo, ¿no?

Lucas esbozó una sonrisa y asintió.

—De acuerdo, sé cuándo estás jugando conmigo, pero qué demonios. Supongo que Icarus puede arreglárselas sin mí un día más.

Nora se puso en pie y le dio un beso.

—Vámonos ya. El coche está cargado. Solo tendremos que sacar el material cuando lleguemos al principio del sendero.

Cuando regresó a la cabaña, su móvil empezó a vibrar. Nora había recalcado a sus compañeros que aquellas vacaciones de cinco días eran sagradas, así que pensó con cierta irritación en quién estaría llamando. Sacó el teléfono y vio que era Corrie Swanson desde su número del FBI.

«Cómo no», pensó. Corrie siempre se las arreglaba para llamar en el momento más inoportuno.

—Vaya, vaya —dijo Tappan, volviendo la cabeza—. Llama una inspectora.

—No pienso cogerlo —respondió Nora, que se preparó para rechazar la llamada.

—Espera un momento —dijo Tappan—. Corrie no llama porque sí; normalmente es sinónimo de problemas.

Nora suspiró.

—Eso es justo lo que me temo. —Finalmente descolgó—. ¿Diga?

—¿Nora? Soy Corrie. Espero no pillarte en mal momento…

—Siempre me pillas en mal momento —dijo ella, riéndose—. Lucas y yo estamos escalando en Colorado. Tengo el altavoz puesto.

—Ah, joder. ¡Hola, Lucas! Solo necesito tu opinión sobre una cosa. Será muy rápido, te lo prometo.

Tappan soltó una risita al ver la incomodidad de Nora.

—¿Sobre qué?

—Tengo unas fotos a las que quiero que eches un vistazo cuando tengas tiempo. De camino a casa, quizá.

—¿Fotos de qué?

—De los restos de una mujer joven que encontraron en el desierto, al norte del cañón del Chaco. Sin identificación. Llevaba allí al menos dos años, apenas quedaban más que huesos. Encontré una punta de lanza debajo de la osamenta y me gustaría que la examinaras.

Nora sintió un interés incipiente y se dijo a sí misma que así era como empezaba siempre.

—Acabo de enviarlas —añadió Corrie apresuradamente—. De nuevo, perdona que te moleste.

En ese preciso instante, el teléfono de Nora emitió el sonido que indicaba que estaba recibiendo imágenes. Corrie era una fuerza de la naturaleza cuando se ponía en marcha.

—¿Al norte de Chaco? —dijo Tappan—. Eso es *terra nullius*.

—Ya lo creo —respondió Corrie.

Las imágenes que aparecieron en la pantalla del teléfono mostraban los huesos dispersos por el suelo y algunos primeros planos de la punta de lanza. Nora empezó a pasar las fotos.

—Qué bonita —observó Tappan, todavía mirando por encima del hombro de Nora.

—Una preciosidad —dijo Nora—. Paleoindia. Es una punta Folsom acanalada… Muy bonita.

Se detuvo un poco más en las siguientes imágenes.

—¿Podría ser un arma homicida?

—Lo dudo —repuso Nora—. A menos que estuviera unida a un asta.

Nora siguió pasando las fotos y de pronto se detuvo en una.

—Entonces, ¿crees que es coincidencia?

Sin responder, Nora siguió mirando la imagen. Era otra fotografía de la punta tomada desde cierta distancia y se veían también los huesos dispersos entre la arena y las rocas del desierto.

—¿Nora? —dijo Corrie.

Nora continuó observando la imagen y la amplió con los dedos.

—¿Estás ahí, Nora? ¿Hola?

—Voy para allá —dijo ella, mirando el reloj—. Debería estar allí sobre… las cinco.

—¿Que vas para allá? ¿Quieres decir aquí? ¿Quieres ver la punta en persona?

—Te lo explicaré cuando llegue.

Nora colgó y, al levantar la cabeza, vio que Tappan la estaba mirando fijamente.

—¿Qué es esto? —preguntó—. ¿Acabas de convencerme para quedarnos un día más y ahora nos vamos?

—Lo sé. Lo siento. Hay algo en esa foto que tengo que ver.

—Corrie puede esperar un día más.

—Corrie puede esperar —dijo Nora—, pero yo no.

8

—Por aquí —dijo Corrie, que le abrió la puerta del laboratorio a Nora y la llevó hacia una mesa amplia cubierta de bolsas de plástico.

—Eso son muchas pruebas —comentó Nora, mirando el conjunto.

Parecía que Corrie hubiera recogido todo lo que había encontrado, incluida la mitad del terreno.

—Puede que me haya excedido un poco —dijo Corrie, que se ruborizó ligeramente—. Solo quería asegurarme de que no se nos escapara nada. Déjame sacar la punta de lanza para que la veas.

Rebuscó entre las bolsas y cogió una. Nora se inclinó con cierta curiosidad, pero mucho más interesada en otra cosa que había observado en las fotografías.

Corrie abrió la bolsa y, utilizando unas pinzas con punta de goma, sacó una punta de lanza de unos siete centímetros y medio y la colocó en una bandeja de pruebas. Luego desplazó una lupa sobre ella para que Nora la utilizara.

Nora se agachó para examinar la punta. Estaba tallada con gran destreza en sílex blanco. Era acanalada, pero sin asta, y se encontraba en perfecto estado.

—Tal como pensaba —dijo—. Folsom. Diez mil años de antigüedad.

—¿Folsom? —preguntó Corrie.

—El pueblo Folsom. La utilizaban para cazar bisontes prehistóricos. —Nora notó que su impaciencia iba a más—. Yo quiero ver otra cosa.

—Un momento —dijo Corrie—. ¿Alguna idea de qué relación podría guardar con el cuerpo? Estaba justo donde encontramos los huesos.

Nora hizo una pausa.

—¿La llevaba en el bolsillo?

—No tenía bolsillos. Se había quitado toda la ropa.

—¿Qué?

—Esto es confidencial, pero iba caminando por el desierto y se quitó la ropa, una prenda tras otra, hasta morir. Me preguntaba si esta punta podría tener algo que ver con ello. Por ejemplo, ¿pudo haberla apuñalado alguien con ella? ¿O pudo haberla utilizado para defenderse?

Nora observó con más atención.

—¿Puedes darme unos guantes?

Corrie le ofreció unos guantes de nitrilo. Nora cogió la punta y la examinó detenidamente, volteándola y observando los bordes a través de la lupa.

—Ha estado a la intemperie durante miles de años —dijo Nora—. Tiene mucho pulido desértico por la arena arrastrada por el viento y los bordes están muy desgastados. Así que no, no creo que se utilizara como arma, a menos, como ya dije, que estuviera unida a un asta. —Miró alrededor—. Y parece que el asta es prácticamente lo único que no recogiste.

—No había ningún asta —repuso Corrie a la defensiva—. Entonces, ¿cómo llegó hasta allí?

Nora se encogió de hombros. Era una punta preciosa, pero estaba deseando pasar a otra cosa.

—Coincidencia.

—¿De verdad?

—Hace diez mil años, en esas tierras baldías había bisontes. No es tan raro encontrar algo así.

Dejó la punta en la bandeja y, con aparente reticencia, Corrie la metió de nuevo en la bolsa.

—Lo que realmente quiero ver —dijo Nora— son esas piedras.

—¿Qué piedras?

—Los dos guijarros verdosos que había debajo de los huesos. Salían en una fotografía. Los recogiste, espero.

Corrie rebuscó entre las bolsas y por fin sacó dos piedras pequeñas.

—Aquí están.

Colocó los guijarros redondeados en la bandeja de examen. Cada uno tenía aproximadamente el tamaño de una pelota de golf y brillaba con un tono verde bajo la intensa luz.

Mientras los observaba, Nora sintió que se le aceleraba el corazón. Eran exactamente lo que esperaba que fueran, aquello por lo que había interrumpido sus vacaciones. Situó la bandeja debajo de una lupa y entrecerró los ojos. Apenas podía creer lo que estaba viendo.

—¿Qué es? —preguntó Corrie.

—Un momento.

Aún con los guantes puestos, Nora cogió una piedra en cada mano y las sostuvo a la luz. Emitían un brillo extraño, casi etéreo, de color verde amarillento.

—¿Tienen algo de especial? —preguntó Corrie.

—¿De especial? —Entonces Nora vaciló. Necesitaba asegurarse—. ¿Puedes hacerme un favor y apagar todas las luces? Cuanto más oscuro esté, mejor.

—¿Por qué?

—Ya lo verás.

Corrie apagó las luces. El laboratorio del sótano no tenía ventanas y la habitación quedó sumida inmediatamente en una oscuridad absoluta.

—Mira con atención —dijo Nora.

Al frotar las piedras una contra la otra, brotó de su interior una cascada de luz verde que las iluminó por un instante como si fueran diminutas esferas de esmeralda.

—¿Qué coño…? —dijo Corrie.

—Ya puedes encender las luces.

Se oyó el chasquido del interruptor y Nora vio a Corrie frunciendo el ceño.

—¿Qué ha sido eso?

—Son piedras de relámpago —repuso Nora—, muy raras. Están hechas de un mineral llamado prasiolita. Puedo saber lo que son porque cada piedra tiene cientos de pequeños arañazos y hendiduras en las caras que se enfrentan, producidas por haber sido frotadas entre sí, como acabo de hacer ahora.

—¿Qué significa eso?

—Los arqueólogos creen que los indios pueblo las utilizaban en ceremonias chamánicas en sus kivas. Casi todas las piedras de relámpago son de cuarzo blanco, pero el verde era un color sagrado para los pueblos prehistóricos de América. Simbolizaba la vida, y los objetos de piedra verde eran muy apreciados. ¿Me has oído decir

que eran raras? Pues son más que eso. Lo cierto es que solo conozco otro par con esta coloración.

—¿Cómo funciona?

—Se llama triboluminiscencia, y todavía no se comprende del todo. Estas piedras originalmente eran cristales que, a lo largo de millones de años, se fueron golpeando y desgastando hasta adquirir forma de guijarro. Por dentro son transparentes como el agua, pero tienen una propiedad eléctrica peculiar: generan destellos de luz interna cuando se frotan.

—¿Tienes idea de qué hacían allí unas piedras tan raras? —preguntó Corrie—. ¿Es otra coincidencia?

Nora frunció el ceño.

—No. Las piedras de relámpago eran tan sagradas que solo se encontraban dentro de una kiva, el centro religioso de la vida de los indios pueblo ancestrales, y nunca salían de allí. No se encuentran en ningún otro lugar.

—¿Crees que la víctima las llevó hasta allí?

—Parece bastante probable. Me gustaría llevarme estas piedras al instituto para estudiarlas.

Corrie negó con la cabeza.

—Lo siento, las pruebas no pueden salir del laboratorio.

Nora ya se lo esperaba, pero aun así se sintió decepcionada.

—¿Puedo hacerles fotos?

—Por supuesto.

Nora sacó el teléfono y fotografió las piedras desde varios ángulos. Eran extraordinarias. Según recordaba vagamente, las otras dos piedras de prasiolita formaban parte de alguna colección privada. Sería interesante localizarlas y averiguar dónde habían sido

encontradas, por quién y en qué contexto arqueológico. Tal vez aquellas piedras procedían del mismo lugar.

Dejó las piedras sobre la bandeja.

—Entonces, la mujer se quitó la ropa en el desierto y murió. —Ahora que había visto las piedras, el horror de todo aquello empezaba a calar de verdad—. ¿Habéis averiguado quién era?

—No —respondió Corrie—, pero sé cómo era.

Corrie la condujo hasta un pequeño rincón y descorrió una cortina, tras la cual había un espacio de trabajo con una pequeña mesa circular. Sobre ella se encontraba una reconstrucción escultórica forense de la cabeza de una mujer, a todo color.

—¡Vaya! —dijo Nora, mirándola fijamente—. ¡Es impresionante!

El busto mostraba a una mujer de unos cuarenta años con una melena rubia recogida en una trenza francesa, ojos azules, piel clara, una nariz fina y recta, un mentón bien formado y hoyuelos.

Nora se volvió hacia Corrie, que estaba claramente complacida por el cumplido, aunque intentó disimularlo.

—Esto es increíble. ¿Cómo lo hiciste?

—Bueno, es en parte ingeniería y en parte arte. Empiezas con un molde del cráneo. Luego lo cubres con pequeños indicadores que muestran la profundidad del tejido en decenas de puntos de la cara. Y después, básicamente vas colocando los músculos uno a uno; añades la fina capa de grasa y piel; lo alisas y lo pintas, y listo.

—Pero ¿y los ojos azules?

—Recuperamos muestras de cabello, así que sabemos que era rubia. No teñida. Estadísticamente, una persona con un cabello rubio natural de ese tono tiene un setenta por ciento de probabilidades de tener los ojos azules.

—¿Y los hoyuelos?

Corrie sonrió.

—Son una licencia artística.

—¿Puedes tener la certeza de que esto es exacto?

—No puedo estar segura al cien por cien, pero no anda muy lejos. Sabemos que no tenía obesidad mórbida por el buen estado de sus articulaciones. Un examen microscópico de las inserciones musculares en los huesos de brazos y piernas indica que estaba en una forma física poco común. Y los dientes demuestran mucha atención al aspecto y la higiene. Si juntas todo eso, el resultado es una persona con un peso saludable, buena piel y buen cabello, y muy probablemente con una situación económica desahogada.

Nora negó con la cabeza, olvidándose por un momento de las piedras.

—Es una locura pensar que alguien así pudiera desaparecer sin que la gente armara un escándalo.

—Eso es exactamente lo que pienso. Una mujer tan… tan regia no pudo desaparecer de manera discreta.

Nora volvió a mirar el rostro. Era tan realista que le provocaba escalofríos, sobre todo la piel, que parecía casi translúcida, como si fuera de verdad.

—¿Cómo conseguiste que la piel pareciera tan real?

—Con encáustica. Pintura con cera caliente. Tiene un aspecto mucho más realista que la pintura acrílica plana. Fue… —vaciló un momento, y luego añadió con orgullo— una innovación mía.

—Bien hecho, Corrie. —Siempre había sabido que Corrie era inteligente, pero aquella reconstrucción revelaba un talento muy

poco común—. Creo —dijo lentamente— que la clave de este misterio se reducirá a este rostro… y a esas piedras de relámpago.

9

Corrie estaba sentada en su cubículo de la oficina del FBI en Albuquerque, ordenando sus ideas. Ahora que había terminado la reconstrucción facial, estaba lista para dar el siguiente paso en la investigación: dejar que los chips de silicio, los centros de datos y los algoritmos de búsqueda la ayudaran a encontrar a la mujer rubia de ojos azules que, al parecer, un día había dejado atrás su vida normal, se había adentrado en el desierto y había seguido caminando hasta morir.

En los últimos años, la omnipresencia de internet y la proliferación de bases de datos con información personal habían revolucionado la búsqueda de personas desaparecidas. Las huellas digitales estaban por todas partes, pero este caso era inusual. Para empezar, según los estándares de personas desaparecidas, era antiguo —entre dos y siete años—, y la franja era amplia. Más de medio millón de personas desaparecían en Estados Unidos cada año. Normalmente, quienes no habían seguido los pasos de Jimmy Hoffa eran encontrados con rapidez, pero aun así quedaban muchos miles sin localizar. Corrie tenía un cuerpo y un rostro. Lo que faltaba era vincularlos a una investigación abierta.

Eso significaba lanzar una red amplia, muy amplia.

Dedicó un momento a intentar ponerse en la mente de la mujer para comprender cuál podía ser su proceso de pensamiento. No

pudo haber desaparecido sin que otros lo denunciaran, la buscaran o armaran un escándalo. A lo mejor estaba trastornada y se había suicidado o había sido víctima de un delito. Lo más probable era que simplemente se hubiera perdido y estuviera delirando por un golpe de calor. No había señales evidentes de violencia. Nora tenía razón: la punta de lanza había dado negativo en cualquier rastro de sangre o proteína humana. Al parecer, no estaba implicada.

Pensar en la punta de lanza la llevó a reflexionar de nuevo sobre aquellas dos piedras extrañas —piedras de relámpago, las había llamado Nora— que hallaron junto al cuerpo. Nora también había mencionado que esas piedras solo se encontraban en kivas prehistóricas y que las de color verdoso eran extraordinariamente raras. Corrie creía que la mujer podía haberlas robado y haber huido con ellas, pero una comprobación rápida demostró que no faltaba ninguna piedra de ese tipo y que, de hecho, el único conjunto conocido en la actualidad era el que Nora había mencionado. Evidentemente, la mujer no había sido asesinada por ellas, porque las encontraron junto a sus restos, más concretamente debajo de ellos. La desconocida se había quitado toda la ropa, lo cual significaba que debía de llevar las piedras de relámpago en las manos. Extraño. Más allá de la reconstrucción facial, aquellas piedras eran la única pista importante que tenían.

Corrie espabiló. Fuera cual fuera la forma o el motivo de su desaparición, alguien debía de haber presentado una denuncia. Solo tenía que encontrarla. Y ese tipo de rastreo digital era un trabajo que le gustaba: su experiencia haciendo buen y mal uso de los ordenadores se remontaba a la secundaria, cuando había pirateado

el sistema informático del colegio para ponerse sobresalientes en todas las asignaturas y cargar de suspensos al matón de la clase.

Prefería hacer ese tipo de búsquedas por la noche, cuando la oficina estaba vacía y podía ponerse los auriculares y escuchar a Caravan Palace a todo volumen. Miró el reloj. Tal vez acabaría haciendo precisamente eso si la búsqueda se alargaba lo suficiente.

—Entonces, ¿tenemos a nuestro hombre? ¿O, en este caso, mujer?

Corrie levantó la vista y vio al agente Sharp en la entrada de su cubículo.

—Señor, la caza ha empezado.

—Bien.

Sharp entró y tomó asiento junto a ella.

—He enviado un segundo helicóptero: esas tierras baldías abarcan cientos de kilómetros y debemos asegurarnos de que no haya otro cuerpo por ahí.

—Gracias. —Aquello era algo que Corrie no habría podido autorizar por sí sola—. Y, si es posible, me gustaría asignar a Bellamy y a O'Hara al caso. Tengo algunas ideas sobre cómo podrían resultar útiles.

—Es su caso.

Al ver que Sharp dejaba la frase en suspenso, dudó un momento.

—Estaba a punto de iniciar sesión en NamUs, si… si quiere echar un vistazo.

Al agente se le iluminaron los ojos de una forma poco habitual.

—Me gustaría, siempre que no estorbe. Desde luego, puede enseñarle a este perro viejo algún truco nuevo.

El Sistema Nacional de Personas Desaparecidas y No Identificadas, o NamUs, era un enorme repositorio de datos gestionado por el Departamento de Justicia para ayudar en casos de personas desaparecidas o sin identificar. Fue puesto en marcha en 2009, se actualizó en 2018, y más tarde se mejoró para incorporar inteligencia artificial, algo extraordinariamente útil en investigaciones como aquella. Corrie había observado que los agentes de más edad tendían a evitarlo o a utilizarlo con moderación. A pesar de la imagen puntera del FBI, la mentalidad de J. Edgar Hoover —tarjetas de huellas dactilares y archivos en papel— estaba tardando en desaparecer, especialmente entre los agentes veteranos.

Corrie contaba a Sharp entre esos agentes mayores con dificultades tecnológicas y, para ella, invitarlo a observar su trabajo era una manera de agradecer que la hubiera puesto al frente del caso. Tenía una mente rápida y curiosa, y estaba convencida de que, en efecto, podía enseñarle algunos trucos nuevos y de que él sabría apreciarlos.

Mientras Sharp acercaba la silla, ella abrió su perfil en el panel central de NamUs, que mostraba los casos preliminares que formaban parte de su proceso de trabajo: menos de una docena, y ninguno activo. Al iniciar una nueva búsqueda, introdujo los datos demográficos de la mujer en una pantalla en blanco: etnia, estatura, sexo y última localización conocida. Se vio obligada a dejar vacíos algunos de los datos más importantes —circunstancias, fecha del último contacto—, pero completó una serie de pantallas adicionales con la descripción física y la ropa. Más campos en blanco significaban un conjunto de datos más amplio, pero no podía evitarlo.

—Estoy añadiendo una imagen de la reconstrucción facial —explicó—. No es exactamente una fotografía de la persona, pero puedo compensarlo flexibilizando los parámetros por si me he equivocado en algo durante la reconstrucción.

—¿Cómo es de amplia la búsqueda?

—He pensado que lo mejor era empezar por el estado donde encontraron el cuerpo. Dependiendo de los resultados, podemos ampliar la búsqueda al suroeste, o a todo el país, si es necesario.

Cuando hubo introducido todos los datos disponibles, desplazó el cursor hasta el botón azul de búsqueda en la pantalla final e hizo clic. Al cabo de unos segundos apareció un mensaje:

1.304 resultados posibles

—Uf —dijo Sharp.

Solo para hacerse una idea de a qué se enfrentaba, Corrie amplió la búsqueda para incluir todos los estados del suroeste.

14.937 resultados posibles

—Ángeles y ministros de piedad, defendednos —murmuró Sharp.

Quince mil resultados. Una imagen del pasado acudió a la mente de Corrie: una sala enorme que olía a sudor y a papel reseco, mesas de biblioteca dispuestas en filas ordenadas, con la luz del sol entrando en diagonal y motas de polvo suspendidas en el aire, una gran fotografía del presidente Nixon en una pared, y en cada mesa un agente del FBI, varón y caucásico, con camisa blanca de manga corta, inclinado sobre informes llenos de manchas, todos buscando

una aguja en un pajar. El FBI había avanzado mucho desde entonces.

Decidió no molestarse en comprobar todo el país, al menos por el momento. Creía tener un as en la manga que podría borrar aquella expresión lacónica del rostro de Sharp. Tras cerrar la ventana de resultados, movió el cursor hasta un menú que decía «Herramientas avanzadas».

—¿Qué es eso? —preguntó Sharp.

—Vamos a ver al hombre que mueve los hilos —respondió ella, conteniendo una sonrisa.

Dado su interés por la tecnología, Corrie había seguido el ascenso asombrosamente rápido de la inteligencia artificial durante los últimos dos años. Los desarrolladores de IA estaban ansiosos por sacar su tecnología de los laboratorios y llevarla al mercado, mientras que al mismo tiempo atenuaban los temores de que la inteligencia artificial desarrollara una conciencia propia y llegara a la conclusión de que la humanidad era un parásito al que había que eliminar, el desenlace habitual de tantas películas de ciencia ficción. Para lograrlo, habían ido incorporando con cautela herramientas de IA en aplicaciones conocidas como procesadores de texto y hojas de cálculo para ayudar en tareas básicas como redactar cartas o crear tablas. Pero Corrie había estado experimentando con versiones preliminares de subfunciones de IA incluidas en las versiones beta del sistema NamUs 3.0, y ahora tenía la oportunidad de ver de lo que eran capaces en un caso real.

En el centro de la pantalla se había abierto una nueva ventana que contenía tan solo un cursor parpadeante. A ambos lados había ventanas más estrechas: a la izquierda, los parámetros de búsqueda

que había introducido; a la derecha, una lista jerárquica de bases de datos disponibles.

—He activado el copiloto de NamUs —dijo Corrie—, y ahora, como nuestra búsqueda es un poco imprecisa, me estoy asegurando de que tenga todos los registros y parámetros que necesita antes de soltarlo.

—«Copiloto». Dios mío. ¿Esto no será el nuevo Clippy de Microsoft?

Corrie no pudo contener una risita ante aquella referencia al desastroso intento de la empresa de software por crear un «ayudante» en pantalla años atrás.

—No. En realidad, creo que «copiloto» es solo un término de marketing que probablemente desaparecerá a medida que la gente se acostumbre a utilizar estas herramientas.

—He oído la propaganda, pero ¿funcionan de verdad estas herramientas de inteligencia artificial? ¿Cómo puedes estar seguro de que entienden lo que estás pidiendo?

—Mire y aprenda —dijo Corrie. Al darse cuenta de que aquello sonaba un poco insolente, se apresuró a añadir—: Si te aseguras de que los términos de búsqueda sean lo suficientemente amplios y de que el conjunto de datos sea lo bastante grande, la IA puede hacer lo que mejor sabe: codificar tu solicitud de forma contextual, eliminar la información irrelevante y el ruido de fondo, y construir una base de datos vectorial.

—Justo lo que iba a comentar —dijo Sharp, divertido.

Corrie se dio cuenta de que, con las prisas, estaba empleando muchos términos técnicos.

—Está entrenada para buscar en estas bases de datos como lo haría un ser humano: haciendo suposiciones fundamentadas, ignorando información irrelevante, buscando patrones y, de una forma un poco extraña, actuando por corazonadas.

—¿Un ordenador puede tener corazonadas?

—Más o menos. Una corazonada humana normalmente surge de combinar experiencias pasadas para hacer la mejor suposición posible. La inteligencia artificial hace lo mismo. Ofrece una cadena de mejores suposiciones, pero ya ha procesado más bases de datos de las que nosotros podríamos revisar en varias vidas, lo cual le da una «experiencia» que nunca podríamos igualar.

Corrie inició un diálogo con el copiloto:

;:: ¿Los parámetros de búsqueda que he introducido están correctamente formateados?
;:: Sí.
;:: ¿Puede el LLM procesar los registros sin más contexto?
;:: Sí.
;:: Necesito ejecutar un proceso de búsqueda de persona desaparecida utilizando los argumentos dados, con el menor grado de precisión. Guardar como archivo simple en formato de texto.

El cursor volvió a su parpadeo habitual.

—¿Está hablando con eso? —preguntó Sharp.

—Sí, es exactamente lo que estoy haciendo. Lo llaman «ingeniería de *prompts*»: utilizar comentarios y correcciones en lenguaje natural para guiar a la IA hacia el resultado deseado.

En la pantalla apareció una respuesta:

;:: Búsqueda completada. 712.559 registros guardados en 0001.txt

—¿No está yendo en la dirección equivocada? —preguntó Sharp.

—Solo lo estoy calentando, por así decirlo. Ahora podemos empezar a acotar la búsqueda. El modelo de texto a texto genera respuestas cada vez más relevantes al darle nuevas instrucciones.

Hubo otra breve conversación:

> ;:: Ejecutar la misma búsqueda con el mayor grado de precisión
> ;:: Búsqueda completada. 14.442 registros guardados en 0002.txt

—Fíjese en lo cerca que está ese resultado del que obtuve cuando probé la búsqueda normal de NamUs.

—Son mil quinientas personas menos. Espero que eso signifique mayor precisión.

—Y si no, siempre podremos echarle la culpa a la tecnología, ¿verdad?

—Redúzcalo a un número manejable y le cambiaré el vehículo de servicio por un Lincoln Navigator.

Corrie reflexionó un momento.

—Ya le hemos facilitado la mayor parte de la información que sabemos con certeza. Eso significa que cualquiera de esos catorce mil cuatrocientos cuarenta y dos registros podría ser nuestro objetivo. Es inevitable, pero podemos empezar a añadir nuestras propias suposiciones y corazonadas. Por ejemplo, limitar la búsqueda al suroeste, introducir la posibilidad de que el objetivo en su día fuese modelo o actriz y ese tipo de cosas. O personas que se especializaron en arqueología del suroeste, o que tengan títulos avanzados en la materia. Podrían tener conocimientos sobre esas piedras de relámpago por haber estudiado la arqueología de los pueblo ancestrales.

—Entiendo por dónde va. ¿Qué tal si añadimos personal de Asuntos Indígenas, coleccionistas y comerciantes de antigüedades?

—Buena idea.

Corrie introdujo las solicitudes, en lenguaje natural pero más largas y específicas, enumerando todos los parámetros. Luego hizo que el copiloto repitiera la petición con sus propias palabras para asegurarse de que la había entendido y le ordenó ejecutar la búsqueda una vez más. Tardó más de un minuto en responder.

> ;:: Búsqueda completada. Indexación completada. 1.071 registros guardados en 0003.txt

—Siguen siendo muchos resultados —dijo Corrie—. Pero ahora, además de lo que sabemos sobre la víctima, también hemos introducido lo que creemos que podría ser cierto. Y ahí está el elemento crucial: el programa los ha ordenado por probabilidad. Así que empiezas por el número uno y vas bajando, con la esperanza de dar en el blanco mucho antes de llegar al final de la lista. Esa es la diferencia clave, lo que aporta la IA a la búsqueda.

—Fascinante —dijo Sharp—. Y nuevo para mí.

—Así que —añadió Corrie, sonrojándose ante aquella aprobación indirecta— eso es lo que podrían hacer Bellamy y O'Hara: revisar esa lista.

Sharp se echó a reír.

—Les va a encantar. ¿Puedo sugerir, por su bien, que sea yo quien les dé la noticia sobre su nueva tarea? —Vaciló un momento—. Como ya comentamos, la burocracia y todo eso.

—Se lo agradecería mucho.

Sharp se levantó.

—Excepcional, agente Swanson.

Corrie no había conseguido borrar del todo el aire somnoliento del rostro de Sharp —y, dado que él le había asignado el caso, el elogio tenía menos peso que si la estuviera tutelando activamente—, pero notó que estaba sumamente impresionado, y eso era más que suficiente.

10

Mientras el gran todoterreno negro avanzaba a trompicones por la pista con una lentitud exasperante, Nora iba mirando el paisaje por las ventanillas. Llevaba mucho tiempo en Nuevo México y había recorrido las tierras baldías de Bisti, así que ese tipo de formaciones no eran nuevas para ella, pero aun así experimentaba una sensación de asombro y amenaza cada vez que las veía.

—Está justo ahí delante —dijo Corrie al rodear una chimenea de hadas especialmente grande y entrar en una zona abierta y llana—. Aquí fue donde se instaló el equipo de rodaje.

Corrie detuvo el vehículo y ambas se bajaron, envueltas de inmediato por oleadas de calor.

—Los remolques del rodaje estaban aparcados allí —dijo, señalando—. Se ven todas las marcas de las ruedas. Nos espera una caminata de casi dos kilómetros.

Nora miró alrededor.

—Los navajos tienen un nombre para esas formaciones rocosas. Las llaman *denazin*. Grullas.

—Puedo entender por qué.

Nora empapó un pañuelo en agua y se lo ató alrededor del cuello. Vio que Corrie la estaba observando.

—¿Tienes un pañuelo? —preguntó.

—No.

Nora sonrió.

—Casualmente, he traído uno de más por si acaso.

Sacó un pañuelo de la mochila y se lo tendió a Corrie, que siguió su ejemplo.

—Gracias —dijo—. Tendré que acordarme de eso.

Nora sopesó el recipiente de agua. Calculó que la temperatura rondaba los treinta y ocho grados, pero el aire era seco y ligero, y soplaba una fuerte brisa. No eran malas condiciones para julio.

—Ve tú delante —dijo.

Corrie echó a andar, seguida de Nora, y se abrió paso entre las rocas hacia una aguja negra que se alzaba a poca distancia. Una caminata enérgica de veinte minutos las llevó hasta su base.

—Los huesos —dijo Corrie, señalando un conjunto de pequeñas banderitas clavadas en el suelo— estaban dispersos en esa zona. Las piedras verdes se encontraban justo ahí, separadas por unos sesenta centímetros. La punta estaba allí y la ropa, esparcida en una larga línea hacia ese lado.

Nora miró a su alrededor para asimilarlo todo. Había algo en aquel lugar, algo inefable, que le hablaba. Intuitivamente, le parecía un sitio inusual, y nada agradable.

Señaló el dedo negro de roca.

—En geología, esto se conoce como un cuello volcánico. Se ven muchos por aquí. En su día se formó un pequeño cono y las cenizas se erosionaron, dejando en pie la chimenea de lava. Algo así como la chimenea de una casa que se ha quemado.

Corrie asintió.

—Esta formación resulta especialmente amenazadora. Siempre cabe la posibilidad de que, en tiempos prehistóricos, ese cuello

volcánico fuera un lugar relevante.

—¿En el sentido de sagrado? —preguntó Corrie.

—Sagrado… o quizá maligno. Voy a echar un vistazo por aquí.

Nora bajó la cabeza y empezó a recorrer el lugar en busca de líticos, objetos o cualquier otra cosa de interés. Examinó la hondonada y luego dio una vuelta alrededor del dedo de roca, pero solo encontró arena y cactus.

Se reunió de nuevo con Corrie en el pequeño charco de sombra al pie de la roca, bebió un buen trago de agua y luego se sentó a descansar.

—¿Por qué se quitó la ropa?

—Ese es el quid de la cuestión. No quería especular demasiado delante de Sharp, pero…, bueno, una parte de mí se pregunta si salir aquí de esa manera fue una forma de suicidio.

—Todo es posible, desde luego. Pero si quieres suicidarte, morir por golpe de calor y deshidratación terminal es una forma bastante horrible de hacerlo.

—Ya te digo.

—A lo mejor había alguien más con ella y la obligó a hacerlo.

—Es una posibilidad —respondió Corrie—. ¿Recuerdas esa choza frente a la que pasamos no hace mucho? Allí vive una anciana navajo. Ojalá pudiera conseguir que hablara.

—¿Lo intentaste?

—Sí. No quiso hablar conmigo ni con un policía navajo. Le interesaba más llenarme el culo de perdigones. Me puse en contacto con el comerciante al que vende sus alfombras, pero tampoco pudo ayudarme.

—A la vuelta, déjame intentarlo a mí —dijo Nora—. Hablo un poco de navajo.

Corrie asintió con gesto escéptico.

—¿Has visto suficiente?

—Desde luego. Estoy deseando volver al aire acondicionado de ese Tahoe.

11

Tras recorrer unos seis kilómetros por la carretera llena de surcos, Corrie redujo la velocidad del Tahoe y se desvió por una pista de tierra. Más adelante, Nora divisó una choza y, detrás, una caravana y unos corrales para ovejas.

—Es esa —dijo Corrie.

—Para aquí.

Corrie detuvo el todoterreno a unos cien metros de la caravana.

—Voy a bajarme. Tú quédate en el coche.

—Recuerda que tiene una escopeta —dijo Corrie.

—Todos la tienen —respondió Nora, que se apeó, se puso la gorra para protegerse del calor y esperó apoyada en el coche.

El sol brillaba con tanta intensidad que le costaba ver el interior de la caravana y la puerta de la choza estaba cerrada. Parecía que no había nadie, pero Nora sabía que la mujer tenía que estar en alguna parte. Las ovejas estaban en el corral, apiñadas a la sombra de un cobertizo.

Pasaron cinco minutos y, por fin, la puerta de la choza se abrió y salió una mujer de cabello gris con semblante disgustado. Llevaba una escopeta apoyada en el antebrazo, abierta y lista para cargar, e hizo un gesto despectivo para indicarles que se marcharan.

—*Yá'át'ééh shimasani* —«Hola, abuela», dijo Nora, esperando que la pronunciación no fuera demasiado mala.

La mujer frunció el ceño y volvió a hacer un gesto para que se fuera.

—*Haa'íílá ńt'é*?

«¿Cómo está?».

La mujer torció el gesto y, en la penumbra del interior, Nora pudo ver un telar con un tejido a medio terminar.

—*Bilagáana bizaadísh dinits'a'*?

«¿Habla inglés?».

Ante eso, la mujer se mostró desconcertada.

—*Bilagáana bizaadísh dinits'a'*? —repitió Nora.

El navajo era un auténtico trabalenguas, pensó; quizá estaba pidiendo cerdo agridulce sin darse cuenta.

—*Haash yinilyé*?

«¿Cómo se llama?».

Entonces, la mujer arrugó el rostro y, por un momento, Nora pensó que iba a introducir dos cartuchos en los cañones de la escopeta, pero enseguida comprendió que se estaba riendo. Su voz débil resonó como el chirrido de un grillo con hipo.

—Eh… ¿Todo bien? —preguntó Nora en inglés.

La mujer apoyó las manos en los costados.

—Habla mal el navajo —dijo.

—Lo siento —respondió Nora, aturullada.

—¿Dónde aprendió a hablar tan mal?

—Hice algunos cursos en Santa Fe.

Más carcajadas.

—¡Diga algo más!

Nora se quedó desconcertada.

—¿En navajo, quiere decir?

La mujer asintió.

—Eh… —rebuscó en su pequeño repertorio de frases memorizadas —. *Háázhó'ógo bee ádíní*.

«Por favor, hable más despacio».

Esto provocó una nueva salva de carcajadas y Nora se dio cuenta de que la mujer no tenía dientes.

Ante aquello, Corrie bajó la ventanilla del lado del pasajero.

—¿Qué está pasando? —preguntó en voz baja.

—Se está burlando de mi navajo.

—¿Estabas hablando en navajo? Parecía que te estuvieras atragantando con la comida.

Nora contuvo su irritación. La anciana había apoyado la escopeta contra el lateral de la choza y ahora les estaba haciendo señas para que se acercaran.

—*Ahéhee' shimasani* —dijo Nora.

«Gracias, abuela».

Nora asintió a Corrie, que salió del coche y fue con ella hacia la mujer. Esta entró y les hizo un gesto para que la siguieran.

El interior de la caravana estaba impoluto y casi vacío, salvo por una gran bañera llena de agua hasta el borde, un hornillo de camping alimentado por una bombona de propano, dos bancos de madera junto a una mesa tosca del mismo material y una estufa de leña, afortunadamente apagada.

—Bienvenidas —dijo la anciana en un inglés correcto—. ¿Quieren café?

—Sí, por favor —dijo Nora, y Corrie se sumó—. Me llamo Nora Kelly, y esta es mi amiga Corrie Swanson.

La anciana ladeó la cabeza, pero no les dijo su nombre. Luego encendió el fuego para calentar una cafetera de hojalata y la señaló.

—*Gohwééh* —dijo.

«Café».

—*Gohwééh* —repitió Nora.

La mujer volvió a arrugar el rostro en una expresión divertida. Se acercó a un armario, sacó tres tazas esmaltadas y las colocó sobre la mesa, junto con un bote de cremora y otro de azúcar. Luego se sentó mientras se calentaba el café.

Se hizo un silencio. Nora ya había pasado suficiente tiempo con navajos como para saber que el silencio era habitual y no debía considerarse algo que hubiera que llenar con conversaciones triviales. De hecho, a menudo era una muestra de respeto. Aprovechó para observar a la mujer. Era difícil calcular su edad. Una vida entera bajo un sol intenso había producido un rostro profundamente arrugado, casi más de lo que Nora habría creído posible. En ese rostro destacaban unos ojos atentos como canicas negras, un mentón pronunciado, unos pómulos anchos y una mata de cabello gris recogida en un moño con una cinta de seda azul. La mujer vestía de forma tradicional: una blusa de terciopelo púrpura con un collar de flores de calabaza, pendientes de turquesa, un cinturón tejido de algodón y un largo vestido de percal naranja, todo de estilo muy antiguo. A Nora la sorprendió que dedicara tiempo y esfuerzo a vestirse así cuando nadie iba a verla, y especialmente con aquel calor. Decía mucho de su sentido de la dignidad y respeto por sí misma.

Cuando el café estaba caliente, la mujer se levantó para llenar las tazas. En la suya echó varias cucharaditas de azúcar y al menos

cuatro o cinco de cremora. Nora rechazó ambas cosas, pero Corrie vertió con entusiasmo grandes cantidades de cremora y azúcar.

Nora dio un sorbo y sonrió, aunque el café estaba horrible: debía de llevar días hirviendo en el hornillo. Entonces creyó que por fin era el momento de hablar.

—¿Vio todos los coches y autocaravanas que pasaron por aquí la semana pasada? —preguntó.

—Sí.

—Era un equipo de cine —dijo Nora—. Están rodando una película titulada *Steele*, un wéstern, en las tierras baldías.

—Eran autocaravanas muy elegantes —dijo la mujer con otra sonrisa desdentada.

—Encontraron algo allí. Restos humanos.

Al oír aquello, el rostro de la mujer se quedó inmóvil y la alegría se transformó en inquietud. No dijo nada. Nora sabía que los navajos se sentían extremadamente incómodos hablando de los muertos.

—Era una mujer, y falleció hace entre dos y siete años. Estamos intentando averiguar quién era.

La anciana empezó a moverse agitadamente y no respondió.

—Queremos poder decírselo a su familia.

Ante esto, la mujer preguntó:

—¿Dónde encontraron el cuerpo?

—Cerca de la base de esa meseta rocosa negra, siguiendo unos kilómetros por la carretera. La que parece un dedo rechoncho.

Ahora, el rostro de la mujer mostraba señales de alarma y negó con la cabeza un buen rato.

—Ese es un mal lugar. Un lugar de *ch'íjdii*.

Nora reconoció la palabra navajo para «fantasma».

—¿Puedo? —preguntó Corrie, que cogió un sobre marrón, sacó una fotografía de veinte por veinticinco centímetros que mostraba la reconstrucción facial de la víctima y se la tendió a la mujer—. ¿Ha visto alguna vez a alguien parecido por aquí?

La mujer cogió la fotografía y la observó con atención. Luego asintió lentamente.

—Estuvo aquí hace unos cinco años.

Corrie se inclinó hacia delante con excitación en el rostro.

—¿Cinco años? ¿Puede concretar más?

La mujer negó con la cabeza.

—El tiempo no es tan importante para mí, pero fue en algún momento del verano. La vi pasar caminando muy despacio por la carretera y me asusté. Tenía un aspecto muy extraño. No volví a verla.

—¿No supo que había muerto junto a esa roca negra?

—Yo nunca voy allí. —Se estremeció—. Ese es un lugar de *yee naaldlooshii*.

—Cambiapieles —tradujo Nora en voz baja para Corrie.

—Yo nunca voy allí —repitió la mujer.

Por lo que sabía Corrie, los cambiapieles eran una especie de brujos en la tradición navajo.

—¿Por qué es un lugar de cambiapieles? —preguntó.

La mujer parecía realmente asustada.

—No lo sé. Ha sido así desde el principio de los tiempos.

12

—¡Madre mía, ese tío debe de estar forrado! —dijo Skip mientras avanzaban por la entrada de una casa de adobe que se extendía por la cresta de una colina en el exclusivo barrio de Circle Drive, en Santa Fe.

Nora no respondió. Había dudado si llevar a Skip con ella. Su hermano menor a veces podía ser imprevisible y pesado, pero también tenía una habilidad especial para caer bien a la gente. Tras su desventura en la sierra de Manzano, había vuelto a su antiguo trabajo como responsable de colecciones en el Instituto Arqueológico de Santa Fe, y últimamente se quejaba de que su vida era aburrida. Aquella entrevista, pensó Nora, parecía una distracción inofensiva.

Condujo el Jeep hasta una zona impecablemente cubierta de grava frente a un muro de adobe con un enorme portón de madera de mezquite tallada y adornada con remaches de latón. Cuando aparcó, las puertas se abrieron y apareció el dueño de la casa, enmarcado entre ellas y mostrando una amplia sonrisa.

Edison Nash era un famoso coleccionista de objetos indígenas. Y, lo que era más importante para Nora, poseía las únicas dos piedras de relámpago de prasiolita que existían hasta que aparecieron las dos que Corrie había encontrado junto al cuerpo.

Nash era atlético y de rasgos marcados, con un cabello negro y rizado que le caía sobre la frente, e iba vestido con tejanos ajustados, una camisa también vaquera y botas de avestruz. Nora se sorprendió: teniendo en cuenta su polémico historial con la profesión arqueológica y con el instituto en particular, se esperaba a alguien mayor, más formal y distante. No imaginaba a alguien tan joven y moderno, ni tan afable.

Cuando bajaron del coche, Nash avanzó hacia ellos con la mano extendida.

—Usted debe de ser la doctora Kelly.

—Nora, por favor —dijo ella.

—Llámeme Edison.

Nash le estrechó la mano con energía y luego se volvió hacia Skip.

—Skip Kelly —dijo este, dándole la mano con igual entusiasmo—. ¡He oído hablar mucho de usted!

Nash los condujo por un sendero de losas de piedra hasta el interior de la casa, donde entraron en un vestíbulo gigantesco con paredes de yeso pulido y claraboyas en el techo. A un lado había un magnífico arcón tallado de estilo colonial español y, al otro, un retablo barroco mexicano que representaba la Inmaculada Concepción. Las paredes estaban decoradas con una colección heterogénea de objetos raros, entre los que Nora reconoció bolsas ceremoniales del pueblo cree, un tejido chilkat y varias máscaras de transformación kwakiutl: un conjunto de reliquias tan espectacular que se detuvo sin darse cuenta y se quedó mirando.

—Bienvenidos a mi colección —dijo Nash.

—Es extraordinaria.

—Hay bastante más —añadió con sequedad mientras los conducía por un pasillo hasta su despacho.

Aquel espacio era aún más impresionante, con las paredes cubiertas de espléndidos ejemplos de abalorios indígenas norteamericanos, parfleches pintados, máscaras, cunas ceremoniales decoradas y, según reconoció Nora sobresaltada, una camisa fantasma lakota extremadamente rara. Antes de la entrevista, Nora había repasado sus conocimientos sobre Nash y la historia de su colección. Él la había heredado de su abuelo, un industrial hecho a sí mismo que, en la última etapa de su vida, había recorrido el país comprando arte y objetos indígenas. Pero el nieto había superado al abuelo en su pasión por coleccionar arte indígena norteamericano y el joven Nash evidentemente había reunido la que podría ser la mejor colección privada de su tipo en el mundo.

—Por favor, siéntense.

Nash señaló varios sillones de cuero mullido y un sofá. Nora se sentó en el sofá y Skip hizo lo propio en un sillón cercano. Además de las vitrinas, había una chimenea tipo kiva en una esquina y una pared llena de libros al fondo de la estancia. Nash sacó una silla de detrás de su escritorio antiguo y tomó asiento. Luego entrelazó las manos, se inclinó hacia delante y dijo:

—No suelo recibir visitas del Instituto de Arqueología. Allí no parecen tenerme mucho aprecio.

—¿Por qué? —preguntó Skip con ingenuidad.

Nash soltó una risita.

—Sé tanto sobre objetos indígenas como cualquier arqueólogo, pero solo tengo una licenciatura. Eso no sienta muy bien a la gente que ha pasado años dejándose la piel en el sótano de un museo

para conseguir el doctorado. Y, además, me acusan de falta de ética, de pagar sumas elevadas por piezas importantes de arte indígena norteamericano. —Hizo un gesto con la mano—. Esos abejorros académicos siempre están zumbando a mi alrededor con desaprobación. Creen que solo los museos deberían poseer este tipo de piezas.

—De acuerdo —dijo Nora, consciente de que la conversación se estaba yendo por unos derroteros peligrosos.

Las malas relaciones entre Nash y el instituto habían empezado cuando este último rechazó una donación que él había ofrecido: una cesta pima prehistórica hecha de plumas que carecía de procedencia documentada; es decir, no había constancia del origen de tan inusual cesta, lo cual planteaba la posibilidad de que hubiera sido robada o adquirida ilegalmente.

Nora se apresuró a hablar de nuevo.

—Esperamos que pueda ayudarnos a rastrear el origen de dos objetos bastante raros que han salido a la luz recientemente.

—Por supuesto. Estaré encantado. Háble me de esos objetos.

—Son dos piedras de relámpago de prasiolita, como las dos que, según tengo entendido, posee usted.

Nash se mostró sorprendido por un instante, pero no tardó en recuperar la sonrisa.

—Vaya, eso sí que es un descubrimiento notable. ¿Puede contarme en qué circunstancias aparecieron?

Nora había reflexionado sobre cuánto debía revelar y había llegado a la conclusión de que sería útil que conociera al menos los hechos básicos.

—Estoy colaborando con el FBI en un caso y los detalles son confidenciales.

—¿El FBI? —Nash volvió a sorprenderse—. Ahora sí que me tiene intrigado. Por supuesto, todo lo que me cuente quedará aquí.

—Gracias. Las dos piedras fueron descubiertas junto a unos restos humanos en las tierras baldías de Ashislepah. Al parecer, la víctima las llevaba encima cuando murió hace unos cinco años. Me han pedido que intente averiguar de dónde procedían y cómo llegó a hacerse con ellas.

Nash se inclinó hacia delante con una expresión de gran interés.

—¿Cómo murió?

—No estamos seguros, pero parece que fue por exposición al calor.

—No me diga. —Nash pareció reflexionar un momento—. Y han venido a verme porque tengo las otras dos piedras conocidas.

—Así es.

—¿Le gustaría verlas?

Antes de que Nora pudiera responder, Skip añadió con entusiasmo:

—¡Claro que sí!

Nora le lanzó una mirada de advertencia, pero estaba demasiado entusiasmado para darse cuenta.

—Las guardo en una caja fuerte —dijo Nash, poniéndose en pie.

Nora y Skip también se levantaron y siguieron a Nash por un largo pasillo hasta una puerta anodina. Nash la abrió y, tras apartar unos abrigos viejos, dejó al descubierto una gran puerta de acero. Después introdujo un código en un teclado, giró una rueda, abrió la puerta con cuidado, metió la mano y encendió la luz.

—Joder —susurró Skip, mirando fijamente.

Era una cámara acorazada transitable de unos tres por cuatro metros y repleta hasta los topes de tesoros: pectorales de oro martillado, medallas de paz indígenas, pipas ceremoniales, cartas enmarcadas, fotografías históricas de líderes indígenas norteamericanos y muchos otros objetos extraños y valiosos. Al fondo, apoyado contra la pared, se alzaba un sarcófago de madera pintada que contenía una momia egipcia de tamaño natural con los brazos cruzados sobre el pecho. Una sección de una pared estaba cubierta de adornos de oro peruanos y colombianos, y otras estanterías albergaban pequeños cofres con tesoros: uno lleno de rubíes y esmeraldas sueltos, otro con montones de monedas de oro de veinte dólares Saint-Gaudens, y un tercero repleto de monedas de oro de cinco y diez dólares.

—Pasen —dijo Nash—. Hay sitio de sobra.

—¿Esos son lingotes de oro de verdad? —preguntó Skip, mirando hacia un rincón que había pasado desapercibido para Nora.

—Cien lingotes de un kilogramo cada uno —respondió con una risita—. Para cuando el castillo de naipes de Estados Unidos se venga abajo y el dinero fiduciario no valga nada. Tengo mucho oro. Por ejemplo… —Cogió una llave de la pared, abrió un armario metálico y deslizó un cajón para mostrar decenas de pepitas de oro sobre terciopelo negro, como si fueran huevos brillantes—. Pepitas auténticas, históricas, de los buscadores de oro de 1849, procedentes de Grass Valley y el río American. Casi todas las pepitas de aluvión se fundieron para convertirlas en lingotes; estas son de las pocas que sobrevivieron.

—¿Y la momia? —preguntó Skip—. ¿De dónde salió?

—Ah, es una compañera de viaje que recogí en Egipto —repuso.

Nora se dio cuenta de que Nash disfrutaba enormemente presumiendo de su colección y de que el entusiasmo de Skip no hacía más que animarlo. Pero necesitaba reconducir la conversación.

—Señor Nash, nos gustaría ver las piedras.

—Por supuesto.

Abrió otro cajón lleno de fetiches prehistóricos. El compartimento central estaba ocupado por dos piedras de relámpago casi idénticas a las que habían encontrado junto a la mujer fallecida y Nash las cogió.

—¿Quieren ver una demostración?

—Bueno… —empezó Nora, pero Skip la interrumpió, asintiendo con entusiasmo.

—Apague las luces, Skip, y cierre la puerta de la cámara.

Skip cerró la pesada puerta metálica y apagó las luces para sumir la cámara acorazada en la oscuridad.

Tras un breve silencio, se oyó un clic repentino y luego varios más en rápida sucesión. Cada vez, las piedras centelleaban con un fuego interno del más bello y misterioso tono verde lima, exactamente igual que las dos que había mostrado Nora a Corrie en el laboratorio del FBI.

—¡Impresionante!

—Luces.

Skip volvió a encenderlas.

Nash sostenía las piedras frente a él con una sonrisa juvenil en el rostro.

—Gracias —dijo Nora, pese a sentirse fascinada una vez más—. El FBI me ha pedido que averigüe la historia de sus piedras: dónde

fueron encontradas, quién las descubrió y cualquier cosa que pueda ayudar a identificar a la mujer y entender qué estaba haciendo.

—Por supuesto —dijo Nash, que devolvió las piedras al cajón y lo cerró con llave—. Volvamos a mi despacho.

Cuando estuvieron sentados de nuevo, Nash se inclinó hacia delante.

—Esas piedras proceden de la colección original de mi abuelo. Era un hombre hecho a sí mismo, sin formación académica: dejó los estudios en el instituto. Pero era un coleccionista brillante, con muy buen ojo, y adquirió piezas en los años treinta y cuarenta, antes de que se consideraran valiosas. Sin embargo, no era bueno llevando registros —añadió, extendiendo las manos—. Garabateaba información básica en un papel y lo metía en una caja junto con el objeto. En concreto, todavía conservo el papel correspondiente a esas piedras, pero lo único que dice es: «Gallina, Hibben, 1935».

—¿Hibben? —repitió Nora—. ¿Se refiere a Frank Hibben, el arqueólogo desacreditado?

—Exploró la zona de los gallina en los años treinta y escribió varias monografías sobre ella. El artículo que yo recomendaría es «Asesinato en la reserva gallina», publicado en la revista *Southwest Review* en 1951. Todavía puede consultarse a través de JSTOR.

—¿Está seguro de que su abuelo obtuvo esas piedras de Hibben?

Nash se encogió de hombros.

—Solo sé lo que pone en la nota. Según su propia obra publicada, Hibben recorrió toda la región a lo largo de su vida. Al parecer, no tenía inconveniente en quedarse con algunos de los objetos que encontraba o en regalarlos a amigos.

—¿No hay ninguna indicación de dónde procedían dentro de la zona de los gallina?

—Ninguna. El pueblo gallina vivía en un laberinto de cañones: el cañón Gallina era el epicentro, pero también se extendieron por el cañón del río Chama y por Mesa Golondrina. Toda esa región es increíblemente escarpada y, hoy en día, gran parte está protegida como zona natural. Los gallina eran una tribu extraña. ¿Sabe mucho sobre ellos?

—Solo un poco.

Entre los arqueólogos convencionales, los gallina eran considerados un grupo menor del que todos los demás indios pueblo renegaban como antepasados. El acceso a sus ruinas dispersas, a menudo situadas en acantilados inaccesibles, era difícil, y estudiar a los gallina no entrañaba ningún prestigio profesional.

—Parece que fueron aniquilados hacia el año 1200 de nuestra era. Toda la población fue masacrada. Hibben excavó algunas de sus ruinas y encontró esqueletos de personas que habían sido brutalmente asesinadas y descuartizadas, con los pies cortados, cráneos de bebés aplastados, algunos llenos de puntas de flecha. Sus casas fueron incendiadas y los muros de adobe quedaron ennegrecidos por el fuego.

—¿Qué cree que ocurrió? —preguntó Skip, entusiasmado.

—Nadie lo sabe. Es uno de los misterios de la arqueología del suroeste. Yo he desarrollado mis propias teorías, pero, claro, como no tengo un doctorado, lo que yo piense no cuenta.

—¿Qué opina usted? —preguntó Skip.

Nora reprimió una sonrisa. Skip estaba conectando de verdad con Nash, el cual, según pudo ver, disfrutaba de la atención recibida.

—Creo que los gallina andaban metidos en cosas turbias. Brujería, quizá. No es que yo crea en la magia negra, pero la brujería era una fuerza muy temida entre los pueblo y los navajos. Creo que los gallina eran gente peligrosa y que, en cierto momento, los pueblo decidieron exterminarlos. Sus kivas sagradas, esas cámaras circulares subterráneas que utilizaban para las ceremonias, fueron incendiadas y los murales de sus paredes fueron profanados y destruidos.

—Una especie de genocidio prehistórico.

—Podríamos llamarlo así —dijo Nash—. También tengo una colección de cuchillos de piedra de los gallina que obtuve de mi abuelo. Llevé a cabo análisis de residuos y los resultados mostraron sangre humana. Así que creo que incluso pudo haber sacrificios humanos.

—¿Como los aztecas?

—Exacto. ¿Quiere ver esos cuchillos?

—Sí —respondió Skip.

Nora se dio cuenta de que la conversación volvía a desviarse y sintió que ya había obtenido lo que necesitaba.

—No quiero ocuparle más tiempo —dijo, levantándose—. Deberíamos irnos. Son más de las cinco.

Vio que Skip parecía decepcionado.

—¿Y los cuchillos? —preguntó.

—Tengo que irme —dijo Nora.

Nash se volvió hacia Skip.

—Puede quedarse y echarles un vistazo, si quiere.

Nora se levantó y cruzó una mirada con Skip, pero dudó un momento. Skip necesitaba amigos y los había peores que Edison

Nash.

—No hay problema —dijo con una sonrisa—. Vosotros quedaos aquí y echad un vistazo a los cuchillos; yo sé salir sola.

—¡Genial! —dijo Skip—. Te veo luego en casa.

—Encantado de conocerla —terció Nash, que se levantó y le estrechó la mano.

Al irse, oyó la voz de Nash procedente del despacho.

—Skip, tanto hablar me ha dado sed. Tengo una botella de Don Julio Añejo…

Nora estuvo a punto de detenerse y volver a buscar a Skip, pero él nunca se lo perdonaría si lo humillaba de esa manera. Era un hombre hecho y derecho, por el amor de Dios.

Cerró la puerta y se dirigió al coche, apretando los dientes y arrepintiéndose súbitamente de haber llevado a Skip.

13

Corrie entró en la sala de reuniones intentando mostrarse lo más segura de sí misma posible. Los agentes Bellamy y O'Hara la estaban esperando, cada uno con su ordenador portátil y su maletín abiertos y algunos documentos extendidos sobre la mesa. Los dos agentes parecían casi gemelos, ambos rubios, altos y de aspecto nórdico, con el pelo rapado, trajes azules, camisas blancas y corbatas discretas. Tenían unos cuantos años más de antigüedad que ella, y pudo imaginar lo que sintieron cuando Sharp les dijo, en términos lacónicos que no daban lugar a preguntas, que ella era la agente al mando del caso. Había llegado a conocer razonablemente bien a los dos durante su última investigación, bastante sonada —el caso de la Montaña Muerta— y, pese al parecido físico, no podían ser más distintos. Bellamy era un quejica, machista y engreído de cuidado, mientras que O'Hara parecía más bien un tipo tranquilo y de fiar. Y, naturalmente, competían entre ellos, sobre todo ahora que les habían asignado un nuevo caso. Todos los casos del FBI tenían un nombre en clave, y este había sido bautizado como Tierras Baldías.

—Buenas —dijo Corrie, que dejó el maletín sobre la mesa, lo abrió y sacó su portátil y los documentos—. Me han dicho que hoy tienen cosas interesantes para mí. Pero antes… ¿café?

Aquella reunión podía alargarse, y ella misma se moría por una taza.

—Claro —respondió Bellamy—. El mío con leche y azúcar.

Corrie se dio cuenta demasiado tarde de la trampa en la que había caído. Pero antes de que pudiera formular una respuesta, O'Hara se levantó.

—¿Y usted, agente Swanson? ¿Cómo lo toma?

Ahora se sentía aún más incómoda por haber provocado involuntariamente aquella conversación absurda.

—¿Por qué no vamos cada uno a por el nuestro? —sugirió, con lo que esperaba que sonara a risa sincera.

Fueron por el pasillo hasta la pequeña cocina, se sirvieron café y volvieron a la sala de reuniones.

—Bien —dijo Corrie, adoptando un tono de supervisora—, soy toda oídos.

O'Hara estaba a punto de hablar, pero Bellamy lo interrumpió.

—Hemos avanzado mucho —dijo, tecleando en su portátil—. Utilizando el copiloto integrado en la última versión preliminar de NamUs, redujimos la lista de mil setenta y un nombres a trece.

—¿Trece? —dijo Corrie, sorprendida—. Eso es fantástico.

—Los tengo aquí mismo.

Bellamy sacó una carpeta del maletín, la dejó encima de la mesa con un golpe seco y la deslizó hacia Corrie.

Cuando la abrió, vio que contenía trece informes de personas desaparecidas, cada uno con una fotografía adjunta a la parte delantera. Los fue revisando, asombrada de que trece mujeres desaparecidas pudieran parecerse tanto a su reconstrucción forense. Cada informe incluía, además de la fotografía, gran cantidad de datos personales: direcciones, historial laboral, biografías, lugar

donde se las había visto por última vez, resúmenes de la investigación y, en algunos casos, mucho más.

—Esto es increíble —dijo Corrie, levantando la vista—. Supongo que no hay manera de acotarlo aún más, ¿verdad?

—No sin hacer conjeturas injustificadas —repuso O'Hara.

—Comprendo.

Hizo una pausa. Desde luego, era posible que la víctima real estuviera entre el millar de nombres que habían quedado descartados, pero tenía suficiente confianza en los copilotos beta de NamUs, cada vez más potentes, como para pensar que aquella docena larga era un buen punto de partida.

—Agente O'Hara, ¿usted qué opina?

O'Hara esbozó una leve sonrisa.

—Ya que lo pregunta, mi apuesta es la número tres. La número diez la sigue muy de cerca.

Corrie sacó el expediente número tres y le echó un vistazo. Joyce Pollard Black, treinta y ocho años, diseñadora web autónoma, Albuquerque. Desaparecida hacía seis años; licenciada en Antropología por la Universidad de Nuevo México; soltera.

Levantó la vista.

—¿Por qué ella?

—Es clavada a su reconstrucción. Más que las demás.

—Puede ser —interrumpió Bellamy—, pero las reconstrucciones forenses hay que tomarlas con cautela.

Sin decir nada, Corrie sacó el expediente de la número diez. Martha Jane Markey, treinta y nueve años, profesora de Ciencias Sociales en un instituto, Corrales. Licenciada en Antropología por la

Universidad Estatal de Nuevo México; soltera; desaparecida hacía cinco años.

—¿Y por qué ella?

—Licenciada en Antropología, daba clases de Ciencias Sociales, soltera. Pero sobre todo porque sus padres habían fallecido y no tenía hermanos, lo cual significa que nadie presionó para que se llevara a cabo una investigación exhaustiva sobre su desaparición. Si mira el expediente, verá que la investigación fue superficial. Y tenía un problema de drogas. Fue detenida por posesión de opioides.

Corrie leyó la biografía y vio que los padres habían muerto en un accidente de tráfico cuando ella tenía dieciocho años. Examinó el resto de la carpeta, pero no encontró nada más a lo que agarrarse. No había ninguna prueba concluyente, pero no podía permitirse ignorarlo.

—Tiene buena pinta —dijo a O'Hara—. Vale la pena investigarlo sobre el terreno.

Luego miró a Bellamy, que parecía ansioso por decir algo.

—¿Y usted, agente Bellamy? ¿Qué opina?

—La número uno —respondió.

Corrie cogió el expediente. Molly D. Vine, cuarenta años, profesora de Ciencias en un instituto. Máster en Antropología por la Universidad de Nuevo México; vivía en Tesuque; desaparecida hacía cinco años.

—¿Y sus razones?

—Mire la página tres.

Fue a la página en cuestión y leyó por encima la breve biografía que contenía.

—¿Qué pasa?

—Iba a hacer un doctorado en Antropología y, de repente, lo dejó. ¿Por qué? Y compare la fotografía con su reconstrucción.

Curioso viniendo del tipo que acababa de mostrar su escepticismo respecto a ese tipo de trabajo forense. Corrie cotejó ambas imágenes y no encontró nada que le llamara la atención.

—La número uno tiene los ojos marrones. Y, de todas las fotografías, es la que menos se parece a la reconstrucción.

—¿Y qué? —terció Bellamy con tono desafiante—. Su propio informe decía que solo el setenta por ciento de las rubias naturales tienen los ojos azules. Eso deja un treinta por ciento con otro color.

Aunque se sentía molesta, Corrie debía reconocer que tenía razón.

—Y el mentón es igual. Raro, puntiagudo, como en su reconstrucción. Ninguna de las otras lo tiene. Ese es el rasgo facial en el que me estoy fijando.

Corrie apretó los dientes, pero no dijo nada.

—Ahora eche otro vistazo a la biografía. Muestra inestabilidad en su vida, y no solo porque abandonara repentinamente los estudios. Su padre se fue de casa cuando ella tenía dos años. Se volvió a casar y desapareció completamente de su vida. Eso debió de doler. Y mire esto: ¿casada a los veinte y divorciada a los veintiuno? Eso es una señal de alarma. Es profesora de Ciencias, pero cambió de instituto tres veces en nueve años y se mudó de domicilio cuatro veces. ¿Inquieta? ¿Infeliz? Si estamos buscando a alguien con probabilidades de tirar la toalla, internarse en el desierto, desnudarse por completo y morir abrasada por un golpe de calor, mi apuesta es ella.

Una vez más, Corrie tuvo que reconocer que, pese a lo irritante que le resultaba la fanfarronería de Bellamy, el agente estaba

diciendo cosas con cierto sentido. Volvió a la biografía de Vine y la leyó con más atención. Puede que Vine hubiera abandonado el programa de doctorado, pero sí obtuvo el máster en Antropología y, más tarde, el certificado de docencia. Esta vez leyó con más detenimiento, interesada en ver el tema de su tesis de máster en la Universidad de Nuevo México. Y allí estaba, mirándola fijamente: «La fase cultural chacoana tardía en el norte de Nuevo México».

Se puso rígida. ¿Era aquella la prueba decisiva que estaba buscando? La cultura gallina pertenecía al periodo chacoano tardío.

—Así que —dijo Bellamy con satisfacción y golpeando el expediente con el dedo de forma irritante—, la número uno, esa tal Molly D. Vine, es su víctima. Estoy convencido.

Corrie lo miró, sorprendida al descubrir que Bellamy no era tan inútil después de todo, y comprendió que acababa de aprender una valiosa lección: no hacer suposiciones sobre el trabajo de otro agente solo porque fuera un capullo.

—Agente Bellamy —dijo—, creo que tiene razón.

14

—Entonces, ¿ya has descubierto el manuscrito perdido de *Götterdämmerung*? —preguntó Mark Finch con su habitual buen humor y levantó la vista cuando Nora entró en el estudio insonorizado del instituto.

—No, pero tengo un enigma para ti.

El pequeño estudio de grabación del instituto había sido actualizado recientemente con una mesa de mezclas digital de treinta y dos pistas, un conjunto de micrófonos de alta gama y nuevo software y hardware profesional de audio. Todo había sido posible gracias a la donación de cien millones de dólares —y al puesto de asesor que la acompañaba— que el novio de Nora, Lucas Tappan, había concedido al instituto. El momento de la modernización del estudio resultó ser perfecto: Nora había estado husmeando en una de las zonas de almacenamiento más antiguas, buscando una espada de conquistador que supuestamente habían desenterrado un siglo antes. En lugar de la espada, se encontró con algo mucho más valioso: un viejo armario de madera cuyos cajones estaban llenos de cajas de cartón que contenían cilindros de color anaranjado envueltos en papel. Eran cilindros de cera —el método original de grabación de sonido— que databan de la década de 1890. Los había grabado uno de los primeros etnólogos del instituto, llamado Morrisby, y la colección incluía cantos de las tribus pueblo,

zuni y hopi. Se encontraban en un estado impecable, pues los cilindros apenas se habían reproducido, si es que se habían reproducido alguna vez, antes de quedar olvidados en el almacén.

Había sido un descubrimiento extraordinario y nadie estaba más entusiasmado que Mike Finch, el ingeniero de sonido a tiempo parcial del instituto.

Nora también estaba fascinada. De pequeña tocaba el oboe y la flauta, y supervisar el proceso de catalogación le permitiría combinar su amor por la música con la antropología. La mayoría de los cilindros estaban documentados en un cuaderno de registro hallado en el armario, donde Morrisby había anotado cuándo y dónde se habían grabado y qué significaban dichas grabaciones. Había cantos de cosecha, cantos sobre los kachina y la caza del ciervo, ceremonias de sanación, melodías nupciales y mucho más: un auténtico tesoro de la música indígena norteamericana. Algunas grabaciones consistían en cánticos o recitados rituales, otras eran piezas de percusión, mientras que unas pocas contenían melodías interpretadas con flautas indígenas. Escuchar aquellas canciones antiguas que llegaban desde el más allá —música y voces que de otro modo se habrían perdido en el tiempo— era una experiencia asombrosa y profundamente conmovedora.

El mayor obstáculo para catalogar aquel hallazgo inesperado era el primer paso: cómo transferir el sonido de los frágiles cilindros de cera, con unos ciento treinta años de antigüedad, a un ordenador donde pudiera procesarse. Los equipos para transferir cintas de audio o tocadiscos para reproducir vinilos antiguos eran fáciles de encontrar, pero el cilindro de cera era una tecnología tan anticuada que la única solución aparente era reproducirlos en un fonógrafo

original, recoger el sonido mediante micrófonos de condensador y enviarlo a una estación de trabajo de audio digital, una solución muy poco ideal, no solo porque se perdería calidad en el proceso, sino porque cada vez que se reproducía un cilindro se dañaba la cera. Un cilindro podía quedar inutilizado después de tan solo diez o quince reproducciones.

Un poco de investigación por parte de Nora reveló una solución distinta: una empresa especializada en restauración de audio en soportes obsoletos que había construido una moderna máquina de transferencia de cilindros de cera. En poco tiempo, una de aquellas máquinas exóticas y caras fue instalada en el estudio y Mike Finch se lanzó a utilizarla con entusiasmo y llevaba semanas trabajando intensamente con ella.

Pero, aquel día, Nora había llevado un cilindro especial que quería que Finch reprodujera y que ella misma deseaba escuchar. Era un curioso cilindro de cera y se lo entregó.

—¡Un enigma! Ya era hora —dijo Finch, frotándose las manos de alegría mientras su alborotada melena negra se movía a causa del entusiasmo. Lo examinó desde distintos ángulos, sujetándolo con cuidado por los bordes—. No creo que lo haya reproducido nadie desde que se grabó. ¿Qué dice la documentación?

—No mucho.

Nora señaló una etiqueta pegada a la parte superior de la caja y escrita con una caligrafía del siglo XIX:

para repeler a los cambiapieles
no reproducir

—¿Qué es un cambiapieles? —preguntó Finch.

—Son una especie de brujos de las tribus pueblo o navajo, hombres o mujeres, que adquieren poderes malignos matando a personas y sacrificándolas a dioses perversos. Al menos es lo que tengo entendido. Están rodeados de misterio, y nadie que sepa algo quiere hablar de ellos.

Según sabía Nora por experiencia propia, los cambiapieles no eran cosa de broma. Incluso hoy en día, muchos indígenas del desierto profundo creían en ellos y los temían.

—Suena interesante. ¿Dónde lo encontraste?

—Casi se me pasa por alto. Estaba separado del resto, escondido detrás de un cajón. No hay ninguna referencia a él en el cuaderno de registro.

—¿Quieres escucharlo ahora?

—Por supuesto.

—¿Estás segura? Pone que no se reproduzca. Igual te roba el alma o algo así —dijo, guiñando un ojo.

—Creo que sobreviviremos si lo escuchamos solo esta vez —repuso Nora.

Finch empezó a preparar el equipo y, sabiendo que aquello llevaría un rato, Nora se sentó en una de las sillas de la mesa de mezclas. Observó cómo Finch seguía su lista de comprobaciones mientras le explicaba excitadamente lo que estaba haciendo, aunque no entendía la mitad: evaluar el cilindro en busca de eflorescencias, surcos excéntricos o muescas; tomar medidas antes de deslizar el cilindro sobre el eje especial; determinar la aguja adecuada y ajustar el ángulo de seguimiento vertical. Luego, con un gesto teatral, encendió el preamplificador, los convertidores y el programa de

audio del ordenador y, girando en la silla, dejó el dedo suspendido sobre un interruptor.

—¿Lista para digitalizar una copia de conservación?

Nora asintió.

Finch ajustó la ganancia y colocó con delicadeza la aguja sobre el extremo inicial del blando cilindro de cera. Una melodía interpretada con una flauta pueblo empezó a brotar de los altavoces de la sala de control y sonaba sorprendentemente nítida. Mientras vigilaba el cilindro giratorio para cerciorarse de que la aguja no saltara sobre ningún surco dañado, Nora se dio cuenta enseguida de que aquella melodía era algo fuera de lo común. Notó que se basaba en la escala pentatónica, como la mayor parte de la música pueblo. Pero la pieza añadía varios intervalos musicales que quedaban fuera de las normas occidentales. Era extraña e inquietante, más perturbadora que hermosa, y empezó a notar una sensación extraña en el estómago. A medida que la melodía avanzaba, se volvió más rápida y atonal hasta extinguirse lentamente en una secuencia de acordes aumentados de un aire sobrenatural.

Cuando terminó, incluso Finch se quedó en silencio. Entonces llegó una voz desde la puerta.

—Pero ¿qué carajo era eso? ¿Charles Ives colocado?

Era Skip. Debía de haberse colado en la cabina mientras Nora y Finch estaban ocupados preparando el cilindro.

—Nora —dijo, sentándose sin invitación en la mesa de mezclas—, deberías aprender esa pieza con la flauta o el oboe. Es una locura.

Finch retiró el cilindro de cera del eje con el mismo cuidado con que lo había colocado y lo depositó sobre una base de papel libre de

ácido. Luego toqueteó botones un momento y apagó varias máquinas.

—Pro Tools ha mejorado mucho a la hora de generar partituras a partir de grabaciones digitales —dijo—. Me pregunto si podrá manejar esos extraños intervalos de cuartos de tono.

—Pruébalo —dijo Skip—. Yo sacaré una progresión de acordes con mi ukelele y Nora tocará la melodía. Seremos como Billie Eilish y su hermano, como se llame.

—Un momento.

Finch se acercó al ordenador. Durante uno o dos minutos, la sala de control del estudio quedó en silencio, salvo por el repiqueteo de las teclas. Después, una impresora cercana empezó a zumbar y Nora vio salir una partitura en notación estándar, con marcas especiales para los cuartos de tono.

—Déjame ver eso.

Skip la cogió.

—Nora —dijo después de echarle un vistazo— ¡esto nos va a meter en el top diez de Billboard!

A veces le costaba saber cuándo su hermano hablaba en serio o en broma. Pero le encantaba trastear con el ukelele por las tardes y se preguntó si aquello acabaría convirtiéndose en otro de sus proyectos disparatados.

—Nos vemos en los Grammy —dijo antes de irse con la partitura.

Finch se volvió hacia Nora.

—Juraría que sigo teniendo alma.

Nora soltó una risa algo forzada, todavía consciente de la inquietante sensación que la música le había dejado en el estómago.

15

La finca de los Vine en Tesuque, Nuevo México, era un antiguo rancho de construcción irregular, apartado de la carretera del pueblo y con campos de regadío delante, un establo para caballos peligrosamente inclinado, corrales y dependencias desgastadas por el tiempo. En opinión de Corrie, poseía un encanto pintoresco: pese a su aspecto destartalado, desprendía un aire de riqueza comedida. Antes de viajar a Tesuque, había llevado a cabo una pequeña investigación sobre aquella bonita localidad. Más o menos desconocida para el gran público, se había convertido en un refugio discreto para estrellas de cine como Robert Redford, miembros de la realeza europea, multimillonarios y otros famosos que buscaban privacidad.

Cuando entró en la zona cubierta de grava que había frente a la casa, Corrie sintió un nudo en el estómago al pensar que tendría que dar a la madre de Molly la noticia de su muerte. Revisando los expedientes, constató que la mujer no solo había denunciado la desaparición de Molly, sino que había hecho un seguimiento constante del caso. También era muy consciente de que, aunque Molly cumplía todos los requisitos para ser la víctima, se encontraba en la incómoda situación de tener que explicar a la madre las extrañas circunstancias del fallecimiento.

Detuvo el coche frente al porche de madera que recorría la fachada de la vieja casa de adobe, subió los ruidosos escalones hasta la entrada principal y llamó. La puerta se abrió casi de inmediato, y una mujer que solo podía ser la madre de Molly apareció en el umbral con una expresión estoica en el rostro. Catherine Vine vestía como la amazona que evidentemente era: pantalones y camisa vaqueros, botas y un pañuelo al cuello sujeto con un pasador de plata y turquesa. A pesar de tener setenta años, conservaba muy buena presencia.

—Gracias por venir —dijo con un suave acento texano. Luego se volvió y llevó a Corrie hasta el salón—. Por favor, siéntese.

Corrie tomó asiento y la señora Vine hizo lo mismo. Luego entrelazó las manos y se la quedó mirando con una intensidad desconcertante.

—Han encontrado a mi hija, supongo.

—Sí, señora Vine. Creo que sí —respondió Corrie.

La mujer esperó, con las manos entrelazadas y unos ojos grises atentos y penetrantes. Era evidente que se trataba de una persona pragmática a la que no le gustaría una retahíla de condolencias ni una charla trivial, así que Corrie fue directa al grano y le explicó cómo y dónde habían encontrado los restos. La madre escuchó con atención absoluta, inclinada hacia delante, y su rostro anguloso apenas mostraba emoción. Corrie terminó explicando que la mujer se había desnudado y, por último, mencionó el hallazgo de las piedras de relámpago y su naturaleza.

Luego se hizo un breve silencio.

—¿Tiene alguna pregunta, señora Vine? —dijo Corrie tras lo que consideró un intervalo adecuado.

La mujer la miró fijamente.

—Tengo muchas preguntas, aunque creo que ninguna que usted pueda responder, al menos por ahora. Pero —añadió— estoy segura de que usted sí tiene preguntas. Estoy dispuesta a hacer todo lo que pueda para ayudarla a encontrar respuestas.

—Se lo agradezco mucho —dijo Corrie—. ¿Se siente con fuerzas para continuar ahora? Siempre puedo volver más tarde si este es un momento difícil.

—No es más difícil que los últimos cinco años, soportando investigaciones chapuceras, agentes de segunda categoría y departamentos de policía poco implicados. Percibo en usted, agente Swanson, a alguien a quien de verdad le importa. Por fin.

—Lo siento —dijo Corrie, cuidándose de mostrar alguna reacción ante aquel cumplido inesperado—. Gracias por su confianza.

La mujer asintió con firmeza y Corrie sacó la libreta en la que había anotado sus preguntas.

—Antes de irme, necesitaré tomarle una muestra de ADN a modo de confirmación legal.

La mujer asintió.

—¿Le importaría darme algunos detalles sobre la situación vital de Molly más o menos durante el año anterior a su desaparición? Estamos intentando hacernos una idea de lo que condujo a su… caminata por el desierto.

—Molly enseñaba Literatura Inglesa en el instituto de Santa Fe. Se desplazaba hasta allí desde Tesuque.

—Parece que cambiaba de puesto docente con frecuencia. ¿Había alguna razón?

La mujer suspiró.

—Ya desde muy joven, Molly era inquieta. Era una buscadora, alguien que cuestionaba las cosas. Siempre pensaba que un cambio ayudaría a que todo fuera mejor.

—¿Por qué abandonó el doctorado? —preguntó Corrie.

La mujer se encogió de hombros.

—Ojalá lo supiera. Estaba muy entusiasmada con el tema, con el profesor y con el trabajo de campo y, de repente, lo dejó todo. Después de eso, anduvo un poco a la deriva y probó suerte como modelo y actriz. Finalmente, cuando le corté la financiación, volvió a estudiar y obtuvo el certificado de enseñanza, pero sin mucho entusiasmo.

—¿Vivía aquí, en Tesuque?

—Sí, pero no conmigo. Por alguna razón, nos fuimos distanciando. O, mejor dicho, ella se distanció de mí, no sé por qué. Tenía una casita en el pueblo y venía de vez en cuando a cenar. Pero se volvió reservada, y nada de lo que hice para evitarlo parecía servir de mucho. —La mujer guardó silencio un momento—. No tuvimos ninguna discusión; simplemente, nos fuimos alejando.

—Pero ¿habló con ella para averiguar si estaba ocurriendo algo o si tenía alguna preocupación?

—Lo intenté, pero respondía con evasivas.

—Su máster era en Arqueología —dijo Corrie—. La cultura gallina, creo.

—Sí, estaba muy interesada en los gallina. Pasó unos cuantos veranos haciendo trabajo de campo en esos cañones remotos. Nunca pude entender por qué lo dejó. Todo lo que había oído hasta entonces indicaba que su trabajo era brillante. Su director de tesis era Carlos Oskarbi, ya sabe.

A Corrie no le sonaba el nombre.

—¿Oskarbi?

—El autor del libro sobre los indios totonacas de México, una obra fundamental. Lo vi unas cuantas veces cuando Molly trabajaba con él. Era un hombre interesante.

—¿Sigue enseñando en la Universidad de Nuevo México? —preguntó Corrie. Era alguien con quien, obviamente, tendría que hablar.

—No. Dejó la universidad hace años y volvió a México.

Corrie consultó sus notas.

—¿Qué puede decirme acerca de la investigación sobre su desaparición?

Vine se reclinó en el asiento con una expresión de disgusto.

—Fue una pesadilla de superficialidad. Desde el principio, la policía y los investigadores dejaron claro que no tenían el menor interés. Supusieron que se había marchado a algún sitio, sin duda para alejarse de su madre rica y dominante.

—¿Y qué papel tuvo el padre de Molly?

La expresión de disgusto se intensificó.

—La última vez que supe algo de él, hace veinte años, era un borracho sin rumbo que vivía en la playa de Hawái. Dudo que sepa que desapareció, suponiendo que siga vivo.

—Entonces, ¿no tiene sus datos de contacto?

—No.

Corrie repasó sus notas. Las preguntas que quedaban eran cada vez más incómodas.

—¿Su hija expresó alguna vez ideas suicidas o intentó quitarse la vida?

—No.

—¿Recibió alguna vez tratamiento por depresión o por algún problema psicológico?

—Que yo sepa, no. Creo que acudió a un terapeuta una temporada después de abandonar el doctorado, pero ese era solo uno de los muchos temas de los que no quería hablar conmigo.

—¿Sabe el nombre del terapeuta, por casualidad?

—No, pero si está insinuando que Molly se suicidó, puedo asegurarle que no fue así.

—Perdone la pregunta, pero ¿cómo puede estar tan segura? En muchos aspectos, adentrarse en el desierto como hizo ella parece un acto voluntario.

La mujer abrió más los ojos, mostrando el blanco.

—Puede que últimamente no estuviera tan unida a mi hija como antes. Pero, tuviera los problemas que tuviera, mantenía un carácter firme. Siempre. Al menos, eso sí se lo inculqué. No tiraría su vida por la borda inútilmente. No lo haría por impulso como sí parecen hacer las personas que se ahorcan en el baño.

Parecía un buen momento para cambiar de tema.

—¿Le importaría decirme cuál es el origen de la fortuna de su familia?

La mujer se quedó desconcertada.

—¿Qué relevancia tiene eso?

—Probablemente ninguna, y de nuevo le pido disculpas por lo intrusivo de las preguntas, pero necesitamos recabar toda la información posible. No podemos saber de antemano qué podría ser importante más adelante.

—Petróleo —dijo bruscamente—. Texas.

Corrie lo anotó.

—Hace dieciocho años, Molly se casó y se divorció. ¿Puede contarme algo sobre eso?

—Uf. Acababa de terminar la carrera y se casó precipitadamente. Poco después de empezar el doctorado, se dio cuenta de que era un inútil y se lo quitó de encima.

—¿Por qué se casó con él?

—Yo también me lo preguntaba. No tenía ninguna virtud aparente. Absolutamente ninguna. A lo mejor la tenía grande.

Corrie ocultó su sorpresa fingiendo tomar notas.

—¿Puede darme su nombre?

—Kenneth Curtis.

—¿Molly tenía pareja en el momento de su desaparición?

—Que yo sepa, no.

—¿Algún amigo cercano?

—Conservaba algunos amigos de su época en la Universidad de Nuevo México. Tengo su vieja libreta de direcciones y puedo buscarlos.

—¿Podría prestármela?

La mujer dudó.

—Supongo que sí.

Se levantó, fue a un gran armario situado al otro lado del salón y lo abrió con llave. Corrie vio que estaba lleno de recuerdos: diplomas de graduación, fotografías enmarcadas, un paquete de cartas, algunos libros, una tesis encuadernada, pequeños objetos y un oso de peluche muy gastado. Sin duda, era una especie de santuario dedicado a su hija.

—Perdone, señora Vine. ¿Le importaría que tomáramos prestado parte de ese material?

La mujer se dio la vuelta.

—Es lo único que me queda de mi hija. Me dolería perderlo.

—Lo entiendo, pero somos expertos en el manejo de pruebas. Enviaré a nuestro equipo forense y harán un inventario de cada objeto y lo embalarán con cuidado. Le prometo que lo recuperará todo en cuanto lo hayamos revisado.

Corrie se la quedó mirando y, por primera vez, atisbó la profundidad de la angustia que encerraban aquellos ojos grises. El dolor empezaba a abrirse paso a través de la fachada de aquella aguerrida mujer de Texas.

—De acuerdo —dijo mientras sacaba una libreta de direcciones y un peine del santuario improvisado—. Molly conocía bien el desierto. Jamás se habría adentrado en él sin estar preparada, a menos que tuviera una razón. Y yo rezo para que encuentren esa razón.

16

—Ah, sí —dijo Ralph Lemmon—. Claro que recuerdo a Molly.

El profesor de Arqueología estaba recostado en la silla de su despacho, detrás de una mesa abarrotada y con las piernas cruzadas. Llevaba una americana de tweed arrugada con coderas de cuero y unas gafas sucias, el pelo prematuramente encanecido recogido en una coleta, unas patillas pobladas y los hombros salpicados de caspa. Los calcetines no iban a juego.

Nora ocupaba el sofá junto a Corrie, que llevaba en la mano el teléfono móvil del FBI para grabar la conversación. El despacho era claustrofóbico: revistas y libros se apilaban en torres inestables y la mesa estaba cubierta de papeles sueltos. Incluso habían tenido que despejar libros del sofá para poder sentarse. Corrie había pedido a Nora que, como colega del mundo académico, llevara la iniciativa en el interrogatorio de Lemmon. El ADN del peine se había secuenciado y ya no quedaba ninguna duda: los huesos del desierto pertenecían a Molly Vine. La principal razón por la que estaban entrevistando a Lemmon era que ocupaba la cátedra Morris F. Cliffe de Estudios Americanos, un puesto que en su día había ostentado Oskarbi, el director de tesis de Vine. Pero Nora no se alegraba especialmente de estar allí: había dormido mal la noche anterior, sobre todo por culpa de aquella extraña melodía del cilindro de cera que habían

digitalizado, la cual no dejaba de colarse una y otra vez en sus sueños. Ahora estaba cansada y nerviosa.

—¿Cuándo cursó Vine un posgrado aquí? —preguntó.

—Déjeme pensar —dijo Lemmon—. Yo obtuve el doctorado en 2009 y ella acababa de llegar como estudiante de posgrado, así que eso sería hace dieciséis años. Era una de las admiradoras de Oskarbi.

—¿Admiradoras? —preguntó Nora—. ¿En qué sentido?

—A Oskarbi le gustaba rodearse de chicas guapas. Le iban esas cosas.

—¿Se acostaba con ellas? —preguntó.

Ante eso, Lemmon soltó una risita.

—No me sorprendería.

—¿Y qué le hace pensar eso?

—Oskarbi tenía mucho encanto: era atractivo, divertido, carismático y con muchas historias interesantes sobre su vida. Además, por aquel entonces era bastante famoso gracias al libro que había escrito. Había ganado mucho dinero con él, y sus estudiantes lo idolatraban. No era mal tipo, la verdad, y si se acostaba con alguna de ellas, estoy seguro de que era consentido. Todas eran estudiantes de posgrado de veintitantos años, así que no se estaba tirando a alumnas de grado. —Se encogió de hombros—. Simplemente era ese tipo de hombre.

A Nora le pareció detectar un leve atisbo de envidia en su voz.

—Más concretamente, ¿Molly se acostaba con él?

—No tengo ni idea, pero estoy seguro de que él lo habría hecho si hubiera podido. Era una criatura espectacular.

«Criatura». Corrie dejó pasar el comentario.

—¿Tiene idea de por qué abandonó el programa?

—Exactamente no, pero es posible que tuviera algo que ver con el regreso de Oskarbi a México, donde retomó su…, eh…, discipulado —dijo con un resoplido.

—¿Cuándo fue eso?

—Hará unos doce años. Según recuerdo, Molly había cumplido todos los requisitos del doctorado salvo la propia tesis. Un caso clásico de TMT.

—¿TMT? —intervino Corrie.

—Todo menos la tesis —dijo Lemmon con aire despreocupado—. No es infrecuente. Pero, en su caso, no creo que fuera la redacción de la tesis lo que la bloqueó. Creo que fue que Oskarbi se marchara así, prácticamente sin previo aviso. Era de esperar: no tenía la disciplina necesaria para quedarse mucho tiempo en el mundo académico. Naturalmente, fue una irresponsabilidad abandonar a sus estudiantes, pero siempre fue un tipo inconstante. Demasiado peyote, tomado con «fines de investigación».

Hizo el gesto de las comillas y se echó a reír.

—¿Mantuvo contacto con ella después de que abandonara el programa? —preguntó Corrie.

—No, pero creo que siguió relacionándose con el grupo de Oskarbi. Eran un círculo cerrado después de haber hecho trabajo de campo juntos todos los veranos. La mayoría sigue por aquí. Ahora, algunos son profesores, dos de ellos aquí mismo, en la Universidad de Nuevo México. Otros se dedicaron a la arqueología contractual. —Hizo una pausa—. Deberían hablar con Olivia Bellagamba. Ahora es directora del Centro de Arqueología, pero por entonces era una de las discípulas de Oskarbi.

—¿Todas esas admiradoras eran mujeres? —preguntó Nora.

—No, no. También había hombres. No se acostaba con los chicos, o al menos eso creo, pero todos lo adoraban.

Nora repasó sus notas.

—¿Y Molly hacía trabajo de campo todos los veranos?

—Así es. Oskarbi dirigía una escuela de campo de la Universidad de Nuevo México y cada verano se llevaba a un grupo de estudiantes de posgrado a una excavación. Se internaban a pie en zonas remotas y acampaban allí un par de semanas. Supongo que sería bastante divertido: desenterrar cosas interesantes durante el día, cócteles alrededor de la hoguera por la noche y meterse en tiendas ajenas a oscuras.

Volvió a soltar una risa cínica.

—¿Adónde iban?

—A la zona cultural gallina, en esos cañones que hay a lo largo del curso alto del río Chama. Allí hay literalmente miles de ruinas, en su mayoría desconocidas y sin estudiar. Esa era la especialidad de Oskarbi: los gallina, una cultura bastante misteriosa.

—¿Misteriosa? ¿En qué sentido?

—Ese no es mi campo de investigación —dijo Lemmon con un resoplido que a Nora le pareció despectivo—. Deberían hablar con Olivia. Ella es la experta.

La profesora Olivia Bellagamba ocupaba un despacho luminoso en una esquina del Centro de Arqueología, con ventanas que daban al campus y al perfil escarpado del pico Sandía. Bellagamba era delgada y elegante, y llevaba un traje formal de lana gris, blusa de

seda, perlas caras y zapatos de tacón Louboutin. No podía contrastar más con el desaliñado Lemmon. A Nora le recordaba más a la consejera delegada de una empresa de alta costura que a una arqueóloga de campo.

Bellagamba recibió a Nora y a Corrie de inmediato y las invitó a pasar a una zona de estar de su espacioso despacho mientras un ayudante se acercaba para preguntar si querían café, té o agua. Una vez acomodadas con las bebidas —café para Corrie, Perrier para Nora—, Bellagamba tomó asiento frente a ellas, cruzó las piernas, entrelazó las manos y preguntó con frialdad:

—¿En qué puedo ayudarlas?

Nora volvió a tomar la iniciativa y explicó que estaban investigando la misteriosa desaparición y muerte de una antigua compañera de Bellagamba. Expusieron brevemente las circunstancias del fallecimiento de Molly Vine mientras la mujer escuchaba con atención. Finalmente, Nora pasó a las preguntas.

—¿Conocía bien a Molly? —preguntó.

—Sí, bastante —respondió Bellagamba—. Éramos todas estudiantes de posgrado.

—Bajo la dirección del profesor Carlos Oskarbi, según tengo entendido.

—Así es.

—¿Tiene idea de por qué pudo adentrarse en el desierto de esa manera?

—En absoluto —dijo Bellagamba—. Tenía mucha experiencia en ese terreno. No le encuentro el sentido.

—Nos interesa saber más acerca de su investigación sobre la cultura gallina.

—Eso era por el profesor Oskarbi. Estaba fascinado por los gallina y nos contagió ese interés a todos.

—Cuéntenos más sobre ellos. Tengo entendido que esa cultura está rodeada de cierto misterio.

—Eso es quedarse corto. Para empezar, los gallina eran diferentes de las antiguas culturas pueblo que los rodeaban: distinta cerámica, distintas viviendas y distinta forma de vida. Quiénes eran, qué lengua hablaban y de dónde procedían sigue siendo un misterio. Prosperaron durante unos doscientos años en un complejo de cañones escarpados del noroeste de Nuevo México y, al parecer, fueron invadidos y aniquilados hacia el año 1200 de nuestra era. Fue brutal. Los primeros informes de las excavaciones hablan de los innumerables esqueletos de personas que habían sido apaleadas hasta la muerte, descuartizadas y quemadas: hombres, mujeres y niños. Las kivas sagradas habían sido profanadas e incendiadas. Y ninguna tribu pueblo actual afirma descender de los gallina; más bien todo lo contrario. Solo por eso ya es extremadamente curioso.

—Tengo entendido que Oskarbi dirigía una escuela de campo allí.

—El profesor tenía sus teorías sobre lo ocurrido. —Pronunció la palabra «profesor» como si se tratara de un título casi sagrado—. Realizó muchas excavaciones con sus estudiantes para intentar arrojar algo de luz.

—¿Y lo consiguió?

—Por desgracia, se fue antes de poder publicar sus resultados.

—Hemos oído que su marcha fue bastante repentina. ¿Por qué dejó la universidad exactamente?

Hubo una pausa.

—Por muy fascinado que estuviera con la cultura gallina, su interés primordial lo constituían los totonacas y su religión del peyote, o al menos a mí me lo parecía. Estaba obsesionado con esa cultura indígena y en la escuela de campo hablaba con frecuencia de volver allí. Sin duda retomó sus estudios anteriores con su maestro espiritual, don Benicio.

—Molly era parte de esa escuela de campo, ¿verdad?

—Todos lo éramos como estudiantes de posgrado.

—¿Cómo funcionaba?

—Era una escuela de campo típica. El profesor Oskarbi identificaba un yacimiento en la zona que quería excavar y nosotros nos internábamos a pie, levantábamos un campamento y excavábamos durante un par de semanas.

—¿Cuándo fue eso?

—Cuatro veranos, hace unos doce o quince años. Luego, el profesor se marchó. La mayoría nos dispersamos y cada uno siguió su camino. Terminamos nuestras tesis, conseguimos trabajo en el sector o nos dedicamos a otras cosas, como Molly.

Corrie se inclinó hacia delante con la libreta en la mano.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Molly?

—Hace doce años —respondió tras una pausa.

—¿Mostraba algún signo de problemas psicológicos? ¿Depresión, pensamientos suicidas?

—En absoluto.

—¿Cómo era? Me refiero a su personalidad: intereses, vida social y ese tipo de cosas.

Bellagamba se encogió de hombros.

—Normal.

—«Normal» no me dice mucho. ¿Puede ser más concreta?

—Equilibrada. Agradable. Inteligente. Una buena trabajadora de campo.

—¿Tenía novio?

—Que yo supiera, no.

—¿Se acostaba con el profesor?

Al oír eso, Bellagamba se irguió en la silla.

—Me parece una pregunta ofensiva.

—Discúlpeme —respondió Corrie con actitud cortante—, pero estamos llevando a cabo una investigación y a veces es necesario hacer preguntas ofensivas.

—La respuesta es no —dijo Bellagamba con una voz absolutamente gélida—. El profesor era muy correcto con sus estudiantes, y nada de eso ocurrió jamás.

—Que usted sepa —precisó Corrie.

Bellagamba no respondió.

Tras un frío silencio, Nora retomó las preguntas.

—¿Conoce las piedras de relámpago?

—Por supuesto.

—Los restos de Molly fueron hallados junto a dos prasiolitas verdes muy raras. ¿Sabe qué hacía con esas piedras?

—No.

—Las únicas otras dos piedras de prasiolita procedían de la zona gallina —dijo Nora—. ¿Es posible que Molly las obtuviera allí?

—Es posible, sí. Pero en nuestros trabajos de campo nunca encontramos nada parecido.

—¿Podría haberlas cogido y no decírselo a nadie?

—Es muy poco probable. Aquello no era un campamento de verano: todo se hacía siguiendo las normas. Nadie se guardaba objetos en el bolsillo. Sería una falta ética grave.

—Entonces, ¿dónde realizaron exactamente esas excavaciones? —preguntó Nora—. ¿Hay algo publicado sobre ellas?

—Como ya he dicho, el profesor se fue a México antes de publicar nada.

En ese momento, Corrie volvió a intervenir y Nora percibió la impaciencia contenida en su voz.

—Doctora Bellagamba, en el FBI nos gustaría obtener una lista de los estudiantes de posgrado de Oskarbi durante ese periodo, entre 2010 y 2013. También agradeceríamos información más específica sobre esas excavaciones de campo: qué yacimientos se excavaron y dónde. ¿Puede facilitarnos esa información?

Se impuso otro silencio gélido.

—Me temo que no. Tendrán que solicitarla a la oficina de registros de la universidad.

—¿Por qué no a usted?

—Ha pasado mucho tiempo. No recuerdo exactamente quién formaba parte del grupo.

—¿Cuántos eran?

—No estoy segura.

—¿Tiene algún mapa que muestre los yacimientos excavados?

—Eso debía de figurar en las notas del profesor, que yo no tengo.

—¿Quién las tiene?

—Ojalá lo supiera.

—Y no recuerda dónde estaban los yacimientos.

Aquello era una afirmación —una afirmación escéptica—, no una pregunta.

—Estaban en la zona salvaje del Chama, sin acceso por carretera. Teníamos a un arriero profesional que transportaba los suministros en mulas. Dudo que pudiera encontrarlos ahora.

Bellagamba extendió las manos.

—¿Dónde está Oskarbi ahora? —preguntó Corrie.

—Ya se lo he dicho. Lo más probable es que viva con los indios totonaca y prosiga con los estudios que interrumpió para incorporarse al mundo académico.

—¿No ha vuelto a tener contacto con él desde que se marchó?

—No.

—¿Conoce a alguien que sí lo haya tenido?

Intentó que no se notara la irritación en su voz. Aquella mujer estaba haciendo todo lo posible por no colaborar.

—No.

—¿En qué parte concreta de México viven esos indios?

—No lo recuerdo. Todo aparece en el libro que escribió sobre ellos. Pueden consultarlo ustedes mismas.

17

Al salir de nuevo, Corrie murmuró:

—Será zorra…

A Nora la sorprendió un poco la vehemencia de Corrie, pero no podía negar que compartía esa opinión.

—¿Qué oculta? —añadió Corrie—. Y hay algo en ese Oskarbi que también huele mal.

—¿Te refieres a lo de acostarse con sus alumnas? —preguntó Nora —. Conozco a ese tipo de gente: el profesor carismático que se rodea de alumnas para deleitarse en su admiración y, si puede, luego se las tira. Cualquiera que haya pasado por un posgrado ha visto ese fenómeno.

—No me sorprende —dijo Corrie—. ¿Y te fijaste en su tono de voz cuando hablaba del profesor esto y el profesor aquello? Era como si pronunciar su nombre fuera una especie de talismán.

Nora se había percatado.

—¿Crees que eso tiene alguna relación con la muerte de Molly?

Corrie negó con la cabeza.

—Lo único que sé es que me encantaría hablar con el profesor.

Subieron de nuevo al vehículo de Corrie, que lo puso en marcha para salir del campus universitario.

—Intentemos establecer una especie de cronología entre Oskarbi y Molly —dijo Nora—. Hablaste con la madre de la chica. ¿Qué te

contó?

—Molly se había distanciado bastante de su madre. Me dijo que estaba muy entusiasmada con sus estudios de posgrado y con su director de tesis…

—Oskarbi.

—Sí. Había pasado varios veranos con él haciendo trabajo de campo. Según la madre, su trabajo era de primera categoría. Pero luego abandonó de repente el doctorado, acudió a terapia una temporada, fue dando tumbos y finalmente obtuvo el certificado de profesora.

—El doctor Lemmon mencionó que el hecho de que dejara repentinamente los estudios coincidió con la marcha de Oskarbi de la universidad.

—«Abandonarlos» fue la expresión que utilizó.

—Yo me creería la mitad —dijo Nora—. Percibí un fuerte tufillo a celos profesionales en el doctor Lemmon.

Corrie asintió.

—Es cierto que la madre de Molly solo tenía buenas palabras para Oskarbi. Pero también estaba convencida de que su hija no se suicidó…, a pesar de haber pasado por lo que, estoy segura, fue una década bastante dura, o más.

—Las otras «admiradoras» de Oskarbi parecen haberse recuperado bien. Mira a Bellagamba: también fue una de ellas y no percibo resentimiento por la forma en que se marchó su director de tesis. Si acaso, lo defendía en exceso.

—Exacto.

Ya habían salido del recinto universitario y se dirigían a la autopista.

—Pero Bellagamba también dijo que conocía bastante bien a Molly —observó Nora—. La describió como alguien muy experimentado en el terreno desértico. Si eso es cierto, no sería el tipo de persona que acaba perdida sin agua y muere de un golpe de calor, a menos que fuera algo deliberado.

Al cabo de un momento, Corrie se encogió de hombros.

—No negaré que esa profesora insoportable me ha sacado de quicio. Pero, aun así, no puedo evitar preguntarme si las dos desapariciones están relacionadas.

—¿Te refieres a Oskarbi y Molly Vine?

A Nora, aquello le parecía una hipótesis bastante forzada, incluso para tratarse de Corrie: no solo los dos hechos estaban separados por casi una década, sino que no había ningún misterio en torno al regreso del profesor a México.

En ese momento sonó el teléfono de trabajo de Corrie.

—Agente Swanson —dijo.

Mientras Nora observaba, a Corrie se le pusieron los nudillos blancos de apretar el móvil.

—Sí, sí. Estaré allí en cuarenta y cinco minutos. Gracias.

Colgó y miró a Nora.

—Acaban de encontrar otro cadáver.

—¿Qué?

Corrie asintió.

—Lo ha localizado uno de nuestros helicópteros de búsqueda. Es una zona completamente distinta. El aparato estaba regresando al aeródromo cuando lo vio. El piloto dice que el terreno es demasiado accidentado para aterrizar, pero las imágenes con teleobjetivo

muestran muchas similitudes: en medio de ninguna parte, prácticamente desnudo, joven…, al menos, aparentemente joven.

—¿Quieres decir que hay un cadáver, no solo huesos?

—Eso parece.

—¿Han dicho dónde lo han encontrado?

—Cerca de algo llamado las Ruinas de Pierre, por si te suena.

—Dios mío. —Desde luego que le sonaba—. El piloto tiene razón: esa zona es tan remota y abrupta que no podrías entrar allí ni con un tanque.

—Entonces, ¿cómo llegamos hasta el cadáver?

—A caballo. A menos que quieras ir andando.

Corrie condujo en silencio unos instantes, asimilando la novedad.

—A caballo me parece mejor. Y creo que sé exactamente a quién recurrir como guía.

18

La robusta camioneta Ram 3500 avanzaba hacia el noreste por la ruta interestatal 7023. El sheriff Homer Watts conducía despacio para asegurarse de que el mal estado del camino hiciera rebotar lo menos posible el remolque para caballos que llevaba enganchado.

Miró a Corrie.

—¿Cuánto tiempo llevas en Nuevo México? ¿Dieciocho meses? Conoces mejor el estado que la mayoría de los nativos.

—Nunca imaginé que fuera tan grande, ni tan variado —respondió Corrie mientras contemplaba por la ventanilla aquel paisaje que solo podía describirse como otra extensión sin caminos. No podía calificarse de hermoso, pero irradiaba una especie de pureza casi zen que a Corrie le resultaba evocadora, aunque también intimidatoria.

Corrie había trabajado con Homer Watts en varios casos. Como sheriff electo del condado de Socorro, había logrado mantenerse al margen de las políticas tan comunes en las fuerzas del orden. A pesar de su sombrero Resistol de copa plateada y su cartuchera para el revólver, Watts no era el típico sheriff de mentalidad provinciana. No solo era increíblemente joven, sino también rápido de mente, modesto y mucho más experimentado de lo que su aspecto juvenil dejaba entrever. Corrie se había sentido atraída por él desde el primer momento, y la atracción era mutua, pero ambos habían

mantenido sus sentimientos a raya hasta el final del caso de la Montaña Muerta, cuando ella estuvo a punto de morir. Entonces comprendió que la vida no era algo que pudiera posponerse. Su relación aún era reciente: habían pasado juntos dos fines de semana acampando en la montaña, pero se veían poco, intentando mantener su relación al margen del trabajo. Aún no había visto el interior de su cabaña.

—Esta vez has elegido genial —comentó él con una risita.

—¿Por qué lo dices?

—El primer cadáver apareció en las tierras baldías de Ashislepah Wash, ¿no?

—Sí.

Nunca había oído a nadie pronunciar ese nombre en voz alta.

—Pues este lugar es todavía más remoto.

Corrie ya sabía que el acceso era difícil. Demasiado recóndito para un dron, lejos de cualquier carretera o sendero y dentro de una zona protegida donde el uso de vehículos motorizados estaba prohibido, aunque hubiera sido posible utilizarlos. Los caballos eran la única opción y, para conseguir ayuda, Corrie había recurrido a Watts, que tenía buenos caballos y una dilatada experiencia en la silla de montar. El plan era localizar el cadáver, procesar el lugar, recabar pruebas y llamar a un helicóptero del FBI para que bajara una camilla y evacuara el cuerpo y todo lo que hubieran recogido.

Tragó saliva. Por supuesto, aún no había ninguna certeza de que aquel cadáver estuviera relacionado con Molly Vine, pero bastaba con mirar las imágenes borrosas tomadas desde el helicóptero para convencerse de que no sería una coincidencia.

Watts redujo la velocidad e hizo girar la voluminosa Dodge hacia un apartadero, levantando densas nubes de polvo al detenerse. Entonces miró por el retrovisor.

—Hay un inicio de sendero, King of Dreams, un poco más cerca del límite de la zona protegida, pero el camino hasta allí es demasiado complicado para llevar un remolque. —Se desabrochó el cinturón de seguridad y miró el reloj—. Vamos a bajar los caballos y a ensillarlos.

En menos de diez minutos tenía los caballos preparados. Corrie no pudo evitar fijarse en el afecto y el orgullo que sentía por los animales mientras les hablaba en voz baja y los acariciaba al colocarles las monturas y apretar las cinchas.

—¿Lista? —preguntó, sujetando la brida del caballo de Corrie.

—Claro —respondió ella, intentando parecer tranquila mientras contemplaba al gran y poderoso animal, que también la observaba con ojos brillantes y las orejas erguidas.

Los caballos la intimidaban, pero no quería dar ninguna muestra de ello. Encajó la bota en el estribo, agarró la perilla y las riendas y se impulsó hacia arriba, esperando no parecer demasiado torpe.

Watts comprobó la tensión de la cincha.

—Se llama Jackaroo —dijo, y le dio unas palmadas en el cuello antes de soltar la brida.

Corrie hizo avanzar al animal unos pasos alejándose del remolque y se volvió para observar a Watts mientras revisaba las alforjas del caballo de carga y el aparejo de su propia montura. Luego se subió con ligereza a su caballo, que, por el tono cariñoso con que le hablaba, dedujo que se llamaba Chaco. Echó un último vistazo alrededor, consultó un mapa guardado en una funda colgada de la

perilla y chasqueó la lengua para poner a Chaco en marcha a buen paso, guiando al caballo de carga con una cuerda que sostenía en la mano derecha. Corrie lo siguió. A pesar de su falta de experiencia, notaba que Homer había elegido el animal con cuidado. Jackaroo era un pinto robusto y, por lo visto, de carácter afable. Algunos caballos que había montado aprovechaban enseguida la inexperiencia del jinete, pero mientras seguía a Homer por un cauce seco y se internaban en un laberinto de chimeneas de hadas, se dio cuenta de que Jackaroo estaba demasiado bien entrenado para eso.

El aire era caluroso y seco, pero no insoportable, y olía a polvo y artemisa. El terreno le recordaba a la caminata hasta el primer cadáver: salpicado de formaciones rocosas en forma de seta, grandes nódulos y abultamientos de arenisca como árboles de piedra retorcidos. Las formaciones estaban muy juntas y costaba no sentir claustrofobia. En pocos minutos perdió por completo el sentido de la orientación y pasó a depender de Homer, que se detenía de vez en cuando para mirar el mapa, ajustarse el sombrero y continuar.

—¿No tienes GPS? —preguntó, mientras él volvía a consultar el mapa.

—Soy de la vieja escuela —respondió—. Y además, las pilas de mi mapa duran para siempre.

—¿Has tenido alguna vez un caso como este, alguien que muriera en el desierto? —preguntó ella, intentando sacudirse la sensación de inquietud.

—Sí, claro —dijo—. Es un fenómeno que la medicina no ha estudiado tanto como debería. No encontrarás mucha bibliografía al respecto.

—¿Por qué?

Watts se encogió de hombros.

—Hay muchos tipos de desiertos en el mundo, cada uno con sus peligros. Por ejemplo, aquí, en Nuevo México, tienes hipotermia, hipertermia, envenenamientos por animales, rayos, deshidratación, arenas movedizas e inundaciones repentinas. Y eso solo para empezar.

—¿Y cuál es tu experiencia?

—Yo personalmente he llevado dos casos —dijo al cabo un momento—. Uno fue el de un senderista de unos cincuenta años que se desvió del camino, recorrió varios kilómetros en busca de agua después de que se le acabara la cantimplora y, al final, se rindió, se sentó con la espalda apoyada en una roca y murió. Mucha gente sin experiencia no sabe lo rápido que puedes morir de sed. El otro fue un aficionado al motocross, un chaval temerario que salió al desierto solo para acelerar a fondo y levantar polvo. Fue lejísimos, tuvo una caída y perforó el depósito de gasolina, así que tuvo que continuar a pie. Tardamos días en encontrar el cuerpo.

—Pero me refiero a asesinatos o suicidios, como podría ser este.

Watts soltó una risita.

—Suicidios, ninguno; un asesinato, sí. Un ajuste de cuentas por metanfetamina en Albuquerque. Dejaron el cadáver en mi condado. Básicamente seguimos las rodaduras de los neumáticos hasta su laboratorio en South Valley. Esos tíos de la metanfetamina no saben hacer nada como es debido, ni siquiera matar.

Watts se detuvo para consultar de nuevo el mapa y reorientarse en aquel paisaje extraño, y volvió a hacer avanzar a Chaco con un chasquido.

—¿Ves esa meseta de allí? —preguntó, señalando un borde lejano de arenisca apenas visible por encima de los conos y chimeneas de hadas interpuestos—. Hacia allí nos dirigimos.

Cuando volvió a hablar, llevaban un rato cabalgando en silencio.

—Recuerdo que, cuando era niño y mi padre era sheriff, llevó unos cuantos casos de esos que te desconciertan. Huesos en el desierto. Sin contar las muertes de migrantes, era más común entonces que ahora.

—¿Accidentes, quieres decir?

—Cualquier cosa. Lleva a una persona a las profundidades del desierto, estrangúlala, abandona el cuerpo y, en un año, o quizá menos, la madre naturaleza se encargará de que no haya ninguna causa evidente de muerte.

Ninguna causa evidente de muerte.

—Eso es lo que me preocupa —le dijo Corrie—. Molly Vine conocía el desierto, pero se adentró en él sin agua y se fue quitando su ropa nueva a medida que se acercaba la muerte.

—A mí me suena a suicidio. Pero debo decir que un golpe de calor puede llevar a la gente a hacer cosas muy extrañas.

Acababan de bordear una chimenea de hadas de aspecto inestable y estaban subiendo por un terraplén. En lo alto, Watts indicó a Corrie que se detuviera y señaló.

No muy lejos, más allá de las últimas formaciones rocosas, se alzaba la meseta que le había indicado antes. A lo largo del borde se distinguían las ruinas de unas viviendas prehistóricas. Estaba rodeada por varias colinas en forma de cono, cada una coronada por su propia estructura en ruinas.

—Bienvenida a las Ruinas de Pierre —le dijo Watts—. Tres casas grandes, varias kivas y más viviendas pequeñas de las que puedes contar con los dedos de las dos manos. Ese gran bloque central de habitaciones en la meseta principal se conoce como la Acrópolis.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Lo miré en los mapas antes de venir.

Corrie sintió una punzada de vergüenza por no haber pensado en hacerlo ella misma.

Más allá de los conos erosionados, Corrie divisó un bajío que ascendía hacia uno de los dedos de roca negros y rechonchos que salpicaban el paisaje. Se parecía al lugar donde habían encontrado los restos de Molly Vine. En las fotografías aéreas, tomadas a última hora de la tarde, no se apreciaba tanto su sorprendente altura.

Luego desvió la mirada hacia la base del pináculo, donde detectó movimiento.

—Oh, oh —dijo Watts, mirando fijamente, y espoleó su caballo hasta ponerlo al trote.

Al acercarse, dos coyotes que estaban disputándose algo se apartaron de lo que, según pudo comprobar Corrie, era el cadáver de la víctima.

Uno de ellos se alejaba trotando con algo en la boca.

—¡Hijo de puta! —gritó antes de sacar la pistola y disparar.

El caballo se sobresaltó a causa del ruido y empezó a encabritarse mientras ella tiraba de las riendas presa del pánico. El arma estuvo a punto de caer y, por supuesto, erró el tiro.

Watts sacó tranquilamente un revólver y abatió al coyote. Un segundo disparo derribó al otro.

Por fin, Corrie logró controlar a su caballo y enfundar de nuevo el arma.

—Buen disparo —dijo, avergonzada—. Yo no soy muy buena tiradora.

—Es extremadamente difícil disparar desde el lomo de un caballo —respondió él con amabilidad—. Por suerte, estos dos salen de caza conmigo y están acostumbrados a oír disparos; de lo contrario, habrías tenido un buen rodeo ahí mismo.

—Odio tener que matar a un animal salvaje así, pero no podía permitir que se llevara restos humanos —dijo Corrie con escasa convicción.

—Claro. Vamos a echar un vistazo.

Watts desmontó y soltó la cuerda guía, que dejó caer al suelo. Después hizo lo mismo con la del caballo de carga.

—Deja la cuerda en el suelo —dijo—. Estos caballos se quedan quietos.

Corrie no sabía exactamente a qué se refería, pero hizo lo que le indicaba: desmontó y dejó caer la cuerda del cabestro. Luego se dirigió el cuerpo, encogido, parcialmente desgarrado y reseco por el sol implacable, pero todavía prácticamente intacto. Al pasar junto a los coyotes tendidos en el polvo, vio que uno de ellos tenía una mano humana en las fauces.

—Dios mío —murmuró.

Se acercó más al cadáver y lo miró fijamente. Durante un minuto permaneció inmóvil, con Watts en silencio detrás de ella. El cuerpo yacía en posición fetal al pie de la roca y con los brazos extendidos. La única mano que quedaba estaba medio cerrada y entre los dedos

resecos había una piedra de relámpago. Otra estaba entre el polvo, de un verde oscuro y apagada a pesar del sol del mediodía.

19

Skip Kelly llegó temprano y esperó nervioso en el aparcamiento del instituto a que llegara Edison Nash. Finalmente apareció veinte minutos tarde en una Ford F-100 de 1960, bicolor, blanca sobre turquesa. Entró en el aparcamiento levantando grava. Si alguna vez hubo un vehículo que llamara la atención, era aquel. Skip esperaba de veras que nadie estuviera trabajando en el instituto un domingo.

—Bonita máquina —dijo Skip cuando Edison se bajó.

—Me encantan estas viejas camionetas Ford —respondió Edison—. Tengo tres más en el garaje; ya te las enseñaré algún día. —Se quitó las gafas de sol y observó los edificios bajos de adobe encajados entre los álamos—. Aquí nunca cambia nada, ¿verdad?

—Es un lugar aburrido.

—Ya te digo. Anquilosado. ¿Te conté que, hace unos diez años, cuando heredé la colección, ofrecí donar unas piezas muy buenas al instituto? No es que yo sea un filántropo; buscaba una deducción fiscal. —Soltó una pequeña carcajada—. Los muy cabrones lo rechazaron, alegando que las piezas habían sido obtenidas «de forma inadecuada».

Skip negó con la cabeza. Nash ya le había contado aquella historia, y era evidente que seguía siendo un tema sensible.

—Tienen todo tipo de normas sobre la procedencia y cosas así.

—Sí, pero lo cierto es que los arqueólogos han sido los peores saqueadores y profanadores de tumbas de todos los tiempos. Ahora han lavado su imagen y ponen cara de superioridad moral. Apostaría a que la mitad de lo que hay aquí fue obtenido «de forma inadecuada». —Soltó un resoplido cínico—. Bueno, vamos a echar un vistazo. Siempre he querido ver sus cosas. Se supone que es una de las mejores colecciones del mundo.

—Lo es —dijo Skip con una mezcla de orgullo e inquietud.

La otra noche, Nash lo había convencido para hacer una visita entre bastidores a las colecciones del instituto, y el hombre era cuando menos persuasivo, sobre todo después de unas cuantas rondas de tequila. Skip no estaba seguro de que enseñarle las colecciones fuera del todo correcto. Tenía permiso para acompañar a visitantes acreditados a ver las colecciones, pero que Nash estuviera «acreditado» era discutible. Al menos, pensó, era domingo y era poco probable que alguien hiciera preguntas. Y, aunque ocurriera, Skip creía que podría justificarlo diciendo que el FBI había pedido a Nash información sobre las piedras de relámpago y que, por ese motivo, necesitaba ver la colección.

Skip introdujo su tarjeta y marcó el código en la puerta principal del edificio de colecciones, y Nash entró tras él. La zona de recepción estaba a oscuras. Después de cruzar el vestíbulo y avanzar por un pasillo, Skip rellenó el libro de registro. Dudó un momento, preguntándose si debía anotar el nombre de Nash en la columna de visitantes, y finalmente decidió no hacerlo. ¿Para qué levantar sospechas? Había cámaras de seguridad, por supuesto, pero Skip sabía que nadie las revisaba jamás, salvo que se produjera un robo u otro problema.

—Por aquí —dijo.

Avanzaron por un pasillo hasta la colección. Aquello era un almacén, pero estaba organizado de tal forma que los mejores objetos se exhibían en estanterías y vitrinas accesibles para los visitantes, de modo que pudieran ser observados y estudiados sin necesidad de abrir armarios y cajones.

Cuando Skip encendió las luces, Nash dejó escapar un leve suspiro de asombro al contemplar el amplio espacio repleto de filas y más filas de cerámica pueblo antigua.

—Increíble —murmuró.

Y lo era, pensó Skip, aunque después de trabajar durante años allí se había acostumbrado. En la parte delantera de la sala estaban los mejores ejemplos de cerámica prehistórica: miles de ollas chaco de color blanco y negro, cuencos de la cultura mimbres pintados con peces, aves e insectos estilizados, vasijas sikyátki con libélulas, magníficas tinajas policromas tonto y cerámica jeddito en negro sobre amarillo, por no mencionar una estantería con vasijas y urnas funerarias de mica dorada. Como responsable de colecciones, Skip había aprendido a reconocer todos los tipos y estilos de vasijas.

Miró de reojo a Nash, que parecía casi atónito.

—No tenía ni idea —dijo por fin—. Esto es asombroso.

—Y esto es solo la punta del iceberg —respondió Skip, que sintió un ramalazo de orgullo.

Nash avanzó lentamente por el pasillo principal en un silencio reverencial, mirando a izquierda y derecha y deteniéndose de vez en cuando para examinar alguna vasija.

—¿Puedo hacer fotos?

—Está permitido para uso privado —dijo Skip.

Al cabo de un rato pasaron a la sección de cerámica histórica, igualmente impresionante. Luego, Nash se volvió hacia su guía.

—¿Podemos ver los objetos? ¿Las piedras de relámpago, por ejemplo?

—Ven por aquí.

Skip lo llevó a una sala más pequeña con numerosos armarios y cajones a lo largo de las paredes. En el centro había un sistema de almacenamiento abierto similar al de la sala anterior, con los mejores objetos en vitrinas de cristal, seleccionados para su exhibición.

Nash se acercó al instante y contempló fila tras fila de puntas de lanza y de flecha y cuchillos de piedra finamente labrados, fetiches de piedra con forma de oso, puma y ciervo; pipas ceremoniales, huesos y dientes tallados, cristales y colgantes de turquesa. Reinaba el silencio mientras se inclinaba sobre los objetos, pasando de vitrina en vitrina y tomando fotografías de vez en cuando. Skip podía oírlo respirar con fuerza. Aquel hombre, pensó, estaba realmente fascinado por todo aquello.

—Las piedras de relámpago están aquí —dijo al cabo de un momento, inquieto por lo mucho que estaba tardando Nash.

Este se acercó a una vitrina plana donde lo estaba esperando Skip. La vitrina contenía unos veinte pares de piedras de relámpago, todas de cuarzo blanco. No había piedras verdes ni ninguna de prasiolita. Pero, aun así, eran hermosas y misteriosas, suavemente redondeadas por la fricción y el paso del tiempo. Algunas claras como el agua y otras lechosas.

—Joder —dijo Nash—. Me encantaría tener algunas de estas en mi colección.

—Sí, pero tú ya tienes las dos mejores —respondió Skip.

—Qué lástima que no podamos sacarlas y frotarlas entre sí para probarlas. —Vaciló—. ¿No hay forma de abrir las vitrinas?

Skip negó rápidamente con la cabeza.

—Están cerradas con llave y tienen alarma.

—Qué lástima.

Nash las contempló un rato más y luego se incorporó, frunciendo el ceño con aire pensativo.

—No dejo de pensar en que la mujer que encontraron muerta en el desierto llevaba piedras de relámpago. Cuanto más intento imaginarlo, más desconcertante me parece. ¿Tienen alguna teoría sobre lo que se le pudo pasar por la cabeza?

—No lo creo, al menos por ahora.

—¿Crees que pudo utilizarlas para alumbrar el camino?

—Es una idea interesante.

Aquello no se le había ocurrido a Skip, y pensó que debía mencionárselo a su hermana.

—¿De verdad crees que el FBI será capaz de resolver este caso? ¿Qué saben esos idiotas de arqueología?

Skip se encogió de hombros y se hizo un largo silencio hasta que Nash volvió a hablar.

—Creo que… —empezó, pero se detuvo un momento—. Creo que puede llegar el momento en que debamos investigar un poco por nuestra cuenta.

20

Corrie apartó el micrófono que tenía suspendido sobre la cabeza, se acercó al grifo, se quitó los guantes de nitrilo y los tiró en un contenedor de residuos biológicos. Luego se enjabonó y se lavó las manos y los antebrazos durante treinta segundos. Después de secárselos, se dirigió a la mesa de trabajo y se sentó. Más allá del monitor del ordenador, contra la pared del fondo del laboratorio forense, había una fila de compartimentos refrigerados donde se guardaban los cuerpos.

Había mantenido la disciplina durante el examen, limitándose a las observaciones y a las pruebas. Ahora, sentada a la mesa, era el momento de concederse un poco de margen y, con suerte, intentar procesar y analizar lo que acababa de ver.

Ella y Watts habían embalado cuidadosamente el cuerpo y las pruebas y las habían sujetado a una camilla que bajó desde un helicóptero del FBI en vuelo estacionario. Entre las pruebas se encontraban las piedras de relámpago, así como la ropa desechada por la víctima y otros fragmentos que podían ser relevantes, incluidos los cadáveres de los dos coyotes por si tenían restos humanos en el estómago. Todo había sido trasladado en avión al laboratorio forense de la oficina del FBI en Albuquerque.

Aquellos coyotes también estaban en la cámara frigorífica, y Corrie tendría que disecarlos pronto, una tarea que no le apetecía en

absoluto.

Al abrir un nuevo documento en la pantalla, hizo una pausa para ordenar sus pensamientos antes de empezar a redactar un informe forense preliminar. Muchos detalles tendrían que esperar a los resultados de las pruebas, pero Corrie tenía una idea clara de los hechos básicos. El cuerpo tenía entre dos y tres meses de antigüedad. Casi con total seguridad, la mujer había muerto, como Molly Vine, por golpe de calor y deshidratación. Al igual que Molly, se había quitado la ropa, barata y recién comprada. Parecía tener casi cuarenta años, era afroamericana, su estado de salud era bueno, iba bien arreglada, estaba en forma y no presentaba signos evidentes de patologías. Aunque había entrado en una zona distinta de las tierras baldías —y esta vez en territorio de la Nación Navajo—, había acabado cerca de una formación geológica sorprendentemente similar a la de Molly. Los elementos en común eran notables, especialmente las piedras de relámpago y el terreno baldío elegido para morir. El cuerpo desnudo yacía de costado, en una posición casi fetal, pero, dada la inclinación de las piernas, Corrie creía que tal vez se había colocado originalmente en posición de loto, quizá sosteniendo una piedra de relámpago en cada mano, antes de desplomarse a causa del golpe de calor. Los coyotes la habían despedazado y habían devorado la mitad del rostro. A diferencia de Molly, los dientes sí mostraban tratamientos odontológicos. Corrie había obtenido excelentes huellas de una mano, pero no había coincidencias en las bases de datos.

El intervalo de dos a tres meses significaba que aún podía existir material grabado en algún lugar, así como recuerdos de testigos, recibos de gasolineras y otras vías de investigación que no estaban

disponibles en el caso de Molly. Ya había pedido a Bellamy y O'Hara que revisaran las grabaciones de seguridad de grandes superficies en un radio de ochenta kilómetros y que buscaran imágenes de una mujer comprando ropa.

Ahora que había dos elementos que comparar, Corrie esperaba poder seguir las rutas que habían recorrido a pie hasta sus respectivos puntos de partida. A petición suya, Homer Watts ya estaba trabajando en ese problema con mapas topográficos.

Corrie respiró hondo y se dispuso a plasmar por escrito sus observaciones mientras aún las tuviera frescas. Al rato, sus dedos se ralentizaron hasta detenerse y se apartó del ordenador con aire pensativo. Había un instrumento nuevo en el laboratorio que llevaba tiempo deseando probar: un escáner de imagen tridimensional y CBCT de la marca FireLight. Aunque la mitad del rostro de la víctima había desaparecido, se preguntó si podría lograr hacer una reconstrucción escaneando el otro lado y luego invirtiéndolo, a modo de espejo. Como herramienta forense, ese tipo de imagen todavía estaba en sus inicios, pero la máquina utilizaba un conjunto de ocho cámaras infrarrojas, además de un sofisticado programa de inteligencia artificial, para escanear, alinear y reconstruir tanto los rasgos existentes como los ausentes. Se decía que aún era inferior a una reconstrucción forense tradicional con arcilla, pero que, supuestamente, con la incorporación de modelado facial mediante inteligencia artificial, se acercaba mucho.

Después de cerrar momentáneamente el informe, acercó la camilla a la máquina FireLight y colocó el conjunto de cámaras sobre el tronco de la víctima. Luego la escaneó desde varios ángulos con luz infrarroja, proceso que le llevó unos treinta segundos. Cuando

hubo concluido la obtención de imágenes, inició el análisis y esperó en medio del silencio del laboratorio mientras el ordenador, impulsado por la inteligencia artificial, se adentraba en bases de datos que contenían innumerables imágenes, identificando y comparando cientos de puntos de referencia anatómicos para crear una reconstrucción preliminar en tres dimensiones del rostro de la víctima.

El proceso llevó un tiempo considerable y requirió una gran capacidad de procesamiento.

Una vez realizado el escaneo inicial, le correspondía a Corrie perfeccionarlo basándose en los principios de reconstrucción forense. Gracias a su interés por la fotografía, Corrie dominaba Photoshop, y el software de FireLight era tranquilizadoramente similar. Utilizó el programa para aplicar de forma simétrica las partes intactas del rostro a las zonas que faltaban. A medida que el proceso tocaba a su fin, Corrie observó cómo el programa ensamblaba capas de hueso, músculo y tejido —igual que hacía ella con arcilla— para reconstruir el rostro original. Una vez completado este paso, abrió una serie de herramientas de manipulación asistidas por inteligencia artificial y pidió al programa que añadiera la edad, el nivel de forma física, los datos de tejido adiposo, el color de la piel y la información racial.

Una ventana emergente le indicó que esperara mientras la máquina elaboraba el *render* necesario. Quince segundos después, en la pantalla apareció un rostro completo que la miraba fijamente e impactaba por su fotorrealismo.

En particular, el cuero cabelludo estaba gravemente dañado, pero Corrie había recuperado muestras suficientes para saber que el

peinado consistía en numerosas trenzas africanas. Luego indicó al programa que generara tres variantes de ese peinado y las imprimió.

Se quedó mirando el rostro de una mujer negra de unos cuarenta años, con pómulos majestuosos, piel oscura, ojos brillantes y una larga cabellera de color natural. Por supuesto, aquello no era más que una reconstrucción informática y Corrie seguía siendo escéptica con respecto a su exactitud. Siempre podía volver atrás, reconstruirlo a la manera tradicional y comparar ambos resultados. Sería un ejercicio interesante, sobre todo después de que la hubieran identificado y dispusieran de una buena fotografía. Pero, por ahora, aquello bastaría.

Diez minutos después estaba en la mesa de trabajo introduciendo la imagen, así como algunas fechas y demás información, en la base de datos NamUs. Al cabo de otros diez minutos obtuvo una coincidencia: Mandy Driver, de treinta y ocho años. Se había doctorado en la Universidad de Nuevo México y trabajaba como consultora geológica para una empresa energética diversificada.

Corrie se quedó estupefacta. Driver había sido ayudante de investigación de Carlos Oskarbi el año antes de que abandonara la universidad, y su padre había denunciado la desaparición hacía exactamente dos meses.

21

Corrie conducía despacio por la localidad de Bernalillo, en Nuevo México. Aunque era un suburbio de Albuquerque, nunca había estado allí y sentía curiosidad por ver cómo era. Con una población de diez mil habitantes, era la capital del condado de Sandoval, notable por albergar una docena de reservas indígenas. El centro en sí no tenía nada de especial y en gran medida era una prolongación de la expansión urbana de Albuquerque, cuyo único encanto era su ubicación junto al río Grande.

Corrie había investigado todo lo que había podido sobre Mandy Driver. Antes de ir a la universidad se había criado en Bernalillo. Su madre había muerto dos años antes y su padre, Horace, seguía viviendo en la localidad. De hecho, trabajaba en la misma empresa que su hija: Geo Solutions GMBH. De tal palo, tal astilla, salvo que la vivienda de Mandy Driver se encontraba en la otra punta de la ciudad.

Corrie también averiguó que, desde la desaparición de Mandy, Horace Driver había montado un escándalo tras otro en la comisaría local, al parecer sin mucho éxito. Había hecho numerosas visitas tanto a la policía municipal como a la oficina del sheriff del condado, exigiendo que encontraran a su hija, y había armado tal alboroto que incluso habían amenazado con detenerlo. Y, por lo que Corrie había podido comprobar, la frustración de Driver era comprensible:

la policía y la oficina del sheriff del condado no habían hecho absolutamente nada para investigar la desaparición.

Como reprimenda sutil a la tibia respuesta de las fuerzas del orden, Corrie había delegado en el sheriff local la tarea de comunicar a Driver el hallazgo de los restos de su hija e informarlo de que el FBI intervendría en el caso y se pondría en contacto con él. Tenía muchas preguntas para Driver, pero quería darle tiempo para asimilar el golpe antes de entrevistarlo.

Eso había ocurrido anteayer. Y ahora, después de atravesar una pequeña zona comercial donde había un restaurante Applebee's y un Motel 6, entró en Enchanted Hills, un extenso conjunto de apartamentos de falso adobe situado junto a la autopista 550.

El señor Driver vivía en un apartamento con balcón en la segunda planta y en la puerta solo había un número. Tardó casi medio minuto en responder a su llamada. Cuando lo hizo, Corrie se encontró frente a un hombre de sesenta años, con el cabello canoso a la altura de las orejas y una coronilla bien recortada de cabello negro. Tenía el rostro curtido y delgado y unos ojos intensos pero reservados. Llevaba vaqueros y una camisa de trabajo de cambray. Corrie había concertado la cita la noche anterior y se preguntó si habría pedido el día libre para recibirla. Aunque, pensándolo bien, eran las doce y media; quizá estaba en su pausa para comer.

Tras presentarse y mostrarle la placa, el hombre se apartó para dejarla pasar, indicándole con un gesto que entrara en una estancia que combinaba salón y comedor. El balcón daba a la autopista. Las ventanas estaban cerradas y, a pesar de que había tráfico en ambas direcciones, apenas se oía ruido.

La invitó a sentarse.

—¿Quiere café? ¿Té? ¿Agua?

—Un vaso de agua estaría muy bien, gracias.

Corrie lo observó mientras se dirigía a la cocina, situada en la estancia contigua. No tenía sed, pero quería ganar tiempo para recomponerse y examinar la habitación. Estaba decorada con sobriedad, pero impecablemente limpia y las paredes lucían acuarelas de paisajes de Nuevo México y fotografías familiares enmarcadas. En estas últimas reconoció a Driver, a una mujer que sin duda era su esposa… y a Mandy.

El hombre regresó con un vaso lleno de hielo y una pequeña botella de agua mineral recién sacada del frigorífico. Corrie le dio las gracias, llenó el vaso y bebió un sorbo.

—Esos cuadros son muy bonitos —dijo, señalando las acuarelas para romper el hielo.

—Los pintó mi mujer.

Hubo una pausa breve e incómoda. Driver seguía mostrándose inexpresivo, pero la estaba mirando a los ojos.

—Señor Driver —continuó—, quiero expresarle mis más sinceras condolencias por la pérdida de su hija.

Él asintió con sequedad.

—Y quiero asegurarle que estamos haciendo todo lo posible por averiguar qué ocurrió.

Se impuso un silencio pétreo y Corrie estaba cada vez más nerviosa.

—No puedo decirle cuánto agradecemos su disposición a recibirme en un momento tan difícil.

Vio que Driver no deseaba escuchar más muestras de condolencia ni mensajes triviales, así que sacó la libreta.

—De modo que usted fue quien la encontró —preguntó él con una voz grave y profunda.

Corrie asintió.

—Sí.

—Los policías que me hicieron identificar el cuerpo no dijeron gran cosa, pero no suelen hacerlo. ¿Qué puede contarme sobre lo que pasó?

El brillo en sus ojos sumado a la inexpresividad del rostro la inquietó. Normalmente no era buena idea empezar una entrevista respondiendo preguntas en lugar de formularlas, pero con Driver haría una excepción. Sacó el teléfono móvil y lo dejó encima de la mesa, junto al vaso de agua.

—¿Le importa que grabe esta conversación, señor Driver?

Él miró el teléfono y luego asintió. Corrie pulsó el botón, mencionó algunos datos básicos sobre la conversación que iba a producirse y volvió a mirar al hombre.

—En este momento no puedo contarle mucho, porque aún no tenemos los resultados de los análisis de laboratorio. Lo que sí puedo decirle —tragó saliva— es lo siguiente: Mandy no fue la primera mujer que murió de esa manera.

Driver inspiró lenta y profundamente sin apartar la mirada. Corrie sabía que la policía no le había hablado de Molly Vine y que, hasta entonces, aquella investigación se había mantenido en secreto.

—¿A qué se refiere?

—Señor, lo que voy a contarle es confidencial.

A continuación, resumió de la forma más breve posible el hallazgo de los restos de Vine y le explicó que aquello había conducido a una

búsqueda en helicóptero y al descubrimiento de Mandy. Mientras hablaba, Driver se mantuvo impertérrito.

Cuando Corrie terminó, él se quedó en silencio un momento.

—A ver si lo he entendido —dijo finalmente—. Ambas fueron encontradas en el desierto después de desnudarse por completo. Sin agua, sin teléfono móvil, sin documentación…, sin nada. Y con unas piedras verdes en las manos.

—Así es. La principal diferencia es el tiempo transcurrido. Molly Vine llevaba muerta unos cinco años y su hija dos meses.

—¿Y dice que esa otra chica también estudiaba Arqueología en la Universidad de Nuevo México?

—Sí, señor. ¿Su hija conocía a Molly, por casualidad?

—Ese hijo de puta de Oskarbi —estalló Driver sin responder a la pregunta—, arruinando la vida de los alumnos con sus juegos mentales.

Aquello la cogió por sorpresa y Corrie cambió rápidamente su línea de interrogatorio.

—¿Juegos mentales, señor Driver?

—Vi a ese cabrón dos veces cuando Mandy empezaba el posgrado y ya tuve suficiente. Un charlatán, drogadicto y hippy de pacotilla.

El rostro de Driver, que hasta entonces había sido estoico, empezó a reflejar una sucesión de emociones: dolor, ira, repugnancia y pérdida.

—Hum…, ¿podría explicarlo un poco más?

—Cuando era joven trabajé una temporada en la oficina del decano de un colegio universitario de Detroit. Debí de ver a media docena de profesores como él someterse a procesos disciplinarios. Es un tipo de persona muy concreto. Se hacen pasar por modernos,

místicos fumadores de hierba, pero están más interesados en acostarse con las estudiantes que en enseñar. Lo calé desde el primer momento. —Driver negó con la cabeza—. Pero era escurridizo. Cuando le pregunté por el futuro de Mandy, qué clase de trabajo conseguiría, cómo iba a ganarse la vida, se puso a hablarme con esas tonterías esotéricas, diciéndome que «lo descubriría a su debido tiempo». Y él allí, baboseando.

Corrie frunció el ceño.

—¿Baboseando? ¿Insinúa que Oskarbi se acostaba con ella?

—No lo estoy insinuando. Eso es exactamente lo que hacía. Y no solo con ella. Vi a esas chicas de las que se rodeaba.

—¿También se acostaba con ellas?

—Se acostaba con ellas o lo intentaba. Estuve a punto de ir a por él justo antes de que desapareciera.

Corrie se tomó un momento para consultar sus notas y dejar que Driver se calmara.

—Volviendo a una pregunta anterior: ¿Mandy conocía a Molly?

Driver sacudió la cabeza.

—Probablemente. Estaban en el mismo departamento con ese cabrón.

—A ver si lo entiendo —continuó Corrie—. ¿Usted cree que Oskarbi manipulaba psicológicamente a sus estudiantes?

—Eso es quedarse corto. Era un narcisista. Iba por ahí insinuando que el libro que había escrito era un texto sagrado. Lo mencionó las dos veces que hablamos. Y, según él, era solo el principio. Supuestamente, el siguiente iba a ser algo extraordinario.

—¿El siguiente? ¿Se refiere al siguiente libro?

—Exacto. Al menos eso era lo que le decía siempre a Mandy. —Sacudió la cabeza con desprecio—. La convirtió en su ayudante de laboratorio y le metió un montón de tonterías en la cabeza.

Corrie volvió a mirar las fotografías enmarcadas en las paredes. Mandy Driver era excepcionalmente guapa, incluso más de lo que mostraba el software de reconstrucción.

—¿Mandy le dijo que tenía una relación con él?

—No, era muy reservada con ese tema, pero yo lo sabía.

—¿Le habló usted de sus preocupaciones sobre Oskarbi?

—Por supuesto, pero ¿qué puedes hacer si tu hija está ilusionada? Había tenido novios antes, pero no eran nada comparados con el gran y famoso profesor.

En privado, Corrie intentó imaginar a un chico de instituto que pudiera superar el examen de un padre tan imponente.

—¿Cree que esa relación con Oskarbi tuvo algo que ver con la muerte de su hija? Él se marchó hace doce años y tengo entendido que Mandy terminó la carrera y siguió adelante con su vida.

—Su marcha estuvo a punto de destrozarla. Por supuesto, mi mujer y yo nos alegramos de perder de vista a ese farsante. Nosotros siempre la apoyamos. Su sueño era ser profesora de investigación. Eso era lo que Oskarbi le había prometido, pero, claro, todo era una sarta de mentiras, y luego desapareció. No me pasé veinte años trabajando en campos petrolíferos para que mi Mandy siguiera mis pasos.

Estaba elevando de nuevo el tono de voz, así que Corrie hizo una pausa para consultar sus notas.

—Yo tenía entendido que ambos trabajaban en la misma empresa.

Corrie daba por hecho que el padre había ayudado a la hija a conseguir un buen puesto en su empresa, pero tal vez no era así.

—Geo. Los dos trabajábamos en Geo.

—¿Y qué tipo de trabajo era?

—Fracturación hidráulica —dijo con cierta actitud defensiva.

—¿Geo Solutions es una empresa petrolera dedicada a la… fracturación hidráulica?

—Somos proveedores de equipos para fracturación hidráulica en el yacimiento petrolífero de la cuenca de San Juan.

El tono defensivo había subido un grado.

Corrie tragó saliva. No era partidaria de la fracturación hidráulica, pero como agente del FBI no le correspondía opinar. Su voz no había delatado lo que pensaba, ¿verdad? Maldita sea, la había pillado desprevenida.

Entonces alzó la vista hacia Driver y la expresión que vio la alarmó. Había captado su tono y ya no estaba indignado. Ahora estaba furioso.

—¿Cómo está el agua? —preguntó.

Rápidamente, Corrie bebió un sorbo.

—Buena, gracias.

Tras un silencio incómodo, el hombre dijo:

—No tiene derecho a juzgar lo que hago. Ni lo que hacía mi hija.

—Señor Driver, no pretendía faltarle al respeto…

—No me avergüenza trabajar con las manos. Estas manos sacaron a Mandy adelante en la universidad, le consiguieron una beca para el posgrado y me ascendieron a capataz. —Miró por la ventana—. Pero se merecía algo mejor. Tenía una mente brillante. Sacó matrículas de honor toda la vida. Quería ser profesora, enseñar y escribir libros.

Oskarbi era demasiado egoísta para permitir que eso ocurriera. Primero alimentó sus sueños y luego desapareció…, ni una palabra…, la abandonó y, de paso, le robó la ambición. Así que acabó en Geo, como yo, haciendo arqueología contractual para la fracturación hidráulica, eso que tanto desaprueba usted.

—Señor, yo no lo desapruebo.

—Claro —dijo Driver—. La he visto llegar. Buen coche, ese Tahoe pagado por los contribuyentes. Seguro que va como la seda por estas carreteras de Nuevo México. —Hizo una pausa—. ¿Tiene idea de cuántos litros de gasolina consume por kilómetro o de dónde sale toda esa gasolina?

Corrie estaba desesperada por reconducir la entrevista.

—¿Puede contarme más sobre el trabajo de Mandy?

Tras una pausa cargada de hostilidad, respondió:

—Cartografiaba las concesiones propuestas para fracturación hidráulica, señalando dónde había yacimientos arqueológicos para que no se vieran afectados.

—¿Y ese era su trabajo cuando desapareció?

—Sí. Estaba bien pagado, desde luego, pero no era la vida que ella soñaba. Era como usted: desaprobaba la fracturación hidráulica y odiaba trabajar para Geo.

Corrie obvió el comentario.

—Esta es una pregunta difícil, pero ¿estaba deprimida?

—En absoluto. ¿Siguiente pregunta?

—¿Cuál era su relación con la arqueología de la cultura gallina? Las piedras que llevaba cuando la encontraron eran objetos gallina.

Otro silencio glacial.

—Hace años hizo trabajo de campo allí con Oskarbi, que parecía obsesionado con todo lo relacionado con los gallina. Y el yacimiento petrolífero de San Juan se extiende hasta la zona gallina. Geo va a empezar a fracturar allí. De hecho, la contrataron por su conocimiento de la zona. ¿Siguiente pregunta?

Corrie volvió a consultar sus notas, esta vez rebuscando entre ellas.

—¿Tiene alguna idea de por qué pudo hacer lo que hizo?

Él la miró fijamente.

—Así que está dando por hecho que lo hizo.

Corrie se dio cuenta de que había cometido otro error.

—En absoluto, pero es una posibilidad que estamos barajando…

—¿Cómo sabe que no había alguien más allí, obligándola?

—Estamos considerando todas las posibilidades …

En ese momento, Driver se puso en pie.

—Empieza a recordarme a los policías con los que llevo tratando estos últimos dos meses. «Explorando considerando todas las posibilidades» —repitió con sarcasmo—. Mire, esta conversación se ha acabado. Mi hija está muerta; ahora vaya a hacer su trabajo. Es imposible que ella hiciera algo así por su cuenta. Tampoco habría sido tan estúpida como para adentrarse en el desierto que tanto amaba y morir de un golpe de calor. Alguien le hizo esto. Encuentren a ese hijo de puta.

22

Corrie iba sentada junto al sargento Benally en su coche patrulla —una camioneta blanca con los logotipos de la Policía de la Nación Navajo—, observando cómo se internaban cada vez más en las tierras baldías. La última víctima había sido encontrada, como la primera, en la parte conocida como el Tablero de Ajedrez de la Nación Navajo, pero esta vez en terrenos pertenecientes al fideicomiso navajo, lo cual significaba que Benally estaba al mando. A Corrie le parecía bien; Benally era un buen policía, tranquilo, sensato y fácil de tratar. El único problema era que, al igual que Sharp, conducía como un loco por las pésimas carreteras de la reserva, dando botes y bandazos hasta el punto de que Corrie tenía que sujetarse al asa del techo para evitar golpearse la cabeza. Cuando le sugirió que redujera un poco la velocidad, él respondió entre risas:

—Si redujera la velocidad en estas carreteras, no llegaría nunca a ninguna parte.

Corrie observó el paisaje. Era un día de julio extremadamente caluroso y agradecía el aire acondicionado. Iban a visitar a un hombre llamado Jack Bia, el titular de la concesión de la parcela en la que habían encontrado el cuerpo de la mujer. Él no vivía allí; su casa estaba en un asentamiento llamado White Horse, al sur de las tierras baldías.

—¿Conoce a ese hombre? —preguntó Corrie mientras avanzaban a toda velocidad.

—Nunca lo he tratado. He oído que es un joven que está formándose para ser curandero.

—Y, si no le importa que lo pregunte, ¿a qué se dedica exactamente un curandero?

—No me importa en absoluto. Es alguien que dirige ceremonias para restablecer el equilibrio en la vida de las personas, devolver la armonía y curarlas de enfermedades mentales o físicas. He oído que Jack Bia está aprendiendo la ceremonia del Camino del Enemigo.

—¿Qué es eso?

—Se utiliza sobre todo con personas que regresan del servicio militar, especialmente si han estado en combate. Es una larga serie de invocaciones y relatos cantados en navajo que se prolonga varias noches. También hay pinturas de arena, una recreación de la batalla y otras cosas. Después suele haber un baile para los jóvenes llamado Danza de las Muchachas. Antes se llamaba Danza de las Squaws, pero ese término ya no se considera apropiado hoy en día.

Volvió a reír.

—¿Y eso, como dice, restablece su armonía?

—Cuando vuelves de la guerra, has estado rodeado de muerte. Estás contaminado por ella, sobre todo si has matado a otras personas. Te atormentan los chindi, los espíritus de los muertos. El Camino del Enemigo permite que los chindi descansen. —Hizo una pausa—. En su cultura, a esos espíritus los llaman trastorno de estrés postraumático.

Aquello impresionó a Corrie.

—¿El Camino del Enemigo está destinado a curar el trastorno de estrés postraumático?

—En concreto, a curar a los soldados que cargan con los horrores de la guerra. Casi todas las familias navajo de por aquí tienen miembros en las fuerzas armadas, así que el Camino del Enemigo es una de nuestras ceremonias importantes.

—¿Y funciona?

Benally se volvió hacia ella con una expresión de fingida seriedad y Corrie se dio cuenta de que había dicho algo inapropiado. Entonces volvieron los recuerdos de Horace Driver, que nunca andaban muy lejos. ¿Por qué demonios olvidaba comprobar que el cerebro no estuviera en marcha atrás antes de que la boca pisara el acelerador?

—Claro que funciona —dijo—. ¿Cree que los psiquiatras y las pastillas lo hacen mejor?

—Lo siento. Ha sido una pregunta estúpida.

—No se preocupe. Ya hemos llegado.

A Corrie no le parecía que hubieran llegado a ninguna parte, pero Benally se desvió de la rudimentaria carretera y enfiló una pista que serpenteaba entre unas colinas de arena antes de acercarse a una casa prefabricada del Departamento de Vivienda y Desarrollo Urbano. Se encontraba junto a un gran y hermoso *hogan* construido con troncos labrados con azuela y techo de barro. Como era habitual, según vio Corrie, Benally detuvo la camioneta bastante antes de llegar a la casa y esperó.

La puerta se abrió casi de inmediato y salió un joven de aspecto enérgico, que saludó con la mano. Ambos bajaron del vehículo y, cuando se acercaron, los invitó a entrar. Corrie se encontró en un

salón amplio y confortable, con suelo enmoquetado, estufa de leña, sofás y sillones, un enorme televisor de pantalla plana y, encima del sofá, una composición de fotografías de jóvenes —hombres y mujeres— con uniforme militar posando ante banderas estadounidenses.

—Jack Bia —dijo el joven, estrechándoles la mano de una manera curiosamente suave—. Ahora mismo traigo café.

Era pura actividad: sirvió el café, añadió azúcar y cremora sin preguntar y lo repartió. Estaba exactamente como le gustaba a Corrie y, al parecer, también a Benally.

Cuando hubo servido el café, Bia se sentó, apoyó los codos en las rodillas y se inclinó hacia delante.

—Bueno —dijo—. ¿Qué ocurre?

Benally miró a Corrie. Teniendo en cuenta el lugar donde fue hallado el cadáver, ya habían decidido que él llevaría la voz cantante.

—Como le comenté por teléfono —dijo Benally—, estamos investigando la muerte de una joven en su concesión de pastoreo, cerca del arroyo Betonnie. Al parecer, se adentró caminando en el desierto, se quitó la ropa y murió de insolación.

Bia no dijo nada.

—Queríamos saber si podría arrojar algo de luz sobre el asunto.

Bia mantuvo silencio un momento.

—Recibí esa concesión de mi abuela, pero nunca la he utilizado. No tengo tiempo para criar ovejas. Estoy estudiando para ser curandero.

—¿Cuándo fue la última vez que estuvo allí?

—Uy, hace por lo menos diez años, cuando era adolescente y ayudaba a mi abuela a pastorear las ovejas.

—¿Se le ocurre por qué alguien podría adentrarse en esa zona?

—Los únicos forasteros de los que he oído hablar son buscadores de piedras que andan por allí recogiendo fósiles o madera petrificada. Ah, y supuestamente la compañía petrolera manda a gente de vez en cuando.

—Hablando de la compañía petrolera, la víctima se llamaba Mandy Driver. Era arqueóloga y trabajaba para Geo, que está llevando a cabo operaciones de fracturación hidráulica en esa zona.

—Sí, esos permisos de explotación incluyen mi concesión.

Corrie intervino:

—¿Quiere decir que están haciendo fracturación hidráulica en sus terrenos?

—Todavía no, y puede que no lo hagan nunca, pero tienen permisos que cubren esa zona.

—¿Cómo funcionan esos permisos? —preguntó Corrie—. ¿Recibe dinero por ello?

Ante esto, Bia hizo una mueca irónica.

—¿Yo? ¿Recibir dinero? ¡Ojalá! Ese terreno es tierra en fideicomiso de la Nación Navajo. La Nación la arrienda a las compañías petroleras y cobra los royalties. El estado y la Oficina de Administración de Tierras también poseen intereses en ese tablero de ajedrez y hacen lo mismo: los arriendan y cobran royalties. Todos cooperan para que los permisos no queden fragmentados. Los royalties se reparten: una parte para la Nación Navajo, otra para el estado y otra para el gobierno federal. Yo no veo ni un céntimo. La tierra no es mía; solo tengo los derechos de pastoreo.

—Comprendo. —Corrie echó un vistazo a sus notas—. ¿La víctima se puso alguna vez en contacto con usted para visitar sus terrenos

en calidad de arqueóloga de Geo?

—No. Entran y salen sin informarme y, de todos modos, yo nunca estoy allí.

—Hay una formación rocosa negra y bastante extraña. Ahí fue donde encontraron a la víctima, en su base. ¿Tiene algún significado especial esa formación?

Al oír eso, el rostro de Bia se tensó ligeramente.

—¿Por qué lo pregunta?

—La otra víctima fue encontrada cerca de una formación similar. Simplemente parece una coincidencia extraña.

Bia bajó la mirada.

—En las creencias navajo —dijo, esta vez mucho más despacio—, cada accidente geográfico, cada montaña, cañón y meseta tiene una historia detrás. Nuestra tierra, el Diné Bikéyah, es algo así como su Antiguo Testamento, en el sentido de que nuestras historias de la creación no se narran con palabras en papel, sino mediante las formas del paisaje.

—¿Y esa formación negra es parte de esa historia?

—Sí.

Parecía reacio a continuar y Corrie sintió una vacilación similar a la hora de seguir preguntando.

El sargento Benally asintió hacia Bia.

—Puede contarle la historia. Está de nuestra parte.

Bia se lo pensó un momento y luego asintió.

—De acuerdo. Al principio de los tiempos, cuando la tierra era joven, nació el pueblo navajo y vino a vivir a esta tierra. Pero descubrieron que alguien había estado allí antes y había dejado sus ruinas. Los llamábamos anasazi, los «enemigos ancestrales».

Hizo una pausa y respiró hondo.

—Sé que en principio ya no se utiliza la palabra «anasazi» para describir a los pueblo ancestrales, y está bien, pero tengo que explicar algo. La traducción de la palabra navajo «anasazi» como «enemigos ancestrales» es incorrecta. La palabra «ana» significa «forastero» o «extraño», no necesariamente «enemigo». En cualquier caso, como «anasazi» es una palabra navajo, voy a seguir utilizándola.

Corrie esperó mientras Bia bebía un largo sorbo de café, como si estuviera preparándose.

—La historia que me contaba mi abuela, y es una historia antigua, una de las más importantes de nuestro ciclo de creación, dice así: los anasazi que vivían aquí antes que nosotros eran muy poderosos. Tenían curanderos, mucha turquesa sagrada y ceremonias muy poderosas. Un curandero era el más poderoso de todos, llamado el Noqoìlpi, el Gran Jugador. El Gran Jugador engañaba a la gente en juegos de azar y, con el tiempo, se quedó con todas sus posesiones. Después gobernó sobre ellos, embriagado de su propio poder. Utilizaba mal las ceremonias para controlar y esclavizar a la gente, obligándola a construir las grandes casas del cañón del Chaco y otros lugares. Pero esto disgustó a los Yei, los dioses. El Viento, la Oscuridad, el Murciélago y la Gran Serpiente descendieron. Desafiaron al Gran Jugador y este finalmente lo perdió todo. Empezó a proferir amenazas y, para deshacerse de él, la Oscuridad fabricó un arco y lo lanzó muy alto hacia el cielo, en dirección al sur. Algunos dicen que se convirtió en el dios de los mexicanos; otros, en el dios de los estadounidenses. Cuando se fue, la gente quedó liberada y se alejó de las grandes casas. Todos aquellos lugares

quedaron en ruinas y fueron abandonados, pero permanecieron allí como advertencia ante la arrogancia y el mal uso del poder. Y así es como los navajo vemos hoy las ruinas del cañón del Chaco y otros lugares: como una advertencia.

Se hizo un breve silencio y luego continuó:

—Mi abuela decía que el Gran Jugador dejó esa aguja negra que hay en mi concesión y otras iguales como señal de su mal persistente. Yo nunca he subido allí, ni tengo intención de hacerlo.

Bia apuró el café y dejó la taza. Y Corrie pudo ver por la expresión de sus ojos —aunque seguían siendo amigables— que no iba a responder a más preguntas sobre la chimenea de hadas.

23

Normalmente, cuando Corrie bajaba al sótano de la Oficina de Campo de Albuquerque, giraba a la derecha hacia el laboratorio forense. De hecho, no recordaba haber ido nunca a la izquierda al llegar al pie de la escalera, ni siquiera durante la visita inicial. Pero esta vez lo hizo.

El pasillo era largo y terminaba en una pared sin ventanas ni cristal que suavizara la puerta encajada en ella. La señalización era igual de sobria: a un lado había un cuadrado blanco con un acrónimo de aspecto militar estampado en letras mayúsculas: OC ALQ / ORP.

Dudó un momento, sin saber si debía llamar. Era extremadamente consciente de los latidos del corazón en el pecho. Llamó, y diez segundos después abrió la puerta una mujer con una chaqueta azul y falda a juego.

—Soy Corinne Swanson —dijo Corrie—. Tengo cita a las once.

Sin mediar palabra, la mujer la hizo pasar y señaló un pequeño vestíbulo con sillas que le recordó a la zona de las farmacias donde se espera turno para una vacuna. La mujer volvió a un mostrador y consultó el ordenador.

—Sí, está anotada para las once —le dijo a Corrie cuando apenas se había sentado—. Por favor, acompáñeme, agente Swanson.

Corrie volvió a levantarse y siguió a la mujer junto a varios puestos de trabajo y luego por un corto pasillo. Solo había dos puertas a cada lado, con una ventana de cristal esmerilado en lo alto de cada una. La decoración, si es que podía llamarse así, tenía la neutralidad beige de una unidad de interrogatorios, lo cual, pensó Corrie, no andaba muy lejos de la realidad.

Horace Driver no había perdido el tiempo. Corrie debía de estar regresando a la oficina desde Bernalillo cuando él empezó a formular una queja oficial por su conducta. Además, sabía perfectamente cómo hacerlo, sin duda por su dilatada experiencia presentando quejas anteriores ante la policía y la oficina del sheriff: había contactado con la Oficina de Responsabilidad Profesional del FBI.

Al igual que Asuntos Internos en las comisarías, la ORP era una unidad temida y a menudo odiada: los que vigilaban a los suyos, haciendo cumplir la ley a quienes tenían el deber de hacerla cumplir. Corrie había oído mencionar el departamento numerosas veces, por lo general en voz baja, pero no le había prestado demasiada atención. Los miembros de su plantilla no se mezclaban con los demás agentes. Corrie no reconoció a la mujer que había abierto la puerta, ni a ninguno de los que estaban sentados en los puestos de trabajo. A esas alturas ya conocía de vista a la mayoría de la gente por cruzarse con ellos al entrar o salir del edificio o en alguna de las cafeterías. Pero aquello…, aquello parecía un país extranjero.

Y, sin embargo, en cierto sentido le resultaba tristemente familiar. No pudo evitar recordar los años de instituto, cuando la habían llevado varias veces al calabozo de la comisaría de Medicine Creek por alguna infracción o altercado menor.

Como Driver había presentado una queja oficial, el FBI debía tratarla también de manera oficial. Y eso significaba una sesión informativa formal —una palabra más suave que interrogatorio— a cargo de la ORP.

Había trabajado mucho, manteniendo la cabeza baja y arrimando el hombro, sacando sobresalientes en John Jay y esforzándose después por mantener a raya su impulsividad y su mal genio. ¿De verdad la había pifiado tanto con Driver?

Su hilo de pensamiento se vio interrumpido cuando la mujer abrió la última puerta a la derecha. El agente Sharp estaba en una pequeña sala ocupada casi por completo por una mesa: cuatro sillas a un lado y dos al otro.

—Agente Swanson —dijo Sharp, que asintió a la mujer, invitó a Corrie a entrar y le señaló las dos sillas—. Tome asiento.

Luego rodeó la mesa y se sentó. La pared no estaba pintada, sino recubierta con algún tipo de tela o fieltro que la hizo preguntarse si la habitación estaría insonorizada. Del techo colgaba un gran micrófono de condensador sujeto por una montura antivibración. Sharp ocupó una silla al otro lado de la mesa y Corrie vio que tenía una serie de mandos y botones integrados, además de una grabadora portátil de microcasete. En su lado de la mesa no había nada y apenas pudo contener el impulso de buscar arañazos en la superficie de madera.

Frente a ella había otro hombre, también desconocido. Llevaba el uniforme estándar del FBI, rondaba los treinta años y tenía el pelo muy rubio, corto pero cuidadosamente escalado. Por alguna razón, él y Sharp mantenían dos sillas vacías entre ambos. Sin decir nada, el hombre asintió a Corrie.

—Antes de empezar —dijo Sharp, mirando la única carpeta que tenía delante—, ¿le apetece un vaso de agua?

Corrie negó con la cabeza. Estaba decidida a decir lo menos posible y a mostrar una neutralidad emocional similar.

No había nadie en la oficina a quien conociera lo bastante bien como para pedir consejo sobre cómo manejar una situación así. No había intimado demasiado con los otros agentes jóvenes y, en cualquier caso, nunca había oído que nadie, salvo el antiguo examinador forense Lathrop, hubiera tenido problemas con la ORP.

Sharp pulsó un botón en la mesa.

—Comprobación de sonido —dijo, mirando al otro hombre.

Este asintió. Fue entonces cuando Corrie reparó en que llevaba un auricular, cuyo cable le bajaba discretamente por la nuca.

Hubo otra breve pausa durante la cual Sharp pulsó algunos botones más en la mesa. En lo alto de la pared opuesta había un pequeño cuadrado de cristal oscuro y Corrie se preguntó si habría una cámara oculta detrás.

Vio que Sharp respiraba hondo. Luego abrió la carpeta, extendió unas hojas y, para que constara en la grabación, indicó la hora y la fecha, así como los nombres de los presentes.

—Agente Swanson —dijo—, como ya sabe, Horace Driver ha presentado una queja formal contra usted. —Miró los papeles extendidos ante él—. Concretamente, afirma que usted lo trató con displicencia, que fue muy irrespetuosa, que mostró falta de empatía en sus preguntas y que, en general, manejó la entrevista con una actitud que lo denigraba no solo a él, sino también a su hija. —Hizo una pausa—. El Departamento de Justicia nos exige investigar todas las denuncias por conducta indebida contra agentes de las fuerzas

del orden de cualquier tipo, siempre que estuvieran ejerciendo sus funciones oficiales en ese momento. Nuestra conducta se rige por el estatuto 18, párrafo 242 del Código de Estados Unidos, que protege los derechos civiles de cualquier acusado o posible acusado. —Se detuvo para mirarla, con los ojos tan soñolientos como siempre—. ¿Lo entiende?

—Lo entiendo.

—Según nuestra revisión preliminar, nada en sus actuaciones ni en la grabación de su entrevista indicaría que haya vulnerado los derechos civiles del señor Driver, que haya incurrido en falsificación de ningún tipo o que se haya comportado de manera ilegal. No creemos que haya cometido un delito federal. Sin embargo, debemos revisar la queja del señor Driver por dos razones: para demostrar la debida diligencia y para que, por su protección, podamos aportar pruebas de que hemos examinado el asunto más allá de toda duda razonable.

Dios bendito. Solo escuchar aquella retahíla le había dejado la garganta seca. Parecía el alegato inicial de un consejo de guerra. Ojalá hubiera aceptado el vaso de agua.

—Tenemos la suerte de que grabó toda la conversación. Eso nos permite evaluarla a la luz de sus acusaciones. ¿Empezamos?

Sin esperar respuesta, Sharp cogió la grabadora, miró el contador y la puso en marcha.

Los tres escucharon en silencio mientras Corrie expresaba sus condolencias al señor Driver, confirmaba que fue ella quien encontró el cadáver y luego, en respuesta a las incisivas preguntas de Driver, le daba detalles sobre cómo había muerto su hija y sobre la importancia de obtener cualquier información que pudiera tener,

porque, entre otras razones, Mandy no había sido la primera mujer que moría de ese modo. Aquello dio paso a la súbita diatriba de Driver contra Oskarbi, en la que acusaba al profesor —desaparecido hacía tiempo— de acostarse con sus alumnas. Luego llegaron al momento en que Corrie preguntaba por el trabajo de Mandy. Sharp reprodujo ese fragmento, lo detuvo, rebobinó y lo reprodujo por segunda vez.

—Geo. Los dos trabajábamos en Geo.

—¿Y qué tipo de trabajo era?

—Fracturación hidráulica.

—¿Geo Solutions es una empresa petrolera dedicada a la… fracturación hidráulica?

Corrie se miró las manos. Era imposible negarlo: su voz había delatado claramente sus sentimientos personales, y Driver, cuyos sensores ya estaban afinados al máximo, lo había percibido y había trasladado de inmediato su enfado hacia ella.

Por suerte, Sharp no lo reprodujo por tercera vez. En lugar de eso, dejó que la cinta continuara. Tras otra diatriba, esta más breve y dirigida a Corrie, Driver volvió a responder a sus preguntas, ahora con fría desconfianza y réplicas mordaces y cínicas. Luego cometió el segundo error: formular una pregunta sobre Mandy de un modo que insinuaba que podría haberse quitado la vida.

—¿Cómo sabe que no había alguien más allí, obligándola?

—Estamos considerando todas las posibilidades.

—Empieza a recordarme a los policías con los que llevo tratando estos últimos dos meses… Mire, esta conversación se ha acabado. Mi hija está muerta; ahora vaya a hacer trabajo.

Como aquello era, en esencia, el final de la entrevista, Sharp no reprodujo la última parte, cargada de amargura. No hacía falta. En lugar de eso, apagó la grabadora y dejó que se impusiera un breve silencio en la sala. Luego miró con gesto inquisitivo al representante de la ORP, que negó levemente con la cabeza. Sharp volvió la vista hacia Corrie.

—Agente Swanson, acabamos de escuchar la conversación que dio lugar a las quejas de Horace Driver. En este momento, la pregunta más pertinente es esta: ¿considera usted que sus quejas están justificadas?

«¿Justificadas? Ni de broma. Ese individuo está tan obsesionado con presentar quejas que han tenido que amenazar con arrestarlo. Yo solo soy la víctima más reciente sobre la que puede escupir su veneno».

Corrie no dijo aquello en voz alta, por supuesto: verse a sí misma como una víctima era el planteamiento erróneo, así que ahora le tocó a ella respirar hondo.

—Señor —dijo—, al escuchar la conversación, entiendo por qué el señor Driver se sintió ofendido. Estaba abrumado por el dolor tras la muerte de su hija. El enfoque con el que abordé la entrevista se centró principalmente en lo que él pudiera aportar para ayudarme a resolver este caso. —Hizo una pausa para humedecerse los labios—. Pensándolo ahora, veo que me precipité en mi deseo de interrogar al señor Driver. Transmití de forma descuidada sentimientos personales sobre un asunto sensible para él. No fui tan diplomática como debería haber sido, ni tuve suficientemente en cuenta el estado emocional de Driver, que para entonces ya había dejado claro. Ignoré la formación que recibí en la academia y el asesoramiento

que me han ofrecido el agente Morwood y usted mismo. No tengo excusa. Solo puedo decirles cuánto lamento que esto haya ocurrido. Comprendo que el señor Driver se sintiera ofendido, y no sin motivo. Les fallé a usted y al FBI, y haré todo lo posible por aprender de este error y asegurarme de que no vuelva a suceder.

Soltó el aire con un largo temblor. Ya estaba: lo había dicho todo. Lo había puesto todo sobre la mesa, incluso cuando Sharp había abierto la boca un par de veces para interrumpirla. Ahora comprendía que era importante hacerlo: sabía que había cometido un desliz, pero en el fondo creía que tanto Driver como el FBI estaban reaccionando de forma desproporcionada, y quería dejar claro —sin que tuvieran que decírselo— que entendía su error, pero a su manera.

Luego miró a Sharp, al representante de la ORP y de nuevo a Sharp. Su mentor parecía un poco menos somnoliento de lo habitual. Por un instante, sus miradas se cruzaron en silencio, y entonces él asintió.

—Agente Swanson —dijo—, creo que ha hecho usted un trabajo excelente al llegar al fondo de este asunto. Pero también va a tener que decirle todo esto al señor Driver y pedir disculpas. En una situación así, es tan importante que siga el proceso con él como lo ha hecho con nosotros. Usted necesita asumir la responsabilidad de sus actos y él necesita saber que utilizará esto para hacerlo mejor.

Corrie ya sospechaba que aquella sería una de las condiciones. La buena noticia era que, al ver al representante de la ORP levantarse inesperadamente de su asiento y alejarse de la mesa mientras se ajustaba la corbata, tal vez no habría más consecuencias: ningún escarnio, ningún castigo ejemplar. Pero la idea de volver a ver a

Driver cara a cara, en cualquier circunstancia, era lo bastante inquietante como para atenuar el alivio que sentía.

El funcionario de la ORP asintió a cada uno de ellos y luego cerró la puerta silenciosamente. Sharp cerró la carpeta, pulsó los botones de la mesa y guardó la grabadora. Sus movimientos lentos y deliberados parecían calculados para que la tensa atmósfera de la sala se relajara un poco. Finalmente, suspiró y miró hacia el micrófono del techo —indicando que estaba apagado—, y se volvió hacia Corrie.

—Siento que haya tenido que pasar por esto.

Hizo una pausa y, cuando quedó claro que esperaba una respuesta, Corrie asintió.

—He estado en salas como esta, a ambos lados de la mesa. Siempre hay un motivo para que se lleven a cabo estas revisiones. En este caso —se detuvo para dar una palmada a la carpeta— he llegado a dos conclusiones. La primera es que Driver fue un entrevistado extraordinariamente difícil. Estaba dolido, pero también buscaba el enfrentamiento. Las fuerzas del orden lo habían tratado mal y usted se llevó la peor parte. —Hizo una nueva pausa—. Había perdido a una hija y, por cierto, también perdió su trabajo.

—No lo sabía —dijo Corrie.

—Faltó al trabajo mientras buscaba a su hija, y Geo, siendo la gran empresa que es, no dudó en despedirlo. A veces son precisamente las personas a las que juramos proteger las que acaban siendo un verdadero incordio. Eso no podemos cambiarlo. Y tampoco podemos cambiar la burocracia del FBI que acaba de experimentar en esta sala. —Echó la silla hacia atrás—. Dicho esto, ¿se atrevería a adivinar cuál es mi segunda conclusión?

Corrie aún estaba asimilando la sorpresa por el despido de Driver. La hacía sentirse todavía peor por su metedura de pata.

—Señor, creo que la otra conclusión es que aún tengo mucho que aprender.

Sharp arqueó una ceja.

—Eso, Corrie, es lo que esperaba oír. Entrevistar a una víctima, como lo era el señor Driver, requiere una gran sensibilidad. Exige que mantenga sus opiniones personales escrupulosamente bajo control. Ahora ya ha superado su bautismo de fuego. Sí, tiene mucho que aprender, pero también ha avanzado extraordinariamente en muy poco tiempo.

Dudó, como si estuviera sopesando si decir algo más, y finalmente lo soltó de golpe:

—Es una de las agentes con más potencial que he conocido.

Se puso en pie y Corrie también se levantó rápidamente, ruborizada y aturdida por aquella última afirmación.

—Vuelva al trabajo, agente Swanson —dijo él, con un leve atisbo de sonrisa.

24

Skip dudó ante las enormes puertas de mezquite, respiró hondo y llamó. Casi de inmediato, Edison Nash las abrió de par en par.

—¿Qué pasa, tío? —preguntó—. ¡Entra!

Skip lo siguió a través del majestuoso vestíbulo y entró en el despacho, impresionado una vez más por la mansión y las colecciones, propiedad de un hombre de poco más de treinta años. Le llevaba apenas un par de años y ya era multimillonario. En la chimenea kiva ardía una hoguera y el crepitar de la madera de enebro añadía su ambiente a la luz moribunda del exterior. Sobre la mesa había varios objetos: una botella de tequila reposado caro, unas limas, un cuenco con sal, copas de margarita, una botella de Cointreau, un tarro de sirope simple, zumo de lima, una cubitera con hielo y una coctelera.

Nash se sentó en un sillón de cuero mientras Skip ocupaba el sofá.

—En algún sitio son las cinco —dijo—. Tengo todos los ingredientes. ¿Qué me dices?

—Que sí —respondió Skip.

Edison empezó a mezclar hábilmente los ingredientes en la coctelera: zumo de lima, Cointreau, sirope y abundante tequila. Añadió hielo y agitó con energía; luego, tras pasar una rodaja de lima por el borde de las copas y rebozarlas en sal, coló la mezcla con

un gesto teatral. Skip observó la escena con un cosquilleo de expectación.

Edison alzó su copa y Skip hizo lo propio.

—¡Por nuestra investigación!

Skip bebió un buen sorbo y notó cómo el líquido cálido y ácido descendía por la garganta.

—Bueno —dijo Edison—. No te creerás lo que he descubierto.

—Cuéntame.

Skip se disponía a llevarse la copa a los labios para dar un segundo trago generoso, pero se contuvo. No quería excederse; después de su primera sesión con Edison, había acabado con una resaca terrible.

—Pues me puse a investigar sobre los gallina, las ruinas y todos esos cañones de la zona. Leí el libro de Hibben, que tú también deberías leer, e hice algunas averiguaciones bien fundamentadas. Después de la visita de tu hermana, empecé a preguntarme si no habría más piedras de relámpago verdes en el territorio gallina. A lo mejor existía una cantera de prasiolita por la zona. En el proceso me enteré de un asesinato realmente extraño que sigue sin resolver.

—¿De verdad?

—Hace unos doce años apareció un cadáver arrastrado por el río Gallina desde un cañón. Quedó atrapado en un banco de arena, donde el Gallina desemboca en el río Chama. Lo encontraron unos aficionados al descenso en balsa. Era un hombre de mediana edad y lo habían golpeado, apuñalado y, en general, destrozado. Pero aquí viene lo más fuerte: cuando le hicieron la autopsia, descubrieron que alguien le había grabado un símbolo en el vientre. Después de muerto.

—¿Qué clase de símbolo?

Nash se levantó, cogió una fotografía de la mesa y se la tendió a Skip.

—Dios mío —dijo Skip. Era la imagen de un cuerpo tendido sobre una camilla en un estado de semidescomposición repugnante—. ¿Eso es una… espiral?

—Sí.

—¿De dónde has sacado esto?

—Tengo mis contactos.

—¿Alguien sabe qué significa?

Nash negó con la cabeza.

—Eso es lo que lo hace aún más extraño. A mí me recuerda a las espirales que se ven en los petroglifos prehistóricos, pero quién sabe. Una espiral puede significar cualquier cosa.

Skip le devolvió la fotografía.

—¿Quién era ese hombre?

—Ahí radica el misterio. Nadie sabe quién era, qué hacía allí, ni quién lo mató. —Apuró el margarita y agitó la coctelera con gesto tentador—. ¿Otro?

—Claro.

Skip terminó rápidamente lo que quedaba en su copa y Edison volvió a llenar las dos.

—También encontré las notas de mi abuelo sobre los gallina. Y ¿te lo puedes creer? ¡Descubrí que había estado allí con el mismísimo Frank Hibben! Fue en los años treinta. Acamparon y Hibben le enseñó algunas de sus ruinas favoritas. Estoy bastante convencido de que excavaron un poco; por aquella época no había muchas normas. A lo mejor fue allí donde mi abuelo consiguió esas piedras

de relámpago. —Hizo una pausa—. Tiene lógica. Apostaría a que hay más por allí.

—Puede que incluso el gran filón de prasiolita esté en esa zona.

Skip empezaba a notar el efecto de los margaritas cargados.

—¡Es justo lo que estaba pensando! —Nash se inclinó hacia delante, mirando a Skip con los ojos muy abiertos—. Me encantan los misterios. ¿Y a ti?

—Desde luego.

—¿Vas de acampada?

—Constantemente. Pasar tiempo en el desierto, bajo las estrellas, es una tradición familiar de los Kelly. Mi padre era una especie de buscador de tesoros un poco chiflado y nos llevaba a lugares apartados cuando apenas sabíamos caminar. —Skip se descubrió sonriendo al recordarlo—. Nunca soy más feliz que cuando estoy sentado junto a una hoguera, con un filete chisporroteando sobre las brasas y tocando el ukelele a decenas de kilómetros de cualquier cosa.

—¿Tocas el ukelele?

Skip asintió.

—Mi padre tenía un viejo ukelele soprano Martin de los años treinta. Era un Style 1, no sé si entiendes de ukeleles. Estaba hecho con caoba y palisandro brasileño. Lo ganó en una partida de póker. Me enseñó todas las canciones del Tin Pan Alley y del Oeste que conocía. Se ha llevado unos cuantos golpes con los años, pero lo sigo apreciando muchísimo. Cada vez que lo toco, me acuerdo de mi padre.

A Edison le brillaban los ojos.

—Déjame enseñarte una cosa.

Se levantó y al cabo de un minuto volvió con lo que parecía un objeto largo y recto, que le entregó a Skip.

—Es una flauta de hueso anasazi —dijo Skip en un tono casi reverencial mientras la volteaba en sus manos—. Nunca he visto una en un estado de conservación tan impecable.

Edison se echó a reír.

—Eso es porque no existe.

—¿Cómo que no?

—No puedes tocar esas flautas antiguas; la mayoría están tan agrietadas y deterioradas que se desharían en tus manos si intentaras tocarlas. Mandé reproducir esta a un lutier en Denver.

—¿Así que se puede tocar?

Edison se la cogió a Skip, tocó unos compases de una melodía melancólica y se la devolvió.

—Vaya —dijo Skip—. Suena de maravilla.

—Claro que sí. Desmontamos tres flautas antiguas para obtener exactamente las medidas interiores y la posición de los orificios.

Skip se lo quedó mirando.

—¿Tres flautas originales?

—Claro. De otro modo no habríamos conseguido bien las tonalidades ni la posición de los orificios. Esos trastos viejos no valían mucho; tengo otra media docena guardada por ahí. Eso sí, conservé la boquilla de la mejor y le pedí al lutier que la incorporara. ¿Ves cómo está tallada?

Skip observó los anillos desvaídos y los motivos geométricos en uno de los extremos de la flauta y luego se la devolvió.

—Es impresionante.

Él no estaba tan seguro de que hubiera sido buena idea destruir las flautas antiguas para fabricar aquella, pero no dijo nada.

—¿Recuerdas lo que te dije la última vez que nos vimos? ¿Qué te parece si tú y yo investigamos un poco por nuestra cuenta? Podríamos comprar provisiones y adentrarnos con mochilas en esos cañones, acampar unos días y explorar un poco. Nada ilegal, por supuesto, solo por curiosear. Tú trae el ukelele y yo llevaré la flauta. Será una pasada. ¿Qué me dices?

Skip iba a responder: «Claro que sí», pero se contuvo. La idea lo halagaba y lo entusiasmaba a partes iguales. Sería una excursión fantástica y tal vez harían descubrimientos interesantes. Aunque adentrarse en el cañón Gallina no era ilegal, intuía que Nora vería con muy malos ojos que él, empleado del instituto, «explorara» ruinas antiguas con alguien como Nash. Ya le había insinuado en más de una ocasión que Nash le parecía una mala influencia.

—Yo… —balbuceó al devolverle la flauta—. Es muy buena idea. ¿Te importa si me tomo un día para arreglar antes unas cosas de trabajo?

—Sí, claro, pero no te demores mucho. Puede que me ponga impaciente y vaya por mi cuenta.

—¡No hagas eso! —dijo Skip.

A lo mejor podría hablar con Nora y convencerla de que él frenaría a Nash cuando quisiera llevarse objetos.

Nash sonrió.

—Mañana me pongo en contacto contigo. Mientras tanto, yo me encargo de las provisiones. —Sonriendo, dio una palmada a la botella de tequila—. Como, por ejemplo, una buena cantidad de este aguardiente para echar un trago junto a la hoguera. ¿Eh, Skip?

Luego alzaron la copa, brindaron y se las bebieron de un tirón.

25

El grueso archivador cayó sobre la mesa de Corrie con un golpe seco y la despertó bruscamente de unas ensoñaciones poco agradables.

—¿Qué es esto? —preguntó.

Cuando levantó la vista, encontró a Nora en la entrada de su cubículo en la Oficina de Campo de Albuquerque, con una sonrisa en el rostro y una acreditación de visitante colgada del cuello.

—La tesis doctoral de Miranda F. Driver.

—Es voluminosa, desde luego. ¿La has leído?

Nora tomó asiento en la única silla libre del cubículo.

—La he hojeado. No es revolucionaria, pero aun así es un trabajo académico excelente. Driver habría sido una magnífica profesora si hubiera seguido ese camino.

—¿Alguna pista para el caso?

—Por lo que he visto, la tesis reúne prácticamente todo lo que se sabe sobre la cultura gallina, que no es mucho. Y contiene una breve sección sobre las campañas de campo arqueológicas dirigidas por Oskarbi: menos detalle del que esperaba, pero tampoco es de extrañar, si tenemos en cuenta que nunca publicó los hallazgos del equipo y que, por lo visto, todas sus notas, fotografías y diarios han desaparecido.

Corrie cogió el archivo y lo hojeó.

—¿De dónde lo has sacado?

—De la UNM. Las tesis están disponibles en línea y puedes pedir copias impresas. —Hizo una breve pausa, jugueteando con la acreditación que llevaba al cuello—. Pero esta fue más difícil de encontrar de lo que debería.

—¿Por qué?

—Estaba mal indexada, así que era prácticamente invisible en las búsquedas. Mira el título.

Corrie miró.

—*La caída de la cultura galina en las tierras baldías del suroeste estadounidense*.

—¿Ves la falta de ortografía en la palabra «gallina»? Ahora mira el nombre.

Corrie volvió a mirar: «Miranda F. Diver».

—El nombre también está mal escrito. Eso impedía que apareciera en las búsquedas, tanto por el nombre de la autora como por el título.

—¿Deliberado?

—Pudo ser un error al introducir los datos, pero da que pensar.

—¿Qué hay ahí dentro que alguien querría ocultar?

Nora hizo una pausa, como si estuviera eligiendo cuidadosamente las palabras.

—Lo importante es lo que no hay.

Corrie arqueó las cejas mientras Nora levantaba la tesis, la abría por el índice y la giraba para que ella la viera.

—Parece normal, ¿verdad?

—En principio, sí. —Corrie repasó los títulos de los capítulos—. ¿Qué se supone que debo buscar?

—¿Y la numeración de páginas está en orden?

—Eso parece.

Nora pasó la página.

—Ahora mira el índice de ilustraciones.

Corrie vio que cada entrada indicaba el número de capítulo correspondiente, seguido de un guion y el número de ilustración: un formato estándar. De nuevo, todo parecía normal, y repasó otra vez la lista.

—Espera. Algunas ilustraciones están mal numeradas.

—Exacto.

Corrie levantó la vista y vio una amplia sonrisa en el rostro de Nora.

—Los dos últimos capítulos han sido eliminados. Se ha reajustado todo: la paginación, la numeración de los capítulos y el índice, pero quien lo hizo olvidó volver a numerar las ilustraciones.

Corrie la miró fijamente.

—Buen trabajo de detective. ¿Y qué crees que había en esos capítulos?

—No lo sé. Pero, mientras leía la tesis, tuve la sensación de que Driver se estaba reservando algo, como si estuviera preparando las pruebas para un argumento o una teoría final, quizá inesperada. Pero luego nunca aparecía. Creo que esa teoría fue eliminada en el último momento, seguramente con prisas, y sustituida por una conclusión nueva y más banal.

—¿Por quién?

—La persona más probable sería el director de la tesis. Y, como puedes ver en la portada, ese era Oskarbi. —Nora hizo una pausa—. Pero, aun así, puede que logremos encontrar esos capítulos desaparecidos.

—¿En serio? ¿Cómo?

—Yo misma escribí una tesis doctoral. Haces diez o quince versiones antes de terminarla y guardas todos los borradores —dijo Nora—. Si ese material todavía existe… —hizo otra pausa y sonrió a Corrie—, apostaría a que su padre lo tiene. Y tú, señorita agente del FBI, tienes que ir a buscarlo.

Aquella tarde a última hora, Corrie aparcó, con un nudo en el estómago, frente al edificio de apartamentos de Driver, bajó del coche, subió y llamó al timbre. No había pedido cita con antelación: temía que el hombre no quisiera recibirla. Tenía que disculparse y, además, si iba a pedirle ayuda con los borradores de la tesis, esperaba tener más posibilidades de convencerlo en persona.

Tras otra larga espera, Driver abrió la puerta y la miró con frialdad.

—Pase —dijo, apartándose.

Corrie entró, nerviosa e insegura, aunque esforzándose por no demostrarlo.

—Siéntese —ofreció Driver.

Esta vez, Corrie eligió una silla distinta.

—Señor Driver —dijo, recurriendo a las frases que había ensayado durante el trayecto—, lamento mucho haberlo ofendido cuando…

Driver levantó las manos.

—No diga nada más. No sé qué estaba pensando en ese momento y espero que esa queja no le haya causado demasiados problemas. —Respiró hondo—. Es que… me he sentido muy frustrado con esos policías que no hacen nada. Desde el principio era evidente que les

importaba un bledo, que daban por hecho que se había marchado por voluntad propia. No pude evitar pensar que, si hubiera sido una chica blanca, habrían prestado más atención. Perdí los nervios.

Aquella no era la respuesta que Corrie esperaba.

—Siento no haber sido más… prudente con mis opiniones.

Driver hizo un gesto como intentando restar importancia al asunto.

—Lo mejor que puede hacer por mí es avanzar en este caso. ¿Hay alguna novedad?

—Todavía no —respondió Corrie—. Pero sí tengo algunas preguntas de seguimiento y…, bueno, una petición.

—Si puede ayudar, adelante.

—Mencionó usted a un grupo de estudiantes de posgrado cercanos a Oskarbi y estoy intentando elaborar una lista.

—¿La universidad no la tiene?

—Sus registros no son muy buenos.

Driver asintió lentamente.

—Veamos. Mandy hablaba mucho de ellos. Eran un grupo bastante unido, pero los vi pocas veces, si es que los vi alguna. Molly Vine era una, por supuesto. Y luego había otra con nombre italiano… Bellagamba. Creo que sigue en la universidad.

—¿Olivia Bellagamba?

—Eso es. También estaba Susan Franco… Una mujer, Elodie Bastien… Un tipo corpulento llamado Bromley. Morgan Bromley. Otro que se llamaba Grant. Ese era su nombre de pila; el apellido no lo recuerdo. —Se quedó pensando un buen rato—. Había algunos más, pero ahora mismo no consigo acordarme —añadió, negando con la cabeza.

Mientras anotaba los nombres, Corrie se sorprendió de la buena memoria que demostraba. En sus amargas reflexiones, Driver había tenido tiempo de recordar casi todo lo que le había contado su hija antes de desaparecer.

—¿Cuántos cree que eran en total?

—No muchos. Ocho, quizá, o diez.

Corrie asintió. Ahora parecía un buen momento para hacer la petición.

—Creo que puede haber información útil en las notas y los borradores de la tesis de su hija. ¿Todavía existen?

—Desde luego. De hecho, están aquí, en un archivador. No tenía espacio en el apartamento para todos sus libros y papeles, así que guardó su material de investigación en el cuarto de invitados.

Driver se levantó y Corrie lo siguió por el salón hasta un pasillo. La última puerta daba a un pequeño dormitorio repleto de viejos archivadores, libros, revistas y montones de papeles. En un rincón había una estrecha cama individual.

—Este era su sitio cuando venía de visita. Y donde guardaba todas sus cosas. —Extendió los brazos—. No tenga reparos en mirar, registrar todo y llevarse lo que quiera. —Vaciló un instante—. Solo me alegra que a alguien le importe por fin.

Corrie observó la habitación. Aquello podía ser una mina de oro.

—A mí sí me importa —respondió con firmeza—. Y le prometo, señor Driver, que vamos a llegar hasta el fondo de este asunto.

26

Corrie habló poco durante el trayecto hasta la cárcel del condado de Sandoval, agradecida de que el agente O'Hara condujera mientras ella repasaba sus notas. A pesar de las palabras tranquilizadoras de Sharp y de la sesión de disculpas mutuas con el padre de Mandy, Corrie vio que las secuelas de la entrevista disciplinaria seguían presentes. La mayor parte del tiempo lograba no pensar en ello, pero había otros momentos en los que se sorprendía dudando de sí misma, preguntándose si algún día lograría moldear su naturaleza impulsiva y exaltada hasta convertirla en el ideal de una agente del FBI fría y segura.

Aquella mañana le había pedido a O'Hara que fuese con ella, no solo porque, en tales circunstancias, lo habitual era ir con un compañero, sino también porque le permitiría mantenerse un poco en segundo plano y dejar que otro llevara la voz cantante. Le caía bien Brendan O'Hara: era un buen tipo, amable, inteligente y trabajador y, a diferencia de Bellamy, su amigable rival, parecía no tener ningún problema en trabajar a las órdenes de alguien menos veterano como Corrie.

Volvió a echar un vistazo rápido a sus notas y levantó la vista al percatarse de que el vehículo aminoraba la velocidad. La cárcel estaba en Bernalillo, por supuesto, una localidad que se estaba convirtiendo rápidamente en la que menos le gustaba, un lugar que

recordaba a aquellos juegos de aventuras con los que se entretenía de niña, en los que acababas en un laberinto, girabas a la izquierda y luego a la derecha, y de algún modo terminabas otra vez en la misma habitación donde habías empezado.

El centro penitenciario era un conjunto de edificios bajos, pintados de un gris arena, que podrían haber pasado por un centro logístico de no ser por la valla metálica coronada por alambre de púas que los rodeaba. Había poca vegetación en el paisaje, y la poca que quedaba se veía ahogada por una vasta extensión de hormigón del mismo color que los edificios.

Corrie siguió a O'Hara al interior y le dejó tomar la iniciativa mientras enseñaban las identificaciones, entregaban sus armas en el control de entrada y eran conducidos por una breve sucesión de pasillos hasta una sala de visitas estándar: dos pares de asientos separados por un grueso panel de plexiglás con una rejilla circular para hablar y cámaras de vídeo en las esquinas del techo. Aunque no se lo mencionó a O'Hara, durante las simulaciones en Quantico, Corrie había pasado más tiempo en salas como aquella que haciendo trabajo real.

Sabía que solo disponían de un minuto o dos para estar a solas.

—Entonces, ¿todo claro? —murmuró—. Usted lleva la iniciativa y, según lo que coopere, puede que intervenga o puede que no.

—Esta es su fiesta —respondió O'Hara.

Cuando se abrió la puerta, apareció una figura enorme. Kenneth Curtis avanzó un paso y se detuvo para examinar sin disimulo a los dos agentes del FBI a través del plexiglás. Tenía una mirada insolente y su forma de observarlos daba a entender que había organizado aquella entrevista él y no al revés. Detrás de él había dos

guardias, pero Curtis era tan corpulento que apenas se los veía. Llevaba las manos esposadas a la espalda y un vigilante se las quitó mientras el otro permanecía atento, con el espray de pimienta y la porra listos. Luego, el guardia que llevaba las esposas se retiró y la puerta quedó bloqueada. Solo entonces Kenneth Curtis se dignó sentarse, masajeándose las muñecas mientras lo hacía.

Se produjo un silencio mientras los tres se evaluaban mutuamente. Por supuesto, Corrie había visto el historial delictivo de aquel hombre, pero las fotos policiales no hacían justicia a la presencia amenazadora que ahora tenían delante. Calculó que pesaría al menos ciento treinta kilos, uno de esos cuerpos descomunales que parecían hechos tanto de músculo y tendones como de grasa. La camisa de la prisión era de manga corta y dejaba al descubierto multitud de tatuajes que le cubrían los brazos y le subían por el cuello. Se había rapado la cabeza al cero, pero no se había detenido ahí: también se había afeitado las cejas.

Corrie había hecho los deberes. Durante los últimos veinte años, Curtis había mantenido una relación conflictiva con las fuerzas del orden. Sin contar los diversos incidentes ocurridos durante su divorcio de Molly Vine —incluida una orden de alejamiento solicitada por Oskarbi—, lo habían detenido media docena de veces por alteración del orden público y agresión. Fue precisamente una denuncia por agresión, tras romperle las costillas a un hombre que se manifestaba contra la fracturación hidráulica, lo que lo había llevado a la cárcel. Había aceptado una rebaja a delito leve de primer grado y ahora se encontraba en la última semana de una condena de noventa días. Curiosamente, había contado con la

asistencia de un abogado proporcionado por su empresa, Geo Solutions.

Corrie guardó silencio mientras O'Hara formulaba las preguntas iniciales y pensó qué podía haber visto en Curtis una estudiante culta y sofisticada como Molly. Pero se recordó a sí misma que las personas podían cambiar, especialmente en un periodo tan largo como eran veinte años.

Entre los recuerdos, las cartas y otros materiales que la señora Vine le había prestado a Corrie había una pequeña fotografía, sin marco y manchada, de Molly con su vestido de novia. Curtis aparecía solo parcialmente en el encuadre, pero bastaba para saber que en su día era un hombre delgado y atractivo. Costaba creer que se hubiera transformado en la criatura que ahora tenían delante.

Una vez concluidos los trámites formales, O'Hara fue al grano.

—Señor Curtis, ¿tiene idea de por qué queríamos hablar hoy con usted?

Curtis se encogió de hombros.

—En voz alta, por favor, para el micrófono.

—No.

—Estamos aquí por su exmujer, Molly Vine.

Curtis no mostró el menor interés. Evidentemente, sabía que Molly había desaparecido, pero tal vez ignoraba que habían encontrado su cuerpo: los televisores de la cárcel no acostumbraban a emitir canales de noticias.

—¿Sabía que estaba desaparecida? —preguntó O'Hara.

—Claro. Mejor así.

—¿Sabe que su cuerpo acaba de ser hallado en el desierto? —dijo O'Hara.

—Su… cuerpo —repitió Curtis al cabo de un momento.

—Sí.

—¿Y han venido a arrancarme una confesión o algo así? —se burló Curtis.

—Llevaba allí unos cinco años —añadió O'Hara.

La única respuesta de Curtis fue pasarse lentamente la lengua por los dientes, primero por la fila superior y luego por la inferior.

Corrie se inclinó hacia delante para hacer una pregunta.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a la señora Vine?

Curtis desvió la mirada hacia ella con fingida sorpresa.

—¡Pero si habla y todo! —exclamó con una mueca lasciva—. ¿Sabe hacer algo más?

—Responda a la pregunta —terció O'Hara.

—Mire, rompí con esa zorra hace ¿qué? ¿Veinte años? Me la crucé una o dos veces hará nueve o diez años.

—¿Dónde? —preguntó O'Hara.

—En una gasolinera de Tesuque.

—¿Y hablaron?

Curtis soltó una carcajada.

—Para ser sincero, no estaba seguro de que fuera ella hasta que me vio. Entonces se metió en el coche y salió disparada de la gasolinera como un piloto de NASCAR.

—¿Qué sabía de su vida después del divorcio? —preguntó O'Hara.

Curtis volvió a encogerse de hombros.

—El mundo es un pañuelo. Oyes cosas. Sé que dejó el posgrado y consiguió trabajo como profesora en algún sitio.

—¿Sabe por qué dejó los estudios? —preguntó O'Hara.

—Probablemente no pudo soportar el dolor de perder a un ejemplar masculino de primera como yo.

—Pruebe otra vez —dijo Corrie con brusquedad.

Curtis la observó un momento a través del plexiglás rayado y grasiento.

—Supuse que se daría cuenta de lo farsante y fracasado que era ese profesor.

—Se refiere a Oskarbi —dijo Corrie—. El que solicitó una orden de alejamiento contra usted.

—Sí, el pringado ese.

—¿Cuál fue el motivo de esa orden de alejamiento?

—Un día volví del trabajo y me lo encontré tirándose a mi mujer. Intenté abrirle la cabeza, pero Molly se interpuso y el cabrón escapó.

—Entonces, ¿ya tenían problemas matrimoniales? —preguntó Corrie.

—El problema matrimonial era ese profesor. Tenía ese encanto de hippy iluminado y respondía a las preguntas con acertijos. Todo muy profundo y esas mierdas. Olía a marihuana y era un salido de cuidado. No me sorprendería que anduviera metiendo el pito en cualquier sitio.

Corrie bajó la mirada hacia su expediente. Ninguno de los problemas en los que Curtis se había metido después del divorcio estaba relacionado con Molly; al parecer, la había dejado en paz. Por otra parte, cinco años atrás, cuando ella se internó en el desierto, él no estaba en la cárcel, y también tenía un motivo para quitar de en medio a Oskarbi.

—¿Cuál era la situación de su matrimonio antes de que el doctor Oskarbi entrara en escena? —preguntó.

—Nunca se cansaba de mí. Soy el tipo de hombre que atrae a las mujeres, como las polillas a una vela.

«Donde chisporrotean y se queman», pensó Corrie.

—Yo daba por hecho que, cuando terminara el doctorado, empezaría a ganar un buen dinero. Y si no, su vieja estaba forrada.

Así que, aparte de todo lo demás, Curtis era un aprovechado.

—Dice que intentó partirle el cráneo —añadió Corrie—. ¿Puede explicar la agresión con más detalle?

Curtis se lo pensó un momento, tal vez calculando mentalmente cuándo prescribía el delito.

—Le solté un par de buenos golpes antes de que Molly parara la pelea. Le dejé varias costillas fisuradas y un ojo morado —dijo, sonriente.

Oskarbi había solicitado una orden de alejamiento, pero al poco tiempo retiró los cargos por agresión. ¿Por qué? Nada más formular la pregunta, Corrie supo la respuesta: no quería que sus amoríos salieran a la luz más de lo necesario.

—¿Volvió a verlo alguna vez? —preguntó O'Hara, siguiendo el hilo de su compañera.

—No. Oí que volvió a México.

Curtis hizo una pausa.

—Usted no estaba en la cárcel cuando Molly murió en el desierto —dijo Corrie, mirando a Curtis para calibrar su reacción.

Curtis guardó silencio un momento.

—Déjeme decirlo así: yo no maté a Molly. Pero, si lo hubiera hecho, nunca la habrían encontrado. —Los miró a ambos—. Saquen sus propias conclusiones.

Y, dicho esto, se apartó del cristal.

27

Corrie y Sharp se dirigieron a las salas de interrogatorio de la oficina. Le había pedido a O'Hara que localizara a todos los estudiantes de posgrado de Oskarbi durante el periodo anterior a su regreso a México y que convenciera a los que vivían en la zona para que acudieran a declarar. Tenía que ser de forma voluntaria, ya que Corrie no disponía de pruebas suficientes para obtener citaciones judiciales, pero «voluntario» no significaba que no pudiera emplearse cierta presión.

Resultó que O'Hara era bueno en eso. De cinco que residían en la zona, había conseguido que tres aceptaran ser interrogados. Sharp se había mantenido al margen del proceso, pero, cuando llegaron los testigos, mencionó que Corrie tenía muy poca experiencia en interrogatorios y que él estaría allí para observar e intervenir solo si era necesario.

Corrie tuvo que reconocer que estaba verde en lo que respecta a interrogar testigos y que, al menos en esas circunstancias, agradecía contar con respaldo.

Las salas de interrogatorio de la oficina local estaban en la planta baja, desnudas e imponentes. Todas contaban con el habitual espejo unidireccional, a través del cual los observadores podían ver y escuchar lo que ocurría, y fue en una de esas salas de observación

donde O'Hara, Corrie y Sharp se reunieron con su café matinal para comentar los interrogatorios que se avecinaban.

—Entonces —dijo Sharp, mirando a Corrie y O'Hara con sus ojos pesados y soñolientos— ¿cuál es el objetivo? ¿Qué información quieren obtener?

Corrie había anotado una lista de preguntas.

—Quizá sea más sencillo si explico el razonamiento que me ha traído hasta aquí. Verá, empecé a preguntarme si Oskarbi no estaría en el centro de algún tipo de secta.

Al oír eso, Sharp arqueó las cejas.

—¿Una secta?

—Sí, señor. Tiene usted a un profesor carismático, Oskarbi, autor de éxito de un libro superventas sobre drogas y una supuesta espiritualidad indígena. Congrega a su alrededor a un grupo de estudiantes fascinados, y coacciona a las mujeres para que mantengan relaciones sexuales con él y a los hombres para que le sean sumisos.

Hizo una pausa.

—Continúe —dijo Sharp.

Corrie miró a O'Hara, que tenía una expresión escéptica.

—Y, años después, dos de sus seguidoras se internan en el desierto, se desnudan y mueren de forma horrible. Probablemente fueran suicidios. Además, llevan consigo objetos antiguos y poco comunes. Podríamos afirmar que se trata de un comportamiento propio de una secta.

Sharp ladeó la cabeza.

—Y, sin embargo, esos estudiantes y los demás discípulos de Oskarbi siguieron adelante y tuvieron carreras y vidas productivas.

Normales. Respetadas.

—Soy consciente de ello, señor. He consultado las bases de datos del FBI sobre sectas y tiene razón: en muchos aspectos, esto no se parece a una secta. Las dos mujeres eran exitosas y seguras de sí mismas, sin problemas de drogas o alcohol conocidos, sin trastornos mentales y no sufrieron abusos en la infancia. No se ajustan al tipo de presa fácil que suele buscar un líder sectario. Y, hablando de líderes sectarios, Oskarbi desapareció hace doce años, así que parece poco probable que siga dirigiendo una secta desde dondequiera que esté. No hay indicios de que haya reclutado nuevos miembros.

—Entonces —dijo Sharp—, me parece que acaba de exponer un excelente argumento de por qué no se trata de una secta.

—Y, sin embargo —respondió Corrie—, está ese comportamiento suicida, que es muy propio de una secta. En mi opinión, estos interrogatorios son una oportunidad para asegurarnos de que esos antiguos alumnos de Oskarbi son personas normales y no están ocultando algo.

Sharp asintió lentamente.

—¿Y cómo propone hacerlo?

Corrie lo había pensado.

—Metiéndoles presión.

—¿Y por qué cree que eso funcionará mejor que, por ejemplo, un interrogatorio poco agresivo?

—Como usted ha dicho, señor, parecen llevar vidas normales y productivas. Si es solo una fachada, quiero comprobar si podemos atravesarla y ver qué hay detrás.

—¿Y el papel del agente O'Hara?

Corrie tragó saliva.

—La clásica rutina de poli bueno y poli malo. Sé que es un recurso muy manido, pero funciona.

Sharp se volvió.

—Agente O'Hara, ¿qué opina?

—Ya lo hemos hablado y me parece bien —respondió O'Hara—. No me importa hacer de poli bueno frente a la poli hija de… A la poli mala, perdón.

Corrie soltó una carcajada.

—No, hija de puta está bien. Hija de puta es perfecto. Hagamos pasar al primero.

Corrie observó a través del cristal cómo el primero, Morgan Bromley, era conducido al interior por dos agentes, que lo sentaron y le ofrecieron una taza de café o un refresco, los cuales rechazó. Luego lo dejaron solo durante cinco minutos, como dictaba el procedimiento estándar. Estaba en buena forma, medía al menos un metro noventa, era atractivo, iba bien afeitado y tenía unos ojos marrones y hundidos y la nariz aguileña. Llevaba el cabello, prematuramente canoso, recogido en una larga coleta.

—Bien —dijo Corrie cuando se hubieron cumplido los cinco minutos—. Vamos allá.

Sharp se quedó allí mientras Corrie y O'Hara abandonaban la sala de observación y entraban en la de interrogatorio, donde Bromley estaba sentado a la mesa con una expresión arrogante.

—Señor Bumly —empezó Corrie—, soy la agente Swanson y este es el agente O'Hara.

—Bromley —corrigió él—, y soy doctor. Tengo un doctorado.

Sin disculparse, Corrie esbozó una sonrisa burlona y O'Hara tomó asiento al otro lado de la mesa mientras su compañera permanecía de pie.

—Doctor Bromley —dijo Corrie—, estamos grabando este interrogatorio y está usted bajo juramento. Por favor, indique su nombre y profesión y confirme que esta entrevista es voluntaria y que entiende que en cualquier momento puede solicitar un abogado o marcharse.

—Morgan C. Bromley, doctor en Filosofía, profesor, bibliotecario y archivero, Biblioteca Estatal de Nuevo México. En cuanto a lo de estar aquí de forma voluntaria, se me advirtió de que, si no acudía, podría ser citado judicialmente.

—Por favor, responda sí o no: ¿está aquí voluntariamente?

—Sí, supongo.

—Que conste en acta que el testigo se encuentra aquí de forma voluntaria —dijo Corrie con un tono desagradable—. Ahora, señor Bromley…

—Doctor Bromley.

—Mi primera pregunta: ¿sabía usted que el profesor Oskarbi mantenía relaciones sexuales con muchas de sus alumnas, es decir, con sus compañeras?

—¿Qué clase de pregunta es esa? ¿Qué son ustedes, la policía de la moral?

En su fuero interno, Corrie aplaudió aquella réplica, pero mantuvo una expresión tensa y maliciosa.

—Responda a la pregunta.

—¿Estoy obligado a responder?

—No, pero tenga en cuenta que está bajo juramento y mentir a un agente federal constituye un delito.

—Bueno, yo no me acostaba con él.

—¿Y otras estudiantes?

Tras un momento de vacilación, dijo:

—Sí.

—¿Cuáles?

Bromley soltó una carcajada repugnante.

—Todas, creo. ¿Y por qué no? Era consentido.

Corrie se tomó un momento para consultar su lista de preguntas.

—¿Conocía a Miranda Driver y Molly Vine?

—Sí.

—¿Hasta qué punto?

—Como compañeras de estudios.

—¿Es consciente de lo que hicieron? ¿Ir al desierto, desnudarse y, en esencia, suicidarse?

—Lo leí en los periódicos.

A esas alturas, se había permitido la difusión de la noticia en condiciones controladas, pero el FBI había retenido la información sobre las piedras de relámpago.

—Parece mucha coincidencia que dos exalumnas de Oskarbi hicieran algo tan descabellado. ¿Sabe por qué?

—No, no lo sé.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Miranda Driver?

—No lo recuerdo.

—Pero la ha visto desde la época en que estudiaban juntos, ¿no?

—Me la he cruzado alguna vez, y lo mismo con Molly. No mantenemos contacto.

—¿De veras? Tengo informes que indican que sí mantenía contacto con ambas de forma habitual.

En realidad no tenía tales informes, pero quería ver su reacción.

—Perdone, ¿eso es una pregunta? —dijo Bromley.

—Estoy cuestionando la veracidad de su afirmación de que no mantenía contacto. Yo no opino igual.

—Sigo sin oír ninguna pregunta.

—¿Mantenía contacto regular con ellas?

—Ya he respondido a esa pregunta.

«Es un abogado de manual», pensó Corrie.

—¿Y qué hay de Oskarbi? ¿Mantiene contacto con él?

—No.

—¿Cuándo fue la última vez que tuvo contacto con él?

—No sé nada de él desde que regresó a México. Eso fue… hará doce años.

—Fue su director de tesis. Háble me de él.

—¿Qué puedo decir? Era carismático. Te atrapaba, pero no tardé en darme cuenta de que era un farsante.

—Entonces, ¿por qué siguió siendo alumno suyo?

—Porque cambiar de director de tesis a mitad del proceso es un suicidio académico.

—¿Conoce las piedras de relámpago?

—Sí.

—¿Y las piedras de relámpago de prasiolita?

—Sí.

—¿Y qué sabe acerca de ellas?

—Tengo entendido que están asociadas a la cultura gallina. Es todo lo que sé.

—Hablando de la cultura gallina, usted solía participar en excavaciones con Oskarbi y sus otros estudiantes, incluidas Vine y Driver. ¿Correcto?

—Correcto.

—¿Qué ocurría durante esas campañas?

—Se excavaba. Y normalmente eran fines de semana largos, no «campañas».

—¿Y había sexo?

—¿Otra vez con la policía de la moral? Sí, había visitas nocturnas a las tiendas, pero sobre todo por parte de Oskarbi, olisqueando como un perro.

—¿No le caía bien Oskarbi?

—Ah, ¿se nota?

Corrie empezaba a sentirse frustrada.

—¿En cuántas expediciones participó?

—En tres.

—¿Cuándo?

—En 2011, 2012 y 2013.

—Y, aparte de esas visitas nocturnas y de excavar, ¿ocurría algo más durante esas expediciones?

—Se comía, se bebía y se dormía. Y nos bañábamos en el río. Y hacíamos malvaviscos junto a la hoguera.

—¿Algo fuera de lo común?

—Que yo recuerde, no.

—¿Encontraron alguna piedra de relámpago de prasiolita?

—Ojalá. Solo se conocen dos ejemplares, y están en manos de un coleccionista bastante turbio llamado Nash.

—¿Qué encontraron?

—Mucho material interesante: lítica, cerámica y restos humanos. Por desgracia, Oskarbi nunca publicó nada, y todo sigue almacenado en algún sótano de la UNM. Salvo los restos humanos, que, por supuesto, dejamos *in situ*, como exige la NAGPRA.

Aquello no los estaba llevando a ninguna parte y Corrie miró a su compañero.

—Agente O'Hara, creo que tenía usted algunas preguntas para este testigo.

O'Hara asintió.

—Sí, tengo una pregunta —dijo, y su voz adoptó de pronto un tono cortante como una navaja. Se inclinó hacia Bromley—. Tenemos motivos para creer que Oskarbi estaba implicado en una sociedad secreta en la que se consumían drogas y de la que usted formaba parte. ¿Es cierto?

Bromley se echó a reír.

—¿Una sociedad secreta? Se refiere a una secta, ¿verdad? Las sociedades secretas son cosa de los Padres Fundadores y de los estudiantes de la Ivy League.

—Limítese a responder a la pregunta.

—Ustedes, los del FBI, siguen muy a la defensiva por lo de Waco, ¿no? Puedo responder con una sola palabra: no.

Se hizo un silencio y O'Hara se volvió hacia Corrie.

—Su turno, agente Swanson.

—No tengo más preguntas —dijo Corrie. Luego miró fijamente a Bromley, que aún conservaba una expresión divertida, casi incrédula —. Gracias, doctor Bromley. Puede marcharse.

Bromley se levantó, negando con la cabeza, y salió.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Corrie miró a O'Hara.

—Creía que usted iba a hacer de poli simpático.

—Bueno —respondió él con una sonrisa—, el tipo era tan escurridizo que tenía que lanzarle un gancho y pensé que podía hacerle un favor descartando una teoría en particular. Puede que sea un imbécil, pero no es miembro de ninguna secta.

Corrie debía reconocer que, por mucho que Bromley hubiera sido un interlocutor evasivo, sonaba convincente.

—Tomo nota. Hagamos pasar al siguiente.

28

Desde el principio, Nora supo que era mala idea. Corrie no estaba disponible: pasaría el fin de semana incomunicada en la cabaña de Watts. Skip tenía que ponerse al día con trabajo atrasado del instituto y estaría ocupado tanto el sábado como el domingo. Tappan se había marchado a la costa este, tal como estaba previsto. Nora no quería involucrar a nadie del instituto, así que decidió ir sola.

Corrie había encontrado los dos capítulos desaparecidos de la tesis de Driver y Nora los había leído con interés y asombro. Ahora estaba impaciente, de forma casi irracional, por «verificar sobre el terreno» —como se decía en arqueología— las conclusiones y teorías expuestas en esos dos capítulos.

Redujo la velocidad del Jeep al darse cuenta de que se acercaba al final del camino lleno de surcos. Al rodear una chimenea de hadas, vio la zona donde había estacionado el equipo de filmación, cuyas huellas ya habían sido borradas por el viento. Llevaba suficiente agua en el vehículo y cargaría más en la mochila. Era un día relativamente fresco —unos treinta y cinco grados, con nubes intermitentes— y la caminata hasta la formación negra donde habían encontrado el cuerpo de Vine era de un kilómetro y medio. Aquello podía hacerlo sola. En cuanto a la escalada, era una pendiente pronunciada, de dificultad tres y cuatro, pero no requería cuerdas, aseguramiento ni compañero. O eso esperaba.

Nora aparcó el coche, se bajó y miró a su alrededor. El lugar resultaba mucho más solitario que cuando el equipo de filmación estaba allí, pero había un cambio a mejor. Había llovido recientemente y, aunque el suelo volvía a estar seco, la humedad había bastado para que brotaran flores silvestres en la arena tostada, pequeños toques de color que parecían salpicaduras de pintura sobre un lienzo apagado. El viento incesante tejía remolinos de polvo en el suelo, pero Nora lo agradeció: aportaba una sensación de frescor. A lo lejos distinguía la colina alta y negra, recortada contra el cielo y tan amenazadora como siempre.

Se colgó la mochila de hidratación, con cuatro litros de agua y algo de comida. Luego bebió un buen trago, se extendió una nueva capa de protector solar por la cara, el cuello y los brazos, se puso un sombrero y las gafas de sol y, sin más dilación, echó a andar.

El camino era fácil de seguir: aún se distinguían las huellas de quienes habían pasado antes. Nora caminaba deprisa, dejando que la actividad física apaciguara aquella sensación de inquietud. En realidad, nunca era prudente caminar por el desierto sin compañía, ni tampoco escalar rocas en solitario. Había dejado un mensaje en el buzón de voz de Corrie indicándole su destino por si ocurría algo, pero era domingo por la mañana y probablemente no volvería a tener cobertura hasta la noche.

Al avanzar, la aguja rocosa, con su cima plana, estaba cada vez más cerca. Nora dio largas zancadas, devorando terreno, y en veinte minutos llegó a la base del pináculo, en la depresión donde había aparecido el cuerpo.

Lo examinó con más detenimiento. Había unos treinta metros hasta la cima. Rodeó lentamente la base para evaluar la mejor ruta

de ascenso; le pareció más difícil de lo que recordaba, pero aun así era factible. Era de grado cuatro en casi todo el recorrido, con el paso clave justo en la parte superior, donde la roca volcánica se volvía casi vertical: nada que requiriera cuerdas. Y, al ser roca de lava rugosa, ofrecía numerosos apoyos para manos y pies. Desterró cualquier pensamiento de que lo que estaba haciendo fuera temerario; sería como subir por una escalera, se dijo. Debía reconocer que no era propio de ella asumir semejantes riesgos, pero ardía de impaciencia por ver qué había en lo alto. Driver había formulado una teoría notable, incluso revolucionaria, sobre la función de los dedos de bruja, pero parecía que, de forma inexplicable, nunca había verificado su hipótesis subiendo hasta la cima.

Tras completar la vuelta alrededor del pináculo, decidió cuál era la mejor ruta y empezó a escalar, encajando la bota en un apoyo, agarrando dos presas y elevándose desde allí. En efecto, no era muy diferente de subir por una escalera. La lava, sin embargo, era un tanto quebradiza, y hacia la mitad del ascenso un apoyo cedió. Aún tenía tres puntos firmes, pero se asustó.

Continuó ascendiendo mientras el espacio bajo sus pies se abría como un vacío enorme. A medida que iba ganando altura, la inclinación se volvía más pronunciada. Por fin, tras unos quince minutos, alcanzó el «paso clave» de la escalada, la parte más difícil: un cinturón vertical de roca que rodeaba la cima plana de la meseta.

Se detuvo para recuperar el aliento y mirar hacia arriba. Aquel tramo era claramente de grado cinco. Entre los pilares de basalto se veía una única fisura por la que podría avanzar, encajando los dedos y los pies y tirando hacia arriba. «Idiota, idiota. No lo hagas. Baja. Vuelve otro día con un compañero, cuerdas y material».

Pero no podía. Ya casi había llegado.

Era imposible no mirar hacia abajo para asegurarse de la colocación de los pies. Una caída en ese momento probablemente sería mortal y, si no lo era, pasaría el resto de su vida sentada en una silla de ruedas y deseando que lo hubiera sido.

Debía concentrarse. Un impulso más; otro encaje de dedos y pies; otro impulso. Colocó una mano sobre el borde, palpó en busca de un punto de apoyo y lo encontró. Cuando estaba cambiando un pie, el otro resbaló, y por un instante quedó colgada de una sola mano, balanceándose hasta que dio con otro apoyo y logró volver a encajar la punta del pie en la grieta.

Al cabo de un momento se había izado por encima del borde y estaba en la cumbre, respirando entrecortadamente y con el corazón desbocado mientras el terror remitía.

—Idiota —murmuró, enfadada consigo misma—. ¿Qué te pasa?

Pero al menos había llegado arriba.

Miró a su alrededor. En un extremo del pináculo se alzaba una pequeña y robusta construcción de piedra, con un techo plano casi intacto, cubierto de tierra y latillas, y una diminuta entrada en forma de ojo de cerradura. Junto a la choza, la pequeña cima de la meseta estaba cubierta con losas. Nora se acercó a observar: las piedras aún conservaban marcas de quemaduras y grietas producidas por innumerables hogueras gigantescas.

Luego se aproximó a la misteriosa construcción con cierta inquietud. Tenía muros gruesos y era una estructura oscura y encorvada. Alcanzaba a ver algo amontonado en su interior, un revoltijo de formas. Sacó la linterna frontal de la mochila y se la colocó. La puerta era tan baja que tuvo que ponerse a cuatro patas

para avanzar y mirar dentro, al tiempo que imaginaba la presencia de serpientes de cascabel y viudas negras.

La luz iluminó el montón y Nora soltó un grito de horror, retrocedió a toda prisa y se golpeó la cabeza contra el dintel de la puerta. Luego cayó hacia atrás y quedó tendida en el suelo, con fuertes palpitaciones en la cabeza, respirando con dificultad e intentando asimilar lo que acababa de ver.

29

Como siempre, Watts tenía su casa en uno de los parajes más hermosos de las montañas de Nuevo México. Nora la distinguía en una loma cercana: una cabaña de troncos perfecta, con un tejado verde de chapa ondulada, encajada entre pinos ponderosa y dominando un prado cubierto de flores silvestres. La luz de la tarde iba transformando todo del verde al dorado. Nora avanzó despacio con el Jeep. No le hacía ninguna gracia interrumpir su escapada romántica de fin de semana, pero Corrie la había metido en aquello y necesitaba conocer su descubrimiento inmediatamente.

Al acercarse a la cabaña, una figura salió al porche, y después otra: evidentemente, Corrie y Homer Watts habían visto el coche. Nora se sintió aliviada; al menos no los estaba interrumpiendo en un momento especialmente inoportuno.

Ninguno de los dos parecía muy contento al verla acercarse, hasta que Corrie reconoció su vehículo y saludó con la mano.

—Esto sí que es una sorpresa —dijo Watts desde el porche—. ¿Qué te trae por aquí?

—Siento interrumpir —dijo Nora—, pero hay algo que Corrie debe saber. No puede esperar.

—Entra y tómate un café, una copa de vino o lo que te apetezca —dijo Watts.

—Gracias.

Nora cogió el maletín del asiento del acompañante y los siguió al interior.

Era una auténtica cabaña de caza salida de otra época, construida con troncos cortados con azuela, ensamblados y calafateados con estopa. En un extremo había una estufa Franklin encendida: a casi tres mil metros de altitud, una tarde fresca estaba dando paso a una noche fría. Una cabeza de alce con su cornamenta colgaba de una pared y en otra había un par de viejas raquetas de nieve cruzadas, hechas con madera curvada y tendones. Un antiguo rifle de chispa colgaba sobre la puerta. Un tablero de cribbage pendía de un gancho y una estantería desordenada contenía montones de juegos, barajas y botellas medio vacías de whisky y bourbon. Un par de sillones de cuero ajados y un sofá del mismo material estaban colocados frente a la estufa, junto a una mesa de madera tosca que parecía fabricada a golpe de hacha.

—Muy auténtico —dijo Nora, que dejó el maletín sobre la mesa y lo abrió.

—Gracias —respondió Watts—. Era de mi abuelo y lo he dejado tal cual.

—Ojalá pudiera haber esperado hasta mañana —dijo Nora—, pero no podía. No después de lo que he leído en los capítulos finales que faltaban de la tesis de Driver que me diste.

Corrie abrió más los ojos mientras Nora sacaba los capítulos del maletín, junto con unos mapas, los extendía sobre la mesa y dejaba su teléfono móvil al lado.

—Antes de que empieces, ya es una hora razonable para empezar a beber —dijo Watts—, así que yo me voy a tomar un bourbon. ¿Alguien se apunta?

—Si eso que hay en el hornillo es café, entonces tomaré un poco —respondió Nora.

—Café para mí también —dijo Corrie.

Watts les sirvió sendas tazas de café y, para él, se echó dos dedos de bourbon.

—Bien —dijo, sonriendo mientras dejaba el vaso encima de la mesa—. Ahora que estoy debidamente fortalecido, cuéntanos.

—Antes de entrar en detalles, tengo que daros un poco de contexto sobre lo que se conoce como el fenómeno de Chaco.

—¿El fenómeno de Chaco? —repitió Corrie.

—Así es como los arqueólogos llaman a la civilización que prosperó y luego desapareció misteriosamente en la región de las Cuatro Esquinas hace mil años, entre el 900 y el 1200 d. C. Era una cultura notablemente sofisticada y compleja. Las numerosas tribus, que antes se las llamaba anasazi, pero ya no, se unieron y construyeron una ciudad de edificios inmensos en el cañón del Chaco. Esa docena aproximada de estructuras de piedra gigantescas tenía entre cuatro y cinco plantas y sumaba muchos miles de habitaciones. La mayor de todas era Pueblo Bonito, la estructura prehistórica más grande de América.

—He estado en Chaco —dijo Watts—. Un lugar increíble.

Bebió otro trago de bourbon.

—Pero construyeron algo que era tan impresionante como Pueblo Bonito —continuó Nora—: un elaborado sistema de carreteras que partían desde Chaco como los radios de una rueda y se extendían por Nuevo México, Arizona, Colorado y Utah. Pero no eran «carreteras» en el sentido que damos hoy a la palabra: los chacoanos no habían descubierto la rueda ni tenían animales de

carga. No necesitaban carreteras rectas, anchas y acondicionadas. Sin embargo, las construyeron igualmente, trazadas en líneas totalmente rectas y con una anchura idéntica: nueve metros. En lugar de rodear colinas o serpentear por los cañones como hacen las carreteras normales, atravesaban las colinas para mantener la trayectoria. La más larga, llamada Gran Carretera del Norte, se extiende más de ciento sesenta kilómetros en un sentido norte-sur perfecto, mejor incluso que muchas líneas topográficas trazadas por ingenieros estadounidenses a principios del siglo XX. Y todo eso lo hicieron sin brújulas, utilizando únicamente el sol y las estrellas para fijar la dirección. —Hizo una pausa y dio un sorbo al café—. Por estas y otras razones, estudiosos e historiadores creen que esas carreteras tenían algún tipo de función ceremonial, más allá del simple desplazamiento.

—Entonces, ¿los capítulos trataban sobre esas carreteras de Chaco? —preguntó Corrie.

—Indirectamente, sí. Pero no solo sobre las carreteras, sino también sobre los faros que había junto a ellas.

—¿Faros? —preguntó Corrie con cierto escepticismo—. ¿En el desierto?

—En lo alto de pináculos y mesetas, los chacoanos construyeron grandes chimeneas de piedra donde encendían hogueras gigantescas que podían verse desde muy lejos. Esos faros estaban alineados de tal manera que, en una sola noche, podían enviarse mensajes a través del gran territorio de Chaco: más de doscientos cincuenta mil kilómetros cuadrados. Y las carreteras parecían seguir los recorridos más largos de la luz.

—¿Y para qué servían? —preguntó Watts—. ¿Para orientarse?

—Desde luego que no, porque el paisaje ya contaba con muchos puntos de referencia bien visibles. El propósito exacto sigue siendo un misterio. ¿Era para convocar a los fieles, haciéndolos caminar por las carreteras hacia Chaco para asistir a ceremonias religiosas? ¿O para comunicarse con los dioses? ¿O para transmitir información vital sobre los sistemas meteorológicos, la lluvia y las cosechas? ¿O el sistema de carreteras y faros desempeñaba una función militar? Y, de ser así, ¿cuál? ¿De quién tenían miedo?

—¿De los extraterrestres?

—Muy gracioso —dijo Corrie, que le dio un ligero codazo mientras él sonreía y bebía otro sorbo.

—Los faros en cierto modo son aún más misteriosos que las propias carreteras —prosiguió Nora—. Nadie conoce su extensión total ni cuántos existieron; hay tantas agujas de roca en la región de las Cuatro Esquinas que llevaría muchísimo tiempo inspeccionarlas todas.

—Parece una tarea evidente para los arqueólogos —observó Watts.

—Puedes intentarlo si quieres. En cualquier caso, aquí es donde entran en juego los últimos capítulos de Driver. Cuando los leí, quedó claro hacia dónde se dirigía el resto de su tesis. Echad un vistazo a este mapa. —Nora señaló una de las hojas desplegadas—. ¿Veis esta línea de puntos que conduce hacia el noroeste? Son faros chacoanos conocidos. Ahora mirad aquí, más adelante. —Señaló varios puntos adicionales, marcados en el mapa formando un arco irregular—. ¿Veis este arco? Representa siete torres-faro que amplían el arco de faros conocidos. Y cada una de esas siete torres es un pitón volcánico negro. Este de aquí, y este otro, son los

pináculos de las tierras baldías donde aparecieron los cuerpos de las mujeres. Hay otros cinco.

—¡Joder! —murmuró Corrie, mirando fijamente.

—En los capítulos desaparecidos, Driver planteaba la hipótesis de que los invasores a los que tanto temían los antiguos chacoanos no eran otros que la tribu gallina. Y este arco de faros, más allá de cualquier otro conocido hasta entonces, estaba alineado directamente con la zona del río Chama, donde vivían los gallina. Driver creía que esos siete faros funcionaban como un sistema de alerta temprana, una especie de línea defensiva contra una posible invasión procedente del territorio gallina.

—¿Y cómo podía saberlo ella? —preguntó Watts.

—No estoy segura. Parece que Driver nunca visitó, o al menos nunca coronó, los pináculos que marcó a través de las tierras baldías. Da la impresión de que eliminaron esos capítulos antes de que pudiera verificar que ese arco de pitones volcánicos era, efectivamente, una cadena de faros.

Corrie y Watts se inclinaron sobre el mapa.

—Qué raro —dijo Corrie.

—Pues aún hay más —repuso Nora—. El texto de Driver desarrolla una teoría que atribuye a Oskarbi. El origen de los gallina siempre ha sido un misterio. Citando a Oskarbi, Driver sostiene que los gallina eran una rama de los indios totonacas de México. En algún momento hubo una disputa o escisión, y el pueblo gallina se desplazó hacia el norte, hasta esta región, llevando consigo su cultura y sus prácticas religiosas. Finalmente entraron en conflicto con la gente de Chaco, que los consideraba brujos, malvados o peligrosos, y los exterminaron. —Hizo una pausa—. Al menos esa última parte

coincide con lo que ya se sabe: hubo un ataque genocida devastador contra el pueblo gallina alrededor del año 1200 d. C. que los aniquiló de un solo golpe demoledor.

—Madre mía —dijo Corrie, sacudiendo la cabeza.

—Estoy un poco confuso —dijo Watts—. ¿Quiénes eran aquí los malos y quiénes los buenos?

—Los arqueólogos no hacemos juicios morales de ese tipo. Lo que parece evidente es que los chacoanos vivieron en paz hasta que llegaron los gallina, que los amenazaron con violencia y brujería. Los chacoanos construyeron primero los faros para protegerse, pero cuando los gallina siguieron acosándolos e incluso matándolos, los chacoanos finalmente los invadieron y los exterminaron.

—Vale —dijo Watts—. Ahora lo entiendo. Como agente de la ley, me gusta saber quién tiene razón y quién no.

—En este caso, como estoy a punto de mostraros, los gallina fueron los agresores. Veréis… —Dudó un momento—. He venido hasta aquí para contaros lo que encontré cuando subí al pináculo de las tierras baldías que está sobre el lugar donde apareció el cuerpo de Molly.

—¿Lo hiciste? —dijo Corrie—. ¿Cuándo?

—Hoy.

—¿Tú sola? ¿Sin nadie?

—Bueno, sí.

Corrie se echó a reír.

—Eso es una locura. Es exactamente algo que haría yo.

—Puede ser…, si supieras hacer escalada libre. Pero, en fin, lo que encontré allí arriba fue una gran chimenea de losas planas, chamuscadas y agrietadas por el fuego, junto con una especie de

choza o cámara de almacenamiento. Esto es lo que había dentro. —Nora cogió el teléfono y se lo tendió a Corrie—. Ve pasando las fotos.

Corrie empezó a deslizar las imágenes con el dedo y su rostro se fue quedando pálido.

—No eran solo faros —dijo Nora—. ¿Ves todos esos huesos? Tienen mil años, pero todavía se aprecian las señales de quemaduras, las marcas de cortes, los cráneos machacados… Todo ello indicios de una muerte violenta. —Hizo una pausa—. Driver nunca exploró la cima de uno de esos siete faros negros, pero yo sí llegué hasta uno, y creo que los cuerpos que encontré, los de esas fotos que estás viendo, son los restos de los guardianes del faro.

—¿Quieres decir chacoanos? —preguntó Watts.

—Tiene todo el sentido. Los chacoanos odiaban y temían a los gallina, y a los gallina no debía de gustarles nada tener esas torres de vigilancia siguiendo sus movimientos en su frontera. Apostaría a que hicieron algo al respecto. El hecho de que los cuerpos estuvieran quemados indica que pudieron ser sacrificados… por los gallina. Y, si llevas esa tesis a su conclusión lógica, la matanza de los guardianes, la toma de la línea defensiva, siguiendo mi analogía, podría ser lo que desencadenó la invasión chacoana del territorio gallina… y el genocidio posterior.

Se hizo el silencio y, durante un buen rato, el único sonido fue el crepitar del fuego.

—Sacrificios humanos —murmuró por fin Corrie—. Entonces ¿esas mujeres que se suicidaron, que fueron a los pináculos y murieron, podían formar parte de algún tipo de rito expiatorio renacido?

—Esto es algo muy profundo —dijo Nora—. Y no tengo muchas respuestas. Pero sí, todo apunta a que estamos ante sacrificios humanos. Hoy.

—Una secta —respondió Corrie con un atisbo de satisfacción en su voz.

—Sí —dijo Nora al cabo de un momento—. Sí.

30

Tras otro silencio prolongado, Corrie dijo:

—Creo que yo también voy a necesitar un poco de refuerzo.

Watts le sirvió una copa y luego agitó el cuello de la botella hacia Nora.

—No, gracias. Tengo que conducir.

—Se está haciendo tarde; no deberías conducir por la montaña de noche. Tienes que quedarte aquí, si no te importa dormir en el sofá. Puedes usar uno de mis sacos.

Nora agradeció la oferta.

—En ese caso —dijo—, sírveme una de esas a mí también. Todavía tenemos mucho de que hablar.

Cuando le tendió la copa, Nora bebió un sorbo y el líquido ardiente bajó con suavidad.

—Resumiendo: Driver creía que había un total de siete faros, construidos por los chacoanos como sistema de alerta temprana ante cualquier maniobra siniestra de los gallina.

Corrie asintió.

—¿Y te estás preguntando si hay cuerpos en la base de todos ellos?

—Exacto —repuso Nora.

Watts encendió un par de lámparas de queroseno mientras el anochecer se asentaba.

—Bien —dijo Corrie pausadamente—. Creo que el FBI debería buscar restos humanos en esos cinco lugares que quedan por explorar. —Señaló los documentos y mapas extendidos sobre la mesa—. ¿Puedo llevarme todo esto?

—Es para ti. Y te pasaré las fotos al teléfono por AirDrop.

Corrie negó con la cabeza.

—Todavía estoy intentando asimilarlo. ¿Sacrificios humanos aquí y ahora? Y además voluntarios. ¿Qué pudo haberlos desencadenado?

—Oskarbi —dijo Watts.

Nora se lo quedó mirando.

—Exacto. De algún modo, Oskarbi debe de estar en el centro de todo esto. Reunió a todos esos acólitos a su alrededor. Se acostaba con las mujeres. Escribió un libro que lo hizo famoso y que casualmente trataba sobre el consumo de drogas alucinógenas. Dirigía excavaciones en los cañones Gallina todos los veranos. Y, por alguna razón, ocultó esta conclusión crucial de la tesis de Driver. No quería que nadie supiera todo esto.

—Un momento —dijo Watts—. Según tengo entendido, Oskarbi desapareció hace unos doce años, mucho antes de que murieran esas mujeres.

—Dicen que regresó a México para continuar sus estudios —respondió Nora—, pero apostaría a que ha mantenido el contacto. —Se volvió hacia Corrie—. El FBI tiene que ir a la Sierra Madre y traerlo de vuelta para interrogarlo.

Corrie tardó un momento en responder.

—Eso será complicado.

—¿Por qué?

—¿Sabes lo difícil que es para el FBI conseguir autorización para enviar agentes a un país extranjero, y en especial a México? Es una pesadilla burocrática; llevaría meses y, al final, probablemente no daría resultado. Y la verdad es que no tenemos ninguna prueba firme contra Oskarbi, y menos aún una prueba definitiva. Son solo suposiciones.

—Entonces iré yo.

—¿A México? ¿Te has vuelto loca?

—Iré como turista. Mucha gente viaja a la Sierra Madre para ver las barrancas del Cobre y a los indios tarahumaras. Me haré pasar por turista, me las arreglaré para encontrarme con Oskarbi y tendremos una charla tranquila.

—¿Y cómo piensas dar con él exactamente?

—He viajado por todo México y chapurreo español. Por su libro sabemos dónde estuvo con los indios totonacas, al menos de forma aproximada.

—Eso suena peligrosísimo —dijo Watts—. En esos rincones perdidos de México hay narcotráfico y cárteles. Y, además, si Oskarbi está implicado de algún modo en esas muertes, sean voluntarias o no, es mejor no enfrentarse a él.

—Estaré bien —dijo Nora.

—Si te ocurre algo, no me perdonaré haberte metido en esto.

—Para bien o para mal, ya estoy metida en ello, y sé cuidarme sola. Alguien tiene que hablar con Oskarbi. Es la pieza que falta.

—No… —empezó Corrie.

—No puedo creer que me estés pidiendo que me eche atrás a estas alturas. En este asunto no tienes voz ni voto. Voy a ir.

—Nada de lo que descubras será admisible y el FBI no podrá utilizarlo de manera oficial en un juicio.

—Es posible, pero hablar con él al menos arrojará algo de luz sobre lo que está pasando; nos ayudará a atar cabos. Cuando esté allí, también hablaré con don Benicio. —Puso una mano sobre el mapa—. Y, mientras tanto, tú puedes buscar los faros restantes, y posiblemente más víctimas.

31

Para Skip, la idea de que Nora viajara sola a México, y encima adentrándose en la sierra, era una auténtica locura. Se lo había dicho una y otra vez en el diminuto salón de la casa que compartían, con las manos apoyadas en las caderas y el ceño fruncido, mientras la observaba preparar la maleta.

—¿Solo te llevas eso? —preguntó—. Tienes que llevarte una pistola. Puedes coger una de las mías.

—Skip, sabes que no se pueden introducir armas en México.

—Escóndela en el panel de la puerta del Jeep.

Nora negó con la cabeza.

—¿Y acabar en una celda de una cárcel mexicana?

Skip negó también con la cabeza.

—¿Al menos llevas el cuchillo?

Nora rebuscó en la bolsa, sacó su Zero Tolerance 0888 ennegrecido y lo agitó ante él.

—¿Cuánto tiempo piensas estar fuera?

—Según Google Maps, son doce horas de viaje, así que calculo que será un día largo para bajar, dos días para encontrar a Oskarbi y hablar con él, y luego un día de vuelta. Tres o cuatro días y listo.

—No conoces su ubicación exacta. Solo tienes el nombre de un pueblo. Encontrarlo podría llevarte mucho más tiempo, y además en un terreno complicado.

—Vale. Entonces cuatro o cinco días.

—Los federales te pararán y te sacarán dinero.

—Sé tratar con los federales. Llevo bastantes billetes de veinte y un cartón de tabaco.

—Los narcotraficantes te pegarán un tiro.

—Lo último que quieren es matar a una turista estadounidense. Mientras no me interponga en su camino, no se meterán conmigo.

—Serás una mujer atractiva viajando sola en un país de machistas.

—Iré en mi coche y no haré paradas. Skip, por favor, no te preocupes.

—¿Y dónde piensas alojarte cuando llegues a…? ¿Cómo se llamaba ese pueblo de nombre imposible donde supuestamente vive Oskarbi?

—San Luis de Majimachi. En sitios así siempre encuentras a alguien que te dé alojamiento. No me importa dormir en el suelo. —Sacó un papel—. Mientras tanto, aquí tienes una lista de tareas para mantenerte ocupado mientras estoy fuera.

Skip estaba molesto, pero hacía tiempo que había aceptado que la mandona de su hermana mayor llevaba las riendas de la casa y, a su manera, un poco las de su vida. Pero no del todo. Y se le había ocurrido que los tres o cuatro días que ella pasaría fuera eran el momento ideal para que él y Edison hicieran su excursión al territorio gallina sin que ella se enterara. Intuía, o más bien sabía, que a su hermana no le haría ninguna gracia que se adentrara en la naturaleza con Nash. De hecho, aquella lista de tareas que le había preparado podía ser un intento de impedirlo.

Nora volvió a hablar, como si le hubiera leído el pensamiento.

—Mira, Skip —dijo—. Mientras esté fuera, solo quiero que te andes con cuidado con tu nuevo amigo.

—¿Edison? ¿Qué tiene de malo? —preguntó él con creciente irritación.

—No sé si es del todo fiable. Como coleccionista, quiero decir. Trabajas para el instituto. No te conviene que te vean demasiado con ese tipo.

—El instituto no es nadie para decir con quién puedo juntarme —repuso Skip, invadido de una repentina superioridad moral.

—Sobre el papel estoy de acuerdo, pero vivamos en el mundo real. Nash es un coleccionista bastante turbio y tú gestionas las colecciones de un instituto arqueológico. Las dos cosas no encajan. —Vaciló un instante—. Además…, es un poco raro.

—Elegiré a mis amigos como me dé la gana —le espetó Skip.

—Y bebe demasiado —insistió Nora—. No te pases con ese tequila caro. ¿De acuerdo, hermanito?

Skip notó cómo le subía el calor a la cara. Nora tenía razón, por supuesto, pero unas copas de vez en cuando no eran ningún problema; podía controlarlo perfectamente.

—Advertencia recibida —dijo, procurando moderar el tono.

—Te escribiré todos los días, al menos cuando tenga cobertura —respondió Nora—. Y te llamaré cuando llegue a San Luis.

—Estupendo. Y no te preocupes por mí. Tú cuídate.

Se abrazaron y, luego, Nora abrazó también a Mitty, su *golden retriever*, y cerró la cremallera de la bolsa de viaje que acababa de preparar. Skip la vio salir hacia el Jeep y cargar el equipaje en el maletero, sintiendo algo más que un leve cosquilleo de inquietud.

Mitty se quedó junto a él, con aire preocupado, como siempre que alguien se marchaba.

Skip no tenía buenas sensaciones respecto a aquel viaje improvisado a México, pero al menos lo dejaba libre.

Cuando el vehículo desapareció calle abajo, se sacudió la sensación de fatalidad y sacó el teléfono móvil.

—Eh, Edison. Soy Skip. Escucha: el viaje sigue en pie, y salimos ya. Prepara tus cosas. ¡Nos vamos al territorio gallina!

32

El coche de Skip era una chatarra, así que se alegró de que Edison hubiera ofrecido su F-150 como vehículo para la expedición. El cañón Gallina, donde se ocultaba el corazón de las ruinas gallina, estaba situado dentro del área natural del río Chama, lo cual significaba que no podían llegar en coche y acampar. Una mula de carga habría sido un engorro, así que al final decidieron entrar con mochilas. Tras estudiar los mapas con detenimiento, calcularon la mejor ruta. Pero había un inconveniente: para acercarse lo máximo posible al límite del área protegida antes de abandonar la camioneta, tendrían que atravesar la parte occidental del yacimiento petrolífero de la cuenca de San Juan, sorteando un laberinto de pistas de tierra construidas por las empresas de extracción para llegar a sus pozos y bombas. Esas carreteras estaban restringidas a los trabajadores del campo petrolífero.

—Que les den a esos cabrones de la fracturación hidráulica —había dicho Edison, mirando los mapas mientras tomaban unos vasos de tequila—. Es terreno público, pertenece al pueblo estadounidense. Nos colaremos.

En su momento, a Skip le había parecido una idea razonable, pero ahora, al girar por la pista que se internaba en las tierras baldías y encontrarse con un enorme y amenazador cartel de prohibido el paso, ya no estaba tan seguro. Hacía poco había tenido un

encontronazo desagradable con la ley que se había saldado con una detención, una noche en el calabozo y un juicio. Lo habían absuelto de forma contundente, pero había sido una experiencia aterradora, y no quería volver a meterse en problemas por nada del mundo.

—Alguien debería vaciarle una escopeta del doce a ese cartel —dijo Edison, haciéndole un gesto obsceno mientras aceleraba y lo dejaban atrás.

Se adentraron en un laberinto de pistas de tierra, con Edison al volante y Skip orientándose con el iPad y Google Earth. Según vio, ya habían recorrido tres cuartas partes del trayecto, si no más. Unos kilómetros más adelante, mientras serpenteaban entre cauces secos, mesetas y barrancos, apareció una batería de enormes depósitos de fracturación hidráulica pintados de verde en medio de una gran explanada nivelada con buldóceres y rodeada por un terraplén de tierra: una horrible protuberancia en el paisaje. No parecía haber nadie.

—Mira eso —dijo Edison.

—Increíble.

Pasaron junto a los depósitos, donde la pista volvía a bifurcarse, y Skip consultó el iPad. No había carreteras cartografiadas allí, pero aún podía guiarlos con el GPS.

—Coge la de la derecha, la que sube por esa meseta.

Ascendieron por una rampa en zigzag que discurría por el borde de la meseta y salieron a una llanura cubierta de artemisa. Desde allí había vistas en todas direcciones, y ahora se apreciaba la verdadera extensión del campo de extracción: una maraña de pistas de tierra que se cruzaban sin patrón aparente, cada una de las cuales culminaba en una explanada con un pozo y una hilera de depósitos

que contenían el líquido utilizado en la fracturación. Las tuberías se enrollaban como serpientes alrededor de cada boca de pozo y el campo se extendía hacia el oeste hasta donde alcanzaba la vista.

—Repugnante —dijo Edison.

Skip contempló la extensión con inquietud: aquello era lo que tendrían que atravesar. Entonces divisó tres camionetas blancas aparcadas junto a un pozo no muy lejos, al pie de la meseta: vehículos de servicio petrolífero. Un grupo de operarios estaba allí trabajando.

Skip miró el GPS.

—Parece que nuestra ruta pasa por allí.

—¿Hay alguna forma de evitarlos?

—No.

—Entonces pasaremos a toda velocidad.

—Nos verán venir.

—Que les den. Esta tierra es nuestra.

Puede que Edison tuviera razón, pero el hecho de que fuera terreno público no había impedido que las petroleras colocaran un montón de carteles de prohibido el paso. Skip se recordó a sí mismo que, siendo multimillonario, Edison podía eludir toda clase de problemas ofreciendo dinero. ¿No era eso lo que hacían los ricos? Por supuesto que sí.

Edison condujo hasta el extremo de la meseta, donde la pista descendía hacia el siguiente valle. Al llegar al borde, Skip se preguntó si los trabajadores verían el vehículo, ahora recortado nítidamente contra el cielo. Y sí que lo vieron: varios empezaron a señalar hacia arriba y luego fueron corriendo a las camionetas.

Edison aceleró, derrapando en un par de curvas cerradas antes de alcanzar el fondo. El día era relativamente fresco, pero la pista estaba seca y levantaban una espiral de polvo que podía verse desde varios kilómetros de distancia.

Una vez en llano, Edison pisó el acelerador a fondo.

—Con cuidado —le advirtió Skip, agarrándose al asidero de la puerta.

—Tenemos que pasar antes de que nos bloqueen el camino.

El pozo desapareció momentáneamente, oculto por unas formaciones de las tierras baldías, pero al rodear una chimenea de hadas a gran velocidad, Skip vio a los trabajadores subiendo a sus vehículos y saliendo de la explanada hacia la pista principal.

Edison aceleró mientras la camioneta coleaba sobre la grava y la tierra. Dos vehículos ya habían alcanzado la pista que se extendía delante de ellos.

—Van a bloquear el paso —dijo Skip.

Edison no respondió; tenía las manos aferradas al volante y el rostro tenso.

Una tercera camioneta también se detuvo en la pista, que ahora estaba completamente obstruida.

—Los rodearemos —dijo Edison—. Por la izquierda.

Skip vio a qué se refería: aunque era un terreno accidentado, con rocas dispersas y pequeños barrancos, el lado izquierdo de la pista aún parecía transitable.

Los operarios habían salido de las camionetas y algunos empuñaban barras metálicas. Skip pudo ver sus caras sucias, sonriendo con una excitación casi sádica.

Pero Edison no aminoró. A unos treinta metros del bloqueo, salió bruscamente de la pista y la camioneta saltó por encima de un terraplén. Luego se dirigió hacia un hueco que había entre dos rocas, lo atravesó por escasos centímetros, giró y frenó mientras rebotaban sobre una pequeña hondonada. Entonces volvió a girar y levantaron enormes nubes de polvo. Edison sacó el brazo por la ventanilla y les hizo una peineta.

Skip oyó algunos insultos y, al mirar hacia atrás, vio a los hombres subiéndose de nuevo a las camionetas.

—Vienen detrás —dijo.

—Pues claro.

Edison regresó a la pista y volvió a acelerar al máximo. Por un momento había demasiado polvo para que Skip pudiera ver lo que ocurría detrás de ellos, pero al tomar una curva comprobó que, efectivamente, al menos dos de las camionetas los estaban persiguiendo.

Su vehículo quedó momentáneamente en el aire al superar un pequeño montículo y Edison soltó un grito de entusiasmo cuando volvieron a caer con un golpe seco.

Skip consultó el GPS. Ya habían recorrido más o menos la mitad de la zona de extracción. Más allá, en la distancia azulada, el terreno se elevaba a medida que las tierras baldías daban paso a un bosque de piñones y enebros. Y aún más allá estaba el límite del área protegida, donde incluso aquellas pistas de tierra desaparecían.

—A ver si puedes encontrar la forma de quitarnos de encima a esos cabrones —dijo Edison.

Había tantas pistas por delante, tantas formaciones rocosas, que habría sido fácil despistar a los perseguidores de no ser por la

columna de polvo que iban levantando. Era como un anuncio de su propia ubicación.

—Gira a la derecha en la próxima bifurcación —dijo Skip.

Siguió dándole indicaciones a Edison para guiarlo a través de un laberinto de pistas, cauces secos, balancines de bombeo abandonados, depósitos y chimeneas de hadas, todo ello en dirección al parque natural. Skip se preguntaba si los operarios los perseguirían una vez rebasado el campo de extracción. Ojalá Edison no les hubiera hecho aquel gesto obsceno.

Aun así, las dos camionetas blancas seguían detrás. Y por fin llegaron al final de la zona y se internaron en el bosque de piñones y enebros.

—Siguen detrás —dijo Skip—. Y se están acercando.

—Mierda —repuso Edison—. Esta maldita camioneta pesa demasiado para dejarlos atrás. Hora del plan B.

—¿Plan B?

Edison abrió la guantera y sacó una pistola enorme.

—Eh, no. Ni hablar —dijo Skip—. Es una locura.

—Tranquilo, no voy a disparar a nadie —le aseguró Edison, agitando el arma—. Es solo para defensa propia.

—Puede que ellos también tengan armas.

—Lo dudo. Iría contra la política de la empresa. En cualquier caso, no voy a enseñarla a menos que nos amenacen directamente.

A Skip lo invadió una oleada de inquietud.

—Mira, yo no contaba con esto.

—No tienen ningún derecho a perseguirnos —repuso Edison—. No son policías. ¿Y has visto las barras de hierro que llevan? Tenemos derecho a defendernos.

Rodearon una pequeña meseta y, luego, Edison salió de la pista y aparcó la camioneta a la sombra de la formación rocosa.

—Bien, vamos.

Se colocó la pistola en la parte trasera del pantalón y se dispuso a bajar.

—¿Vamos adónde? —exclamó Skip, presa del pánico.

—Tú haz lo que yo haga. Saca el teléfono y empieza a grabar, pero discretamente. Skip, no te preocupes: lo tengo todo bajo control.

Edison volvió caminando a la pista y Skip lo siguió, con el corazón desbocado, mientras trasteaba con el móvil. Aquello era una locura.

En pocos minutos aparecieron las dos camionetas. Edison les hizo señas desde el borde de la pista y frenaron bruscamente. Las puertas se abrieron de golpe y salieron cuatro hombres, al menos dos de los cuales empuñaban largas barras metálicas. Avanzaron con paso desafiante y se detuvieron a unos cinco metros. Tenían un aspecto feroz: hombres con la cara sucia, corpulentos, barrigudos y muy fuertes. Dos llevaban camisetas de tirantes, otro una camisa grasienta y, sorprendentemente, el cuarto vestía una especie de uniforme limpio y planchado. Skip empezó a grabar, sosteniendo el teléfono con naturalidad e intentando que no le temblaran los dedos.

—Estáis en una propiedad privada —dijo el hombre del uniforme, que evidentemente era el supervisor, y dio un paso al frente.

—Esto es terreno público —respondió Edison, mostrando una repentina serenidad.

—¿No habéis visto los carteles?

—Sí que los hemos visto. Pero, como ya te he dicho, esto es terreno público. Y ahora tengo una pregunta: ¿qué pensáis hacer

con esas barras? ¿Nos estáis amenazando?

Edison hablaba con tal firmeza que parecía otra persona.

—Vais a tener que acompañarnos —dijo el hombre—. Os llevaremos ante el sheriff.

—No tenéis ningún derecho a retenernos.

—Que te den —dijo el supervisor, que empezaba a enfadarse—. Vendréis con nosotros os guste o no.

—Pues no —respondió Edison—. Y vosotros estáis fuera del terreno autorizado por la concesión. Esto es un parque natural.

El supervisor ya estaba rojo de ira y miró a su equipo.

—Muchachos, enseñadles a estos hijos de puta que vamos en serio.

—Tenemos derecho a defendernos.

—Que te follen, listo —dijo uno de los hombres, que avanzó con la barra en alto.

Los demás lo siguieron y Edison se llevó la mano a la parte baja de la espalda, sacó la pistola y la sostuvo con despreocupación.

Los hombres se detuvieron.

—El cabrón tiene una pistola.

—Para que quede claro —dijo Edison—: ejerceré mi derecho legal a la defensa propia si alguno de vosotros da un paso más. Si no me creéis, comprobadlo. —Los miró uno por uno, y finalmente se detuvo en el hombre del uniforme—. Veo que tú eres el supervisor, así que vas a coger los documentos de identidad de todos para que pueda examinarlos. Voy a denunciaros a la empresa. Mi acompañante lo ha grabado todo en vídeo, y a vuestros jefes no les gustará lo que van a ver.

Sorprendidos, los hombres se quedaron mirando a Skip, que levantó el teléfono con nerviosismo. Al hacerlo, la furia del supervisor se convirtió en inquietud y duda. Era asombroso lo rápido que Edison había dado un giro a la situación.

—Señor supervisor, vamos con esos documentos. Tiradlos al suelo y mi acompañante los grabará con el teléfono.

—Vete a la mierda. No tienes ningún derecho a pedirnos nuestro nombre ni nada parecido.

Su tono ya no era tan agresivo como sus palabras.

—Igual que vosotros no tenéis derecho a retenernos.

Se hizo un silencio que se prolongó varios minutos.

—Te diré una cosa —añadió Edison con una sonrisa mientras se guardaba la pistola en la cintura—. Estoy dispuesto a dejarlo pasar. Nosotros seguimos nuestro camino y vosotros el vuestro y tan amigos. ¿Qué te parece? —preguntó con sarcasmo.

Los operarios se miraron entre sí, moviendo los pies con incomodidad. Finalmente, el supervisor carraspeó, escupió en el suelo y, sin decir una palabra más, se dio la vuelta e hizo un gesto brusco para que su equipo regresara a las camionetas. En pocos minutos se habían marchado.

De repente, Edison se echó a reír, sacudiendo la cabeza mientras volvían a su vehículo.

—Esos tíos son el perro que por fin alcanza al coche. ¿Sabes, Skip? La mayoría de la gente en este mundo es idiota: da un salto y se hunde en mierda hasta la cintura.

Skip intentó reírse ante aquella pequeña lección filosófica y Edison volvió a sacar el revólver, esta vez para enseñárselo.

—¿Has visto alguna vez uno de estos?

—Nunca.

Era enorme, una pistola descomunal.

—Se llama Judge. Este modelo en concreto se conoce como Raging Judge. Acero inoxidable, seis disparos, cañón de dieciséis centímetros y medio. Punto de mira de fibra óptica. Impresionante, ¿no te parece?

—Desde luego.

Y, en efecto, era un arma gigantesca y aterradora.

—Puede disparar munición Colt de calibre 45 o cartuchos del 410 con perdigones. O incluso una bala maciza de siete gramos, si crees que tu muñeca puede soportarlo. Me ha sacado de más de un apuro.

Skip se preguntó a qué clase de «apuro» se refería, pero prefirió no decir nada. Luego se montaron de nuevo en la camioneta y Edison guardó la Judge en la guantera.

—Vamos, navegante —dijo, con el rostro enrojecido y una expresión triunfal después de su enfrentamiento.

33

Aquello parecía el fin del mundo: montañas y más montañas desvaneciéndose en tonos azules y púrpuras en la inmensa distancia, el paisaje tendido bajo el cielo abrasador de la tarde. El Jeep se esforzaba por mantener fresco el interior. Nora había salido de Santa Fe a las cinco de la mañana, hacia las diez había entrado en México por el paso fronterizo de Columbus y había continuado hacia el estado de Chihuahua.

Por fin había llegado a San Luis de Majimachi. Detuvo el vehículo al borde de una loma y miró hacia el pueblo que se extendía más abajo. Eran las cinco de la tarde y la aldea estaba bañada por una luz amarillenta; las casas encaladas de bloques de hormigón y madera, con techos de chapa ondulada roja, aparecían dispersas entre campos polvorientos, pinos y formaciones rocosas blanqueadas por el sol. Cerca del centro del pueblo distinguió las dos torres rudimentarias de una pequeña iglesia misionera construida en piedra que se alzaba en medio de un campo de hierba amarilla.

Llegar a San Luis había resultado mucho más difícil de lo que imaginaba. Había perdido la cobertura móvil y el sistema de navegación horas antes, pero estaba preparada para eso y llevaba mapas en papel. Sin embargo, a medida que avanzaba por el interior de México y las poblaciones se convertían en aldeas —La Junta, San Juanito—, las carreteras de los mapas coincidían cada vez menos

con las que encontraba sobre el terreno. El viaje había implicado atravesar varios ríos, algunos tan profundos que temió que el agua entrara en el coche. Y el propio San Luis de Majimachi parecía casi un espejismo. Dos veces había pedido indicaciones a campesinos locales, y dos veces había acabado en aldeas minúsculas que, al parecer, ni siquiera tenían nombre. Se le ocurrió que mencionar a don Benicio podía haber influido en aquellas indicaciones erróneas, así que la tercera vez que preguntó no mencionó a nadie y, al parecer, por fin había llegado al pueblo correcto.

Puso el Jeep en marcha y descendió por la carretera. Cinco minutos después se detuvo frente a la iglesia. Cuando bajó del vehículo, el olor a polvo la golpeó como un mazazo. Se sintió aliviada al ver que la puerta estaba entreabierta y esperaba que eso significara que había alguien dentro. La empujó suavemente, con un leve chirrido, y entró en el espacio silencioso, afortunadamente fresco y perfumado con cera y mirra. Después de la deslumbrante luz vespertina, sus ojos tardaron un momento en acostumbrarse a la penumbra y, cuando lo hicieron, vio una figura encorvada rezando en uno de los bancos. Avanzó por el pasillo central en busca del sacerdote, pero la zona del altar estaba vacía. La única persona que había en la iglesia era aquella figura en oración, con el rostro inclinado y envuelto en un chal y un pañuelo de vivos colores.

Nora se sentó en un banco detrás de ella y esperó, ya que no quería interrumpir sus rezos. Al cabo de unos minutos, la mujer se levantó y Nora la vio dirigirse hacia un pequeño conjunto de velas bajo una imagen de la Virgen de Guadalupe. Después sacó una de una caja, la encendió y se arrodilló a orar ante el altar.

Nora empezaba a inquietarse cuando, por fin, la figura volvió a levantarse y caminó entre los bancos hacia el pasillo central, en dirección a la salida de la iglesia. Al levantar la cabeza, vio su rostro por primera vez. No era la anciana que había imaginado, sino una mujer joven y atractiva.

Nora se puso en pie y se acercó a ella.

—Buenas tardes, señorita —dijo en español.

La mujer sonrió.

—Buenas tardes, señora.

Nora se presentó en su español rudimentario. Acto seguido le explicó que estaba en San Luis para ver a un tal don Benicio Bawi, y preguntó si sabía dónde podía encontrarlo. Esperaba localizarlo antes de que anocheciera y, con un poco de suerte, que pudiera ofrecerle un lugar donde pasar la noche.

La mujer le dijo que se llamaba María y, al oír el nombre de don Benicio, una expresión de inquietud cruzó su rostro.

—Don Benicio vive en la sierra —dijo—. Muy lejos de aquí.

Nora trató de ocultar su desánimo. ¿Muy lejos? Esperaba que San Luis de Majimachi, mencionado varias veces en el libro, fuera el lugar donde encontraría a don Benicio.

—¿A qué distancia?

—Treinta o cuarenta kilómetros.

Nora hizo una mueca para sí.

—Bueno, supongo que no está tan lejos.

—La carretera y los mapas son malos. No podrá llegar antes de que anochezca, y es muy probable que se pierda por el camino.

Al ver la expresión de Nora, la mujer se apresuró a añadir que vivía con su padre y su familia y que podía pasar la noche en su

casa, a las afueras del pueblo, y, por supuesto, compartir la cena con ellos.

Nora aceptó agradecida y llevó a la mujer en coche hasta su casa. Atravesaron el pequeño pueblo polvoriento y salieron por el extremo opuesto, donde la mujer señaló una casa alargada de troncos encalados, con un porche grande y sombreado.

Cuando el coche se acercó, parecía que todos los habitantes de la casa habían salido a recibirlas: un anciano con sombrero de paja y dos niños tímidos de unos ocho y diez años. María bajó del Jeep y habló en una lengua indígena con el hombre, que se apoyaba en un bastón. Era claramente el padre de familia, y lo presentó a Nora como don Álvaro. Él se quitó el sombrero y se lo apoyó en el pecho, esbozó una sonrisa desdentada e hizo una pequeña reverencia sin tenderle la mano.

—No habla español —explicó María.

Por suerte, la casa era muy fresca.

—Le enseñaré dónde puede dormir —dijo María.

La condujo hasta un banco que había en su habitación, cubierto con un fino colchón de paja, una almohada y un tejido de colores vivos, y luego le enseñó rápidamente la casa antes de llevarla de nuevo a la estancia principal.

—Ahora voy a hacer la cena —dijo.

María preparó tortillas, chicharrones, nopales y judías sobre brasas en una chimenea tipo kiva situada en un rincón. Nora ayudó, agradecida de poder practicar su español, mientras don Álvaro permanecía sentado en una gran silla junto al fuego, con las manos apoyadas en el bastón, sonriendo ampliamente y fumando una pipa de mazorca al tiempo que observaba a las dos mujeres. Los dos

niños tímidos estaban sentados en un banco cercano, también mirando a Nora con evidente fascinación.

Cuando terminaron de cocinar, se sentaron a cenar mientras la luz desaparecía tras las montañas y la casa se llenaba de un crepúsculo violáceo. Encendieron una única lámpara de queroseno y la colgaron de un gancho sobre la mesa.

Don Álvaro, que no había dicho nada hasta ese momento, habló a María en su lengua indígena. María se volvió hacia Nora.

—Mi padre quiere saber si la cena es de su agrado.

Nora le aseguró que estaba muy buena y volvió a agradecerles su hospitalidad.

A ello le siguieron algunas preguntas superficiales, y luego el anciano quiso saber —con María traduciendo— por qué iba a ver a Benicio. Por lo visto, el hombre sabía bastante sobre él, o al menos eso parecía.

Nora ya tenía preparada la respuesta a esa pregunta. Aunque odiaba mentir, no podía contar la verdad sobre la investigación: las muertes extrañas y otros detalles probablemente inquietarían a la gente. Les dijo que era antropóloga, que había leído sobre don Benicio en el famoso libro del profesor Oskarbi y que, por esa razón, quería conocerlo personalmente.

Cuando don Álvaro oyó aquello, frunció el ceño, y su rostro se llenó de arrugas de desaprobación. Su respuesta fue tan extensa que María empezaba a mostrarse incómoda.

Cuando terminó, Nora dijo a María:

—Por favor, traduzca literalmente. No se preocupe por ofenderme. Quiero saber lo que ha dicho su padre.

María cambió de postura en la silla.

—Mi padre dice que Benicio no es un buen hombre. Practica las viejas costumbres, las costumbres del diablo. Cree que no debería acudir usted a él en busca de consejo espiritual.

—¿Por qué piensa eso su padre?

María tradujo.

—Dice que mastica la raíz del diablo y que sus costumbres no son las de un cristiano. Y también dice que vive tan lejos, en lo alto de la sierra, que nunca lo encontrará, sino que se despeñará con el coche. Además, hace años que nadie lo ha visto ni ha sabido nada de él. Mi padre cree que probablemente esté muerto.

Nora frunció el ceño y luego se inclinó hacia delante.

—¿Se lo dijo Oskarbi?

María tradujo, y ambos la miraron con expresión vacía.

—¿Quién?

—Carlos Oskarbi. Uno de los seguidores de Benicio era un hombre llamado Carlos Oskarbi. ¿Les suena?

María tradujo, y el anciano volvió a adoptar un semblante inexpresivo.

—Nunca hemos oído hablar de él.

—¿Cómo? —Tenía que haber un error—. Pero vino aquí hace más de diez años para unirse a don Benicio y continuar su… discipulado. ¿Es posible que lo conozcan por otro nombre?

Oskarbi era una figura carismática que, por lo que sabía, no debió de pasar desapercibida para los vecinos más cercanos.

El anciano negó con la cabeza.

—No conozco a ningún hombre blanco que viva allí, ni con él ni con nadie.

Aquello era de lo más extraño.

—Pero este es el pueblo más cercano a la casa de don Benicio, ¿no? Tendría que venir aquí a por provisiones.

—Don Benicio salía muy poco de casa. Antiguamente, los seguidores le llevaban lo que necesitaba.

—¿Seguidores?

—Hace tiempo había muchos. Más recientemente, solo unos pocos. Pero ahora nadie va a verlo.

—¿Sabía que se publicó un libro sobre él, escrito por el profesor Oskarbi?

—No conozco ningún libro.

El anciano vaciló un momento y empezó a hablar de nuevo mientras María traducía.

—Parece usted una buena mujer, así que quiero decirle algo: tenga cuidado. Si está vivo y logra encontrarlo, no crea lo que le diga. Desconfíe, no le dé dinero, y después vaya a la iglesia de aquí y confiésese con el sacerdote.

Nora aseguró al anciano que tendría cuidado, y con eso la cena llegó a su fin. La familia, claramente madrugadora, empezó a prepararse para ir a la cama, pero no sin que el anciano arrancara a Nora la promesa de que permitiría que el chico mayor la acompañara parte del camino hasta la casa de don Benicio.

En la oscuridad, mientras yacía en el estrecho y duro banco, Nora notó que el sueño se le resistía. Nada de lo que María o el anciano le habían contado encajaba con sus expectativas o lo que creía saber. Como discípulo, Oskarbi debía de haber adoptado el estilo de vida solitario, casi eremítico, de su maestro. Pensó en ese maestro: si, suponiendo que Benicio siguiera vivo, sería el sabio casi legendario que aparecía en el libro de Oskarbi o si realmente practicaba las

«costumbres del diablo», como había dicho el anciano. Si todo salía según lo previsto, mañana lo conocería por fin, y también al escurridizo profesor Oskarbi.

Y entonces sabría la verdad.

34

La pista de tierra por la que circulaban terminó bruscamente. Ninguna señal indicaba que allí empezaba el área protegida, pero Skip podía verlo claramente en el GPS. Más adelante, el terreno seguía elevándose en terrazas de arenisca amarilla hacia el borde del cañón Gallina, situado a unos pocos kilómetros de distancia.

Skip no tenía ganas de emprender la caminata. Edison había insistido en meter en las mochilas toda clase de cosas innecesarias, entre ellas el revólver gigantesco, un machete, una paleta de mano y mucho más alcohol del que podrían beber en la vida. Pero Skip se había callado y, como recompensa por su prudencia, ahora cargaba con una mochila de veintisiete kilos, que además llevaba su ukelele sujeto en la parte trasera. Edison, por su parte, transportaba una mochila aún más voluminosa que probablemente pesaba unos nueve kilos más. Skip era un excursionista experimentado y sabía que aquello no era forma de proceder, pero se sentía intimidado y no quería discutir con Edison por todo lo que había insistido en llevar.

—¡Eh, navegante! ¿Por dónde?

Skip consultó el teléfono. No había cobertura, pero había descargado los mapas del USGS con antelación. Y la conexión por satélite del GPS funcionaba perfectamente y mostraba su posición en el mapa topográfico. Se consoló pensando que la caminata no sería larga —diez kilómetros como máximo— y que, después del primer

tramo de ascenso suave, todo sería cuesta abajo. No había senderos, pero el bosque de pinos ponderosa y abetos a lo largo del borde tenía los árboles bastante separados y una cresta que había frente a ellos y descendía hacia el fondo del cañón parecía una posible vía de bajada.

—Por aquí —dijo.

Edison estaba de muy buen humor y tomó la delantera, avanzando a buen paso por la línea de la cresta. Pronto aparecieron las vistas hacia el cañón: una ruptura espectacular y pintoresca en la tierra formada por el río Gallina. Skip pudo verlo muy abajo, una cinta brillante serpenteando en curvas sinuosas y bordeada por enormes álamos. Más allá del fondo del cañón, cubierto de hierba, se alzaban paredes de arenisca que resplandecían en franjas rojas y anaranjadas, esculpidas por el tiempo y el agua en agujas, grietas y cavidades de aspecto casi irreal.

Empezaron a descender y, siguiendo la cresta, por fin alcanzaron el fondo. Para entonces, a Skip le dolía terriblemente la espalda y soltó agradecido la mochila en una pradera junto al río. Era un campamento hermoso y sombreado. A unos dos mil cuatrocientos metros de altitud, el ambiente seguía siendo fresco y las lluvias de verano habían propiciado una explosión de flores silvestres.

—Quedan cuatro horas de luz —dijo Edison—. ¡Tiempo de sobra para explorar!

Dejó su mochila junto a la de Skip y se puso en marcha casi al trote, con los prismáticos en la mano, deteniéndose de vez en cuando para examinar las paredes del cañón, las terrazas y las laderas sobre el río, y hablando con entusiasmo sobre los gallina y

sus misterios. Para él, pensó Skip, aquello era como un cuento de hadas.

Vadearon el río y empezaron a trepar por la empinada elevación del otro lado mientras Skip luchaba por no quedarse atrás.

—Los bloques de habitaciones donde vivían los gallina —jadeó Edison al alcanzar la parte alta del terreno— estarán ocultos y serán difíciles de encontrar. La mayoría probablemente se hallen en distintos cañones laterales. —Examinó el paisaje con los prismáticos y luego señaló—. ¿Ves ese cañón estrecho de allí? Te garantizo que hay unas ruinas dentro.

Empezó a descender por la ladera y Skip, apenas recuperado de la subida desde el río, lo siguió. Tras cruzar una llanura de inundación, llegaron a la pared rocosa en la que se abría el cañón, poco más que una grieta en la fachada de arenisca, tallada por avenidas repentinas, con las paredes pulidas y modeladas por el agua. El paso se estrechaba aún más a medida que avanzaban, envolviéndolos en sombras y piedra fresca. Un hilo de agua serpenteaba sobre un lecho de arena clara.

—¡Vaya! —exclamó Edison, que se agachó.

Sobre la arena pálida había una punta de flecha perfecta, tallada en obsidiana negra.

—Caray —dijo Skip—, es preciosa.

Edison se la guardó en el bolsillo.

—Eh… —dijo Skip—, ya sabes que no debemos llevarnos nada.

—¿Una punta de flecha? —Edison resopló—. Todo el mundo se lleva puntas de flecha. Además, si yo no lo hiciera, lo haría el siguiente que pasara por aquí, o llegaría hasta el río y desaparecería para siempre.

—Claro —dijo Skip con escepticismo, recordándose a sí mismo las muchas puntas de flecha que él mismo había encontrado y conservado.

Siguieron avanzando por el sinuoso cañón, repleto de troncos de abeto caídos y grandes rocas. El pequeño curso de agua creaba un ambiente fresco y aromático.

De pronto, Edison señaló.

—¡Allí!

Skip levantó la vista y quedó asombrado al ver una pequeña vivienda en el acantilado, situada en una oquedad unos nueve metros sobre sus cabezas y construida sobre una repisa amplia y plana. La pared de arenisca que se alzaba por encima estaba cubierta de petroglifos grabados en la roca: espirales, figuras de ciervos y un espectacular oso con estrellas de cuatro puntas en el cuerpo. Una grieta empinada conducía hasta las ruinas y evidentemente había sido utilizada por sus antiguos habitantes. Era increíble y hermosa.

Sin mediar palabra, Edison empezó a subir, avanzando por la estrecha repisa, y Skip salió tras él. En un punto, la repisa se había derrumbado, lo cual los obligó a salvar un hueco que se abría bajo sus pies, pero en pocos minutos habían llegado.

La estructura estaba encajada en la oquedad y delante había un patio plano de arenisca que servía como zona de trabajo. Edison lo cruzó, sacó la linterna frontal de la mochila y se dirigió a una puerta oscura que conducía al interior. Después se colocó la linterna, se agachó y entró, con Skip a la zaga.

—Madre mía —dijo este, mirando alrededor.

Era como si los habitantes acabaran de marcharse y hubieran dejado todas sus pertenencias allí. Al fondo había una hilera de vasijas de barro estriadas con tapas de piedra. Un pequeño cuenco blanco y negro lleno de mazorcas de maíz carbonizadas descansaba en un nicho. Había fragmentos de cerámica rota esparcidos por el suelo de piedra y el techo estaba ennegrecido por el hollín.

—Vamos a las habitaciones interiores —sugirió Edison, que tenía el rostro iluminado por la excitación.

Agachándose aún más, franqueó una puerta todavía más baja en la parte trasera que conducía a unas estancias encajadas bajo el techo de piedra. Cuando Edison alumbró el interior con la linterna, Skip se quedó paralizado.

—Madre de Dios —susurró Edison mientras el haz de luz revelaba un montón de huesos humanos, incluido un cráneo partido en dos. Junto a los fragmentos del cráneo yacía un hacha con el mango de madera aún intacto y la hoja hecha de la misma obsidiana negra y brillante que la punta de flecha que habían encontrado antes.

Edison se arrodilló y alargó la mano hacia el hacha.

—Mejor no toques eso —dijo Skip.

Pero Edison lo ignoró. Agarró el mango y la levantó, volteándola bajo la luz de la linterna mientras brillaba y proyectaba destellos por la pequeña estancia. Luego miró a Skip.

—Este objeto es increíble. Solo hace falta ver el tallado. ¡Y con el mango intacto!

Se quitó la mochila como si fuera a guardar el objeto dentro y Skip tragó saliva.

—Llevarse eso es un delito.

Edison se echó a reír.

—No esperarás que lo deje aquí, ¿verdad?

—Sí, eso es exactamente lo que espero.

Edison suspiró.

—Está bien. —Lo dejó de nuevo entre los huesos—. Lo dejaré aquí tal cual, ¿de acuerdo?

—Gracias —dijo Skip, incómodo.

No le gustaba verse en el papel de policía de antigüedades, pero llevarse algo así era ilegal. No estaba bien, y Edison lo sabía.

—Oye, ¿has visto esto? —exclamó Edison, que iluminó otro objeto: un fetiche de puma partido en dos. Extendió la mano y cogió las piezas, que examinó con reverencia mientras Skip observaba con desánimo—. No te preocupes, no me las voy a llevar. —Las dejó de nuevo en el suelo—. Sigamos. Tú primero.

Skip salió del pequeño cuarto y Edison se reunió inmediatamente con él en la plaza.

—Este lugar es increíble —dijo Edison—. Y lo que hemos encontrado no es más que el principio.

«Increíble» no era exactamente la palabra que Skip habría elegido para describir aquella escena de muerte violenta. «Inquietante» se acercaba más, y sintió un desagradable escalofrío.

Exploraron varios cañones laterales hasta que la oscuridad los obligó a regresar a las mochilas, donde levantaron el campamento. Era un lugar repleto de maravillas y ruinas intactas, pensó Skip, pero también perturbador. Edison parecía poseer una habilidad casi sobrenatural para saber exactamente dónde encontrarlas; era como si estuviera canalizando a los antiguos indios gallina. Había

desaparecido varias veces entre los laberínticos bloques de habitaciones, en una ocasión durante casi un cuarto de hora. Habían encontrado varios esqueletos más, muchos con puntas de flecha o cabezas de hacha mezcladas entre los huesos, y algunos con los cráneos destrozados. Edison se había quedado con algunas puntas de flecha y varias hachas, y había discutido con Skip cada vez, pero dejó allí los objetos verdaderamente importantes. Skip seguía intranquilo, pero no volvió a decir nada una vez que abandonaron las ruinas. Edison estaba tan entusiasmado que poco habría podido hacer Skip para detenerlo. Y, se dijo a sí mismo, había algo de cierto en la idea de que solo era cuestión de tiempo que los saqueadores descubrieran el cañón. De hecho, se preguntaba por qué no había ocurrido ya. Aquello era extraño, muy extraño, y decidió que, cuando salieran de allí, le contaría a Nora lo que habían descubierto. Había ido registrándolo todo en el GPS, marcando puntos en cada lugar, muchos de los cuales probablemente nunca se habían documentado.

Aun siendo julio, empezó a hacer frío cuando se puso el sol, así que montaron la tienda y encendieron una buena hoguera para preparar la cena. Después de tomar unos filetes —Edison había llevado un par de entrecots en una nevera blanda— y una botella de vino, aparecieron las botellas de tequila. Edison rompió el precinto de una, quitó el tapón con un chasquido, dio un trago y se la pasó a Skip, que también bebió un buen sorbo de aquel licor ardiente.

—Reposado de veinte años —dijo Edison—. Quinientos dólares la botella.

—Es muy muy suave —respondió Skip antes de beber otro sorbo.

—Solo lo mejor —añadió Edison—. ¿Este lugar no te parece sencillamente increíble?

Skip asintió.

—Podrías pasarte un mes aquí y no explorarlo todo. ¡Imagínate este cañón en su época de esplendor! Esos prados junto al río llenos de campos de regadío, niños jugando en el agua, mujeres cocinando, hombres regresando con ciervos al hombro… Y entonces —hizo una pausa dramática— llega la invasión. —Bebió un buen trago de tequila y le brillaban los ojos a la luz del fuego—. Llegan desde ambos extremos del cañón, apostaría que en un movimiento de pinza. Los guerreros ya están desplegados en los flancos y los gallina quedan atrapados. Corren gritando hacia sus viviendas en los cañones laterales y las madres agarran a sus hijos. Retiran las escaleras, se apostan en las troneras y luchan con todas sus fuerzas, pero ya es tarde. Los invasores son demasiados, la sorpresa demasiado grande. —Edison hizo un gesto amplio hacia las oscuras paredes del acantilado—. No fue solo una guerra. Fue un genocidio. Una por una, las viviendas del acantilado de los gallina caen en manos de los invasores y son masacrados: hombres, mujeres, niños, cráneos abiertos, cerebros machacados. Los invasores no están allí para robar, sino para exterminar. No saquean las viviendas. No, no: lo dejan todo tal como está, los cuerpos donde cayeron, para que el mundo vea lo que hicieron.

Entonces, Edison se levantó e hizo una reverencia exagerada.

—Y eso, señoras y señores, es lo que ocurrió.

Skip empezó a aplaudir. Se sentía bien, ya que el alcohol y el estómago lleno habían disipado la aprensión.

—Saca el ukelele y toquemos un poco de música —dijo Edison.

—Claro.

Skip abrió la ligera funda de viaje.

—Creía que tenías un Martin antiguo —comentó Edison cuando Skip sacó un pequeño ukelele azul con el diapasón de madera oscura.

—Lo tengo, pero ni de broma voy a traerlo aquí. Sin embargo, este —dijo, dando unas palmaditas de orgullo al instrumento— es un sustituto estupendo. Un Enya 25D por menos de cien dólares, aunque cueste creerlo.

—¿En serio?

—Sí. Por eso no me importa que se lleve golpes o se ensucie.

Edison se inclinó hacia su mochila y sacó la costosa réplica de flauta de hueso. Luego se quedó quieto, con la mirada fija una vez más en las paredes del cañón.

—Por lo bien que escondían esas viviendas en el acantilado, por las troneras y por los gruesos muros de piedra —dijo—, se nota que los gallina debían de estar muy muy asustados. —Edison empezaba a arrastrar las palabras—. ¡Y no me extraña! Pero esta es la cuestión: ¿los gallina tenían miedo porque había malos ahí fuera o porque los malos eran ellos mismos?

Se echó a reír, bebió un trago abundante y le tendió la botella a Skip. Este ya había bebido bastante, pero aceptó de todos modos. La cabeza empezaba a darle vueltas.

Entonces, Edison se acercó a él con el rostro encendido por el alcohol.

—Amigo mío, tengo que hacerte una confesión —dijo en un susurro confidencial.

—¿Cuál?

Sin decir nada más, Edison dejó la flauta a un lado y cogió la mochila. Después abrió la cremallera superior, rebuscó dentro y sacó

una bolsa grande con cierre hermético que contenía algo envuelto en papel de cocina.

Al desenvolverlo, apareció el hacha de obsidiana.

Skip se quedó mirando, invadido por una creciente sensación de alarma que se vio amortiguada por el alcohol, pero no extinguida.

—He sido un chico malo —dijo Edison, que sacó otra bolsa, y luego otra.

Entonces las abrió y desenvolvió los objetos que había dentro: el hacha de obsidiana; una vasija en forma de ave, pequeña pero exquisitamente pintada; una pipa de piedra pulida; una elaborada sandalia infantil de yuca; y algo que Skip no había visto en las ruinas y que Edison debía de haber cogido a escondidas: un par de piedras de relámpago de prasiolita.

35

El fuego se había reducido a brasas. Habían tocado sus instrumentos, con menguante destreza a medida que consumían más alcohol, y luego los habían guardado. La botella vacía de tequila estaba a un lado, brillando a la luz rojiza de las brasas, y Skip la miró: ¿de verdad se la habían terminado entera? Dios santo.

Luego miró a Edison, tumbado bajo su saco de dormir arrugado, con la boca abierta y babeando. Skip, borracho como estaba, no conseguía dormirse. Tenía náuseas y esperaba no vomitar como había hecho Edison, que había salido tambaleándose hacia los arbustos para devolver. Después había vuelto a la luz del fuego, había farfullado algo incomprensible, había intentado meterse en el saco, se había enredado por completo y se había quedado dormido. Ahora yacía boca arriba, con las manos detrás de la cabeza mientras escuchaba los sonidos de la noche.

Empezaba a hacer frío. Skip estaba desesperado por dormir, pero cada vez que cerraba los ojos todo empezaba a dar vueltas, se le revolvía el estómago y tenía que abrirlos de nuevo para contener las ganas de vomitar. Debería haberse contenido; aquel tequila era traicionero.

¿Qué hora sería? Habían hablado y hablado —o más bien, había hablado Edison— durante lo que parecían horas. Skip había escuchado, con la mente clavada en los objetos que Edison se había

llevado a pesar de todas sus advertencias. Y aquellas piedras de relámpago: ¿de dónde demonios habían salido? Skip sabía que esos objetos ceremoniales supuestamente solo se encontraban en las kivas. ¿Había conseguido Edison localizar una en uno de esos momentos en que desaparecía?

Skip volvió a cerrar los ojos, pero enseguida empezó el mareo, puntual como un reloj. Lo mejor sería vomitar de una vez y terminar con aquello: algún animal del desierto podría disfrutar de lo que antes había sido un delicioso entrecot.

Se puso de rodillas a tientas y buscó sin éxito la linterna frontal. Qué más daba. Salió de la tienda. Las brasas del fuego se estaban hundiendo y formaban grietas rojas. No había luna y el suelo estaba tan oscuro que era como encontrarse dentro de un pozo. No se veía los pies, pero avanzó igualmente, con los brazos extendidos por delante. Apenas se distinguía la silueta oscura de un pino ponderosa a unos quince metros, pero con eso bastaría.

Avanzando a tientas en la oscuridad, llegó justo a tiempo para vomitar una vez, y luego una segunda. Después se quedó allí encorvado otro minuto más o menos. Por fin se enderezó, escupió varias veces y se limpió la boca con el pañuelo. Ya se encontraba mejor. Era increíble lo que podía hacer un buen vómito.

Soplaba una brisa fresca con olor a pino y Skip dio una larga bocanada de aire. Empezaba a tener la cabeza un poco más despejada. Se quedó quieto, respirando el aire nocturno y sintiendo su efecto saludable en su estado de embriaguez. No quería volver a tumbarse y que empezara el mareo otra vez. No, se quedaría allí un momento, simplemente respirando. Podía ver el tenue resplandor de las brasas agonizantes, una mancha rojiza en el mar de oscuridad.

Era tentador, y tembló ligeramente al sentir el frío. Meterse en el saco de dormir sería agradable, pero antes de volver a acostarse necesitaba aclarar la mente.

Al mirar a su alrededor vio algo: la mancha rojiza del fuego se apagó un instante y reapareció un segundo después. Skip parpadeó. Era casi como si una figura oscura hubiera pasado por delante. Entrecerró los ojos hacia el débil resplandor. Nada. Mientras observaba, un pequeño derrumbe de ceniza abrió una grieta en el montón de brasas y el brillo del fuego se intensificó un poco.

Pero entonces el resplandor volvió a oscurecerse, y luego otra vez, ocultado por formas oscuras que se movían, esta vez más despacio. Skip se quedó mirando con el corazón desbocado. No era una alucinación de borracho; de eso estaba seguro. Varias figuras habían pasado por delante del fuego y lo habían tapado momentáneamente. ¿Serían animales rondando la hoguera?

Apenas se atrevía a respirar y escuchó con atención. El único sonido era el murmullo distante del río Gallina, invisible a su espalda. Quería gritar, hacer algo y, sin embargo, parecía haber quedado paralizado por un miedo terrible. Lo único que podía hacer era mirar.

Pero el resplandor permaneció estable. Volvió a escuchar, inmóvil. Nada.

De acuerdo, así que era fruto de su imaginación, o más probablemente una alucinación provocada por el tequila. Skip no sabía qué demonios llevaba aquel reposado para ser tan costoso, pero se prometió a sí mismo —y a Nora— que no volvería a beberlo.

Sin embargo, no conseguía mover los pies para regresar al campamento. Seguía teniendo miedo.

Y entonces oyó un sonido: una pisada sigilosa. Luego otra.

Y, por encima del susurro del río, oyó un murmullo que podía ser el viento, o quizá no.

Otro susurro.

Y ahora supo que había gente allí. Gente acercándose a escondidas, reuniéndose en silencio en la oscuridad. De inmediato recordó la historia que le había contado Edison: la del cuerpo mutilado que había aparecido flotando en el río Gallina muchos años atrás; el asesinato que nunca llegó a resolverse.

El miedo intenso empezó a despejarle la cabeza. Lo que necesitaba era encontrar la linterna frontal. Tal vez la había dejado en el borde de la lona, junto a la tienda. Estaría a su derecha.

Pero no, eso sería un grave error. Lo que tenía que hacer era bordear el campamento, acercarse a la mochila de Edison y sacar aquella pistola gigantesca.

Dio un paso adelante y después otro, con la hierba blanda amortiguando cualquier ruido. De pronto sintió la inequívoca presencia de seres humanos —solo podían ser humanos— rodeando la tienda.

En vista de que su plan se había visto frustrado, Skip se quedó inmóvil un segundo. Luego se dejó caer muy lentamente sobre manos y rodillas. La linterna frontal estaba cerca. Pero no era eso lo que buscaba, sino el cuchillo de uso diario que llevaba siempre en el bolsillo con velcro de su mochila.

De repente oyó el fuerte desgarrón de la tela de la tienda y un golpe seco. Luego un gemido espantoso. Otro golpe.

¿Qué demonios…?

¡Pum!

Y después una voz apagada, un gruñido arrastrado. Mierda. Era la inconfundible voz de Edison.

Al instante, Skip salió de su parálisis. Dios mío: lo estaban golpeando. Sus dedos encontraron el borde de la lona y empezó a palparla frenéticamente hasta dar con la mochila. La agarró, entorpecido por el pánico, e intentó sacar el cuchillo. Se oyó un grito ahogado. Podía oír a Edison forcejeando borracho dentro de la tienda, revolviéndose, gruñendo, y luego llegaron más golpes horribles.

—¡Eh! ¡Eh, tú! —gritó.

Luego se puso en pie y avanzó a trompicones, orientando el cuchillo con los dedos entumecidos y abriendo la hoja con un movimiento rápido, pero notó que se le escurría de la mano.

—¿Qué coño…?

Skip se agachó a ciegas y buscó desesperadamente entre la hierba. Oyó a alguien correr hacia él y, por instinto, empezó a incorporarse para hacerle frente. Un segundo después sintió un golpe en las costillas que lo hizo caer de rodillas con un gruñido; luego, un segundo golpe en el lateral de la cabeza lo dejó inconsciente.

36

Al amanecer, el helicóptero Bell 407 del FBI había despegado de su base en Kirtland AFB, donde la agencia tenía sus medios de transporte aéreos. Corrie iba a bordo, junto con Sharp y cuatro rastreadores del equipo forense. Corrie estaba nerviosa: su solicitud para registrar los otros cinco faros prehistóricos señalados en el mapa de Driver no había sido recibida con entusiasmo y solo se había aprobado tras muchas preguntas. El tiempo de uso de un helicóptero era caro, requería mucho personal y generaba una enorme cantidad de papeleo. Ya habían invertido muchas horas de vuelo en las tierras baldías antes de encontrar a la segunda víctima. La hipótesis de Nora —respaldada por Corrie— de que pudiera haber otras víctimas recientes en la base de los cinco faros que aparecían en el mapa de Driver había sido tratada con escepticismo por el agente especial al mando y con escaso entusiasmo por parte de Sharp.

Pero ahora ya estaban en el aire, con el sol asomando por el horizonte. Sharp iba en silencio: era difícil mantener una conversación con el golpeteo de los rotores, incluso llevando auriculares. Corrie miró por la gran ventanilla mientras el Bell avanzaba hacia el norte, sobrevolando las reservas pueblo a lo largo del río Grande y pasando por Jemez Springs, sobre la caldera de Valles, antes de virar hacia el oeste en dirección a la vasta región de

tierras baldías que rodea el cañón del Chaco. Mientras observaba el terreno que se extendía más abajo, volvió a impresionarla lo enorme y vacío que era Nuevo México, ya que la mayor parte no eran más que desiertos y montañas prácticamente deshabitados.

«Por favor, por favor, Dios, que encuentre un cadáver», se sorprendió pensando. Intentó, al menos a medias, desterrar aquella sombría plegaria de su mente.

A medida que se aproximaban a las extensas tierras baldías, el paisaje pasó de las laderas verdes de las montañas a los tonos grises, blancos, naranjas y púrpuras. Mirando hacia abajo, vio que la erosión había despojado la tierra hasta dejar solo roca y arena, con innumerables cauces secos y serpenteantes, arroyos, chimeneas de hadas, escarpes estériles y mesetas. Más allá del pequeño asentamiento navajo de Nageezi, distinguía la sección occidental del yacimiento petrolífero de la cuenca de San Juan, revitalizado recientemente por la fracturación hidráulica. Entre las formaciones rocosas se dispersaban filas de depósitos, tuberías enrolladas, balancines de extracción y caminos de tierra recién abiertos en todas direcciones. Aquella era la zona arrendada a Geo Solutions GMBH, la empresa en la que trabajaban, o habían trabajado, Horace Driver y su hija.

—Vaya terreno infernal hay ahí abajo —dijo Sharp por fin.

Corrie asintió y consultó el mapa que llevaba desplegado en el regazo para seguir los puntos de referencia.

—Estamos acercándonos al primer faro.

Antes de salir de la cabaña de Watts, Nora marcó lo mejor que pudo la ubicación de los otros cinco faros, basándose en el rudimentario mapa de Driver. No era tarea fácil, dada la cantidad de

dedos negros de lava que se alzaban como agujas crueles por aquel paisaje desolado. A los pilotos del helicóptero les habían facilitado las coordenadas de las cinco formaciones de las tierras baldías que Corrie quería rastrear. Estaban muy separadas entre sí, pero el Bell 407 era una máquina rápida y podrían completar la búsqueda en tres o cuatro horas.

El zumbido del motor cambió cuando el helicóptero redujo la velocidad y empezó a descender hacia el primer objetivo. Corrie levantó sus prismáticos de diez por cincuenta y miró hacia abajo, intentando hacer coincidir los distintos puntos de referencia que veía por la ventanilla con el mapa que tenía en el regazo. Pudo distinguir el primero de los posibles faros: un cono fuertemente erosionado que se elevaba por encima de los que había a su alrededor.

El piloto situó el Bell en vuelo estacionario a un lado del cono y unos veinte metros por encima, lo cual dio tiempo a los rastreadores para examinar el terreno. Corrie contuvo la respiración: podía ver los contornos difusos de unas ruinas en la cima de la formación, una gran chimenea plana de piedra y una choza derruida. Así que Driver tenía razón: también era un viejo faro. Se preguntó si la choza de piedra contendría más huesos humanos. La examinó con los prismáticos, pero las ruinas estaban casi enterradas bajo la arena arrastrada por el viento y era imposible saber qué se ocultaba en su interior, si es que había algo.

Lentamente, el helicóptero rodeó el cono, inclinándose a veces hacia un lado y luego hacia el otro y brindando a los rastreadores los ángulos necesarios para localizar cualquier cosa inusual en el suelo. Al cabo de diez minutos, los rastreadores negaron con la cabeza. Nada. Era hora de volar hacia el siguiente objetivo.

Repitieron el mismo procedimiento en cada pináculo, avanzando hacia el norte a lo largo del trazado del Gran Camino Norte en dirección a Bloomfield. No había nada en la segunda ni en la tercera formación: nada en el suelo y tampoco ruinas visibles en la cima. Tal vez Driver se había equivocado con esas, o los restos de los faros y las chozas de las cumbres se habían erosionado con el tiempo.

En la cuarta aguja encontraron los restos de un faro, pero nada más. Corrie empezaba a sentirse cada vez más desanimada. Aquello no estaba saliendo bien.

La quinta y última formación se encontraba en un lugar llamado cañón Kutz, al sur de Bloomfield. Según la teoría de Driver, marcaba el extremo septentrional del Gran Camino Norte. Cuando se acercaron, el cañón apareció de repente: una enorme hendidura en la tierra que formaba un laberinto caótico de montículos, agujas y mesetas, surcado por arroyos completamente secos blanqueados por la sal. Era un lugar inhóspito, sombrío y profundamente inquietante.

El helicóptero realizó la maniobra habitual, cerniéndose sobre un lateral del pináculo. Corrie vio que, en efecto, se trataba de un faro auténtico, con una zona de piedras planas que formaban la chimenea y otra choza, la cual conservaba el techo intacto, y sintió un alivio momentáneo. Pero a medida que el piloto hacía girar lentamente la aeronave y los rastreadores barrían el terreno con sus potentes prismáticos, quedó claro que no encontraban nada.

El tiempo pasaba y Corrie se volvió hacia Sharp. Él no la estaba mirando; tenía los ojos fijos en el suelo metálico, los codos apoyados en las rodillas y las manos entrelazadas. Su expresión era neutra, tranquila, pero Corrie podía imaginar lo que estaba pensando.

Al cabo de veinte minutos, vio a los rastreadores negar con la cabeza y oyó que la potencia de los rotores aumentaba. Estaban iniciando el ascenso.

Sharp levantó por fin la cabeza.

—Agente Swanson, ¿siguientes pasos?

Corrie se sonrojó. En realidad no quedaba nada más.

—Supongo que regresar a la base. Parece que esto ha sido un fracaso.

Al ver que Sharp no respondía, volvió la cabeza hacia la ventanilla, con un malestar creciente en el estómago. El helicóptero empezó a alejarse del pináculo y viró en dirección a Albuquerque.

Y entonces, a través de los auriculares, oyó a uno de los rastreadores hablar al piloto:

—¿Puede reducir velocidad y descender? Veo algo en el suelo, a las dos en punto.

Las dos en punto quedaban al otro lado del aparato, así que Corrie se levantó y fue hacia allí.

El rastreador señaló y ella alzó los prismáticos.

Le llevó un minuto ajustar las dos imágenes hasta que se fundieron en una sola. Entonces distinguió a una persona caminando —más bien tambaleándose— sobre la arena de las tierras baldías.

El piloto puso el helicóptero en estacionario y luego inició el descenso.

La figura levantó la vista, su rostro pálido apenas visible entre el polvo que levantaba el viento.

Cuando se encontraban a menos de treinta metros del suelo, Corrie pudo distinguirla con claridad: era una mujer con melena

negra. De repente, echó a correr por un cauce seco hacia la formación que acababan de rastrear.

—¡Aterrice! —gritó Corrie.

El piloto mantuvo el aparato en vuelo estacionario sobre la figura que huía hasta que apareció una zona adecuada para aterrizar. Entonces posó la aeronave con pericia, levantando un pequeño torbellino de polvo. Mientras tanto, la mujer, aún corriendo, acabó por desaparecer.

Corrie esperó con impaciencia a que los rotores se ralentizaran. Luego vio a los miembros del equipo forense, que ya se habían colocado las mochilas, salir corriendo en dirección a la figura, siguiendo sus huellas en la arena. Corrie también se echó la mochila al hombro y fue tras ellos. La mujer había ganado distancia en el tiempo que había tardado el helicóptero en aterrizar y apagar motores, pero Corrie había visto que estaba débil y se movía de forma errática. No tardó en aparecer de nuevo, tropezando y tambaleándose. Los cuatro miembros del equipo la rodearon rápidamente, y ella cayó de rodillas con un sollozo.

—¡Agua! —gritó Corrie, que llegó a la carrera—. ¡Denle agua!

La mujer estaba hecha un desastre: el cabello enmarañado, la piel quemada y descamada, los labios agrietados y sangrantes, y unos ojos verdes velados y enrojecidos. Y, sin embargo, bajo aquel exterior devastado, Corrie podía ver —como si fuera un palimpsesto — los vestigios de lo que había sido una mujer sana de unos cuarenta años.

Corrie cogió la cantimplora que le ofreció uno de los miembros del equipo, se arrodilló junto a la mujer e intentó cogerle la mano.

Sostenía algo en ella, y la apartó bruscamente para ocultarlo.

Corrie le tendió la cantimplora.

—Estamos aquí para ayudarla. Necesita agua.

La mujer miró la cantimplora con ojos desorbitados, dudó y negó con la cabeza. Pero Corrie veía que estaba gravemente deshidratada, así que desenroscó el tapón, bebió un sorbo, dejó caer unas gotas brillantes en el polvo y volvió a ofrecérsela.

Al cabo de un momento, la mujer cogió la cantimplora con ambas manos y empezó a beber con avidez.

Mientras lo hacía, dos piedras de relámpago verdes cayeron a la arena. La mujer, siguiendo la dirección de su mirada, se apresuró a recogerlas y se las metió en el bolsillo antes de beber más agua.

—Despacio —dijo Corrie pausadamente.

La mujer bebió un poco más, escupió parte del agua y arrojó la cantimplora a un lado. La expresión de sus ojos verdes era siniestra.

—Soy Corrie. ¿Cómo se llama?

La mujer no respondió.

—Somos del FBI. ¿Qué eran esos objetos que tenía en la mano? ¿Piedras de relámpago?

Silencio.

—¿Su destino era ese pináculo de allí? Se dirigía a él cuando la vimos por primera vez.

Todavía sin responder, le lanzó una mirada hosca.

—Este lugar es peligroso. No tiene agua y está claro que necesita atención médica. Nos gustaría que viniera con nosotros.

Para sorpresa de Corrie, la mujer no opuso resistencia y, sin mediar palabra, se levantó, tambaleándose de nuevo. Corrie intentó sostenerla, pero ella rechazó cualquier ayuda y avanzó con paso incierto hacia el helicóptero.

Corrie le puso el cinturón de seguridad y, cuando despegaron, preguntó:

—¿Qué está haciendo aquí?

La mujer no dijo nada.

Corrie formuló otra pregunta con prudencia, y luego una más, pero la mujer se limitó a mirar al frente con un rostro inexpresivo y apático como el de un zombi y sin pronunciar una sola palabra.

37

La familia de María se había levantado antes del amanecer, así que Nora partió al despuntar el alba, acompañada por el mayor de los dos niños. Para su sorpresa, ahora que necesitaba darle indicaciones, el muchacho demostró hablar un inglés bastante aceptable. Él mismo la guiaría durante los primeros quince kilómetros y le explicaría el resto del camino o, al menos, hasta un punto donde pudiera encontrar a otras personas que supieran orientarla. Nora protestó porque el muchacho tuviera que volver caminando desde tan lejos, pero le aseguró que no era nada; el camino era bueno y estaría en casa antes de que anocheciera.

El camino no era bueno. Era una pista de un solo carril, sin quitamiedos y tallada en los flancos de montañas y acantilados, que subía y bajaba de forma aterradora. Además, se cruzaba una y otra vez con otros caminos idénticos, hasta el punto de que Nora ya no estaba segura de poder encontrar la salida.

Tardaron dos horas en recorrer aquellos quince kilómetros. Entonces, el chico se detuvo y señaló el camino que supuestamente la llevaría a su destino sin más bifurcaciones. Luego se dio la vuelta y regresó a toda prisa a San Luis.

Nora lo observó durante un minuto mientras se hacía cada vez más pequeño en el retrovisor. Luego, tras una respiración profunda, continuó por aquel espantoso camino. Superó varias curvas al borde

de precipicios que encogían el corazón, pero, tal como le habían dicho, solo había una pista y, después de otras dos horas y quince kilómetros, llegó por fin a un valle situado en lo alto de las montañas. El clima allí era mucho más fresco. Las laderas estaban cubiertas de pinos y unas pocas casas de labranza se dispersaban entre campos de un verde intenso que se aferraban a las pendientes empinadas.

Se detuvo en la primera casa que encontró y pidió indicaciones. Para su consternación, nadie parecía conocer a Oskarbi ni a ningún otro hombre blanco que viviera cerca. Pero sí conocían a Benicio, y la dirigieron hacia una pequeña choza blanca encaramada a un promontorio sobre el valle, tan arriba de una ladera lejana que apenas se distinguía.

El camino, si es que podía llamarse así, terminaba al otro lado de las casas y se vio obligada a bajar del Jeep, echarse la mochila al hombro y recorrer a pie los últimos kilómetros hasta la pequeña choza blanca. Tras algunos desvíos equivocados, el sendero empinado y lleno de surcos desembocó en un claro. La sencilla vivienda tenía un portal que dominaba el abismo de las barrancas del Cobre y las montañas que se alzaban más allá.

En una mecedora del porche había un anciano con un sombrero de paja, una camisa blanca y limpia y unos pantalones vaqueros. Un gran perro mestizo yacía a sus pies y, al ver a Nora, se levantó de un brinco y empezó a ladrar frenéticamente.

Ella dudó, pero cuando el perro no mostró ninguna actitud agresiva más allá del estruendo de los ladridos, empezó a avanzar poco a poco. El hombre tenía los ojos cerrados y la mecedora no se movía. ¿Estaba dormido? Parecía casi imposible.

A unos pocos metros del porche se detuvo, adoptó la postura menos amenazadora que se le ocurrió y, tratando de imponerse a los ladridos, dijo:

—Disculpe, ¿es usted don Benicio?

Los párpados se abrieron lentamente y aparecieron dos ojos negros, grandes y brillantes.

—Sí, soy yo.

El hombre habló con brusquedad al perro, que calló al instante, y Nora subió con cautela al porche y le tendió la mano.

—Me llamo Nora Kelly. Encantada de conocerle.

—Y yo también.

Le estrechó la mano.

A la luz de sus recientes descubrimientos, aquello empezaba a ser más prometedor de lo que Nora esperaba. Al menos, el anciano seguía con vida. Hizo una breve pausa.

—Don Benicio, he venido a pedirle consejo.

—Es usted la primera que lo hace en muchos años.

Una vez más, Nora se sorprendió enormemente, pero hizo lo posible por ocultarlo.

—Maestro, he venido a buscar a Carlos Oskarbi.

Ahora fue Benicio quien se quedó en silencio y la miró largo rato.

—¿Y bien? —preguntó finalmente.

—Tengo entendido que podría estar aquí.

No hubo respuesta. Al fin, cuando Nora tuvo la certeza de que no era una simple pausa, sino que el anciano no tenía intención de contestar, continuó:

—Era profesor de Antropología en Nuevo México. Dejó el puesto hace doce años para regresar aquí como discípulo.

Se produjo otro silencio, pero al rato Benicio respondió:

—¿Café?

—Sí, por favor —dijo Nora.

El hombre se levantó y entró en la casa con el perro. Nora, que había pensado seguirlo, se encontró con la puerta cerrada en las narices. Se dijo a sí misma que no era mala educación; simplemente debía de ser la costumbre del anciano. Al cabo de unos diez minutos salió de nuevo con dos tazas. Luego se sentó, le tendió una a Nora y le indicó con un gesto que se acomodara en el único asiento disponible: un montón de leña situado en el extremo opuesto del porche.

Nora se sentó y sobrevino un largo silencio, durante el cual el hombre no preguntó nada ni mostró la menor curiosidad. Finalmente, Nora se aclaró la garganta.

—Es un placer conocerle en persona, don Benicio.

El hombre no medió palabra.

—He leído mucho sobre usted en el libro del profesor Oskarbi. Lo estoy buscando. Esperaba encontrarlo aquí, pero, si no es así, confío en que pueda decirme dónde localizarlo.

Benicio guardó silencio y se tomó su tiempo para beber un par de sorbos. Entonces, habló por fin:

—¿Le gusta el café?

—Sí —respondió ella—. Gracias. En cuanto a Oskarbi, ¿puedo hablar con él?

—No —repuso—. No puede.

Y, con eso, se levantó, hizo una inclinación de cabeza y desapareció en la choza con su perro.

Cuando la puerta se hubo cerrado tras él, Nora permaneció sentada en el montón de leña, recuperándose de aquella sorpresa repentina y tratando de comprender lo que acababa de suceder. ¿Estaba Oskarbi dentro, tal vez como un discípulo recluido e inmerso en algún viaje espiritual? ¿Había hecho voto de silencio? ¿Se había marchado? La gente de las casas del valle afirmaba no haberlo visto, pero Oskarbi había llegado allí hacía doce años. En ese tiempo podían haber pasado muchas cosas. Bien podía haber cambiado bajo la tutela de don Benicio, la misma tutela sobre la que la había advertido el padre de María.

Ya era última hora de la tarde y el sol estaba a punto de ocultarse tras las montañas. Pensó en llamar a la puerta o alzar la voz, pero algo le dijo que no serviría de nada. El hombre sabía de sobra que seguía allí y la estaba ignorando. Si Benicio no quería hablar por voluntad propia, no había forma de obligarlo.

Rebuscó en la mochila y sacó un par de barritas de proteínas y la cantimplora. Hacía fresco, pero no frío, y se quitó la chaqueta, no porque estuviese acalorada, sino por tener algo sobre lo que sentarse. Luego se levantó, colocó la chaqueta encima de la única silla y se sentó, balanceándose suavemente mientras comía las barritas y observando con cierta distracción cómo el paisaje se iba oscureciendo a su alrededor. Sintió cómo se instalaba en ella una sensación de paz extraña y totalmente inesperada: ahora que estaba allí, descubrió que no tenía ninguna prisa. Qué será, será.

Con el tiempo, cuando la oscuridad casi total envolvió el claro, colocó la chaqueta en el suelo de madera del porche y se tumbó encima, intentando ponerse lo más cómoda posible. Creía que dormir le costaría aún más que la noche anterior en casa de María.

Pero todas las sorpresas recientes y las preguntas que habían suscitado también parecían —afortunadamente— adormecidas, y pronto empezó a cabecear con el chirrido de los grillos.

38

Nora se despertó con el olor a café recién hecho. Al abrir los ojos, vio a don Benicio inclinado sobre ella, ofreciéndole una taza, y se incorporó e hizo una leve mueca por la noche que había pasado sobre las tablas del porche. A pesar de la incomodidad, había dormido bien, perturbada solo en contadas ocasiones, cuando el perro se despertaba y recordaba ladrar al intruso antes de acurrucarse de nuevo y volver a dormir.

Don Benicio le hizo un gesto para que se acercara a la puerta, que estaba abierta, y Nora entró en lo que parecía una choza de dos habitaciones, sencilla, fresca y encalada. Una de ellas hacía las veces de cocina, comedor y sala de estar, con una única ventana que daba a las montañas lejanas. La otra, sin ventanas, era el dormitorio.

Mientras se sentaba a la tosca mesa y bebía café, don Benicio preparó un desayuno sencillo a base de esquites. Luego se sentó con ella y comieron en silencio, contemplando de vez en cuando el paisaje que se extendía al otro lado de la ventana. Finalmente, el anciano dijo:

—No está aquí.

Nora tardó un momento en darse cuenta de que estaba retomando la conversación justo donde la habían dejado la noche anterior. No sabía por qué la había dejado fuera de forma tan brusca

y durante tanto tiempo. Tal vez era simplemente una excentricidad de anciano.

—¿Dónde está? —preguntó.

Don Benicio se encogió de hombros.

—¿Quiere decir que se ha marchado a algún sitio y regresará o que no está aquí en absoluto? —insistió Nora.

—No veo a Carlos desde hace muchos años —respondió Benicio.

Aunque las personas con las que había hablado ya habían insinuado esa posibilidad, Nora se quedó desconcertada.

—¿Cuántos años?

El hombre volvió a encogerse de hombros.

—Se marchó hace mucho tiempo y no volvió.

—Espere. ¿Quiere decir que no ha tenido contacto con usted desde que escribió el libro?

—Eso mismo.

Nora volvió a quedarse atónita.

—Entonces… —Se detuvo un instante para ordenar sus ideas—. ¿No ha sabido nada de él? ¿No le entregó un ejemplar del libro?

—No me dio nada. No sé nada de ningún libro.

Ante esto, Nora respiró hondo y apuró el café. Aquella revelación inesperada desmontaba todas sus suposiciones. ¿Cómo podía Oskarbi haber escrito un libro sobre Benicio sin decírselo? Y si no estaba allí, ¿dónde estaba?

—Hace años, Oskarbi fue discípulo suyo, alumno suyo. ¿No es así?

Benicio pareció no oírla. Tenía los ojos clavados en el horizonte lejano.

Nora vio que se estaba precipitando. Acribillarlo a preguntas cuando hacía tan poco que le había permitido entrar en su casa no

era la forma de obtener respuestas. Se contuvo un momento y dejó que el silencio se asentara, que regresara la calma de la mañana.

—Gracias por el desayuno —dijo.

Benicio asintió.

—¿Otra taza?

—Si no le importa…

El hombre se levantó, fue a buscar la cafetera y rellenó ambas tazas.

—Don Benicio —empezó otra vez cuando llevaba media taza—, ¿puedo hacerle algunas preguntas sobre el aprendizaje de Oskarbi con usted?

El hombre negó con la cabeza sin decir nada y Nora se tomó un momento para ordenar sus pensamientos. Finalmente dijo:

—¿Puedo explicarle por qué estoy interesada? ¿Por qué he venido hasta aquí?

No hubo reacción.

—Cuando Oskarbi regresó a Estados Unidos después del tiempo que pasó bajo su tutela, escribió un libro. Trataba sobre usted y sus enseñanzas. Aunque tenía cierto carácter académico, fue un superventas y millones de personas leyeron sobre las enseñanzas de don Benicio y cómo transformaron su vida. Se convirtió en profesor y formó un grupo de estudiantes a su alrededor. Y entonces, hace doce años, desapareció repentinamente. Todo el mundo creía que se había desencantado de la vida académica y había regresado aquí para continuar con su aprendizaje, pero, evidentemente, todos estaban equivocados. —Hizo una pausa—. Sin embargo, esta es la razón por la que he venido: en los últimos cinco años ha habido al

menos dos suicidios rituales entre sus exalumnas. Estoy intentando averiguar qué puede haber detrás de esos suicidios.

Al oír eso, se produjo un cambio sutil en el rostro de Benicio. Sus facciones se endurecieron y sus ojos se volvieron fríos y aún más distantes.

—Necesito su ayuda —dijo Nora—. Necesitamos su ayuda. Estamos tratando de entender por qué esas exalumnas se quitaron la vida de una forma tan horrible. Parece que podría guardar relación con lo que Oskarbi aprendió aquí.

Por fin, don Benicio respondió.

—No puedo compartir ese conocimiento con usted —dijo.

—¿Por qué?

—Porque es peligroso. El mero hecho de mencionarlo es peligroso.

Nora dejó pasar un instante.

—Si eso es cierto, entonces Oskarbi es peligroso. No puede ser coincidencia: de una manera u otra, tuvo que influir en esos suicidios.

Nora se detuvo y esperó. Al cabo de un momento, Benicio formuló la pregunta que ella esperaba:

—¿Cómo murieron?

—Se quitaron toda la ropa en el desierto, a pleno sol, y murieron por deshidratación y golpe de calor.

Benicio se quedó completamente inmóvil y giró despacio la cabeza hacia la ventana y los cañones y mesetas que se extendían a lo lejos. Estuvo así un buen rato, más de lo que era habitual en él. Pasaron unos minutos, y luego un cuarto de hora.

Nora cogió la taza vacía, la volteó entre las manos y la dejó encima de la mesa.

—Don Benicio…

Él levantó la mano en un gesto que pedía silencio.

Una vez más, se quedaron callados, y a Nora le pareció que Benicio estaba reflexionando, con el ceño fruncido y una expresión serena, mirando hacia el interior a pesar del paisaje que tenía delante. Y entonces, empezó a hablar con vacilación y en voz baja.

—Carlos vino a verme —dijo—. Fue hace unos veinte años y no sé cómo me encontró. Dijo que era antropólogo y que buscaba conocimientos tradicionales. Antes, todas mis enseñanzas eran para mi pueblo, para devolverlo a las verdades antiguas, pero cada vez había menos alumnos. Mi gente estaba perdiendo interés por el saber ancestral. Y, sin embargo, apareció esa persona que no solo sabía de mi existencia, sino que me buscó. Y así acepté enseñarle de manera provisional. Durante mucho tiempo, quizá un año, fue muy buen estudiante, tal vez el más atento y el más entusiasta de todos. Tenía un ansia constante de aprendizaje, siempre…

Su voz se fue apagando, y Nora esperó pacientemente.

—La forma tradicional de alcanzar el conocimiento es abrir una puerta a los poderes que viven invisibles en el mundo que nos rodea. La llave de esa puerta es el *hikuri*, o peyote. Hay muchos espíritus que atraviesan las puertas que abre el *hikuri*. Algunos son espíritus de luz y otros de oscuridad. Y luego están los espíritus que llamamos duende, que pueden inclinarse hacia uno u otro lado. Estos últimos son espíritus de engaño y de satisfacción. —Se terminó el café—. Carlos eligió como espíritu a un duende. Ese espíritu encontró un alma receptiva, la cogió de la mano y la llevó por los caminos de los poderes oscuros.

—¿Y no pudo usted impedirlo? —preguntó Nora—. ¿Apartarlo de ese camino o hacerlo volver?

Benicio negó con la cabeza.

—La atracción del poder, especialmente del poder oscuro, es muy grande. Cuando Carlos llegó aquí por primera vez, seguía mis enseñanzas porque quería aprender. No estaba seguro de si las enseñanzas eran reales o simplemente supersticiones indias antiguas. Pero con el tiempo tomó *hikuri* y, finalmente, se encontró con su duende. Solo entonces comprendió que el poder era real y que él, Carlos, podía dominarlo. Pero un espíritu duende no solo está lleno de engaño, sino que también es paciente. El proceso fue lento, sutil. Cuando me di cuenta de lo que había ocurrido, ya estaba perdido.

—¿Y entonces?

—Le pedí que se marchara. Se llevó el poder y el conocimiento consigo y desapareció. No volví a saber de él.

—Pero… —Nora estaba cada vez más sorprendida—. Escribió un libro. ¿De verdad que nunca lo supo?

Don Benicio volvió a negar con la cabeza.

—Nunca lo supe. A lo mejor no quería que lo supiera. Me temo…

Dejó la frase a medias, pero Nora adivinó lo que podía estar pensando. A pesar de que algunos estudiosos se habían mofado del libro de Oskarbi tachándolo de fantasioso, o incluso ficticio, bien podía ser académicamente sólido y revelar verdades que nunca debieron salir a la luz.

—¿Cree que las muertes de esas mujeres pueden tener relación con todo lo que acaba de contarme, con que Oskarbi intentara dominar esos poderes oscuros? —insistió Nora.

Benicio inclinó la cabeza.

—Es posible. De hecho, es probable. Los espíritus oscuros se sienten atraídos por el sacrificio, especialmente por el sacrificio humano.

Se hizo otro silencio y la temperatura de la habitación, ya de por sí fresca, pareció descender unos cuantos grados.

—Y, sin embargo, Carlos Oskarbi desapareció hace doce años —dijo Nora, casi para sí misma—. Nadie lo ha vuelto a ver. Es como si se hubiera desvanecido sin dejar rastro.

Don Benicio volvió sus ojos oscuros hacia ella.

—Ya había avanzado mucho por el camino oscuro cuando se marchó, y desde entonces solo habrá aumentado su poder. Dondequiera que se encuentre ahora mismo, puede estar segura de que su duende también está allí.

39

Skip, rodeado de una fría oscuridad, fue recobrando poco a poco la consciencia. Por un instante no tenía ni idea de quién era ni de lo que había ocurrido, y una oleada de pánico lo invadió súbitamente. Pero cuando intentó incorporarse —jadeando, con la cabeza martilleándole y manchas negras floreciendo en su campo de visión —, recordó el ataque, primero en fragmentos y luego con toda su fuerza. Una vez más, comprendió que estaba atado en la oscuridad con correas de cuero, las manos a la espalda y los tobillos sujetos. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? Le parecía haber pasado días perdiendo y recuperando el sentido.

El pánico volvió a apoderarse de él e hizo otro esfuerzo por sentarse, con todos los huesos del cuerpo doloridos. Le habían dado una paliza brutal, pero al menos creía tener la cabeza un poco más despejada.

—¡Eh! —gritó—. ¿Qué está pasando? ¡Eh!

Nada. El aire olía a tierra y a polvo, y la oscuridad era absoluta. Seguía bajo tierra. Estuvo a punto de atragantarse, hiperventilando de terror. ¿Quién los había atacado y por qué? ¿Dónde estaba Edison? A través de una niebla de dolor, recordaba vagamente que Edison había recibido una paliza terrible.

Forcejeó y gritó, y volvió a gritar. El sonido salía amortiguado, muerto. Pero no hubo respuesta, ni luz, ni nada.

Por fin consiguió levantarse con dificultad y empezó a impulsarse hacia atrás con los pies, la única forma de moverse que le permitían las tiras de cuero. El suelo era de tierra dura, y los talones se clavaban en ella al arrastrarse hacia atrás. Y, de pronto, chocó con una pared y la palpó con las manos. Era lisa y parecía enyesada, y Skip notó que tenía una ligera curvatura.

—¡Eh! ¡Alguien! ¡Quien sea!

Era como gritar dentro de un pozo.

El pánico fue a más, y Skip luchó por contenerlo. Tenía que pensar, averiguar qué hacer. Si al menos supiera qué estaba pasando, dónde se encontraba, quiénes eran aquellas personas y qué querían, entonces quizá…

Oyó un débil gemido en la oscuridad.

Venía del otro lado de la cueva, o del pozo, o de aquel agujero en el que se encontraba. Con esfuerzo, se giró y empezó a clavar los pies en el suelo para impulsarse en dirección al sonido. Sentía palpitaciones en la cabeza y tenía un ojo hinchado y casi cerrado. También notaba sangre seca alrededor de la nariz y tenía sed y hambre.

Lanzó un grito de sorpresa cuando sus manos atadas toparon con algo blando y flexible. Era un cuerpo, y dejó que las manos recorrieran poco a poco la ropa y la piel. Abrió la boca para gritar «¿Quién es?», y entonces comprendió que tal vez era mejor no hacer ruido.

El cuerpo se movió y oyó otro gemido. Dios, parecía Edison.

—¡Edison! —zarandeó el cuerpo lo mejor que pudo—. Edison, ¿eres tú?

No hubo respuesta y Skip volvió a tocarlo, lo cual provocó otro gemido. Desde luego, parecía Edison. Tenía que ser Edison. Debía de estar gravemente herido.

—Edison —susurró—. Soy Skip.

Un gemido, seguido únicamente de una respiración pesada, estertórea.

Dios mío. El pánico volvió a apoderarse de Skip. ¿Qué habían hecho para provocar aquello? ¿Se habían topado con un grupo de asesinos que vivían en un cañón remoto? ¿Habían tropezado con una milicia fanática o con un grupo de paranoicos que se habían ido a vivir al campo?

Entonces oyó otro sonido en la oscuridad. Esta vez provenía de arriba.

Escuchó atentamente y contuvo la respiración. Se oyó un roce sordo y luego apareció sobre su cabeza un estrecho rectángulo de luz que se fue ensanchando a medida que algún tipo de cubierta se deslizaba hacia un lado. Un haz de luz descendió y, de repente, Skip supo dónde estaba: en el fondo de una antigua kiva, una cámara subterránea circular que constituía el centro de las ceremonias religiosas de los indios pueblo. Se había abierto un hueco cuadrado en el techo, y ahora descendía por él una rudimentaria escalera de madera. En el cuadrado apareció un rostro, a contraluz y sin rasgos distinguibles.

Al darse la vuelta, Skip vio que el cuerpo que tenía a su lado era, en efecto, el de Edison. Estaba horrorizado: lo habían golpeado salvajemente y tenía la cara amoratada e hinchada, y sangre seca alrededor de la nariz y la boca. Tenía los pies atados con el extremo de una cuerda gruesa, y cerca había varios metros de lo que parecía

un cable de acero enrollado. Tenía la camisa desgarrada y los ojos casi cerrados, como dos rendijas inertes. Dios santo, parecía moribundo.

—¿Qué está pasando? —gritó Skip, incapaz de contenerse—. ¿Por qué hacen esto?

La silueta oscura que ocupaba el cuadrado de luz permanecía inmóvil y se limitó a mirarlo desde arriba.

—¡Mi amigo necesita atención médica!

No hubo reacción. Y entonces oyó otro roce; el cuadrado de luz se convirtió rápidamente en un rectángulo cada vez más pequeño y el silencio volvió a reinar en la fría oscuridad. La cabeza empezó a darle vueltas y, cuando la apoyó en el suelo, volvió a quedar inconsciente.

40

Tras llamar suavemente a la puerta y no obtener respuesta, Corrie entró en la habitación de hospital. La mujer de cabello negro estaba sentada en la cama, mirando fijamente la pantalla vacía del televisor colgado en la pared. No volvió la cabeza cuando Corrie se sentó a su lado. Sin las vías, pensó Corrie, no parecía que hubiera estado gravemente enferma por deshidratación tan solo dieciséis horas antes. Le habían lavado y peinado la melena y, aparte de una terrible quemadura solar y los labios hinchados, presentaba un aspecto sorprendentemente bueno.

Los médicos habían hecho esperar a Corrie antes de permitirle interrogar a la paciente, lo cual le parecía bien. Había aprovechado ese tiempo para identificarla, algo que no había sido difícil. Partiendo de la suposición de que era otra exalumna de Oskarbi, Corrie obtuvo la lista y las fotografías que la agente O'Hara había recabado y la reconoció de inmediato. Su nombre, de hecho, ya había surgido en la investigación: Elodie Bastien. Lo que más sorprendió a Corrie mientras revisaba el expediente que había confeccionado O'Hara fue que Bastien era una arqueóloga de éxito y prestigio con su propia empresa privada, dedicada a la arqueología contractual para el Departamento de Transporte de Nuevo México. En ella inspeccionaba e identificaba yacimientos arqueológicos antes de la construcción de carreteras u otras obras.

Sus padres vivían en Santa Fe, y su vida —al menos por lo que Corrie podía ver en el expediente— era completamente normal. Soltera, cuarenta y un años, residente en Santa Fe, inscrita en el censo electoral, impuestos pagados, sin antecedentes penales o tan siquiera multas de tráfico pendientes: una existencia de lo más corriente. Y, sin embargo, allí estaba, después de haber intentado suicidarse ritualmente de la forma más extraña y demencial que cupiera imaginar. No parecía mantener una relación estrecha con su familia y no tenía pareja ni relaciones sentimentales, al menos ninguna que O'Hara hubiera identificado.

Nadie había denunciado su desaparición, tal vez porque aún no llevaba suficiente tiempo ausente. Con la esperanza de animarla a hablar, Corrie se había enfrentado a una decisión complicada: ¿debía avisar a su familia en ese momento o esperar? Necesitaba desesperadamente que Bastien explicara qué estaba haciendo y por qué, y se preguntaba si involucrar a la familia ayudaría o supondría un obstáculo. La mujer había rechazado utilizar un teléfono y no quería hablar con nadie. Tras comentar el asunto con Sharp, Corrie había decidido posponer la notificación a la familia mientras intentaba que hablara por voluntad propia. Si eso no funcionaba, entonces podrían recurrir a los familiares.

—¿Elodie? —dijo Corrie pausadamente.

Al oír su nombre, la mujer finalmente reaccionó: volvió la cabeza y miró a Corrie por primera vez. Y, con la misma rapidez, apartó la vista, con el rostro convertido de nuevo en una máscara inexpresiva.

—Me llamo Corinne Swanson y soy agente del FBI aquí, en Albuquerque. Quiero asegurarle que no está metida en ningún lío.

Que sepamos, no ha infringido ninguna ley, y su colaboración es voluntaria. ¿Lo entiende?

Bastien no dijo nada.

—Me gustaría hacerle unas preguntas.

Al ver que seguía sin responder, Corrie añadió:

—Estamos trabajando en un caso relacionado con la muerte de dos mujeres: Miranda Driver y Molly Vine. Creo que usted las conocía a ambas. Eran compañeras suyas cuando cursaba un posgrado en el Departamento de Antropología de la Universidad de Nuevo México. El profesor Carlos Oskarbi fue su director de tesis.

No hubo reacción.

—Ambas murieron caminando por el desierto bajo un calor abrasador, sin agua y vestidas de forma inadecuada. Exactamente igual que parecía dispuesta a hacer usted.

Era como si Bastien se hubiera quedado congelada, rígida como una estatua.

—Solo me gustaría saber por qué actuaron usted y ellas de esa manera.

Hubo una pausa. Era como si la mujer no la oyera en absoluto.

—Elodie, por favor. Es importante que sepamos por qué murieron esas mujeres.

Esperó.

—Me gustaría que pensara en sus familias, desesperadas por obtener respuestas. Desesperadas por saber qué les ocurrió a sus hijas y por qué. El otro día hablé con Horace Driver, el padre de Miranda. Está al borde de un ataque de nervios por la muerte de su hija. Usted puede ayudar contándonos lo que sabe.

Nada.

—Y si no lo hace por las familias de Molly y Miranda, piense en su propia familia.

No estaba logrando llegar a ella. Corrie contuvo el impulso de levantarse y sacudirla para sacarla de aquel mutismo. Tenía que haber alguna forma de hacerla reaccionar.

—Usted estaba en el cañón de Kutz, caminando hacia una formación de las tierras baldías: un antiguo faro prehistórico. ¿Sabe de qué le hablo?

Nada.

—Se dirigía hacia allí, ¿verdad, Elodie?

Corrie esperó, acompasando la respiración. De acuerdo: segundo paso.

—Voy a ponerme en contacto con sus padres para informarlos de lo ocurrido. Supongo que vendrán a verla. Espero que con ellos hable de lo que no está dispuesta a hablar conmigo.

Nada.

Aquello era difícil de contemplar, y aún más difícil de comprender. La mujer estaba sentada en la cama, rígida como una piedra, sin decir nada, sin reaccionar a nada. Era como si estuviese catatónica, o como si le hubieran lavado el cerebro. Parecía un miembro de una secta. Y era una secta, pensó Corrie; ahora estaba convencida, con Oskarbi como líder, controlando a sus discípulos mediante coacción sexual, drogas y una palabrería religiosa fraudulenta. Se preguntó cómo le estaría yendo a Nora en la Sierra Madre de México, si habría logrado localizar a Oskarbi. A lo mejor valía la pena que el FBI solicitara su extradición para traerlo de vuelta y obligarlo a explicar qué estaba ocurriendo. Pero Nora regresaría en un par de días, y entonces sabrían mucho más.

Sin embargo, Oskarbi había regresado a México hacía doce años. ¿Estaba dirigiendo la secta desde la distancia? ¿Y por qué aquellos suicidios no habían sucedido hasta ahora? ¿O había habido otros todavía por descubrir? No tenía sentido.

En un último intento por provocar alguna reacción, Corrie metió la mano en su maletín, sacó las piedras verdes de relámpago y las sostuvo ante Bastien.

—Usted llevaba esto. ¿Qué significan?

Elodie Bastien se volvió y las miró un instante y en su rostro se intuyó fugazmente algo parecido a una emoción. Pero enseguida recuperó su semblante inexpresivo y desvió nuevamente la mirada hacia el televisor apagado.

41

Skip salió de su sopor en medio de la oscuridad absoluta. Debía de haberse quedado dormido a causa de lo que probablemente era una conmoción cerebral. Pero ¿cuánto tiempo había pasado? ¿Un día? ¿Dos? Le parecía que llevaba allí una eternidad. El miedo y la nube de dolor en la cabeza estaban distorsionando su percepción del tiempo. Tenía un recuerdo vago de que alguien le había dado agua, pero nada de comida, y estaba muerto de hambre. Había dejado de gritar: era un ejercicio estúpido e inútil. En ese momento, llamar la atención seguramente era lo último que le convenía. Hizo inventario mental de su cuerpo dolorido y magullado: nada parecía roto. Solo se apreciaban muchos golpes y cortes dolorosos, y tenía el labio hinchado como un quinoto.

—Edison —se aventuró a decir en la oscuridad—. ¿Estás ahí?

Silencio.

—¡Edison, maldita sea!

¿Estaba muerto? Skip intentó desterrar las fantasías descontroladas de tortura, violación y muerte que se agolpaban en su cabeza. ¿Quiénes eran aquellas personas? ¿Unos locos que vivían aislados? ¿Satanistas?

Sus especulaciones desenfrenadas se vieron interrumpidas por un ruido procedente de arriba y el rectángulo de luz reapareció cuando la cubierta se deslizó hacia un lado. Un haz de luz solar penetró en

el interior e iluminó las motas de polvo suspendidas en el aire. Era de día; otro día, supuso. Skip miró hacia el lugar donde antes tenían atado a Edison, pero ya no estaba.

En ese momento descendió una escalera y, a continuación, una figura empezó a bajar. A medida que la persona quedaba iluminada por la luz del sol, Skip pudo verla con más claridad. Pero ¿qué demonios era aquello? Estaba desnudo, cubierto de pies a cabeza por una gruesa capa de arcilla roja, y llevaba una máscara de madera finamente tallada y también pintada de rojo. Un penacho de hierba trenzada sobresalía de la máscara como una especie de peinado extravagante. En la mano izquierda llevaba una porra de madera, cuyo extremo culminaba en una esfera del tamaño de un puño y un rostro grotesco tallado.

El hombre llegó a la parte baja de la escalera y se irguió, y Skip pudo ver el brillo de sus ojos a través de los orificios de la máscara. La figura avanzó hacia él. Había algo extraño en su forma de caminar, una especie de arrastre, como si los pies pesaran demasiado para levantarlos del suelo. ¿Era ciego? ¿Iba borracho? ¿Drogado?

Skip se lo quedó mirando, nuevamente atenazado por el miedo.

—¿Quién eres? —dijo.

La figura se inclinó y empezó a manipular las correas de cuero que le sujetaban los tobillos. Aflojó las ataduras, luego las alargó y volvió a anudarlas, creando una especie de trabas que permitían un movimiento limitado de los pies.

—Levántate.

La voz era plana, neutra. Skip se puso en pie tambaleándose, con las manos aún atadas a la espalda y luchando contra un mareo

momentáneo. El hombre sacó una cuerda larga de cuero con un nudo corredizo en un extremo, se la colocó alrededor del cuello y la apretó hasta que funcionó como un collar. Luego dio un paso atrás y se enrolló la correa alrededor de la muñeca izquierda.

El hombre dio un tirón violento a la cuerda, que se tensó alrededor del cuello de Skip hasta hacerlo toser y ahogarse.

Tras un segundo o dos, la figura aflojó la presión.

—¿Mensaje recibido, ladrón?

A Skip le sorprendió el sonido de su voz, que era normal e incluso educado.

El hombre volvió a tirar de la correa.

—Responde.

Skip asintió.

Entonces, el hombre le desató las muñecas.

—Sube.

Skip se arrastró hasta la escalera. Las trabas en los tobillos dificultaban la subida, pero el techo de la kiva era bajo, y poco después salió al exterior, parpadeando ante el resplandor cegador mientras su captor le ataba de nuevo los brazos a la espalda.

—Yo no soy ningún ladrón.

—Profanador.

—Un momento, no fui yo…

El captor le asestó un golpe seco con la porra en la parte posterior de la cabeza.

—Cállate.

El dolor de cabeza volvió a estallar en su conciencia y expulsó momentáneamente todo lo demás. Cerró los ojos y luchó contra otro mareo que poco a poco fue remitiendo. Cuando los abrió de nuevo,

intentó concentrarse en lo que lo rodeaba. Estaba en lo alto de una meseta larga y empinada, unos treinta metros por encima del río, pero aún dentro de las paredes de un amplio cañón.

Había otros tres hombres en el extremo de la meseta. También iban desnudos, dos de ellos cubiertos de arcilla roja y con las mismas máscaras pulidas y penachos de hierba. Avanzaban arrastrando los pies en un torpe círculo alrededor de uno de los dos trípodes formados por postes atados entre sí. Algo colgaba del trípode alrededor del cual giraban. Skip no lograba distinguirlo con claridad entre las figuras que pasaban, pero cuando los tres se detuvieron y empezaron a entonar un cántico grave, sintió un espasmo de terror: era un cuerpo, golpeado y cubierto de sangre, que colgaba boca abajo del trípode por un cable.

Maldita sea, era Edison: el pelo apelmazado y rígido por la sangre seca, la lengua fuera.

Aquellos cabrones lo habían matado.

—¡Dios mío! —gritó Skip, horrorizado.

Sintió otro golpe en la parte posterior de la cabeza.

—He dicho que te calles —murmuró su captor.

Las fuerzas lo abandonaron y se dejó caer de rodillas. Su captor lo levantó de nuevo con un tirón de la correa, le agarró la mandíbula con una mano grande y carnosa, le alzó la cabeza y, con la otra, le sopló en la cara un polvo que había ahuecado en la palma.

Skip tosió, se atragantó y estornudó cuando la sustancia desconocida le entró por las fosas nasales, la boca e incluso los ojos. Era como si un millón de diminutos granos de arena ardieran a la vez. Forcejeó y sintió arcadas mientras el dolor abrasador se desvanecía, sustituido por una niebla de delirio. Lo que antes eran

hombres adoptó una forma borrosa. Skip cayó al suelo, y su captor ya no intentó mantenerlo en pie. Con los ojos empañados y llorosos, Skip oyó a lo lejos un cántico grave que se elevaba mientras las tres figuras empezaban a girar alrededor del cuerpo de Edison. Luego vio vagamente al líder alzar un brazo y algo brilló con un destello oscuro. Era un cuchillo de piedra tallada: largo, negro y cruel. Más cánticos, y luego los tres hombres dejaron de girar, se acercaron al trípode y, de repente, estallaron unos gritos.

Skip intentó ponerse de rodillas, pero volvió a caer. Los gritos eran cada vez más fuertes, desgarradores, más animales que humanos, y, aun así, Skip reconoció la voz: era la de Edison.

Así que no estaba muerto después de todo.

Parpadeó una y otra vez en un intento desesperado por disipar la niebla de sus ojos. Pero el líder le tapaba el campo de visión y no sabía lo que estaba ocurriendo. Sin embargo, los gritos continuaban, cada vez más fuertes y agónicos. Como tenía las manos atadas a la espalda y no podía taparse los oídos, empezó a gritar:

—¡Parad! ¡Por favor, parad! ¡Parad! ¡Parad! ¡Parad!

Entonces, la sombra de su captor cayó sobre él, la porra de madera volvió a golpearlo y una oscuridad misericordiosa se lo llevó.

42

En los viajes largos, Nora solía escuchar audiolibros, y para el trayecto de ida y vuelta a México, de más de treinta horas en total, había elegido un par de buenos thrillers de Preston y Child. Pero cuanto más tiempo pasaba conduciendo de regreso a casa, más le costaba concentrarse. Lo que no dejaba de deslizarse en su mente era una melodía, una especie de canción pegadiza: la del cilindro de cera cuya transcripción Skip se había llevado a casa. La había armonizado y la tocaba sin parar con su ukelele, y luego había conseguido que Nora lo acompañara con la flauta, hablando con entusiasmo de todo lo que pensaba hacer con ella. Y después, como era habitual en Skip, se había interesado por otra cosa. Era disonante, inquietante, con cuartos de tono desconocidos en la música occidental. Sonaba un poco como aquel extraño cuarteto de cuerda final de Shostakóvich. Ociosamente, se preguntó qué pensaría este compositor de aquella melodía. Pero el alivio de haber identificado y, por tanto, de haberse librado de aquella perturbadora melodía dio paso a otros pensamientos intrusivos, en particular, lo que había averiguado gracias a Benicio y el misterio de que Oskarbi supuestamente se hubiera pasado «al lado oscuro».

Ahora estaba claro que Oskarbi lideraba una secta. Y, sin embargo, no se parecía a ninguna de las que había oído mencionar hasta la fecha. Oskarbi no era un David Koresh ni un Jim Jones. Sus

miembros no eran un grupo de almas perdidas, manipuladas y encerradas en un recinto apartado. Al contrario, parecían personas formadas, inteligentes y plenamente funcionales en el ámbito profesional que, al menos en apariencia, llevaban vidas exitosas y productivas. ¿Era posible, realmente posible, que personas como Molly Vine y Miranda Driver formaran parte de una secta? ¿Dónde y cuándo se conocieron? ¿Qué hacían y por qué?

Mientras conducía en la oscuridad, esas preguntas se arremolinaban en su mente. Y, a medida que lo hacían, Nora se veía inevitablemente abocada a la cuestión de si las afirmaciones de Benicio sobre poderes oscuros, espíritus duende y un mundo invisible eran reales. ¿Podía existir un mundo oculto detrás del mundo real, accesible mediante rituales secretos o drogas alucinógenas como el peyote? Aquella no era una idea nueva para ella: como antropóloga, sabía que muchas culturas ancestrales de todo el mundo creían que los alucinógenos podían ponerte en contacto con un mundo oculto y a menudo peligroso que acechaba detrás del visible. Fuera cual fuera el dogma sectario, Vine y Driver parecían creer en él con la suficiente intensidad como para cometer un horrible suicidio ritual.

Era medianoche cuando Nora enfiló por fin el camino de entrada de la pequeña casa que compartía con Skip. El lugar estaba a oscuras cuando aparcó junto al viejo cacharro destartalado de su hermano. Sintió un profundo alivio de estar en casa; había sido un viaje agotador en más de un sentido y, además, las quince horas de conducción le habían dejado el cerebro completamente frito. No veía la hora de meterse en la cama.

Salió del coche, fue hacia la puerta e introdujo la llave; ya desharía el equipaje por la mañana. Oyó los ladridos tranquilizadores de Mitty, su *golden retriever*, y cuando abrió la puerta, el perro se abalanzó sobre ella, moviendo toda la mitad trasera del cuerpo en un frenesí de bienvenida, gimoteando y lamiéndole la mano. La intensidad del recibimiento la hizo detenerse un momento; significaba que el animal había estado solo en casa. Luego entró en la cocina y Mitty la siguió ansiosamente.

La casa parecía vacía.

Después de atravesar la cocina y el comedor, se dirigió al pasillo. La puerta del dormitorio de Skip estaba abierta. Entró y encendió la luz. La cama estaba deshecha, pero eso no significaba nada: siempre se encontraba así. Luego volvió a la cocina. Mitty había comido y tenía agua en el cuenco, así que, o bien Skip había salido por la noche o, si se había marchado, había encargado a su amiga cuidadora de perros que alimentara y paseara a Mitty. Pero si había salido, ¿por qué estaba su coche en la entrada? ¿Lo habría recogido algún amigo? Tal vez. A veces pasaba la noche fuera de casa, sobre todo si había ido a una fiesta y había bebido demasiado. O si había conocido a alguna mujer.

Sentía una irritación cada vez mayor hacia el irresponsable de su hermano y sus andanzas, pero estaba cansada y era demasiado tarde para hacer nada al respecto. Llamaría a la cuidadora por la mañana y averiguaría si Skip la había contactado, pero por ahora lo único que quería era desplomarse en la cama.

El estruendo de su teléfono reproduciendo la Obertura 1812 despertó a Nora con un sobresalto. Buscó a tientas en la mesilla y cogió el móvil: era Corrie, llamando a las siete en punto.

Dios. A veces, Corrie era implacable. Deslizó el dedo para responder y se llevó el teléfono a la oreja.

—¿Sí?

—Nora, soy Corrie.

—Ya lo sé.

—Perdona que te moleste. —Las palabras salieron atropelladas—. Seguro que acabas de llegar, pero estoy deseando saber qué has descubierto.

Nora se incorporó en la cama y, despejándose poco a poco, intentó concentrarse en aquella avalancha de palabras.

—No lo encontré, pero averigüé algunas cosas… interesantes.

—¿Podemos vernos en media hora? Yo también tengo noticias. Estoy en la autopista, llegando a Santa Fe; tengo una entrevista allí a las nueve. Podemos tomar un café antes.

Nora gimió para sus adentros.

—Vale, de acuerdo —dijo.

Se reunieron en una cafetería situada muy cerca de casa de Nora. Apenas había tenido tiempo de ducharse y vestirse, y llegó justo cuando Corrie entraba en el pequeño aparcamiento. Nora pidió un expreso triple y un cruasán de chocolate, mientras que Corrie quiso tomar un café enorme y azucarado, y se sentaron fuera.

Después de unos cuantos sorbos de expreso, Nora sintió que volvía a la normalidad. Primero, Corrie le contó la asombrosa noticia

de que habían encontrado a una tercera mujer en el desierto: esta seguía viva y se estaba recuperando, pero se negaba a hablar. Después, empezó a bombardear a Nora con preguntas sobre su viaje. Nora relató toda la historia: que había localizado al escurridizo Benicio, que había pasado la noche en su porche y que, finalmente, había descubierto la verdad sobre Oskarbi. Corrie escuchó cada palabra con atención, inclinada hacia delante con los codos apoyados en las rodillas.

Cuando hubo terminado, Corrie se recostó en la silla y, tras un silencio, dijo:

—A ver si lo he entendido bien: Oskarbi se fue de casa de Benicio hace veinte años, no volvió nunca, ni siquiera se comunicó con él, publicó un libro y se hizo rico y famoso, pero durante todo ese tiempo se había pasado «al lado oscuro». —Hizo comillas en el aire con los dedos—. Luego reunió a un grupo de seguidores, en su mayoría mujeres y desapareció sin dejar rastro. Años después, algunas de esas mujeres empezaron a cometer suicidios rituales.

—Más o menos sería eso —dijo Nora.

—Es como si hubiera firmado un pacto con el diablo —observó Corrie.

—O al menos como si creyera haberlo hecho. —Hizo una pausa—. Pero ¿dónde demonios está?

—Según las bases de datos del FBI que he consultado —dijo Corrie—, su rastro desapareció hace doce años: ninguna actividad con tarjetas de crédito o cuentas bancarias, ninguna publicación en redes sociales, ningún contacto con amigos o familiares, ninguna renovación del permiso de conducir… Nada.

—A lo mejor se escondió y dirige la secta desde algún lugar secreto.

—Parece poco probable.

—¿Por qué?

—Cuando desaparecen todos los rastros electrónicos de una persona, normalmente significa una sola cosa: que está muerta. Al menos esa es la norma general del FBI.

—¿Muerto? ¿En serio?

Corrie levantó las manos.

—Hoy en día es muy difícil desaparecer o crear una identidad nueva. Puede que la secta lo esté ocultando. Pero ¿qué clase de secta es esa en la que los miembros tienen doctorados y llevan vidas profesionales?

Nora sonrió con ironía.

—A mí también se me pasó por la cabeza esa pregunta, aunque conozco a bastantes doctores que están completamente chiflados. Cuéntame más sobre esa mujer que encontraste. Bastien. ¿De verdad se ha negado a decir nada?

—Sí, pero ya está con su familia, lo cual puede ayudar. Voy a verla a las nueve.

Nora pensó un momento y miró el reloj. Las ocho.

—¿Te importa si te acompaño? Tendríamos que pasar un momento por el instituto, pero creo que se me ha ocurrido una forma de provocar una reacción.

Le explicó su idea a Corrie, que asintió.

—Cualquier cosa que pueda ayudar.

Ya era lo bastante tarde como para que Nora llamara a la cuidadora del perro.

—Oye, Corrie, ¿te importa si hago una llamada rápida? Estoy preocupada por Skip.

—¿Por Skip? Adelante.

Nora llamó a la cuidadora y supo que, efectivamente, su hermano le había pedido que diera de comer y paseara a Mitty dos veces al día. La mujer le dijo que Skip se había ido de acampada con un amigo. No había dicho adónde, y no había concretado cuándo volvería, pero sí había mencionado el nombre de su amigo: Edison.

Nora colgó el teléfono, más inquieta que antes.

—¿Todo bien? —preguntó Corrie.

Nora negó con la cabeza.

—Parece que se marchó el día después de que yo saliera hacia México. Fue de acampada con ese tal Edison.

—¿El joven coleccionista rico del que me hablaste? ¿Adónde?

—No lo sé.

—¿Tienes algún motivo para preocuparte?

Nora soltó una pequeña risa irónica.

—¿Con mi hermano Skip? Sí, siempre.

43

Lentamente —muy lentamente esta vez— Skip volvió en sí. Cada vez que notaba que estaba recobrando la consciencia, intentaba hundirse de nuevo en la oscuridad segura y envolvente. Sin embargo, cada vez era más difícil, hasta que por fin abrió los ojos.

La escena había cambiado. Los trípodes seguían en su sitio, y Edison aún colgaba de uno de ellos. Pero su cuerpo tenía un aspecto distinto —un espantoso marmoleado rojo y blanco— y entonces, cuando los últimos jirones de niebla mental se disiparon, Skip comprendió que aquellos cabrones lo habían desollado vivo.

Ahora, el grupo que rodeaba el cuerpo sin piel era mucho más numeroso, tal vez una docena de personas. La mayoría parecían mujeres, desnudas y también embadurnadas con arcilla roja, y llevaban las mismas máscaras. Mientras rodeaban el trípode, sus movimientos eran espasmódicos y descoordinados, como si estuvieran bajo los efectos de alguna droga, lo cual, pensó, probablemente era cierto.

Skip logró incorporarse, con el estómago revuelto a causa del miedo. Dios mío. A pesar de la brutalidad con que ya los habían tratado a él y a Nash, la violencia y el sadismo de aquel acto lo sacudieron hasta lo más profundo. «¿Por qué está pasando esto? ¿Seré yo el siguiente? ¿Qué hizo Edison para merecer que lo desollaran vivo?», pensó. Antes, su captor lo había llamado ladrón y

profanador, pero ¿de qué? ¿Los estaban castigando por haber mancillado algún lugar sagrado o por haberse llevado objetos?

Había sido idea de Edison mantener en secreto aquella pequeña expedición. No habían dicho a nadie adónde iban. Nadie sabía dónde estaban. Nadie vendría a buscarlos allí. Además, Nora estaba en México; le había prometido que volvería en unos días, pero no había forma de saber cuánto tiempo estaría fuera.

Entonces le vino a la mente otro pensamiento: no iban a dejarlo con vida después de aquello. Era hombre muerto, sin duda. Dios, pobre Edison… Con esfuerzo, Skip intentó apartar de su mente el recuerdo de aquellos gritos prolongados y desgarradores.

El grupo dejó de danzar y empezó a agitarse con excitación. Al borde de la meseta aparecieron dos mujeres que llevaban a hombros una litera hecha con dos varas y una plataforma de tablones entre ellas. Detrás venía una figura alta y musculosa, pintada con arcilla blanca y con huellas de manos negras estampadas por todo el cuerpo. En lugar de un haz de hierba atado, se alzaban sobre su cabeza unos cuernos de ciervo; sin duda, era alguien con autoridad.

Skip los observó en silencio con una mezcla de curiosidad y terror. Sobre la plataforma iba sentada una persona con las piernas cruzadas y envuelta, a pesar del calor, en una manta de estilo pueblo con una capucha grande.

La multitud guardó un silencio reverente e hizo hueco para que la litera se acercara al poste. Aquel, pensó Skip, debía de ser el jefe supremo, el hombre ante el cual respondía incluso la figura de blanco que venía detrás.

Los portadores rodearon el poste, evidentemente para que la persona encapuchada pudiera ver bien el cadáver mutilado de Edison. Después sacaron la litera del círculo y la depositaron sobre una roca grande y plana. Los portadores se colocaron a ambos lados de la litera en actitud ritual mientras la figura vestida de blanco avanzaba, cogía respetuosamente las esquinas de la manta y, tras un breve canto, la apartaba de un tirón.

44

La casa de los Bastien estaba en Las Campanas, una urbanización de lujo con campo de golf situada a las afueras de Santa Fe. Mientras entraban en el camino de acceso, Nora lo observó todo: la elegante casa de adobe y piedra, de estilo contemporáneo de Santa Fe, el garaje para cuatro coches, la piscina infinita, la pista de tenis y las amplias vistas.

—No está nada mal —comentó Corrie mientras aparcaba.

Bajaron del coche y, cuando avanzaban por el sendero de losas de piedra, se abrió la puerta y vieron a una joven rubia vestida para montar a caballo: pantalones de equitación, botas de cuero, camisa de seda y chaleco. En una mano llevaba la fusta y el casco. Antes de que pudieran presentarse, se volvió hacia el interior de la casa y gritó:

—¡Randolph, ha llegado el FBI!

Sin presentarse, la mujer se apartó para dejarlas pasar. Al cabo de un momento apareció el hombre llamado Randolph, que era bastante mayor y corpulento, con una barba canosa bien arreglada.

—Me voy a montar —dijo la mujer desde la puerta—. Atiende tú a esta gente.

—Sí, querida —respondió él, que hizo un gesto para que Nora y Corrie entraran.

La mujer se dio la vuelta y bajó por el sendero a paso ligero, dejando tras de sí una nube de perfume caro.

Al principio, Nora supuso que era la hermana de Bastien, pero aquella conversación dejó claro que era la esposa de la casa. Una esposa trofeo, al parecer.

Corrie mostró la placa inmediatamente.

—Agente especial Corinne Swanson —dijo—, y la doctora Nora Kelly, asesora del FBI. Estamos aquí para entrevistar a Elodie Bastien.

—Sí, sí. Tomen asiento —dijo el hombre, que las acompañó a un enorme salón blanco—. Sigue sin hablar.

—¿Y usted es el señor Bastien? —preguntó Corrie.

—Randolph Bastien, el padre de Elodie —respondió sin tenderles la mano.

—Señor Bastien, ¿podríamos hacerle unas preguntas antes de verla?

—Adelante.

Se sentaron en unas sillas ultracontemporáneas y ultraincómodas, y Corrie sacó el teléfono.

—¿Le importa si grabo?

—En absoluto —respondió Bastien.

Mientras Corrie dejaba el teléfono sobre la mesa, con el micrófono orientado hacia él, Nora aprovechó para observar con más detenimiento al señor Bastien. Lucía una americana azul con botones dorados, pantalones blancos, mocasines negros con hebillas metálicas en forma de embocadura de caballo y un pañuelo borgoña alrededor del cuello. Llevaba el pelo peinado hacia atrás y tenía la cara carnosa, con las mejillas enrojecidas y surcadas por venitas.

—Y aquella era la señora Bastien, supongo —dijo Corrie.

—Sí —repuso él.

—¿Dónde está la madre de Elodie?

—En Denver. Divorciada. ¿Qué importancia tiene eso?

Corrie le dedicó una sonrisa fría.

—Solo intento hacerme una idea de la familia, nada más.

—Elodie no habla —repitió él con brusquedad.

—Ya lo ha mencionado —dijo Corrie—. Tengo algunas preguntas sobre su vida, su formación, su trabajo y su estado de ánimo, si no le importa.

—Adelante —repuso él, mirando el reloj.

—Elodie tiene un doctorado en Arqueología por la Universidad de Nuevo México, ¿correcto? Tengo entendido que estudió con el profesor Oskarbi.

El hombre asintió con sequedad.

—¿Sabe si tuvo alguna relación con el doctor Oskarbi?

—¿A qué se refiere?

—Una relación sentimental.

—No lo sé. Yo no investigo a sus novios. ¿Qué relevancia tiene eso?

—Señor Bastien —dijo Corrie en un tono más duro—, el FBI decidirá qué es relevante y qué no. Por supuesto, no está obligado a responder a nuestras preguntas.

—Las responderé —dijo él con irritación—. Elodie es una mujer adulta. Tiene su vida y yo no interfiero.

—¿Tiene antecedentes de depresión? ¿Ha recibido tratamiento por algún problema de salud mental?

—Que yo sepa, no.

—Pero, como padre, usted lo sabría, ¿no es así? Al menos cuando era menor de edad.

—Tendrá que preguntárselo a su madre. Yo estaba muy ocupado durante la infancia de Elodie, y mi esposa se encargaba de los asuntos familiares.

El señor Bastien cambió de postura en la silla.

—¿Y a qué se dedicaba que lo mantenía tan ocupado? —preguntó Corrie.

—Gestionaba un fondo de inversión.

—Ya veo. Después de obtener el doctorado, ¿su hija siguió relacionándose con el profesor Oskarbi o con sus antiguos estudiantes?

—No tengo ni idea. No llevaba un seguimiento de su vida.

—Tiene una pequeña empresa de arqueología contractual, ¿correcto?

—Así es.

—¿Y cómo funciona?

—Es solo ella; una empresa unipersonal. Por lo que sé, trabaja para el Departamento de Transporte de Nuevo México. Identifica yacimientos arqueológicos en proyectos de construcción de carreteras y ese tipo de cosas. Es todo lo que sé.

—¿Tiene o ha tenido novio o pareja sentimental?

—No lo sé. Nunca he conocido a ninguno.

—¿Con qué frecuencia ve a su hija?

La pregunta fue recibida con un breve silencio.

—Desde que me volví a casar, no muy a menudo.

—¿Puede concretar más? ¿Cuándo fue la última vez que la vio? Obviando este momento, claro.

—Hace un año o un año y medio.

—Pero viven en la misma ciudad.

—Como ya he dicho, ella vive su vida y yo la mía.

—¿La ayuda económicamente? ¿Le da dinero?

—Por supuesto que le doy dinero. ¿Cree que gana algo siendo arqueóloga? Le aconsejé que no se dedicara a eso, pero no me hizo caso.

Nora iba a intervenir, pero decidió callarse. Corrie ya lo estaba acribillando a preguntas.

—¿Y cómo es la relación de Elodie con su nueva esposa?

—Laurie es diez años más joven que Elodie. Eso no le sentó muy bien.

Soltó una risa áspera.

«Esto no está llevando a ninguna parte», pensó Nora mientras escuchaba la conversación. Pero al menos arrojaría algo de luz sobre por qué Elodie podía haber acabado en una secta. Qué infancia debió de tener con un padre distante y desinteresado como aquel. Era justo el tipo de persona vulnerable al influjo de una figura carismática con apariencia de padre sustituto.

—Señor Bastien, ¿puede contarme algo que explique por qué Elodie hizo lo que hizo?

—Nada —respondió Bastien.

—En ese caso, ¿podemos entrar a hablar con ella?

—Claro. Los médicos dicen que no tiene ningún problema cerebral. Simplemente se niega a hablar.

Se levantó y las acompañó a través de una sucesión de habitaciones y pasillos igualmente sobrios y blancos hasta llegar a una hermosa estancia con ventanas que daban a las montañas

Sangre de Cristo. Elodie estaba incorporada en la cama —tal como la había descrito Corrie en el hospital—, mirando fijamente un televisor de pantalla plana apagado.

—Aquí la tienen —dijo Bastien antes de retirarse.

Corrie ocupó una silla junto a la cama y Nora tomó asiento en el lado opuesto.

—Elodie —empezó Corrie con voz suave—. Soy la agente Swanson, del FBI; espero que me recuerde. Me acompaña Nora Kelly, arqueóloga y asesora nuestra. Nos gustaría hacerle unas preguntas.

No hubo respuesta.

Corrie continuó formulando una serie de preguntas, pero Elodie permaneció impasible en todo momento, siempre mirando al frente y sin reaccionar. Era como si estuviera catatónica. Al cabo de un rato, con la esperanza de establecer algún contacto, Nora extendió la mano y cogió la de Elodie, que descansaba sobre la colcha. Estaba helada. La mujer no se estremeció ante el contacto, pero sí apartó lentamente la mano y la deslizó bajo las sábanas.

Corrie miró a Nora y asintió sutilmente. Como nada había funcionado, era el momento de probar la idea que ella había sugerido. Nora metió la mano en el maletín y sacó una pequeña caja metálica que contenía un acolchado protector alrededor de una pesada bolsa hermética. En el interior había una piedra grande, plana y con los bordes rugosos y toscos, como si hubiera sido arrancada de su emplazamiento original. En una de las caras había un motivo grabado. Con sumo cuidado, sacó la bolsa de la caja, manteniendo la cara de la piedra alejada de la joven que yacía en la cama.

—Elodie, me gustaría enseñarle algo —dijo.

Sosteniendo la piedra dentro de su funda protectora, la acercó un poco más, pero no hubo respuesta.

Nora giró la piedra para situar el diseño en el campo de visión de Elodie. Al principio, la joven mantuvo la mirada fija en el televisor, pero entonces Nora percibió un leve movimiento y los ojos se desviaron hacia la piedra. De repente, los abrió más y dejó escapar un jadeo involuntario. Su rostro perdió el color y empezaron a temblarle los labios. Pero aquella reacción apenas duró un instante antes de que su mirada volviera al televisor y Elodie recuperara su compostura casi catatónica.

45

De vuelta en el coche, Corrie se volvió hacia Nora.

—Entonces, ¿qué significa ese extraño diseño?

Nora sacó de nuevo la caja metálica del bolso, la abrió y le enseñó el fragmento de piedra. En ella habían dibujado con bastante esmero una espiral que culminaba en la cabeza de una serpiente.

—Pertenece a la colección de objetos de origen gallina que alberga el instituto.

—¿Cómo sabías que provocaría una reacción?

—No lo sabía —respondió Nora—, pero una espiral invertida como esta es conocida por los indios pueblo como un signo de maldad. Se cree que los brujos utilizan la espiral invertida para proyectar su poder maligno. Las de los gallina siempre tienen la serpiente emplumada como cabeza. —Hizo una pausa—. Me tomé la molestia de conseguir un ejemplar auténtico de la colección del instituto (nunca podríamos exhibirlo, dadas sus connotaciones) porque pensé que quizá provocaría una reacción más intensa que un simple dibujo hecho por mí. La reconoció, pero no habló.

—No creo que vaya a hablar nunca —dijo Corrie—. Creo que se ha retirado del mundo, y con ese monstruo de padre, no me extraña.

Nora dudó un instante, preguntándose si era el momento adecuado para mencionar algo a lo que llevaba tiempo dando

vueltas, y concluyó que, tras aquella entrevista fallida, no tenía sentido seguir esperando.

—He estado pensando en lo que comentaste esta mañana mientras tomábamos café —le dijo a Corrie—. Es sobre esa máxima del FBI: que si una persona desaparece del registro público, probablemente está muerta.

Corrie asintió.

—¿Y bien…?

—¿Recuerdas que te conté que, hace unos doce años, apareció un cuerpo mutilado en el río Gallina?

—Claro.

—El cuerpo estaba en muy mal estado, pero la mutilación se parecía bastante al petroglifo que acabo de enseñarle a Bastien.

—No me jodas. —Corrie se quedó pensativa un momento—. ¿Es común ese símbolo?

—Ver una representación real de este símbolo es muy, muy raro. La mayoría de los indígenas de por aquí ni siquiera hablan de brujería por miedo a atraerla de algún modo. Pero lo que yo he estado pensando es si ese cuerpo procedente de los cañones que apareció río abajo podía ser el de Oskarbi.

Observó a Corrie seguir su razonamiento y encajar las piezas con admirable rapidez.

—Vaya. ¿Cuándo apareció el cuerpo?

—Hace doce años, más o menos cuando se supone que Oskarbi regresó a México. Y estuve buscando noticias antiguas en los periódicos: el cuerpo nunca fue identificado.

—Vaya —repitió Corrie—. Es un trabajo impresionante, Nora. —Hizo una pausa y frunció el ceño—. La oficina del sheriff local debió

de investigar la muerte. La autopsia tiene que seguir archivada en alguna parte. ¿Sabes quién podría comprobar si ese cuerpo era el de Oskarbi? El sheriff Homer Watts.

Corrie sacó el teléfono, llamó al sheriff, lo puso al corriente de la situación, le explicó la teoría de Nora, escuchó un momento y luego le dio las gracias y colgó.

—Ya se encarga él —dijo—. Va a revisar el expediente de pruebas y la autopsia lo antes posible.

—Gracias —respondió Nora, que luego añadió—: ¿Tienes algo más que hacer esta tarde?

—Solo un poco de papeleo sobre el caso.

—¿Te importaría que pasáramos por casa de Edison Nash? Me gustaría ver si el ama de llaves sabe adónde pudieron irse de acampada.

—¿Sigues preocupada? —preguntó Corrie.

—Estoy más preocupada que nunca.

46

Mientras se acercaban en coche a la casa de Nash, Corrie se la quedó mirando y soltó una carcajada.

—Cada vez son más grandes.

—En esta ciudad hay muchísimo dinero —respondió Nora—. Me crie aquí y veía cómo llegaba a raudales. Y sigue llegando.

Aparcaron y fueron caminando hasta las viejas puertas de mezquite del muro que rodeaba la casa. Corrie pulsó el timbre. Tras esperar un momento, volvió a llamar y se oyó una voz por el interfono:

—¿Quién es?

—Agente especial Corinne Swanson, FBI.

Silencio.

—¿Es una broma? —preguntó la voz.

—No, no es ninguna broma.

Instantes después se abrió la puerta y apareció ante ellas un ama de llaves de aspecto feroz, con los brazos cruzados como una guardia medieval.

—¿De verdad es agente del FBI? —preguntó, mirando a Corrie con manifiesta incredulidad.

Corrie mostró la placa y la mujer se la quedó mirando.

—Ah.

—¿Podemos pasar?

—Está bien.

La siguieron a través del patio interior y entraron en la casa. Nora la recordaba de su visita anterior: las paredes y superficies estaban abarrotadas de objetos indígenas norteamericanos.

—Nos gustaría hablar con el señor Edison Nash —dijo Corrie al ama de llaves.

—No está aquí. ¿De qué se trata? ¿Está en apuros?

—Nadie está en apuros —respondió Corrie con calma—. Solo esperamos que pueda ayudarnos con unas preguntas. ¿Dónde está?

—No lo sé.

—¿Cuándo volverá?

—Tenía que haber vuelto ayer.

—¿No tiene ni idea de adónde ha ido?

—De acampada. Cogió el material y lo cargaron en la camioneta.

—¿«Lo cargaron»? ¿Con quién iba?

—Ese amigo alto y delgado. No recuerdo el nombre.

—¿Skip?

—Ese.

—¿No dijo adónde iban? —terció Nora.

—No. Miraron unos mapas y luego se marcharon.

—¿Qué mapas?

—Están en el despacho.

El ama de llaves las acompañó al gran despacho de Edison. Allí, sobre una mesa baja de mármol, había varios mapas topográficos del USGS. Nora se acercó a examinarlos. Eran del cañón Gallina y de las tierras baldías situadas al este. Entrecerrando los ojos, distinguió marcas a lápiz que trazaban una serie de caminos a través de la

zona donde se practicaba la fracturación hidráulica y culminaban en una pista sin salida en el borde oriental del cañón gallina.

—Madre mía —dijo Nora.

Se volvió hacia el ama de llaves.

—¿Se llevaron el coche de Edison?

—La camioneta.

—¿Qué modelo? —preguntó Nora.

—Una F-150 marrón.

Nora hizo una pausa.

—¿Por qué se fueron de acampada?

—El señor Nash va de acampada a menudo. Le gusta ver ruinas antiguas.

Corrie miró a Nora, que parecía más preocupada que nunca.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

Nora consultó el reloj.

—Es la una. Si salimos ahora, podemos llegar al principio del sendero a las cuatro y media y bajar al cañón a las siete.

—¿Te refieres a ir a buscarlos?

—Sí.

Corrie no dijo nada, pensando que aquello era una reacción exagerada. Skip no era la persona más fiable del mundo, pero era un adulto, y desde hacía tiempo pensaba que Nora sobreprotegía a su hermano.

—Quizá deberíamos esperar a mañana y ver si vuelven. ¿No te parece probable que simplemente hayan decidido quedarse un poco más de lo previsto?

—Es posible, pero tengo un mal presentimiento con todo esto.

—¿Qué crees que pueden estar haciendo? Están de acampada, ¿no?

—No lo sé. Pero el cañón Gallina… —Respiró hondo—. Yo me voy ahora. Si quieres venir, te lo agradeceré mucho, pero no voy a esperar.

—¿Cómo voy a negarme? No te dejaré ir sola.

Corrie hizo un pequeño esfuerzo por contener su irritación. Al fin y al cabo, Nora había hecho aquel viaje descabellado a México que había abierto por completo la investigación, y le debía una muy grande por eso.

—Gracias, Corrie. Gracias de verdad. Te lo agradezco mucho.

47

Sentada al volante del todoterreno negro, Corrie hizo todo lo posible por avanzar con seguridad entre el paisaje fantástico de agujas rocosas y chimeneas de hadas. Habían pasado varios carteles de prohibido el paso colocados por las compañías petroleras, y a lo lejos divisó una gran torre de perforación, una hilera de tanques verdes de fracturación hidráulica y varias camionetas blancas. Un grupo de hombres con cascos y chalecos naranjas trabajaba cerca de un conjunto de tuberías. Cuando Corrie y Nora se acercaron, ellos las vieron y echaron a correr hacia sus camionetas.

—¿Qué hacen? —preguntó Nora.

—Parece que están bloqueando el camino —dijo Corrie.

Y, en efecto, estaban aparcando las camionetas en fila a lo ancho de la pista. Una vez que lograron obstruirla por completo, bajaron de los vehículos y se quedaron esperando.

—Qué raro —dijo Nora—. No entiendo por qué están tan susceptibles.

—Supongo que creen que somos intrusas.

El todoterreno llegó a la zona llana y Corrie redujo la velocidad hasta detenerse cuando se acercó al bloqueo. Media docena de hombres, sucios y sonrientes, estaban apoyados en las puertas de las camionetas o merodeando por allí. Algunos habían aprovechado para encenderse un cigarrillo, y uno estaba fumando un puro.

—Un poco feos para ser las Harvey Girls —comentó Nora—. Además, no veo ningún restaurante por aquí.

Dos se acercaron a paso tranquilo y el del puro golpeó la ventanilla del conductor. Cuando Corrie la bajó, el hombre miró dentro, se volvió hacia su compañero y dijo:

—Mirad lo que tenemos aquí. —Luego se dirigió a Corrie—: ¿Tenéis ganas de fiesta?

Corrie lo miró fijamente. Era tan desagradable —sin afeitar, sucio, sudoroso y apestando a humo de puro— que casi se echó a reír. Los tiempos en que se habría sentido intimidada por un grupo tan patético como aquel habían quedado atrás.

—Nos gustaría pasar —dijo.

El hombre miró a su amigo.

—Las conejitas del rodeo quieren pasar.

—Pues tienen que pagar peaje.

—¿Qué peaje? —preguntó Corrie.

—¿Cuál es el peaje? —gritó el hombre a su compañero.

—Que enseñen una teta.

—Dice que quiere que enseñéis una teta —repitió el hombre de la ventanilla, que luego soltó una bocanada de humo dentro del coche.

Corrie se lo quedó mirando.

—¿Una teta? ¿Media docena de machotes como vosotros y el único peaje que pedís es ver una teta?

El hombre se quedó desconcertado por un momento. Luego, consciente de que los demás estaban mirando, esbozó una sonrisa lasciva.

—¿Qué propones, nena?

—¿Qué tal algo más picante? —preguntó Corrie.

—¡Claro que sí!

—¿Seguro que eres lo bastante hombre para verlo?

—Pues claro —dijo, riendo—. Venga, enséñalo.

Corrie metió la mano en la chaqueta, sacó la cartera del FBI, la sostuvo a unos centímetros de la cara del hombre y la abrió para mostrar la placa y la identificación.

—¿Es lo bastante picante para ti?

Se hizo un silencio gélido mientras el hombre observaba.

Corrie dejó pasar un segundo y dijo:

—Agente especial Corinne Swanson, Oficina Federal de Investigación, Albuquerque. Por si sus habilidades para la lectura son tan malas como su aliento.

En la frente del hombre aparecieron unas gotas de sudor y le temblaba la barba mientras miraba la identificación.

—Eh…, lo siento. Lo siento, señora. No pretendíamos faltarles al respeto. Solo estábamos divirtiéndonos un poco.

Corrie guardó la placa.

—Divirtiéndonos, claro. Aparta esa mierda de puro de mi cara.

Avergonzado, el hombre tiró el puro al suelo y lo aplastó con el pie.

—Tengo algunas preguntas para ti.

—Claro, por supuesto.

El hombre se había vuelto tan servil con tanta rapidez que a Corrie le resultaba a la vez divertido y repugnante.

—¿Hace unos días pasaron por aquí un par de tipos en una camioneta Ford F-150 marrón relativamente nueva? Uno alto y delgado y el otro más bajo y corpulento.

—Sí, pasaron. —De pronto estaba dispuesto a hablar—. Cruzaron esta zona como alma que lleva el diablo y cuando conseguimos alcanzarlos, el bajito sacó una pistola y nos soltó un montón de tonterías. El alto lo grabó todo con una cámara. —Parecía incluso entusiasmado—. ¿Están metidos en algún lío? ¿Los están buscando?

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Corrie.

—Hace tres días.

—¿Hora?

—Por la tarde. Sobre las tres y media. ¿Qué han hecho? Espero que pillen a esos cabrones.

—Dile a tu gente que aparte los vehículos de nuestro camino.

—Sí, señora.

El hombre empezó a gritar y hacer gestos a sus compañeros, que estaban observando confusos. Luego subieron a las camionetas y las sacaron de la pista.

—Escúchame bien —dijo Corrie—. Voy a dejar pasar esto, pero si tú y tus muchachos volvéis a acosar a alguien que pase por aquí, vendré con unos amigos de los que llevan placa y os meteremos en un lío tan gordo que acabaréis en el mismísimo infierno. ¿Entendido?

—Sí, señora. Lo siento, señora.

Corrie subió la ventanilla y el hombre dio un paso atrás, asintiendo con obediencia. Después dio media vuelta y gritó a los demás para que volvieran al trabajo.

Mientras avanzaban, Nora soltó una carcajada con un punto travieso.

—Ha sido divertido.

—Sí. No siempre se puede aprovechar algo así, pero esos desgraciados se lo merecían.

Siguieron adelante y el terreno empezó a elevarse. Los matorrales de piñón y enebro dieron paso a un bosque de pinos ponderosa. La pista, ya de por sí precaria, se volvió más accidentada y en algunos tramos estaba erosionada. Finalmente, al salir del bosque, Nora vio un destello: la camioneta de Edison.

Se detuvieron junto a ella, donde terminaba el camino, y bajaron del vehículo. Corrie se acercó a la camioneta, miró por la ventanilla e intentó abrir la puerta.

—Está cerrada.

Nora rodeó la camioneta.

—Hay huellas —dijo.

Ambas se colocaron las mochilas, en las que llevaban agua, comida y algunos suministros. Nora esperó mientras Corrie se ajustaba el arma reglamentaria y luego empezó a seguir las huellas sobre el suelo arenoso. Cuando habían recorrido algo más de un kilómetro, llegaron al borde del cañón.

—Parece que bajaron por esa cresta —dijo Nora.

Corrie sacó unos prismáticos y examinó el fondo del cañón.

—¿Eso que hay al lado del río es un campamento?

Le pasó los prismáticos a Nora.

—Lo parece, desde luego.

Nora echó a andar por la pendiente, vigilando por si había piedras sueltas, y Corrie la siguió de cerca.

48

Mientras descendían por la cresta, Nora pudo seguir las huellas de Skip y Edison. A juzgar por las pisadas profundas y las frecuentes marcas de arrastre en el terreno blando, parecía que llevaban mochilas pesadas. Se preguntó si aquello era una señal de que habían decidido pasar unos días más en el cañón. Eso esperaba: prefería mil veces descubrir que ella y Corrie estaban respondiendo a una falsa alarma y encontrar a Skip y a su amigo acampando tranquilamente allí abajo.

A mitad de la bajada por la vertiente opuesta, los árboles de la cresta se abrieron para ofrecer una vista hacia el norte, río arriba, y se detuvieron un momento a contemplarla. Era magnífica: paredes verticales de arenisca, veteadas de rojo y amarillo, un fondo de valle exuberante y cubierto de hierba verde, y arboledas de viejos álamos. En distintos puntos se abrían numerosos cañones laterales. Los últimos rayos de sol de finales de julio inundaban el fondo del cañón y brillaban sobre los meandros en forma de cimitarra. Empezaba a soplar el viento, que trajo consigo el aroma de las flores. Mientras observaban, el sol se escondió y comenzó a formarse una penumbra violácea en el valle.

—Es como un pequeño Edén —dijo Corrie.

—Cuesta creer que aquí se cometieran matanzas genocidas, y además perpetradas por indígenas.

—La naturaleza humana es la misma en todas partes —respondió Corrie—. Violenta y tribal.

—Es una visión bastante cínica.

—¿Eso crees? No te imaginas las cosas que he visto en el poco tiempo que llevo en el FBI. Y no se limita a la sociedad moderna. Estudiando antropología, habrás descubierto muchas de las barbaridades que los seres humanos son capaces de hacer, ¿no?

—Puede, pero los antropólogos no estamos para juzgar. Nos enseñan a aceptar las culturas tal como son.

Corrie soltó una pequeña carcajada.

—Nosotros, los agentes, somos justo lo contrario. Nos enseñan precisamente a juzgar. Nuestro trabajo es distinguir entre el bien y el mal, o, mejor dicho, entre lo legal y lo ilegal.

Nora se detuvo un instante para mirar a su compañera. Aquella era, y no por primera vez, una Corrie Swanson más reflexiva de lo que estaba acostumbrada a ver.

—¿Cómo acabaste siendo agente del FBI? —preguntó.

—Supongo que tengo un sentido muy marcado de la justicia, o más bien de la injusticia. —Corrie dudó un momento—. En realidad, todo empezó en casa, con mi madre. Era una borracha agresiva y me trataba fatal. El sheriff local parecía más preocupado por su ración diaria de dónuts que por hacer cumplir la ley. Eso me cabreaba, y criarme allí significaba que no podía hacer gran cosa salvo rebelarme, pero ahora me doy cuenta de que, cuanto mayor me hacía, más quería hacer algo al respecto. Así que me convertí en agente del FBI con la ayuda de nuestro amigo común. La delincuencia no es más que una forma de injusticia impuesta a personas inocentes.

Nora escuchó, sorprendida.

—Es una manera interesante de entender la delincuencia.

—Así es como lo ve nuestro amigo de Nueva York.

Guardaron silencio mientras descendían hacia el hermoso valle. La cresta terminaba en una amplia terraza cubierta de hierba, y a menos de cien metros estaba el campamento de Skip y Edison.

Inmediatamente, Nora vio que algo iba mal. La tienda estaba medio caída y con la tela desgarrada. Había cosas esparcidas por todas partes. El campamento se encontraba destrozado, y un sentimiento de pánico se apoderó de ella.

Cuando se acercaron, la magnitud de los destrozos se hizo evidente. La hoguera estaba apagada y había una botella de tequila rota en el suelo. Las mochilas habían sido abiertas y su contenido esparcido: sobres de comida liofilizada, ropa mezclada con el material de acampada, una paleta, cepillos, una brújula e incluso unas gafas de visión nocturna. Pero lo que más horrorizó a Nora fue el instrumento musical hecho añicos que había entre los restos: el querido ukelele de Skip, de color azul turquesa.

—Dios mío —dijo, aterrada.

Corrie desenfundó lentamente el arma y miró a su alrededor. El crepúsculo se había asentado en el cañón, y la penumbra se cernía sobre ellas.

Con náuseas por lo que pudiera encontrar, Nora asomó la cabeza dentro de la tienda rasgada. Los sacos de dormir estaban revueltos, pero la tienda se hallaba vacía. Entonces vio una mancha en el borde del doble techo y frotó rápidamente la sustancia con los dedos.

—Corrie, mira esto. Es sangre.

El miedo le encogió las entrañas.

Corrie se reunió con ella en la entrada.

—Mierda —dijo—. Lo que tenemos aquí es una escena del crimen. No la estropeemos más y pensemos qué vamos a hacer.

Nora intentó dominar sus emociones.

—De acuerdo, lo primero es pedir refuerzos —dijo Corrie.

—¿Refuerzos? —repitió Nora—. ¿Cuánto tardarán? Son las ocho y media. Para cuando salgamos de aquí y lleguemos en coche a algún sitio donde haya cobertura, será pasada la medianoche. Corrie, tenemos que hacer algo ahora mismo. ¡Skip está en alguna parte, muy posiblemente herido!

—Lo entiendo —dijo Corrie—. Pero, Nora, piensa un momento. No tenemos ni idea de cuántos atacantes había, dónde están ni por qué ha ocurrido esto. Solo somos dos.

—¡No podemos abandonar a mi hermano!

Corrie le puso las manos en los hombros.

—Nora, no vamos a abandonar a nadie. Pero si actuamos de forma impulsiva y fracasamos, que es lo más probable, nadie irá a rescatarlos. Y a nosotras tampoco.

Nora guardó silencio unos segundos.

—Al menos tenemos que analizar la situación.

—De acuerdo. ¿Qué propones?

—Voy a subir a esa colina de allí para comprobar qué se ve.

—Está bien. Quizá no sea mala idea recabar algo de información, pero con cuidado y sin que nos vean.

Nora echó a correr hacia la base de una pequeña colina rocosa cubierta de vegetación que se alzaba sobre un bosquecillo de álamos, y Corrie salió tras ella. Se mantuvieron en la penumbra,

debajo de los árboles, y pronto llegaron al pie de la colina y empezaron a subir, agachadas entre las rocas dispersas. En pocos minutos, Nora alcanzó la cima y avanzó los últimos metros reptando boca abajo. Corrie se situó a su lado.

La vista desde lo alto era despejada, y el cielo aún conservaba luz suficiente para ver con claridad. Nora se quitó la mochila, sacó los prismáticos y empezó a examinar despacio y metódicamente el cañón en dirección sur. Luego orientó los binoculares hacia el norte. Corrie ya había sacado los suyos y también estaba escrutando el terreno.

—Hay gente allí —dijo Nora.

Corrie desvió los prismáticos en la misma dirección.

—Madre de Dios.

A unos mil metros de distancia, Nora distinguió un grupo de unas doce personas sobre una meseta de aspecto peculiar. Tenía una ladera suave orientada al sur que ascendía hasta una cima plana y culminaba en un acantilado imponente en el extremo norte. Dos trípodes se recortaban contra el cielo, y de uno de ellos colgaba algo. Era difícil apreciar los detalles, pero parecía que aquellas personas iban vestidas de rojo —o quizá pintadas de rojo— y llevaban tocados. Varias de ellas estaban transportando algo en una parihuela.

Y, a un lado, Nora divisó una figura vestida con ropa normal —una camisa verde y vaqueros—, sentada en el suelo con las manos atadas a la espalda y vigilada por un guardia. Aunque no podía verle la cara, supo de inmediato que era Skip.

Le temblaban las manos y la imagen se volvió inestable hasta que logró controlarse y acompasar la respiración.

—¿Ves lo que cuelga de ese poste? —murmuró Corrie.

Nora vio que en la base de uno de los postes había un montón de leña: al parecer, estaban preparando una hoguera. Pero ¿qué era aquello que colgaba del poste, listo para ser quemado? Nora entrecerró los ojos, intentando distinguirlo.

El cadáver de algún animal, desollado y colgado boca abajo. Pero entonces se dio cuenta de no era solo un cadáver, sino un cuerpo. Un cuerpo humano.

Mientras observaba, con las manos temblando una vez más, sintió una ráfaga de viento, y luego otra, y después un golpe más fuerte. El cuerpo empezó a balancearse ligeramente con la tormenta que se aproximaba y el viento le trajo el tenue susurro de un cántico.

Se volvió hacia Corrie.

—¿Sigues pensando en ir a pedir refuerzos? Nash ya está muerto, y mi hermano es el siguiente.

—Mensaje recibido —respondió Corrie al cabo de un momento—. Tenemos una pistola y un cuchillo. Ahora necesitamos un plan.

49

Paralizado por el horror, Skip se quedó mirando la parihuela y, cuando retiraron la manta, vio con estupor que la figura que esta ocultaba no era el líder de la secta. De hecho, ni siquiera era una persona, o al menos no una persona viva. Era un cuerpo disecado, sentado con las piernas cruzadas en posición de loto, las manos juntas como en oración y grotescamente momificado: la piel pálida como el polvo y arrugada como una manzana seca, y los labios marchitos retraídos dejando al descubierto una hilera de dientes blancos perfectos. Lo más extraño de todo era que la figura llevaba unas gafas gruesas, y los ojos, encogidos como pasas, parecían repugnantemente agrandados detrás de los cristales.

Al retirar la manta, se elevó un murmullo de veneración entre el grupo. El sonido fue aumentando hasta convertirse en un cántico vibrante. Uno a uno, todos se inclinaron ante la figura en una pantomima de adoración. El guardián de Skip lo obligó a ponerse en pie y, cuando llegó su turno, lo hizo arrodillarse como los demás.

Luego volvió a levantarlo y lo arrastró, dando sacudidas. Por un terrible instante, Skip pensó que iban hacia el segundo trípode e imaginó la agonía que se avecinaba, pero enseguida quedó claro que lo estaban llevando hacia la entrada de la kiva y vio la tosca escalera que sobresalía del agujero.

Sin previo aviso, los guardias lo empujaron y aterrizó con fuerza en el suelo de tierra.

Mientras yacía allí, medio aturdido por el golpe, notó punzadas de dolor en el hombro sobre el que había caído, y el sufrimiento desplazó su rabia y la sustituyó por el miedo. No podía desterrar de su mente la visión grotesca de Edison, desollado y colgado boca abajo como una vaca sacrificada. Había visto el segundo trípode: iban a hacerle lo mismo a él.

Uno de los guardias bajó por la escalera, fue a una esquina de la kiva y cogió varias antorchas, que encendió y colocó en soportes. Por primera vez, Skip pudo contemplar aquel espacio impresionante. Las paredes estaban cubiertas por un mural antiguo, agrietado y desvaído, que representaba una serpiente gigantesca cuyo cuerpo parecía hecho de plumas y humo. Se enroscaba alrededor del espacio circular, con la boca abierta y los colmillos escupiendo un veneno ardiente. En una serie de nichos tallados en las paredes de la kiva, Skip pudo ver varios tesoros prehistóricos: vasijas micáceas doradas; brillantes puntas de lanza y hojas de cuchillo de obsidiana; flautas de hueso; fetiches tallados con forma de leones de montaña y osos; máscaras kachina pintadas con rostros amenazadores; un arco con sus flechas y varias mazas. Y, por último, en uno de los nichos había un gran cuenco lleno de piedras de relámpago de color verde esmeralda.

A su lado, en un trono hecho con losas de arenisca, estaba sentada una figura vestida de blanco.

Debido a la confusión y el miedo, Skip se había olvidado del líder. No lo veía desde la procesión que había traído el cadáver marchito. Skip no sabía cómo o cuándo había entrado aquella figura en la kiva,

pero ahora —cuando el guardia lo arrastró hasta allí y lo arrojó a los pies del hombre—, quedó claro que estaba a punto de ser recibido en audiencia.

Abrió la boca, pero la cerró de nuevo. Pensó que ponerse a fanfarronear y maldecir delante del hombre que había presidido el desollamiento de su amigo no era buena idea. Se quedó mirando la figura vestida de blanco y las huellas de manos negras que la cubrían como manchas de leopardo. A través de los orificios tallados en la máscara, pudo ver unos ojos mirándolo fijamente: brillaban a la luz del fuego, enrojecidos y con las pupilas contraídas.

—¿Por qué…? —dijo Skip, que notaba un sabor a sangre en la boca—. ¿Por qué nos estáis haciendo esto?

No hubo respuesta.

—Habéis matado a mi amigo. ¿Por qué? ¡Lo habéis desollado vivo! ¿Estáis locos?

Skip se dio cuenta de que empezaba a balbucear, pero también de que estaba luchando por salvarse.

—No queríamos hacer daño a nadie. Dejadme marchar. Dejadme marchar y no volveré jamás… Lo juro.

La figura de blanco se movió y, por fin, decidió hablar.

—Tú no lo entiendes.

A través de la neblina de terror, Skip se quedó sorprendido al oír una voz delicada y culta.

—¿Qué es lo que no entiendo?

Si aquella persona enmascarada era alguien instruido, tal vez podría razonar con él. Debía prolongar la conversación, buscar una oportunidad, cualquier oportunidad.

—Tú crees que venir aquí fue un error —dijo la figura—, pero no es así. Fuiste convocado.

¿Convocado? ¿Qué demonios…?

—¿Convocado por quién?

—Por nuestro diablero.

Dios, aquello era una secta de auténticos chiflados. Por el rabillo del ojo, Skip vio que el guardia se estaba acercando. ¿Qué querían? ¿Poder? ¿Gente arrastrándose y retorciéndose a sus pies? Tenía que encontrar una forma de salir de allí.

—He sido convocado —dijo, aferrándose a las palabras de la figura —. Entonces… deseo unirme.

—Unirte —repitió la figura lentamente.

—Sí, unirme. Has dicho que fui convocado. Debe de haber una razón.

Skip estaba pensando frenéticamente. Se podía hacer razonar incluso a los fanáticos. Al fin y al cabo, el hombre pintado de blanco estaba rodeado de otros seguidores. Debía encontrar una grieta.

—Puedo ofrecer mucho. Trabajo en el Instituto Arqueológico. Tienen colecciones, colecciones magníficas. Cosas que necesitáis.

La figura guardó silencio, y parecía estar escuchando. Skip, animado, continuó.

—Y tengo conocimientos sobre cosas antiguas, un conocimiento profundo que podría ayudaros. Quiero formar parte de todo esto, ser uno de vosotros.

—¿Es lo que deseas realmente? ¿Convertirte… en alguien como él?

El hombre hizo un gesto hacia el guardia que estaba detrás de Skip.

—Sí, sí.

Si conseguía alargar aquello, tal vez convocarían algún tipo de consejo para decidir si podía unirse. Cuanto más tiempo ganara, mayores serían sus posibilidades de salir con vida de allí…

Aquellos pensamientos se vieron interrumpidos cuando el líder transmitió al guardia lo que parecía una orden en una lengua extraña.

Bajo la atenta mirada de Skip, el guardia hizo una reverencia, fue al otro lado de la kiva y volvió con algo envuelto en piel de animal. Luego se lo ofreció al líder con ambas manos y dio un paso atrás.

—Quienes se unen a nosotros —dijo el líder, sosteniendo el fardo de cuero sin tratar— deben abandonar su futuro y elegir nuestro camino. Vamos a ofrecerte algo que no se le ofreció a tu amigo. ¿Estás dispuesto?

—Sí, sí.

—¿Podemos confiar en que eres sincero al hacer este gesto? Si es así, te ahorrará la agonía por la que pasó tu amigo. ¿Podemos confiar en ti?

—Podéis confiar en mí, lo juro. Hablo en serio. Lo juro.

—Muy bien.

Entonces, el hombre sentado en el trono desenvolvió la piel de animal y apareció una daga de obsidiana, larga y perversamente afilada, similar a la que habían utilizado para desollar a Edison. De hecho, era la misma: aún estaba manchada de sangre.

—En ese caso —dijo el hombre—, debes sacrificarte.

Skip no estaba seguro de haber oído bien.

—¿Qué?

—Ahora tienes la opción de sacrificar tu vida. Es mi regalo de misericordia para ti, comparado con lo que le ocurrió a tu amigo.

Mirando fijamente la hoja reluciente, Skip sintió náuseas.

—¿Quieres que… me mate?

La figura hizo una pausa.

—Por supuesto.

—No, ni hablar. Yo no me refería a eso.

—Ah. ¿No estás tan dispuesto, entonces?

—¡Quiero unirme, pero no de esa manera!

Por un momento, la figura no hizo nada, pero entonces envolvió lentamente la daga y se la entregó al guardia. Después, para sorpresa de Skip, levantó las manos y se quitó la máscara.

50

La sala de pruebas de la oficina del sheriff del condado de Río Arriba no era precisamente un centro de alta tecnología, pensó Watts. Más bien parecía una biblioteca polvorienta y abandonada, con una sucesión de estanterías metálicas llenas de cajas de cartón idénticas, la mayoría de las cuales no se habían abierto en una década. Debía reconocer que, para tratarse de un condado pequeño, parecía haber una enorme cantidad de pruebas almacenadas. Al menos nadie podría decir que estuviera desorganizado; al contrario, cada caja estaba etiquetada y registrada y en su lugar correspondiente, con su propia ficha guardada en un gran archivador de roble. La oficina del sheriff había recibido una subvención para informatizar los archivos de la sala de pruebas, pero el proyecto aún no estaba terminado. En cierto modo, aquello era una buena noticia: Watts conocía el viejo sistema como la palma de la mano y mostraba cierta aprensión hacia el nuevo. De hecho, creía que no funcionaría en absoluto.

Se dirigió al fichero y buscó el homicidio de un individuo sin identificar cuyo cuerpo había sido encontrado por unos excursionistas en la confluencia del cañón Gallina y el río Chama en julio de hacía doce años. Ya sabía que la víctima no era Oskarbi: el cuerpo no podía ser el suyo, porque bastaba con mirar la autopsia para ver que medía unos doce centímetros menos que el profesor. Tampoco había nada más que encajara: edad, color de pelo y ojos,

complexión, etcétera. Había sido un asesinato salvaje. La autopsia que revisó Watts indicaba que la víctima había sido torturada: le habían tallado una espiral en el torso cuando aún estaba vivo y lo habían estrangulado tan violentamente con una cuerda que el cuello había quedado parcialmente seccionado.

Por todas esas razones, Watts estaba bastante seguro de que aquello era una pista falsa y sin relación alguna con las mujeres encontradas en el desierto. Pero, como le había prometido a Corrie que revisaría las pruebas, decidió echarles un vistazo rápido.

La ficha de pruebas reveló que, por suerte, el expediente del caso consistía en una sola caja. El hombre mutilado llevaba únicamente unos pantalones cortos y no portaba identificación, y, según se indicaba, el total de pruebas se limitaba a algunas piezas de joyería y varios «objetos no identificados» recuperados de los bolsillos.

Watts miró el reloj. Eran pasadas las ocho, y encima era viernes por la noche. A esas horas normalmente estaría jugando al billar con los amigos. Las cosas que hacía por Corrie.

Recorrió el pasillo principal de la sala de pruebas comprobando las etiquetas numeradas. Dobló una esquina, luego otra, y después otra más, hasta que por fin encontró la ubicación que buscaba. Aquel lugar parecía una tumba: oscuro, silencioso y con olor a papel húmedo y productos de limpieza. Naturalmente, la caja estaba en una estantería alta fuera de su alcance, así que tuvo que buscar una escalera, acercarla y bajar los expedientes. La caja era ligera: al menos no habría mucho material que revisar.

La llevó a una mesa y accionó un interruptor cercano que inundó la estancia con una luz intensa. Tras rellenar el formulario de cadena

de custodia, desató la cuerda que mantenía la tapa cerrada, la levantó y miró dentro. La caja estaba prácticamente vacía.

Lo primero que sacó fueron los pantalones cortos del hombre, metidos en una bolsa de plástico hermética, y la ropa interior. Después aparecieron un anillo de plata y turquesa, una pulsera masculina trenzada, un collar rígido de plata y dos pequeñas bolsas de plástico. Las etiquetas decían únicamente: «Dos minerales de cuarzo sin identificar, hallados en los bolsillos de la víctima».

Cogió una de las dos bolsas, que contenía un guijarro alisado por el agua y con el tamaño aproximado de una pelota de golf. Al levantar la bolsa y sostener la piedra a la luz, se quedó paralizado: el guijarro emitía una luz intensa de color verde hierba. Después cogió la otra bolsa, con idéntico resultado.

Eran piedras de relámpago de prasiolita.

Así, sin más, aquel asesinato sin resolver desde hacía doce años quedaba súbitamente conectado con el caso activo de Corrie.

Apartó la silla mientras los hechos —y los atisbos de hechos— se alineaban en su mente casi más rápido de lo que podía recordarlos. Oskarbi trayendo de México un ritual pseudoindígena aderezado con drogas. Oskarbi reuniendo a sus seguidoras. Oskarbi organizando sus «excursiones arqueológicas» al cañón Gallina. La desaparición de Oskarbi. El asesinato del desconocido en el cañón Gallina y, más recientemente, la cadena de suicidios. Ya no le cabía la menor duda de que estaban tratando con una secta muy inusual y peligrosa, y el centro de sus actividades era el cañón Gallina.

De pronto, lo invadió una sensación de inquietud. Cuando Corrie le pidió que investigara el caso del hombre anónimo, mencionó que Nora estaba preocupada por Skip, y temía que él y Edison hubieran

ido de acampada al cañón Gallina. Según había dicho, llevaban más de un día de retraso.

Se quedó sentado un momento, frunciendo el ceño mientras observaba las dos prasiolitas que brillaban bajo la luz. Aquello era algo que Corrie necesitaba saber de inmediato, así que cogió el teléfono y llamó a su móvil, pero saltó directamente el buzón de voz. Al probar con su número del FBI, ocurrió lo mismo.

Ahora sí que estaba realmente preocupado. Marcó el número de Nora, pero también fue directamente al buzón de voz.

—Hijo de puta —murmuró.

Probó con Skip Kelly: también buzón de voz. ¿Qué demonios…?

No tenía el número de móvil de Edison Nash, pero localizó rápidamente el teléfono fijo de su casa y llamó.

—¿Diga? —respondió una voz femenina—. Casa de los Nash. ¿Quién llama?

Watts dijo que era el sheriff y preguntó por Edison.

—No está —respondió ella con irritación—. ¿A qué vienen tantas preguntas?

—¿Tantas preguntas? —repitió Watts—. ¿A qué se refiere?

—Hace un rato han venido dos personas. Una agente del FBI y otra mujer. Y ahora usted.

Aquello hizo que Watts se quedara pensativo un instante.

—¿Sabe dónde está Edison?

—La mujer del FBI dijo que había acampado en el cañón Gallina —respondió la voz.

—Muchas gracias, señora.

Watts colgó, y la sensación de alarma empezó a crecer de forma exponencial. Skip y Edison habían ido de acampada al cañón Gallina,

y no tenía ninguna duda de que Nora y Corrie los estarían buscando desde ese mismo día. Los cuatro se hallaban en plena zona salvaje, aislados del mundo. Miró el reloj. Eran las ocho y media y, evidentemente, seguían en el cañón Gallina, fuera de cobertura.

Tras un momento de vacilación, hizo una llamada al agente especial Sharp.

51

Para sorpresa de Skip, cuando la figura dejó la máscara no vio a un líder enloquecido, sino a un hombre blanco de unos cuarenta años y aspecto corriente. Era bien parecido, con barba entrecana, ojos marrones y un corte de pelo evidentemente caro.

—Habría sido infinitamente preferible que aceptara mi regalo, sobre todo en un día como este.

—¿Un día como este? —repitió Skip, aturdido.

El hombre asintió.

—Uno reza por él, se prepara para él y, aunque sabe que acabará llegando, cuando por fin lo hace, no deja de sobrecogerle. —Hizo una pausa—. Has dicho que querías convertirte en uno de nosotros y te será concedido ese deseo.

—Pero… ¿de qué manera?

El hombre frunció los labios.

—Un árbol del caucho podría desear agitar las hojas y, como un pájaro, echar a volar…, pero no en forma de alfombrilla en el lavabo de un avión. —Negó con la cabeza—. Tú eres el recipiente a través del cual realizaremos aquello para lo que llevamos tanto tiempo preparándonos, lo que nuestro visionario fundador prometió.

—¿Vuestro fundador?

—Lo has conocido ahora mismo, en lo alto de la meseta. El doctor Carlos Oskarbi.

Luchando contra la confusión y el miedo, Skip comprendió que se refería a una sola cosa: aquella figura momificada y reseca que transportaban en la parihuela.

—¿Oskarbi? —susurró, porque de pronto tenía la boca seca.

El hombre que ocupaba el trono asintió. Luego hizo un gesto al guardia y volvió a hablar en lo que a Skip le sonó como una lengua sin sentido.

El guardia respondió y fue a hacer algo en el otro extremo de la kiva.

La figura pintada de blanco volvió a mirar a Skip.

—Tenemos un momento mientras prepara una mezcla para nosotros. Estoy dispuesto a ayudarte a comprender por qué tu inminente sacrificio tiene tanta importancia. Pregunta lo que desees.

Sacrificio inminente. Skip intentó hablar, pero descubrió que era incapaz de emitir sonido alguno.

El hombre negó con la cabeza en actitud comprensiva.

—Entonces te lo explicaré. En tu mundo soy el doctor y profesor Morgan Bromley. Aquí, en el cañón Gallina, soy el líder de la Convocatoria de Brujos.

—La Convocatoria de Brujos… —dijo Skip, recuperando la voz.

—Somos buscadores de un tipo particular de conocimiento que confiere un gran poder. Quienes han temido ese conocimiento durante siglos han intentado borrarlo, destruirlo mediante masacres y genocidios. Mira lo que hicieron con el pueblo gallina, nuestros antepasados espirituales, cuya kiva ocupamos ahora. Han hecho falta décadas para reconstruir lo que se perdió. Muchas veces, en ese otro mundo donde dirijo una biblioteca y enseño Antropología, he deseado poder explicar el esfuerzo y la erudición que requirió esa

reconstrucción, primero por parte de nuestro padre espiritual, Carlos Oskarbi, y después por mí mismo como su heredero. Carlos recorrió primero el camino hacia el poder en México, donde los indios totonacas habían conservado el conocimiento. Persistió incluso frente a los intentos de su maestro por impedírselo. Y luego sacó esas enseñanzas de las montañas y nos las entregó a nosotros, sus estudiantes. Escribió un libro, pero ocultó las enseñanzas fundamentales, aquellas que solo podían compartirse con unos pocos elegidos. Cuando pasó a un plano superior aquí, en el cañón, a causa de un desafortunado accidente, asumí la tarea de completar su obra. Perfeccioné las ceremonias y empecé los sacrificios. Vuestra llegada fue la señal que estábamos esperando. Los sacrificios no fueron en vano. Y, como ves, sus restos sagrados siguen presidiendo nuestras ceremonias.

—¿Qué señal es esa de la que hablas? —acertó a preguntar Skip.

—Tú crees que has venido aquí por voluntad propia, pero en realidad fuiste convocado por nuestro diablero. Eres la confirmación de que nuestros rituales anuales de devoción, sumados a los sacrificios de nuestros tres miembros, han complacido a nuestro diablero.

¿Tres miembros?

—¿Te refieres a las mujeres que murieron en el desierto?

—No murieron. Se elevaron voluntaria y gozosamente. Ahora se han unido al doctor Oskarbi en un plano superior y mucho más bello de la conciencia.

Aquello era una locura absoluta; el tipo estaba como una cabra.

—Pero nadie nos trajo aquí —protestó Skip débilmente.

—Fuisteis convocados por una razón vital. Vuestros sacrificios darán poder a la ceremonia en la que por fin invocaremos a Xuçtúhla.

—¿Xuçtúhla?

—Nuestro fundador aprendió, durante sus años inmerso en la antigua tradición religiosa de los totonacas de México, que existe una forma de aprovechar el poder del mundo invisible que yace detrás de este. Hay un modo de abrir la puerta y alzar al diablero, el maestro del humo, la criatura emplumada de la oscuridad, que nos ofrece conocimiento y poder… Ah. —De pronto, Bromley se puso en pie, asintió ante una señal del guardia y volvió a colocarse la máscara—. Veo que los preparativos han terminado.

Skip tragó saliva.

—Pero… espera. Quiero saber más.

—Y lo sabrás.

Bromley hizo un gesto al guardia, que trajo una pequeña vasija con tapa sobre la que había estado trabajando con un mortero. Bromley la cogió y retiró la tapa. Paralizado por el miedo, Skip lo vio acercarse sosteniendo el cuenco. Dentro había una sustancia verdosa y pegajosa que recordaba al caucho. Bromley la sacó del recipiente, la amasó con las manos hasta formar una pequeña bola y la acercó al rostro de Skip.

Instintivamente, Skip apartó la cabeza, pero el guardia lo agarró del pelo y lo obligó a volver a girarla. En la otra empuñaba el cuchillo de obsidiana, que presionó contra la garganta de Skip.

—Por favor, acepta el don de la transformación —sugirió Bromley con suavidad.

Skip abrió la boca y le introdujeron aquella pasta como si fuera una repugnante hostia de comunión.

—Mastica —dijo Bromley.

Al morderla, notó una amargura áspera en la boca.

—Traga.

Skip obedeció y el sabor acre volvió a secarle la boca y la garganta. Luego se estremeció, intentando hacer bajar la sustancia que se le pegaba al gaznate.

Entonces el guardia entregó a Bromley un antiguo vaso de barro, que este ofreció a Skip. Dentro había una infusión marrón de aspecto nauseabundo, con fragmentos de alas de escarabajo y cuerpos de insectos flotando en la superficie.

—Bebe —ordenó Bromley, que le acercó el recipiente a los labios.

Cuando Skip vaciló, el cuchillo volvió a hundirse en su garganta, y notó escozor y un hilo de sangre. Bebió la infusión lo más rápido que pudo, tarea aún más difícil con la hoja de piedra presionándole el cuello.

Conteniendo las náuseas, Skip observó cómo el guardia bajaba el arma y luego retiraba el vaso y el cuenco. Volvió al cabo de un momento, todavía con el cuchillo en la mano.

—Comparado con todos nuestros años de estudio y preparación —dijo Bromley a Skip—, ¿no te parece insignificante tu propio sacrificio?

Skip asintió, y el guardia se acercó, una vez más con la hoja en alto.

—¡Espera! ¡No! ¡No hagas esto…!

—Esta noche lo veremos —dijo Bromley—. Lo experimentaremos. —Alzando la voz como un predicador enardecido, exclamó—: ¡Esta

noche serás el conducto a través del cual invocaremos a Xuçtúhla!

El guardia agarró a Skip y lo arrastró hasta la escalera. Pasándole un brazo por debajo del brazo, lo llevó al exterior y luego hasta la base del segundo trípode, donde lo arrojó al suelo. La figura pintada de blanco se retiró.

Tumbado de costado y paralizado por el terror, Skip oyó el crescendo de un cántico sibilante de los allí congregados. Parecía que estaba a punto de comenzar algún tipo de ceremonia formal. Lo observaba todo con una sensación embotada de irrealidad. El zumbido del cántico continuó, la figura blanca dirigiéndolo con movimientos oscilantes y gestos amplios de los brazos. Se oían gemidos y algunos gestos extraños llenaron el aire. De vez en cuando, algún miembro de la secta caía al suelo y se retorcía. Habían dispuesto un montón de leña debajo de Edison, y ahora, por orden de Bromley, el grupo empezó a recoger fajina de un montón cercano y a apilarla bajo el segundo trípode, el que estaba vacío.

Lo que pensaban hacer era más que evidente.

Entonces, Skip vio a alguien sujetar un fino cable de acero a las correas que le ataban los tobillos. Miró fijamente el montón de leña que había debajo del trípode vacío y vio el otro, con el cadáver de Edison colgando. Una extraña languidez se apoderó de él cuando dos mujeres desnudas, embadurnadas de ocre rojo y sosteniendo antorchas encendidas, rodearon el montón de leña bajo el cuerpo de Edison y le prendieron fuego.

Ahora, las drogas, o el veneno, o lo que fuera que le habían dado, empezaron a hacer verdadero efecto. Los colores se volvieron más intensos y el zumbido del cántico se le metió en el cerebro. El suelo parecía moverse, y la sensación onírica que invadía su mente

empezó a sofocar la ansiedad y el miedo, sustituyéndolos por una torpe sensación de aceptación indiferente.

Oyó un cántico grave y sibilante que se elevó lentamente como si fuera vapor. Las llamas se alzaron y vio las chispas, deformadas y alucinatorias, empezar a girar en espiral hacia el cielo nocturno.

52

Nora estaba agazapada detrás de un álamo caído, observando con creciente pánico la actividad en lo alto de la meseta. Ella y Corrie habían acordado un plan: se habían separado y habían ocupado sus posiciones, pero, justo cuando estaban a punto de ejecutarlo, habían arrojado a Skip inesperadamente al oscuro agujero de lo que parecía una kiva subterránea.

Nora era presa de una ansiedad insoportable: podían estar matándolo en la kiva mientras ella y Corrie esperaban impotentes. Según lo pactado, Corrie estaba en posición al otro lado de la meseta, y no había forma de comunicarse con ella ni de modificar el plan. Lo único que podía hacer Nora —con amarga ironía— era esperar a que erigieran el segundo trípode para Skip, porque eso significaba que tendrían que sacarlo vivo a la superficie. Y, cuando lo hicieran, ella estaría preparada.

Llevaba en la mano la Glock de Corrie, cuya empuñadura de goma estaba resbaladiza por el sudor. Como la mayoría de la gente que se había criado en un rancho del Oeste, había disparado muchas armas, pero nunca una Glock. Se recordó a sí misma que el objetivo no era matar a nadie, sino generar distracción y suficiente alboroto para que Corrie pudiera ejecutar su parte del plan.

Esperó, con el corazón golpeándole dolorosamente en el pecho. Ya reinaba una oscuridad absoluta. No había luna, e infinidad de

estrellas salpicaban el cielo. Podía oír el murmullo del río Gallina, las ranas veraniegas croando y los grillos chirriando. Un viento cada vez más fuerte agitaba los álamos. Todos sus sentidos estaban en alerta máxima.

Y entonces vio con alivio —a través del parpadeo del fuego— a una figura que sacaba a Skip de la kiva y lo arrojaba al suelo junto al segundo trípode. Su alivio se transformó rápidamente en horror cuando vio que encendían una hoguera bajo el primer trípode y las llamas empezaban a elevarse casi de inmediato.

Era el momento de actuar. Cuando Corrie oyera sus disparos, sabría qué hacer.

Nora avanzó agachada hacia la base de la meseta y empezó a subir la pendiente, trepando con una mano entre las rocas y los matorrales mientras sujetaba la Glock con la otra, y moviéndose tan rápido como podía. El cántico y las ráfagas de viento ahogaban cualquier ruido que hiciera, pero no tenía linterna y el terreno estaba completamente a oscuras. Se cayó una vez y se golpeó la rodilla contra el suelo. Luego se levantó y siguió cojeando, pero volvió a caer. Le ardían los pulmones. Sin embargo, ignoró todo aquello, igual que ignoró el dolor de la rodilla: todos sus pensamientos estaban puestos en Skip y en lo que estaban a punto de hacerle.

Aminoró el paso al acercarse al borde de la meseta. Una vez allí, se escondió detrás de un bloque de arenisca y observó la ceremonia —o lo que demonios fuera aquello— para estudiar la situación. Podía oír más cánticos y un zumbido continuo. El fuego bajo el cuerpo de Nash crecía rápidamente, azotado de un lado a otro por el viento y proyectando un resplandor amarillo que parpadeaba y danzaba en el suelo. La figura pintada de blanco también había reaparecido y vio a

Skip tendido en el suelo, aturdido, mientras un hombre pintado de rojo le ataba los tobillos a un cable que habían lanzado por encima del segundo trípode. Los muy cabrones estaban a punto de izarlo a él también.

No podía avanzar más sin ser vista, pero ya estaba lo bastante cerca. Y si conseguía acertar a uno, tanto mejor. Levantó el arma, apuntó al hombre de rojo, concluyó que estaba demasiado cerca de Skip y dirigió el punto de mira hacia la figura pintada de blanco. Pero era una sombra en movimiento al otro lado del resplandor del fuego. Otras figuras estaban aún más lejos, pero mucho más cerca de ella se encontraba la parihuela que habían paseado antes. A aquella distancia, era un espectáculo verdaderamente extraño: el cadáver reseco de un hombre, sentado con las piernas cruzadas en posición de loto sobre una especie de pedestal o plataforma.

Al parecer, era un objeto de veneración. Fuera lo que fuese, constituía un blanco perfecto.

Apuntó al centro de la figura y presionó el gatillo con firmeza. El ruido del disparo fue ensordecedor y ahogó el cántico y el zumbido. Hubo una explosión de polvo y la figura se inclinó hacia delante. La cabeza se desprendió del cuerpo como una rama seca y rodó fuera de la plataforma, dejando tras de sí un rastro de fragmentos quebradizos.

El efecto sobre los miembros de la secta fue inmediato. Se quedaron inmóviles, alerta, mientras el eco del disparo reverberaba por el cañón.

Volvió a apuntar a la figura y, al disparar de nuevo, la alcanzó en el hombro y levantó otra nube de polvo y tiras que flotaban en el aire como confeti.

Ese segundo disparo produjo el efecto que ella y Corrie esperaban: saliendo de su estupor, los miembros de la secta comprendieron que estaban siendo atacados y entraron en pánico, se pusieron a correr en todas direcciones y algunos cayeron al suelo en su ansia por encontrar un lugar seguro.

Corrie le había advertido que solo tenía quince balas en el cargador y que no las gastara todas de golpe, pero aun así disparó una tercera vez a una figura que huía en dirección a ella. El hombre se giró cuando el proyectil lo alcanzó y cayó con un grito. Aquello tuvo un efecto aún mayor. Y entonces vio a Corrie aparecer por el lado opuesto de la meseta con las gafas de visión nocturna puestas. Como un fantasma en la luz vacilante del fuego, corrió hasta donde yacía Skip y, utilizando el cuchillo de Nora, cortó las ataduras de los tobillos y las manos, soltó el cable y lo levantó.

Pero en ese momento apareció el líder pintado de blanco, también armado y apuntando a Corrie mientras estaba inclinada sobre Skip. Nora abrió fuego y erró el blanco por poco, pero lo obligó a tirarse al suelo. Él respondió con otro disparo, pero Nora se dio cuenta de que el enorme revólver que empuñaba le era poco familiar y falló de forma estrepitosa.

Skip ya era libre y, con Corrie prácticamente arrastrándolo, corrió hacia el lugar donde Nora estaba agazapada. Entonces se oyó un segundo estruendo procedente del enorme revólver, que levantó una nube de tierra a varios metros de distancia mientras Corrie y Skip se lanzaban por el borde de la meseta y echaban a rodar por la ladera rocosa. Nora se puso en pie y, metiéndose la Glock en la cintura del pantalón, ayudó a Skip a levantarse mientras Corrie lograba incorporarse.

—¿Qué…? —dijo Skip, con los ojos desorbitados y desorientado—. ¿Cómo…?

Nora lo sacudió.

—Cállate y corre.

Bajaron a toda prisa por la pendiente. Más atrás sonó otro disparo, pero para entonces ya habían llegado al fondo y estaban fuera del alcance de los miembros de la secta.

—Haremos un amago hacia el este y luego iremos hacia el norte —dijo Nora.

Era lo que ella y Corrie habían decidido: en lugar de ir directas a su vehículo y poner rumbo a la civilización, avanzarían primero en esa dirección y luego girarían hacia el norte, internándose aún más en ninguna parte con la esperanza de que fuera lo último que sus perseguidores sospecharían, porque al norte se extendía el tramo más salvaje del cañón, tan abrupto que ni siquiera los gallina se habían aventurado jamás a vivir allí.

53

A las diez en punto, Watts estaba esperando la llegada de Sharp y el helicóptero del FBI en el helipuerto gubernamental de Santa Fe. El viento soplaba a ráfagas sobre la pista y le alborotaba el pelo.

Cuando Watts llamó a Sharp, esperaba toparse con cierta resistencia: desplegar un equipo de rescate de rehenes y movilizar un helicóptero del FBI era una decisión importante, sobre todo cuando no tenía pruebas de que Corrie y los demás estuvieran en peligro. Pero cuando Watts le expuso sus preocupaciones, el agente lo comprendió de inmediato y se puso manos a la obra. Era impresionante la rapidez con la que podía actuar el FBI cuando era necesario.

Ahora oyó el batir de las hélices y distinguió las luces de navegación aproximándose desde el sur. Se preparó mientras el aparato aterrizaba, levantando una nube de polvo y hierbajos secos. Sujetándose el sombrero con una mano, Watts corrió agachado hasta la puerta y subió de un salto. Luego, cuando esta se hubo cerrado, tomó asiento y se colocó los auriculares. El despegue del helicóptero le revolvió el estómago.

Watts miró al agente Sharp, que iba sentado a su lado.

—Muchas gracias.

Sharp asintió con expresión seria.

—¿Alguna novedad?

—Lo cierto es que sí. Después de su llamada, localizamos a la agente Swanson en el cañón Gallina. Los teléfonos móviles del FBI están equipados con un chip GPS especial, así que al menos eso ha quedado confirmado.

El helicóptero se dirigió al noroeste, dejó atrás las luces de Santa Fe y sobrevoló Española antes de adentrarse en un oscuro océano de montañas y desiertos deshabitados. Watts veía al equipo de rescate iluminado por las luces rojas de navegación: dos hombres y dos mujeres de rostro impasible, completamente equipados y armados hasta los dientes. Por muy impactado que estuviera al saber que Corrie se encontraba en el cañón, aquel grupo imponente le brindaba cierta tranquilidad. Esperaba llegar a tiempo.

A pesar de ser agente de la ley, Watts no había volado mucho en helicóptero, y no le gustaban demasiado. Notaba el viento sacudiendo el fuselaje y los ocasionales tirones y descensos causados por las turbulencias. El parte meteorológico había advertido de ráfagas de entre cincuenta y sesenta y cinco kilómetros por hora, pero era demasiado ignorante en materia de vuelos en helicóptero como para saber si aquello eran malas noticias, y no pensaba dejar entrever su nerviosismo preguntándolo.

—Entonces —dijo a Sharp al cabo de un momento—, ¿el FBI tiene alguna teoría sobre qué demonios está pasando aquí?

—La tenemos, al menos en líneas generales. Estamos ante una secta religiosa.

—Una secta un poco extraña —dijo Watts—. Son gente con un doctorado.

—En realidad no es tan extraño —respondió Sharp—. Tenemos una unidad psicológica que se dedica exclusivamente a las sectas y

su comportamiento. Contrariamente a lo que se suele creer, la mayoría de los miembros de sectas no son zombis a los que han lavado el cerebro. A menudo son personas de éxito. Por ejemplo, investigamos a una secta llamada NXIVM que reclutó a estrellas de Hollywood como Allison Mack. O mire la Cienciología, que en el FBI también consideramos una secta.

—Entiendo lo que quiere decir.

—Ya he recibido un informe preliminar de esa unidad en el que se analizaban las distintas posibilidades —continuó Sharp—. Por lo que sabemos ahora, un estudiante de posgrado muy carismático y con tendencias narcisistas viaja a México a una edad aún impresionable y conoce una antigua tradición religiosa indígena. Se apropia de ella para sus fines personales y publica un libro superventas sobre el tema. Más tarde se convierte en un profesor respetado y no tarda en formar un grupo de estudiantes devotos, algo parecido a un círculo de discípulos, sobre todo porque, como director de tesis, ya ejerce autoridad sobre sus vidas intelectuales. Con el tiempo, eso propicia un control cada vez mayor sobre el grupo, por no mencionar una firme convicción sobre su propio destino. Se acuesta con las mujeres, domina a los hombres y, poco a poco, se convierten en una secta.

—Interesante —dijo Watts—. Ya me he encontrado antes con «indios de pega»: anglosajones que adoptan tradiciones religiosas indígenas y se dedican a rondar a los nativos. Los indios no los soportan.

—En este caso también es un factor —repuso Sharp—. Las sectas tienden a derivar hacia un pensamiento apocalíptico. Muchas acaban creyendo que se acerca el fin del mundo o que están siendo

amenazadas por fuerzas gubernamentales siniestras. Se vuelven paranoicas y temerosas, y es entonces cuando empiezan a armarse.

—Y se vuelven violentas.

—Es una faceta de la naturaleza humana más común de lo que parece. Como le decía, el FBI lleva décadas estudiando la psicología de las sectas. A menudo, todo se reduce al deseo de pertenencia, la necesidad de simplificar las ambigüedades de la vida y reducirlo todo a blanco o negro. El deseo de no tener que pensar por uno mismo. Y, en el caso del líder, que casi siempre es un hombre, el deseo de ejercer control sexual y poder.

—Menuda especie la nuestra —observó Watts, negando con la cabeza.

De pronto, el helicóptero se vio sacudido por fuertes turbulencias que lo inclinaron lateralmente antes de recuperar la estabilidad.

—Eh… —dijo Watts por los auriculares, intentando conservar la calma— ¿esa turbulencia debería preocuparnos?

Se hizo un silencio y, tras lo que pareció una eternidad, el piloto respondió:

—No es buena señal, la verdad.

54

Corrie llevó al grupo hacia el norte y remontaron el cañón. Era una noche sin luna y no se atrevían a utilizar linternas, pero ella llevaba gafas de visión nocturna y podía guiarlos susurrando instrucciones.

Durante los primeros ochocientos metros, el avance fue relativamente fácil y se movieron con rapidez entre bosquecillos de álamos junto al río Gallina. El viento había ido arreciando de forma constante y el ruido de las copas de los árboles azotadas por las ráfagas, sumado al estruendo del río, enmascaraba cualquier sonido que hicieran al correr.

De forma casi milagrosa, pensó Corrie, su plan improvisado les había permitido escapar de la secta sin dificultad. Los disparos de la Glock no solo interrumpieron el ritual, sino que fueron tan inesperados que los aterrorizaron, especialmente cuando Nora destrozó la grotesca figura reseca de quien, ahora que lo pensaba, solo podía ser Oskarbi. Los miembros de la secta se habían dispersado y su pánico repentino sin duda se había visto agravado por el efecto de las drogas. Durante el ataque, el único que había mantenido la cabeza fría había sido el presunto líder, pero se había visto obligado a ocuparse del caos posterior a los disparos, lo cual les había dado a los tres unos minutos muy preciados para ganar distancia. La estratagema de dirigirse primero hacia el este, como si estuvieran regresando a sus vehículos, y luego desviarse hacia el

norte también había funcionado. La turba que la figura pintada de blanco había conseguido reunir parecía haber puesto rumbo al este justo cuando ellos viraban hacia el norte.

El viento soplaba con más fuerza y Corrie pudo oler polvo en el aire. Mientras huían, intentó apartar de su mente la imagen del cuerpo de Nash colgando, ardiendo y chorreando grasa, rodeado por una multitud pintada y vociferante. Nada en su entrenamiento la había preparado para una salvajada tan demente e incontrolable. ¿Eran las drogas, el ansia de poder, un vacío interior lleno de rabia o algo más profundo y todavía más perturbador lo que podía llevar a personas inteligentes a comportarse de aquella manera?

Sintió el peso tranquilizador de la Glock guardada en el bolsillo. Nora se la había devuelto con cuatro cartuchos menos, que había disparado durante el rescate; le quedaban once. Aun así, desearía haber cogido el cargador de repuesto que tenía en el coche. Los miembros de la secta también tenían un arma: algo enorme y ruidoso que le recordaba a ciertas pistolas que había ayudado a incautar en una operación contra el tráfico de armas.

—Creo que tienen una Taurus Judge —dijo con la respiración entrecortada—. Dispara tanto cartuchos del cuarenta y cinco como cartuchos de escopeta. Pero ese tío vestido de blanco no parecía conocer el arma.

—Judge —repitió Skip, aturdido como por simple asociación de palabras—. La Raging Judge.

Así que quizá era el arma que empuñó Edison Nash ante aquellos tipos en el yacimiento, pensó Corrie. Tenía lógica.

El cañón se volvió más estrecho y escarpado, y el río, encajonado entre paredes de roca, corría con más fuerza al precipitarse entre los

bloques. No hacía falta ser un experto para darse cuenta de que la parte fácil de la huida había terminado. Ni siquiera Nora sabía lo que les esperaba más adelante. Aquella zona del paraje natural del Chama recibía pocas o ninguna visita.

—Ah, mierda —murmuró Skip, que tropezó y cayó al suelo.

Corrie se detuvo mientras Nora ayudaba a su hermano a levantarse y le advertía que guardara silencio. Continuaron a un paso más cauteloso, guiándose por las indicaciones de Corrie sobre la ubicación de rocas y troncos caídos. A los pocos minutos llegaron a un desprendimiento de tierra —bastante reciente, al menos según la opinión inexperta de Corrie— que había arrojado bloques del tamaño de un coche al río embravecido. Se vieron obligados a vadear la corriente helada, dándose la mano y afianzándose lo mejor que pudieron.

Más allá del desprendimiento, los álamos desaparecieron, sustituidos por abetos de Douglas que se apiñaban en la orilla y se inclinaban sobre el río. Tuvieron que trepar por encima de madera muerta y cruzar el río varias veces, avanzando entre rocas resbaladizas cubiertas de algas. Mientras Nora lograba mantenerse pese a la rodilla lesionada, era Skip quien lo tenía cada vez más difícil: tropezaba, gruñía y maldecía entre dientes. De pronto, se detuvo.

—¿Qué es eso? —exclamó.

Corrie escrutó la oscuridad a través de las gafas.

—Ahí no hay nada —susurró.

—Baja la voz —le dijo Nora a su hermano.

—¡No, no! ¡Lo veo! ¡Es un hombre con cabeza de búho!

Skip retrocedió, presa del terror, y Nora lo sujetó para evitar que cayera.

—¡Cállate! ¡Estás viendo cosas que no existen!

—¡No es verdad!

Nora lo sostuvo mientras forcejeaba.

—Eh —dijo ella con voz más calmada—, son las drogas, ¿vale? Si queremos escapar, tienes que tranquilizarte.

Skip forcejeó un poco más y luego se calmó.

—No me encuentro bien —gimió.

—Lo sé —dijo Nora—, pero tenemos que seguir.

Auxiliado por su hermana, Skip se puso en pie y empezó a murmurar de nuevo, sacudiendo la cabeza como si intentara librarse de las alucinaciones.

Corrie avanzó unos pasos.

—Aquí hay un tronco.

Skip logró superarlo con la ayuda de Nora.

Siguieron adelante y Corrie hizo todo lo posible por describir los peligros del terreno que tenían por delante. Parecía que Skip iba controlando mejor a los demonios, aunque seguía cayéndose de vez en cuando y a veces arrastraba a Nora con él. Las paredes se cerraban cada vez más, y el cañón se volvió oscuro como una cueva.

—Creo que a lo mejor podemos arriesgarnos a encender una luz —dijo Nora—. No pueden vernos en este agujero.

Corrie pensó en ello. Facilitaría mucho el avance, teniendo en cuenta que una de las caídas de Skip podía provocar una lesión grave.

—De acuerdo —respondió.

Las gafas de visión nocturna llevaban una luz incorporada que podía activarse cuando no estaban en uso activo, así que las orientó hacia el suelo y la encendió.

—*Fiat lux* —murmuró Skip.

Ahora Corrie podía verlo con más claridad. Tenía un aspecto terrible: la cara magullada, la nariz llena de sangre y el pelo enmarañado y revuelto. Llevaba los vaqueros hechos jirones y tenía cortes y sangre en varios puntos.

—¡Ay, Skip! —exclamó Nora involuntariamente.

—No lo digas —jadeó él—. Bastante tengo con moverme. Puede que vosotras no los veáis, pero hay búhos ahí delante, y también esa cara horrible flotando un poco más allá.

—Ignóralo —dijo Nora.

—¡Lo intento!

Siguieron avanzando con dificultad y pasó media hora, y luego una entera, mientras el cañón continuaba estrechándose hasta convertirse en una ranura. Se abrieron paso por las empinadas laderas, apoyándose en las paredes de roca. Corrie notaba que los músculos empezaban a agarrotarse y que le dolían las extremidades a causa del esfuerzo. Y, de pronto, se encontraron con un bloque enorme de roca encajado entre las paredes del cañón, junto con el tronco de un árbol y su gigantesca maraña de raíces.

—¿Qué coño…? —gritó Skip.

—Hay que trepar —murmuró Corrie.

Los tres se encaramaron a los restos del desprendimiento, aferrándose a raíces y ramas. Una vez arriba, Corrie dirigió la luz hacia el camino que tenían delante y se quedó atónita: la garganta del cañón terminaba allí y desembocaba en una pradera llana. Al

mover la luz a izquierda y derecha, vio gruesos álamos que bordeaban el río y una lengua de arena curvada. Era un enclave tan hermoso como pequeño.

Nora se reunió con ella en lo alto.

—Vaya, mira eso.

—Lástima que no podamos quedarnos —dijo Corrie—. Tenemos que seguir.

—De acuerdo.

Skip dio alcance a Corrie. Ahora, los tres estaban sobre el montón de detritos. Al otro lado había un desnivel y a Corrie le pareció un descenso endemoniado.

—¡Esa cara! —gritó Skip—. No bajéis por ahí.

—Ahí abajo no hay nada —dijo Nora.

—No —insistió Skip, agarrando a su hermana—. No, no lo hagas. ¡Hay una cara!

Nora se zafó de él.

—Son las drogas, Skip.

—Corrie —respondió él, con la voz cada vez más tensa a causa del miedo—, saca el arma. Prepárate.

—No es nada —respondió Corrie, intentando contener la irritación —. Necesito las manos para bajar.

—Déjame ir delante —dijo Nora—. Tengo experiencia.

Empezó a descender entre los restos que obstruían el cañón y no tardó en desaparecer. Al cabo de un minuto, Corrie se volvió hacia Skip.

—Ahora tú.

—No pienso bajar ahí.

Corrie respiró hondo.

—¿Quieres volver atrás y enfrentarte otra vez a ese cabrón vestido de blanco?

Se hizo un silencio y luego Skip soltó un fuerte suspiro y empezó a bajar, agarrándose a raíces y ramas mientras sus pies resbalaban por la superficie inclinada del gran bloque. Corrie se inclinó para alumbrar el descenso, pero la pendiente era demasiado pronunciada y él también desapareció.

—¿Todo despejado? —preguntó en voz baja al cabo de un momento.

No hubo respuesta.

Se inclinó sobre el borde de la roca y dirigió la luz hacia abajo. No veía ni a Skip ni a Nora, así que miró hacia el cañón, pero tampoco estaban allí. No obstante, la luz auxiliar de las gafas no tenía demasiado alcance en la oscuridad.

—Eh —dijo, alzando un poco la voz—. ¿Dónde estáis?

No hubo respuesta.

Evidentemente, no podían oírla por el ruido del viento y del agua, y empezó a bajar despacio, una mano y un pie cada vez. No había mucha altura —unos cuatro metros y medio—, y ni siquiera era tan difícil como parecía desde arriba. Al cabo de un instante, notó que los pies tocaban un suelo firme de arena. Suspiró aliviada y empezó a buscar a Nora y a Skip.

Entonces, se quedó quieta al notar algo frío en la oreja.

—No te muevas —dijo una voz ronca—. Manos arriba. Despacio.

Cuando Corrie levantó los brazos, el desconocido le metió una mano en el bolsillo y sacó la Glock. Luego le arrancó las gafas de visión nocturna y, tras un registro más minucioso, le confiscó también el teléfono móvil y la placa.

—Bien —dijo la voz—. Date la vuelta. Poco a poco.

Corrie se giró, todavía con los brazos en alto.

Allí estaba el maldito loco, cubierto de pintura blanca con huellas de manos negras, apuntándole directamente con aquel monstruoso calibre cuarenta y cinco. Detrás de él había media docena de hombres pintados de rojo. Skip y Nora estaban en medio de ellos, con las manos atadas a la espalda y cuchillos de piedra apuntándoles a la garganta.

—Vais a volver todos con nosotros —dijo la figura de blanco—. Y terminaremos lo que empezamos.

55

Watts pensó en qué significaba aquello de que no era buena señal.

Como si quisiera responder, el helicóptero se precipitó como una piedra, tan deprisa que Watts notó cómo se levantaba del asiento y el arnés lo mantenía suspendido en el aire. Luego, el aparato ascendió otra vez y lo estampó contra el asiento. El motor emitió un ruido forzado y áspero mientras el helicóptero recuperaba el equilibrio. Watts intentó contener el pánico repentino que empezaba a subirle por el pecho. Había pasado por turbulencias en un avión, claro está, pero aquello era distinto, muy distinto. No eran simples sacudidas, sino que iba rebotando de un lado a otro.

Tras un fugaz momento de calma, la turbulencia azotó de nuevo el helicóptero y Watts se aferró a los reposabrazos, mirando por la ventanilla. Reinaba una negrura absoluta. Como se dirigían al noroeste, dedujo que estaban sobrevolando las tierras baldías de Ashislepah y Bisti, donde no vivía nadie salvo unos pocos navajos resistentes.

—Señores —dijo el piloto con tranquilidad—, lo que tenemos aquí son turbulencias en aire claro. —Hizo una pausa—. Voy a intentar rodearlas.

El helicóptero se inclinó y volvió a sacudirse con violencia. Aunque Watts estaba asustado, le aterraba todavía más que se notara, así que tragó saliva y esperó que atravesaran lo antes posible aquellas

turbulencias. No diría nada, no haría preguntas y mantendría un rostro impasible. Echó un vistazo al equipo de rescate: sus caras seguían siendo inexpresivas, pero imaginó que debían de tener pensamientos muy parecidos. Miró a Sharp, que no paraba de moverse en el asiento con los ojos cerrados, como si buscara la postura más cómoda para echarse una siesta.

En realidad no había de qué preocuparse, se dijo Watts al ver a Sharp acomodarse: el FBI tenía los mejores pilotos de helicóptero, y no estarían volando si no fuera seguro.

¿Verdad?

Nadie habló mientras el helicóptero seguía avanzando en mitad de la noche. Watts levantó la cabeza y vio las estrellas a través de una tenue neblina de polvo. Conocía bien aquel clima de Nuevo México, una de esas extrañas tormentas de viento que llegan en una noche despejada en el desierto, una noche sin nubes ni lluvia, tan solo ráfagas brutales y polvo que araña la piel.

Al bajar la mirada, pudo distinguir el débil resplandor de un pueblo en el lejano horizonte meridional o, en realidad, dos resplandores tenues, uno junto al otro, que solo podían ser Farmington y Bloomfield. Eso significaba que la intención del piloto era rodear la turbulencia por el norte.

—¿Cuánto va a durar este desvío? —preguntó al piloto.

—Es difícil saberlo. Treinta minutos, o puede que más. El problema es que la turbulencia en aire claro no aparece en el radar, así que no puedo determinar su extensión. Eso es lo que la hace peligrosa. Eso y las corrientes ascendentes y el polvo.

Watts se recostó en el asiento, frustrado y a la vez nervioso. En treinta minutos les podían pasar muchas cosas a Corrie y los demás.

56

Con las manos atadas a la espalda, Nora y los demás fueron conducidos fuera del cañón por lo que evidentemente era un sendero oculto que los miembros de la secta habían utilizado para adelantarse, rodearlos y preparar la emboscada. Nora comprendió que, mientras ellos se esforzaban por remontar el cañón estrecho creyendo que escaparían, sus perseguidores habían adivinado su plan y estaban aguardando, listos para tenderles la trampa.

El cabecilla —la figura pintada de blanco— llevaba una gran linterna Maglite, además del revólver. Algunos de sus compañeros llevaban frontales sujetos alrededor del cabello, también pintado de rojo. Nadie hablaba excepto Skip, que, con la lengua desatada por una mezcla de desánimo, resentimiento y drogas, empezó a soltar una sarta de insultos.

—Sois una panda de farsantes —dijo—. Unos gilipollas que juegan a ser indios con cuchillos de piedra y rituales falsos, supuestamente invocando la sabiduría de los antiguos. Pero las comodidades modernas, como linternas y pistolas, sí que os parecen bien, ¿eh? Qué pena que hayamos convertido en confeti a vuestro fundador de los cojones, ese tal Oskarbi. —Todos lo ignoraron hasta que añadió —: Nora, ¿te puedes creer que este payaso vestido de blanco, con todas esas huellas de manos aterradoras por el cuerpo, durante el día es un académico encorvado que se llama Bromley…?

Fue entonces cuando la figura de blanco se volvió bruscamente, golpeó a Skip en la cabeza con la culata de la pistola y lo derribó. Dos de los guardias lo agarraron y lo pusieron de nuevo en pie, aturdido y con sangre corriéndole por la cara.

Por un instante, Nora quedó abrumada por la sorpresa y la incredulidad. ¿El líder brutal y sanguinario era Bromley, el imbécil al que Corrie había entrevistado? Pero las piezas encajaron casi de inmediato y todo empezó a cobrar sentido. No parecía un líder de secta perturbado, un tipo a lo Charles Manson, pero ¿no era eso lo que la gente decía siempre de los asesinos en serie cuando ya era demasiado tarde? Allí, con aquel atuendo, era un psicópata en toda regla.

Drogado o no, Skip parecía haberse enterado de bastante desde que lo capturaron. Y, bien mirado, tenía lógica. Oskarbi no se había ido a México. Había muerto en el cañón. Bromley debía de haber tomado el control de la secta. Por un momento, se preguntó cómo había muerto Oskarbi. En cualquier caso, sus acólitos habían conservado su cuerpo con devoción, al tiempo que alimentaban el rumor de que había regresado a México.

Skip, sangrando y ahora en silencio, fue empujado por el sendero, seguido de Nora, Corrie y el resto de miembros de la secta. El camino discurría por el borde del cañón durante varios kilómetros antes de descender por una hendidura oculta en la pared rocosa.

A Nora se le ocurrió que, desde aquel punto elevado, alguien podría distinguir las llamas en el lugar donde Skip y Edison habían acampado, y que alguien con unos prismáticos lo bastante potentes podría vigilar ese lado del río para comprobar si, efectivamente, habían intentado escapar en esa dirección.

La hendidura descendía hasta el fondo del cañón mediante una serie de empinadas escalinatas de piedra ingeniosamente construidas en grietas y fisuras de la roca: sin duda, se trataba de un sendero ancestral. Cuando llegaron al fondo del cañón, Nora divisó el resplandor del fuego en la meseta, el lugar donde se celebraban los rituales. Los condujeron por el lecho del cañón y de nuevo hasta lo alto de la meseta. Después de zarandearlos hasta la entrada de la kiva, les desataron las manos.

La figura pintada de blanco —Bromley— señaló con la pistola.

—Abajo.

Los tres bajaron por la escalera, seguidos de Bromley y varios miembros de la secta. Cuatro antorchas iluminaban tenuemente el espacio y, por un momento, Nora se quedó asombrada: la pared curva de la kiva mostraba un fresco de la Serpiente Emplumada de la mitología azteca. Nichos tallados bajo el alero protegían diversos tesoros antiguos: vasijas de cerámica, fetiches, garrotes, flautas de hueso, un arco con flechas y otros objetos bien conservados y de incalculable valor arqueológico. En otro nicho completamente aislado se alzaba un gran cuenco de cerámica pintada rebosante de piedras de relámpago de prasiolita.

Bromley, que se había sentado en un ridículo trono de arenisca, la devolvió bruscamente a la realidad.

—Traed el *hikuri*.

Dos miembros de la secta trajeron un mortero y una mano y Bromley extrajo una sustancia cerosa que moldeó hasta formar una gran masa marrón verdosa. Un adepto agarró a Nora por detrás y notó el filo de un cuchillo de piedra en la garganta.

—Toma —dijo Bromley, que se levantó y fue hacia ella con la bola grasienta en una mano.

Al mismo tiempo, Nora sintió cómo el cuchillo se tensaba contra su piel. Luego abrió la boca y él le introdujo aquella masa repugnante.

—Mastica y traga.

Nora masticó aquella cosa horrible y tragó, intentando no vomitar porque sabía que eso solo significaría una segunda ración.

Después llegó un cuenco que contenía una especie de sopa nauseabunda con trozos de insectos muertos flotando.

—Aquí llega el zumo de la felicidad —dijo Skip.

—Bebe.

Repitieron el mismo procedimiento con Corrie, pero a Skip lo dejaron en paz.

Tras aquella desagradable ceremonia, Bromley se apartó y las observó a través de la máscara mientras sus seguidores los amenazaban con los cuchillos.

—Bueno, profesor —dijo Nora—. ¿Y ahora qué?

—Ahora —respondió Bromley— tendrá lugar una demostración de poder tan increíble que, aunque la presenciéis con vuestros propios ojos, no la creeréis. —Le temblaba la voz por la sensación de triunfo —. No obstante, se os concederá el privilegio de verla… antes de vuestro tránsito al plano superior.

Nora hizo ademán de responder, pero se contuvo. Por el tono de voz y los ojos inyectados en sangre y enloquecidos tras la máscara, era evidente que sería imposible convencer a aquel hombre o despertar misericordia en él.

—¿Ah, sí? —dijo Skip, todavía colocado—. Pues mientras tanto puedes irte a tomar por culo.

En lugar de asestarle otro golpe, Bromley se volvió hacia él.

—Incluso tú quedarás sin palabras. Pero falta un último paso. Atadles las manos otra vez.

Volvieron a inmovilizarles las manos a la espalda. A continuación, Bromley hizo un gesto y uno de los miembros de la secta retiró las antorchas de los nichos y las apagó, lo cual sumió la kiva en la oscuridad. Al cabo de un momento, Nora oyó un leve chasquido y vio destellos de luz verde mientras un susurro de cánticos empezaba a elevarse ante ellos. Bromley estaba frotando las piedras de relámpago entre sí, haciendo que chisporrotearan y emitieran destellos de una luz verde y siniestra, mientras entonaba el canto. Nora sabía que estaba loco. Loco por la lujuria de poder que impulsaba a todos los líderes de sectas, y todavía era más peligroso allí, reforzado por el auténtico conocimiento de Oskarbi y por los tesoros de los gallina que los rodeaban, de los cuales Bromley había extraído Dios sabía qué. Pero era precisamente esa locura la que convertía algo que en un contexto muy distinto podría haberse antojado ridículo en algo mortalmente peligroso.

Ahora, todos los demás cogieron piedras de relámpago y empezó un coro de cánticos mientras se movían alrededor de los tres prisioneros, el suave chasquido de las piedras y el parpadeo de los destellos como luciérnagas verdes flotando en la oscuridad.

«Tiene que haber una salida», pensó Nora. Aquella gente no solo estaba loca, sino que, salvo Bromley, era potencialmente maleable y crédula. Ese era uno de los puntos flacos de las sectas, y tal vez les brindaría una posibilidad.

Pero ¿cuál?

57

Otra sacudida del helicóptero que los lanzó a todos de costado —más fuerte incluso que las veces anteriores— vino seguida de una caída nauseabunda y luego por el sonido de grava golpeando la cúpula de plexiglás con una violencia que recordaba al disparo de perdigones.

De repente, el piloto habló por los auriculares:

—Estamos cerca del Gallina, pero, tal como está el terreno, nos esperan muchas más turbulencias. Estas tormentas de polvo salidas de la nada pueden causar estragos en todo, desde la navegación hasta la sustentación del rotor. Nuestras comunicaciones también están fallando. No dejo de perder el contacto con la base. Voy a intentar una aproximación desde otro ángulo, pero puede que tengamos que abortar.

—Eso es imposible —dijo Sharp, abriendo los ojos.

—Como comandante, esa decisión la tomaré yo —respondió el piloto con frialdad.

—Tenemos a una agente en peligro ahí fuera.

—Soy plenamente consciente de ello, agente Sharp.

—Usted mismo ha dicho que ya casi hemos llegado.

Pero el piloto dio por terminada la conversación. Por nervioso que estuviera, Watts esperaba que no abortaran la misión. Tenía un mal presentimiento sobre lo que podía estar ocurriendo en el cañón

Gallina en aquel preciso instante, y su imaginación se volvía aún más siniestra por lo que sentía hacia Corrie.

El helicóptero siguió sobrevolando el terreno oscuro, cabeceando y dando bandazos, a veces de forma aterradora, pero siempre logrando recuperar el control. Watts no sabía cuánto tiempo podría soportar aquel castigo interminable, e intentó pensar en algo que no fuera estrellarse envuelto en una bola de fuego. Limpiar sus revólveres. Montar a caballo. Comer un buen chile picante. Al ver que nada de eso funcionaba, subió la apuesta: una fiesta temática con fuentes de champán brut añejo en la mansión de Hugh Hefner. Tampoco eso consiguió distraerlo.

Los auriculares crepitaron y volvió a sonar la voz del piloto.

—Acabo de recibir un informe de nuestro equipo en tierra. Están siguiendo un *haboob* en las tierras baldías.

—¿Un qué? —preguntó Watts.

—Es una tormenta de polvo muy intensa que avanza por delante de un frente meteorológico. Es muy peligrosa e imprevisible.

¿Acaso no era ya imprevisible aquel tiempo?

—Espero que no vayamos a abortar.

—Todavía no. Están haciendo un seguimiento y nos informan constantemente. Cuando logran comunicarse, claro. Las comunicaciones se cortan cada vez con más frecuencia.

Transcurrieron diez minutos de tenso silencio y entonces la voz del piloto irrumpió de nuevo por el intercomunicador.

—La base acaba de informar de que el teléfono móvil de la agente Swanson ha sido destruido.

—¿Cuándo? —exclamó Watts.

—Hace solo dos minutos —respondió el piloto.

—¿Cómo lo saben?

—Los teléfonos del FBI llevan conexión por satélite y software de notificación de emergencia —explicó Sharp.

Cada minuto contaba, pensó Watts. Tal vez cada segundo.

—Estamos virando nuevamente hacia la zona de aterrizaje —anunció el piloto.

En ese momento, el helicóptero recibió una sacudida tan violenta que se ladeó noventa grados. Los rotores chirriaron ante el brusco cambio de presión y el motor pareció toser cuando las tomas de la turbina empezaron a succionar polvo y arena. Aterrado, Watts se aferró al cinturón mientras el aparato comenzaba a girar, primero lentamente, con el motor rechinando y luego cada vez más rápido, haciéndolos rotar sin control.

—¡Preparaos, preparaos! —gritó la voz del comandante—. ¡Autorrotación! ¡Vamos a caer!

Watts oyó nuevas oleadas de grava golpeando ruidosamente el fuselaje y se agarró con fuerza a los arneses mientras la estructura de cola giraba y giraba sin control. Hubo un tirón espantoso, seguido de un sonido de metal desgarrándose, mientras una lluvia de chispas cruzaba el exterior de la cabina. Luego, el morro se inclinó hacia arriba hasta que, con un gemido como el de una bestia moribunda, el aparato volcó sobre un costado y entró en una caída libre repentina y nauseabunda que, antes siquiera de que Watts pudiera prepararse para el impacto, terminó bruscamente en un choque brutal.

58

Los miembros de la secta guardaron por fin las piedras de relámpago y encendieron las antorchas de la kiva. Después los obligaron a ir hacia la escalera y, como tenían las manos atadas, los izaron uno a uno y los arrastraron hacia el tosco trípode que sostenía el cuerpo de Nash. Junto a él ya no había un trípode vacío, sino tres.

Nora miró los restos ahora irreconocibles de Nash con una mezcla de horror, compasión y miedo. Sus captores echaron leña al fuego que ardía debajo y lo avivaron de nuevo hasta convertirlo en una hoguera furiosa.

Empezaba a notar los efectos de las drogas que les habían obligado a tomar. Una sensación de distanciamiento, de no estar del todo allí, se iba apoderando de ella. Los cánticos se convirtieron en un eco vacío en sus oídos. Los colores del fuego se intensificaron, las llamas, arremolinadas como jirones de luz naranja, se agitaban sacudidas por el viento. Una pesadez se estaba adueñando de su mente y de su cuerpo y, sabiendo que aquello acabaría provocándole una sensación de resignación, Nora intentó resistirse.

Se encontró con la mirada de su hermano, que había dejado hacía rato sus comentarios sarcásticos. A la luz del fuego, Skip tenía el rostro increíblemente pálido y cubierto por una película de sudor. Volvía a estar en el suelo, con la cara ensangrentada y el pelo

completamente revuelto. A Nora la horrorizó aquella escena casi inconcebible, desgarrada tanto por el miedo de su hermano como por el suyo propio. ¿Cómo podía un grupo de personas, por muy fanatizadas que estuvieran, hacer algo así a otros seres humanos? La invadió otra oleada de extrañeza que le nubló el pensamiento y un zumbido empezó a resonar en sus oídos. Las drogas estaban alcanzando su pleno efecto. Miró hacia Corrie y vio el terror en su rostro, la extraña expresión narcotizada en sus ojos. Igual que Nora, estaba atada y no podía moverse.

Aquello era el final.

Varios miembros de la secta rodearon a Skip mientras yacía en el suelo y cogieron el cable delgado sujeto a las ligaduras de sus tobillos. Luego lo pasaron por una polea de refuerzo en el punto más alto del trípode. Dios mío, iban a izarlos por los pies, a dejarlos colgando boca abajo sobre los montones de leña, desollarlos hasta la muerte y quemarlos…, igual que a Nash.

Y Skip iba a ser el primero.

—¡No! —gritó Skip cuando engancharon el cable—. ¡Apartaos de mí!

Pero las figuras pintadas hicieron caso omiso y continuaron con su tarea. Skip se retorció y luchó todo lo que pudo, pero, pese a su resistencia, las figuras empezaron a tirar del cable con un ritmo acompasado, siguiendo la cadencia de sus cánticos y preparándose para izarlo.

—¡No hagáis esto! —gritó Skip.

Poco a poco, las piernas de Skip se elevaron desde su posición en el suelo. El cable se atascó en la polea y se detuvieron un momento para arreglarlo. Mientras tanto, el fuego que ardía bajo el cadáver de

Nash, alimentado con más leña, crecía en intensidad. Lo que quedaba del cuerpo —una masa de carne quemada con extremos de hueso carbonizado que sobresalían— también estaba ardiendo y se balanceaba de un lado a otro como un péndulo macabro mientras las ráfagas de viento arrancaban fragmentos en llamas que se arremolinaban en la oscuridad de la noche.

—No —dijo Nora—. No, no.

El zumbido que sentía en la cabeza fue a más y los sonidos a su alrededor se deformaron, como si el cráneo se hubiera convertido en una enorme cámara de eco. Intentó aferrarse desesperadamente a la realidad, pero esa misma realidad era una maraña enloquecida de pánico e incredulidad.

—¡Dios! —gritó Skip cuando lo izaron y empezó a balancearse boca abajo, con el pelo rígido rozando las puntas de los troncos y las ramas amontonados debajo.

En su pesadilla inducida por las drogas, Nora se dio cuenta de que Corrie forcejeaba con desesperación para intentar soltarse. Nora empezó a hacer lo mismo, agitándose contra los guardias cercanos con las manos atadas, tratando de embestirlos con la cabeza y lanzar golpes con los pies inmovilizados. Gritó como una loca, maldiciendo a Bromley, a sus dioses retorcidos y a su falsa religión.

—¡Hacedla callar! —gritó Bromley.

La golpearon y la patearon mientras yacía en el suelo, pero ella siguió luchando y chillando, ahogando los cánticos.

—¡Metedla en la kiva! —exhortó Bromley.

Dos de las figuras la arrastraron de nuevo hasta la tosca abertura circular y la arrojaron dentro con las manos y los pies aún atados. Golpeó el suelo de tierra con violencia y por un instante quedó

aturdida. Luego, casi en contra de su voluntad, fue recobrando la consciencia mientras llegaban los gritos y súplicas de Skip desde arriba.

59

Corrie observó cómo arrojaban a Nora dentro de la kiva entre gritos y forcejeos. Skip ahora pendía sobre el montón de leña, atado como un ciervo a punto de ser despiezado. Había dejado de suplicar y de gritar, y se preguntó si había tenido la suerte de desmayarse o si simplemente estaba demasiado paralizado por el miedo para seguir protestando.

Ese sería también su destino. Tenían un buen plan y lo habían ejecutado adecuadamente, pero había fracasado, y ahora no había forma de salir de aquella.

El viento había arreciado mucho. Rugía y azotaba el cañón, avivando el fuego y lanzando una lluvia de brasas hacia la oscuridad. Ojalá hubiera esperado a hablar con Watts antes de abandonar la zona donde había cobertura móvil. Ojalá le hubiera contado el plan a Sharp. Ojalá, ojalá. Pero, aunque lo hubiera hecho, aunque por casualidad las fuerzas del orden hubieran deducido dónde estaba y conocieran su situación desesperada, estaba segura de que ningún helicóptero de rescate podría despegar con aquel clima.

Ahora, dos de aquellas bestias se acercaron a Skip con cuchillos de obsidiana en la mano.

«Dios mío», pensó horrorizada al recordar el aspecto del cuerpo de Edison Nash antes de ser quemado. «Van a desollarlo vivo». Uno lo sujetó por el torso mientras el otro le rajaba la camisa, tiraba los

jirones y dejaba al descubierto su pecho pálido. Aquello volvió a espabilar a Skip, que empezó a gritar y retorcerse, suplicando de forma incoherente.

¿Estaba ocurriendo de verdad? Aquello parecía un sueño, una pesadilla espantosa e irreal. Tenía que ser una pesadilla, porque en la vida real no sucedían cosas tan horribles. Solo existían en los rincones más oscuros del subconsciente…

Una vez le hubieron quitado la camisa, un miembro de la secta sujetó el cuerpo con firmeza mientras el otro pasaba el pulgar por la hoja del cuchillo para comprobar que estuviese afilado. Luego se acercó a la figura colgada boca abajo, alzó la mano con la que empuñaba el cuchillo y la preparó para hacerle un corte a Skip en la espalda.

Corrie apartó la mirada, incapaz de contemplar tanta crueldad, tanta maldad en estado puro.

60

A lo largo de su vida, Watts había sufrido una pesadilla recurrente: verse atrapado en un incendio, paralizado, incapaz de respirar, incapaz de pedir ayuda a gritos, mientras las llamas se acercaban poco a poco…, pero esta vez, al volver en sí, comprendió que no era una pesadilla: estaba en un incendio real y no podía moverse.

Los recuerdos regresaron de golpe: las turbulencias, la tormenta de arena, el accidente. Y ahora, detrás de él, alimentado como un alto horno por el viento, ardía el fuego, y él estaba atrapado. Era inquietantemente parecido al sueño: por mucho que se agitara, parecía estar sujeto, paralizado, incapaz de encontrar apoyo.

Entonces, cuando la consciencia y la razón volvieron por completo, se dio cuenta de que estaba suspendido en el aire, colgando de correas y cinchas. Dejó de retorcerse inútilmente y empezó a palpar en busca de una hebilla y, cuando la hubo encontrado, la soltó. Pero no era suficiente: seguía enredado en las cinchas mientras el calor insoportable del fuego se acercaba.

Desesperado, buscó el mango de su cuchillo de hoja fija, lo sacó y empezó a cortar las correas. Logró liberarse y cayó sobre el metal acolchado que tenía debajo. Luego se incorporó y miró a través del humo para tratar de orientarse. Había otra persona —Sharp— también atrapada en las cinchas. Watts se arrastró hasta él y,

asestando otro corte con el cuchillo, lo liberó de la maraña de nailon. El hombre cayó al suelo, consciente pero aturdido.

Ahogándose a causa del humo acre, Watts agarró a Sharp por los hombros y lo alejó de los restos del aparato hasta situarse a una distancia segura del brutal calor del incendio y en dirección contraria al viento. Sharp tenía una pierna retorcida de manera extraña.

Lo dejó allí y volvió al helicóptero, que yacía de costado. Vio que el fuego había empezado en el compartimento del motor y, avivado por el viento, estaba propagándose con rapidez. En cualquier momento alcanzaría los depósitos de combustible y aquel trasto explotaría. El piloto, aún en la cabina, estaba horriblemente desfigurado. Muerto, sin duda alguna. ¿Y los demás? Al mirar a su alrededor, vio una figura corpulenta que salía tambaleándose entre el humo, avanzaba unos pasos y caía de rodillas, tosiendo.

Watts volvió a centrar su atención en los restos del aparato. Todavía quedaban tres personas dentro.

Corrió hacia la humareda y volvió a entrar, conteniendo la respiración. Al vislumbrar otra figura entre los remolinos de ceniza, Watts la liberó y la arrastró hacia el exterior, pero descubrió que, igual que el piloto, estaba muerta. Depositó cuidadosamente el cuerpo en el suelo y, cuando se volvió para regresar a por otro, se produjo un estallido ensordecedor, y una oleada de calor y presión lo lanzó al suelo.

En un segundo, o tal vez dos, el helicóptero pasó de ser un amasijo de hierro a convertirse en una bola de fuego. Sintió que se le chamuscaba el cabello mientras se protegía el rostro de la oleada de calor, tan intensa que por un momento creyó que él mismo iba a

prender fuego. Pero la explosión remitió cuando el viento desvió las llamas a sotavento y las alejó de él.

Watts se levantó, pero volvió a caer de rodillas, jadeando e intentando respirar a través de una garganta abrasada. Logró ponerse en pie otra vez y vio a Sharp y al otro superviviente parapetados tras una roca para protegerse de la explosión. Consiguió llegar hasta ellos. Sharp estaba en el suelo, con el rostro contraído por el dolor.

—Creo que tiene una pierna rota —dijo el hombre que había logrado salir tambaleándose, y luego se desmayó.

—Estoy bien —dijo Sharp entre dientes.

No lo estaba.

—¿Está bien, Watts?

—Sí.

Ambos miraron durante un largo y terrible instante los restos en llamas.

—Me cago en la puta —dijo Sharp con la voz ahogada—. Acabamos de perder a cuatro buenas personas.

Watts no tenía palabras y se limitó a contemplar el amasijo ardiente. Qué catástrofe. Y Corrie y Nora estaban atrapadas en el cañón, probablemente con Skip y el otro tipo. Teniendo en cuenta que el teléfono móvil de Corrie había sido destruido deliberadamente, no se hacía ilusiones sobre su situación. Watts no pudo evitar repasar las sectas apocalípticas que conocía: Jim Jones, Heaven's Gate y los davidianos de la rama. Cuando se suicidaban, siempre se llevaban por delante a inocentes.

Se dejó caer de espaldas, gimiendo y sin fuerzas. El viento barría el suelo con furia y la grava lo golpeaba y le abría la piel como si

fueran perdigones. Se vio obligado a cerrar los ojos y protegerse la cara con el brazo. Maldijo en voz alta el accidente, su impotencia, la pérdida de vidas, el miedo por Corrie.

¿Qué demonios iban a hacer ahora?

—¿Dónde estamos? —gritó, imponiéndose al estruendo del viento.

—Ayúdeme a coger el móvil —respondió.

Protegiéndose el rostro del vendaval, Watts se giró hacia un lado, metió la mano en la chaqueta chamuscada de Sharp, encontró el teléfono y lo sacó.

—Démelo.

Con una mueca de dolor, Sharp deslizó el dedo por la pantalla y empezó a manipular el aparato.

—¿Funciona? —preguntó Watts.

—Sí —dijo Sharp—. Tengo conexión por satélite. Indica que… —Hizo una pausa—. Indica que estamos en el borde occidental del cañón, unos tres kilómetros al suroeste de la zona de aterrizaje prevista.

Watts se incorporó, y por un momento se olvidó del viento.

—¿Está seguro?

—Eso creo. Parece que… —Se interrumpió para tomar aire—. Parece que el piloto completó el viraje y se dirigía hacia el cañón desde el oeste. El equipo de tierra sabrá que el helicóptero se ha estrellado y enviará un equipo de rescate.

—No puedo esperar —dijo Watts—. Voy a buscarlos.

Tras comprobar rápidamente el estado del hombre que yacía inconsciente, se puso en pie con esfuerzo.

Sharp se lo quedó mirando.

—Llévese mi arma. Y buena suerte.

61

Nora se retorcía en el suelo para intentar liberarse de sus ataduras. El cuero alrededor de las muñecas estaba tan apretado que, por mucho que forcejeara, no conseguía aflojarlo. Siguió tirando y agitándose hasta darse cuenta de que lo único que estaba consiguiendo era desgarrarse la piel.

Se quedó tumbada un momento, respirando con dificultad. Los gritos lejanos de Skip resonaban de forma extraña en la kiva, y sacudió la cabeza para intentar disipar la niebla provocada por las drogas, aunque solo lo consiguió en parte.

«Piensa, maldita sea».

Miró a su alrededor, guiada por la tenue luz de las antorchas. Los nichos de las paredes de la kiva estaban llenos de objetos antiguos: máscaras, flautas, vasijas, piedras de relámpago y hojas de obsidiana.

Consiguió arrastrarse hasta la pared más cercana. Luego se apoyó en ella y, con gran esfuerzo, logró ponerse de rodillas. Allí estaban las puntas de lanza de obsidiana, amontonadas en un cuenco dentro de uno de los nichos. Inclinó la cabeza hacia el nicho y, agarrando el borde del cuenco con los dientes, lo liberó de su sitio. El recipiente cayó y, al hacerse añicos, esparció las puntas de lanza sobre la tierra compacta. Dejándose caer de nuevo, rodó encima de una de ellas y empezó a tantear con los dedos. Solo tardó un instante en

encontrarla y clavarla de canto en el suelo. Luego colocó las muñecas sobre el filo y empezó a serrar las ataduras de cuero. A pesar de su antigüedad, la obsidiana seguía estando increíblemente afilada y en poco tiempo pudo liberarse las manos.

Después cogió la hoja y cortó rápidamente las ligaduras de los tobillos. Al ponerse en pie, notó un fuerte mareo.

Skip seguía sollozando y suplicando, pero al menos todavía estaba vivo, gracias a Dios. Sin embargo, ahora percibió un sonido nuevo: un gruñido gutural que supo instintivamente que no podía ser humano. ¿Qué clase de animal era aquel? En Nuevo México no había muchos grandes depredadores, aparte de pumas y osos negros, y aquello no sonaba como ninguna de esas dos especies.

Miró a su alrededor, intentando enfocar. Estaba libre, pero ¿y ahora qué? ¿Cómo iba a impedir que mataran a su hermano?

Mientras intentaba pensar, captó un movimiento por el rabillo del ojo. Parecía provenir de la pared del fondo de la kiva, y se volvió rápidamente hacia allí. Era la serpiente emplumada del mural. Estaba empezando a moverse, deslizándose fuera del adobe, cobrando forma, avanzando hacia ella…

Se dio una fuerte bofetada en la cara para desterrar aquella alucinación. Luego sacudió la cabeza hasta recuperar una apariencia de claridad y, todavía con un escozor en la mejilla, se dirigió hacia la escalera.

Entonces volvió a detenerse. Subir para enfrentarse a ellos sería una estupidez. Eran una docena o más, y tenían un arma. No, dos armas: Bromley había cogido la Glock de Corrie. Necesitaba un plan inmediatamente. Pero ¿cuál?

Observó frenéticamente la kiva.

Armas. En algunos de aquellos nichos había armas: un arco y flechas, un garrote y varios cuchillos de piedra.

Cogió el arco y las flechas, y comprobó aliviada que aún tenía la cuerda puesta. No disparaba una flecha desde los tiempos de las Girl Scouts, pero, si conseguía abatir a Bromley, los demás quizá se vendrían abajo. ¿No funcionaban así las sectas?

Tensó el arco y la madera se partió al instante. Podredumbre seca.

—Mierda.

Miró a su alrededor, pero las únicas armas que quedaban eran un garrote y algunos cuchillos de obsidiana con empuñadura de hueso.

Cogió el cuchillo más grande, que estaba afilado como una navaja, pero ¿de qué servía eso contra una docena de personas fuera de sí, sedientas de sangre y armadas con pistolas? Un par de tajos inútiles y luego la matarían. Aun así, se lo metió en el cinturón y siguió buscando, pero no había nada más.

Sintió que el pánico la desbordaba. Si era inviable luchar contra ellos, ¿podía hacer otra cosa? ¿Derribar los trípodes con el garrote? Si al menos pudiera encontrar la manera de interrumpir el ritual, algo que desbaratara la ceremonia…

Mientras trataba de concentrarse, oyó que los gritos de Skip se intensificaban hasta convertirse en un alarido. También oyó la voz pastosa de Corrie gritándoles que se detuvieran, sus protestas ahogadas de pronto por el chillido espantoso de un oso —o del animal que fuera— que había allí arriba, como si lo estuvieran torturando.

Algo que interrumpiera la ceremonia.

Sus ojos se posaron en las flautas de hueso. Cogió una, se la llevó a los labios y sopló. Nada.

Lo intentó de nuevo, esta vez soplando con más fuerza, y luego se la apartó de la boca y la examinó. El hueso era antiguo y se deshacía alrededor de la embocadura y los agujeros, y el cuerpo de la flauta estaba lleno de grietas. No servía para nada.

La arrojó al suelo y cogió otra, de la cual emanó un sonido débil y tembloroso. Nora se limpió la tierra de los labios, sopló otra vez, más fuerte en esta ocasión, y la reliquia milenaria se rompió entre sus dedos.

—¡Joder!

Tiró los trozos con frustración. El plan que se le había ocurrido ya era de por sí una apuesta casi imposible, un último recurso a la desesperada, pero no podía ejecutarlo con un instrumento fosilizado y a punto de desintegrarse.

Entonces sus ojos se posaron en una manta extendida en un rincón oscuro de la kiva. Ya la había visto antes y, por lo que había esparcido sobre ella —objetos, piedras de relámpago, material de acampada—, dedujo que los miembros de la secta lo habían cogido del campamento. Vio el tubo de una pipa de piedra asomando entre los pliegues de la manta, un hacha de obsidiana, varias puntas de lanza, una sandalia medio deshecha, un par de piedras de relámpago… y una flauta. Cruzó la kiva de un salto y la cogió. Era una hermosa réplica moderna de una antigua flauta pueblo, reconstruida con incrustaciones originales de turquesa. Entonces respiró hondo, cerró los ojos, se la llevó a los labios y sopló con suavidad.

De ella salió un sonido sorprendentemente puro.

Luego sopló con más fuerza, tapando distintos orificios con los dedos. Los agujeros estaban dispuestos en una escala pentatónica, y

el tono era claro y limpio. Contra todo pronóstico, había encontrado un instrumento que funcionaba, lo bastante claro y potente como para interrumpir el ritual. Había llegado el momento de poner en práctica el plan desesperado.

Corrió hacia la escalera y, al salir, se encontró en el corazón de un ritual en plena efervescencia. Skip, suspendido por los tobillos, ya no llevaba camisa, y le caía sangre por la espalda. Parecía inconsciente, con una tira de piel a punto de ser arrancada de entre los omóplatos. Pero la tortura se había detenido. El grupo había desviado su atención hacia el cadáver carbonizado de Edison Nash, colgado de un trípode cercano sobre una hoguera furiosa. Los miembros de la secta, incluido Bromley, estaban hipnotizados por el cadáver, mirándolo fijamente, paralizados por el asombro.

Nora siguió la dirección de sus miradas. Lo que había captado su atención no era exactamente el cadáver, sino lo que había en su interior: una aparición nebulosa que se materializaba y desaparecía entre las llamas y el humo. Algo estaba animando los huesos y la carne carbonizados, y de allí provenían también aquellos sonidos animales y apagados.

Se quedó mirando, incapaz de comprender. Seguía alucinando, por supuesto.

¿O no?

No. No, no.

Una alucinación, fuera inducida por las drogas o no lo fuera, no podía parecer tan real…

… Y aquella abrumadora constatación la dejó paralizada.

62

Nora observó fascinada. Algo había empezado a emerger de lo que quedaba del cuerpo de Nash en una serie de contracciones espasmódicas y orgánicas, casi como si el cadáver quemado estuviera dando a luz. Envuelta en humo, aquella cosa fue saliendo lentamente de su vientre de hueso y carne carbonizados. La masa informe volvió a lanzar un grito, pero ya no era aquel sonido animal y amortiguado que Nora había oído antes, sino un alarido estremecedor, tan fuerte y triunfal que notó un mareo repentino. Entre el humo turbulento vio dos manchas oscuras que se definieron en unos ojos rasgados de reptil. Pronto se materializó el rostro: una boca negra que empezó a moverse, abriéndose y cerrándose como la de un pez; y después un cuerpo que aparecía y desaparecía entre el remolino de humo y fuego.

De repente, brotaron nubes de humo a ambos lados de la criatura y empezaron a adoptar la forma de unas alas arrugadas. Nora observó cómo las flexionaba —lentamente al principio, como si estuviera probándolas— antes de empezar a desplegarlas. En lugar de plumas, lenguas de fuego oscuro parpadeaban sobre el cuerpo esquelético, nunca del todo visible, oculto por remolinos de humo que dejaban ver fugazmente partes grotescas del cuerpo antes de volver a cubrirlas.

Entonces la criatura de humo movió las alas y las abrió por completo, de modo que parecían cubrir medio cielo nocturno. Su cabeza terminó de formarse: la boca se transformó en el pico de un águila y miró con ojos de serpiente a los seres que tenía debajo, moviendo la cabeza de un lado a otro con sacudidas bruscas, como un ave de presa.

Nora contempló aquella cosa invocada, envuelta en una espantosa llama negra y batiendo lentamente sus alas esqueléticas. Parecía estar esperando, mirando hacia abajo a las insignificantes criaturas que la habían convocado a la espera de una finalidad.

La parálisis que le había provocado la visión desapareció cuando la criatura de humo abrió su monstruoso pico y lanzó otro alarido impío, y entonces recordó su plan.

Bromley y los demás seguían hipnotizados, mirando hacia arriba con semblante inexpresivo. Parecían niños que, tras arrojar una cerilla encendida a un lago de gasolina, estuvieran contemplando el aterrador incendio que ellos mismos habían provocado.

Tras apartar la vista de la criatura, Nora se llevó la flauta de Nash a los labios y tocó una nota, y luego otra. Cerró los ojos para no ver el espectáculo horroroso, pero sobre todo para recordar la antigua melodía del cilindro de cera que había tocado con Skip. Estaba en una escala pentatónica, pero con cuartos y medios tonos añadidos, que había aprendido a producir tapando parcialmente los agujeros con los dedos. Con los ojos aún cerrados, aunque segura de sí misma, orientó la flauta hacia el cielo y dejó fluir la melodía milenaria para ahuyentar a los cambiapieles.

La melodía fue creciendo a medida que Nora ganaba confianza: más fuerte, más rápida, las notas elevándose limpias por encima del

rugido del viento y del fuego.

El efecto fue inmediato. Con un chillido sobrenatural, la aparición empezó a batir sus alas esqueléticas y agitó la pira que ardía debajo. El fuego se avivó con un chisporroteo siseante y empezó a lanzar enormes lluvias de chispas al viento. El cadáver ennegrecido se balanceó y giró frenéticamente en el trípode, como si lo azotara un vendaval demoniaco, hasta que acabó por desintegrarse, esparciendo huesos y carne quemada.

—¡No! —gritó Bromley, que había dejado atrás su desconcierto.

Nora siguió tocando, más rápido y más fuerte, mientras la cosa esquelética se agitaba entre las llamas y sus bramidos se mezclaban con la melodía.

Cuando Bromley se abalanzó sobre ella, Nora sacó el cuchillo de obsidiana del cinturón y fue hacia él con el brazo extendido. En su carrera enloquecida, Bromley se empaló directamente contra la hoja. Gruñó, y la máscara salió despedida por el impacto. Dio un paso atrás cuando Nora retiró el cuchillo y se quedó mirando la sangre que brotaba a chorros de su plexo solar. Tambaleándose, cayó de rodillas entre los otros miembros de la secta, que solo podían contemplar lo que ocurría con una expresión vacía, como zombis. Nora sintió el batir de aquellas alas impías levantando una lluvia de chispas a su alrededor y extendiendo una oleada de humo que se desbordó por la cima de la meseta. Como si llegara desde muy lejos, oyó a Corrie gritar algo, pero entonces la criatura de humo lanzó otro alarido que sonó… casi triunfal.

Con un esfuerzo terrible, Bromley volvió a ponerse en pie y, por fin, sacó la Raging Judge de la correa que llevaba a la cintura. Con

las piernas abiertas y tambaleándose, intentó alzar el arma hacia ella con manos temblorosas.

Nora reanudó la melodía, utilizando todo el aire que le quedaba en los pulmones.

Una vez más, la criatura reaccionó con violencia, absorbiendo hacia sí fuego, chispas y brasas hasta que su forma desapareció en un torbellino de humo y llamas. Una enorme lengua de humo ardiente envolvió a Bromley justo cuando nivelaba el arma para disparar.

Entonces fue engullido por el humo y el arma nunca llegó a disparar.

Al cabo de unos instantes, el humo se disipó y apareció de nuevo Bromley, que retrocedió tambaleándose. Arrojó el arma al suelo y, emitiendo un gemido agudo, se llevó las manos a la cabeza y giró sobre sí mismo como si lo atravesara un dolor insoportable.

—¡Xuçtúhla! —jadeó—. ¡Xuçtúhla!

El humo viviente volvió a enroscarse a su alrededor y lo acarició con sus zarcillos. Bromley abrió la boca en un grito silencioso y la lengua de humo pareció penetrar en él, apoderarse de su cuerpo. Bromley echó la cabeza hacia atrás, puso los ojos en blanco y dio varios pasos espasmódicos, moviéndose como una marioneta y avanzando a sacudidas hacia el borde del acantilado. Al mismo tiempo, empezó a gritar algo por encima del rugido del viento y las llamas. Al principio era incomprensible, pero luego Nora comenzó a distinguir palabras sueltas:

—Un día como este… el don de la transformación… Xuçtúhla… a través del portal de humo… el sendero negro hacia el plano superior…

En ese momento, el humo se expandió, surcado por relámpagos lívidos y se deslizó alrededor de los miembros de la secta como un fluido gris. Para asombro de Nora, empezaron a repetir la letanía, primero con vacilación y luego con más fuerza. Se colocaron detrás de Bromley, entonando:

—Nuestro don de la transformación… a través del portal de humo hacia el plano superior…

Sus movimientos caóticos se fueron coordinando poco a poco mientras avanzaban hacia el borde del acantilado, guiados por Bromley.

—A través del portal de humo… seguid, seguid… —cantaba Bromley.

Bajo su voz de mando y la de los miembros de la secta, Nora estaba segura de oír otra voz, más profunda y antigua, más sentida que escuchada, repitiendo el mismo estribillo.

Bromley dio un último paso adelante, titubeó al borde del precipicio y cayó al vacío. Los demás dudaron, pero solo un instante: cayó uno y luego otro, y en unos momentos el resto se precipitó por el borde del acantilado, seguidos por el estruendo de golpes y rodadas, gruñidos y choques sordos, mientras se despeñaban hacia la muerte contra las rocas del fondo. Lo último que oyó Nora fue aquella voz grave, aún entonando la letanía, hasta que, con una risa seca y maligna semejante al susurro de hojas arrastradas por el viento, se desvaneció. No quedó nada, salvo un lento remolino de humo que el viento dispersó enseguida y un montón de brasas incandescentes.

63

Nora tiró la flauta y corrió hacia Skip, que había perdido el conocimiento. El cable que lo mantenía suspendido estaba enganchado a una anilla clavada en el suelo. Nora se arrodilló junto a ella, agarró el cable con ambas manos, lo levantó con un gruñido de esfuerzo y lo soltó del gancho. Después lo bajó con cuidado e hizo descender el cuerpo de Skip para alejarlo del montón de leña. Una vez en el suelo, le cortó las ataduras de los tobillos, le liberó las manos y examinó rápidamente los cortes de la espalda. Sintió un alivio enorme al comprobar que eran superficiales: tajos largos que habían sangrado profusamente, pero ninguno profundo. Los miembros de la secta se habían visto interrumpidos por la criatura antes de empezar en serio.

Su hermano yacía en el suelo y soltó un fuerte gemido, jadeando en busca de aire.

—¿Skip?

Los párpados empezaron a temblar y se abrieron.

—Gracias a Dios. —Lo abrazó—. Ya estás a salvo.

Por un momento, Skip movió los labios en silencio hasta que logró susurrar:

—Iban a… despellejarme vivo.

—Ya se han ido.

Skip abrió más los ojos, como si no pudiera creerlo.

—¿Qué…?

—Ha sido un suicidio en masa. Se han arrojado todos por el acantilado.

Skip intentó levantar la cabeza para mirar a su alrededor.

—Dios mío. —La dejó caer de nuevo—. Estaban cantando. Notaba el cuchillo…

Con suavidad, Nora le puso una mano en el hombro.

—Se han ido todos.

La respiración de Skip se fue acompasando y su cuerpo se relajó. Luego cerró los ojos y volvió a perder el conocimiento. Convencida de que se pondría bien, Nora se levantó y corrió hacia Corrie, atada y tendida en el suelo, y también sumida en una bruma provocada por las drogas.

Nora se dispuso a cortarle las ligaduras y Corrie empezó a jadear. Tenía las pupilas diminutas y, con un grito, le lanzó un manotazo mientras su rostro se convertía en una máscara de terror.

—¡No! —gritó—. ¡No…!

—Tranquila. —Nora le sujetó las muñecas y la contuvo con suavidad—. Tranquila. Soy yo, Nora. Estamos bien. Ya ha pasado todo.

Corrie dejó de forcejear e intentó enfocar la mirada.

—Nora… Dios mío… ¿Qué…, qué era esa cosa? La vi salir del humo y del fuego… Estaba segura de que iba a matarnos a todos…

Así que ella también lo había visto. La parte racional de Nora esperaba que no.

—Eran las drogas —dijo Nora, sin creerse del todo sus propias palabras—. Solo las drogas.

Corrie se recostó con unos ojos desorbitados y confusos.

—¿Drogas? Pero… parecía muy real.

—Fueron las drogas —murmuró Nora de nuevo.

La cima de la meseta ahora estaba en silencio. El viento empezaba a amainar por fin y el fuego bajo el primer trípode se había consumido hasta quedar reducido a un montón de brasas humeantes. No quedaba nada del cuerpo de Nash, solo un garfio colgando del cable.

A Nora se le heló la sangre al oír un sonido procedente del borde de la meseta: un áspero rascar de piedras sueltas. Alguien estaba trepando torpemente por la pendiente.

Mierda. ¿Un miembro de la secta había sobrevivido a la caída y estaba subiendo de nuevo a la meseta?

El arma. Necesitaba el arma. ¿Dónde estaba? En ese momento, la única fuente de luz era el montón de brasas incandescentes. Se puso en pie y corrió hasta el lugar donde la había tirado Bromley.

Allí estaba.

La cogió. Era un revólver enorme y pesaba una barbaridad. Lo alzó hacia la luz rojiza y vio que quedaban dos cartuchos en sus cinco recámaras. Sujetándolo con ambas manos, respiró hondo y lo levantó, apuntando hacia el sonido de los gruñidos y los pasos justo debajo del borde de la meseta. Entonces apareció una cabeza envuelta en sombras.

—¡Tengo un arma! —gritó Nora—. ¡No te muevas!

Se hizo un silencio repentino.

—¡Levanta las manos! —ordenó, y su propia voz le sonó extraña —. ¡Da un paso hacia la luz para que pueda verte!

Aquella cabeza, negro sobre negro, tenía una forma extrañamente alargada, con alas, inhumana, y a Nora se le volvió a acelerar el corazón.

—Tranquila —dijo una voz conocida—. Soy yo, Homer. El sheriff Watts.

Atónita, Nora entrecerró los ojos en la oscuridad. Cuando él se incorporó del todo y avanzó hasta el débil resplandor de las brasas, comprendió que lo que había tomado por una cabeza en realidad era el sombrero de Watts, abollado y maltrecho. Él también parecía magullado, ennegrecido por el humo y hecho jirones, como si hubiera pasado por un incendio.

—¿Homer? —Nora bajó el arma—. Pero ¿qué demonios…?

Con los ojos muy abiertos, Watts giró lentamente sobre sí mismo y observó a Corrie y a Skip tendidos en el suelo, los trípodes y los restos de hogueras, las máscaras y demás despojos esparcidos por la cima de la meseta. Luego enfundó el arma.

—Bueno, esperaba ser la caballería, venir a rescataros a todos, pero veo que os las habéis arreglado bastante bien.

Entonces Nora oyó otro sonido: el lejano batir de las aspas de un helicóptero.

Watts señaló en esa dirección.

—Ahí vienen los demás.

A pesar de la escasa luz, Nora vio que Watts se esforzaba por contener la conmoción. Aun así, les habló con calma:

—Esos helicópteros os sacarán de aquí en un abrir y cerrar de ojos. Os llevaremos de vuelta a Santa Fe y recibiréis atención médica. Debéis de haber pasado un infierno aquí arriba. Pero os curarán y todo irá bien.

Se acercó y se arrodilló junto a Corrie, que yacía en el suelo con los ojos muy abiertos y en silencio, todavía sumida en un profundo estado de shock. Le cogió la mano y murmuró:

—Corrie, ya estás a salvo. Pronto volverá todo a la normalidad.

Puede que estuvieran a salvo, pensó Nora, pero nada volvería a ser del todo normal. Nunca más.

64

Cuatro meses después

Nora nunca había oído hablar de Piscator, un restaurante inaugurado recientemente en el barrio de Sandia Heights, al norte de Albuquerque. Pero cuando de pronto recibió la invitación de Corrie para cenar allí, aceptó sin vacilar. El sitio parecía elegante, y supuso que Corrie quería darle las gracias por todo lo que había hecho… o quizá disculparse por haberla arrastrado una vez más a una locura inesperada y no deseada.

En cualquier caso, Nora tenía ganas de ponerse al día. Tras su odisea habían seguido los procedimientos habituales de las fuerzas del orden —informes, interrogatorios, declaraciones— hasta que la maraña burocrática se desvaneció por sí sola. Los medios no armaron un gran revuelo con la historia, por la sencilla razón, supuso ella, de que sus piezas estaban demasiado dispersas y eran demasiado extrañas para encajar entre sí. Al final, todo se redujo a unos cuantos artículos sobre suicidios en el desierto, algunos obituarios, reportajes sobre la repentina y trágica muerte de Edison Nash, joven y adinerado coleccionista y entusiasta de la arqueología, y menciones pasajeras a la detención de varios profesores de la Universidad de Nuevo México. Gracias a Dios, no trascendió nada más.

Metió a Skip en el coche y puso rumbo al sur por la I-25. Aunque técnicamente él no había sido invitado, Nora consideró que no podía dejarlo en casa. Estaba más traumatizado que ellas, y había tardado mucho más en recuperarse.

Durante su convalecencia, Nora comprendió mejor que nunca lo que su hermano significaba para ella. Era la única familia que le quedaba. Lucas Tappan, que regresaría de la costa este la semana siguiente, quizá acabaría formando parte de la familia —eso estaba por ver—, pero últimamente se sentía más protectora con Skip que nunca. En los dos meses que se había tomado libres del instituto para recuperarse, tumbado por casa, poniéndose al día con sus lecturas o tocando el antiguo e irreemplazable ukelele Martin, Nora había caído en la cuenta de hasta qué punto le recordaba a su padre, y también, en ciertos aspectos, a su difunto marido, Bill Smithback. Pero, tras unos meses difíciles, Skip había vuelto a ser el de siempre: bromista, un poco irresponsable y alguien que vivía de manera excéntrica.

Piscator era aún más bonito de lo que había imaginado: un restaurante elegante y minimalista de cocina continental situado a la sombra del pico Sandía, en una pequeña elevación sobre un campo de golf. Nada más entrar distinguió a Homer Watts sentado a una gran mesa redonda frente a un ventanal con unas vistas magníficas.

Al verlos acercarse, Watts se levantó. Los tres se abrazaron y pasaron unos minutos hablando de trivialidades, riendo y sonriendo como viejos amigos que llevaran tiempo sin verse.

—Me pregunto dónde estará Corrie —dijo Nora, mirando el reloj.

—No es propio de ella llegar tarde, ¿verdad? —respondió Watts—. Para Corrie, aparecer diez minutos antes de la hora ya es retrasarse.

Aunque estaban dentro del restaurante, Watts seguía llevando su sombrero —uno nuevo, observó Nora, de un tono plateado cremoso —, una camisa de seda de corte elegante, vaqueros ajustados y botas de avestruz. Contrastaba bastante con Skip, vestido con una camiseta de NRBQ y unos pantalones cortos y holgados.

Veinte minutos después, Corrie llegó apresuradamente a la mesa.

—Perdón —dijo mientras se sentaba—. Sharp me ha llamado para una reunión de última hora.

Se alisó la parte delantera de la chaqueta y aceptó una copa de vino. A Nora le pareció que a Corrie le brillaba el rostro y se preguntó distraídamente si alguna misión la habría dejado algo quemada por el sol. Pidieron la comida y pronto estaban degustando unos platos preparados con una precisión impecable. La conversación fue divagando de un tema a otro, una charla informal que, sin embargo, evitaba deliberadamente la pesadilla que todos habían vivido hacía poco.

Fue Skip quien al final sacó el tema.

—He estado investigando estos últimos meses —dijo de pronto—. ¿Alguien quiere adivinar sobre qué?

La mesa quedó en silencio. Nadie necesitaba adivinar.

—Y por más ejemplos de sectas que encontraba, no veía la forma de que esta encajara en el patrón habitual.

—¿En qué sentido? —preguntó Corrie.

—¿En qué sentido? ¿Es una pregunta retórica? —repuso Skip, que luego levantó las manos en un gesto conciliador—. Perdón. Vale, en ciertos aspectos era una secta típica: el líder carismático, las creencias compartidas y la dominación sexual. —Se inclinó hacia delante, agitando un tenedor con pez espada y alcaparras—. Pero no

hacían reclutamiento, que es la tarea número uno de cualquier secta que quiera mantener cierto número de miembros. Y no solo eso: los miembros eran casi todos personas de éxito, perfectamente funcionales en la sociedad… y pasaron desapercibidos durante años, incluso después de la muerte de Oskarbi. ¿Os imagináis la disciplina necesaria para mantener esa fachada, reunirte con los demás acólitos solo una o dos veces al año?

—Sí —respondió Corrie—, es la ausencia de disonancia cognitiva, el hecho de que los miembros de la secta se presentaran como personas normales y productivas, lo que más desconcierta a los especialistas en conducta del FBI.

—¿Ha descubierto el FBI algo más sobre Oskarbi o sobre la secta desde entonces? —preguntó Nora.

Corrie dudó.

—No tanto sobre los miembros de la secta. Parece que fueron fanáticamente cuidadosos a la hora de mantener esa fachada y dejaron muy pocas pruebas útiles. Pero…, bueno, sí hemos podido investigar a fondo a Oskarbi.

—¿Y?

Corrie vaciló de nuevo y luego bajó la voz.

—No os voy a aburrir con juramentos de confidencialidad ni toda esa mierda porque os merecéis saberlo, pero lo que voy a contaros es totalmente secreto.

Los demás asintieron, y Corrie continuó:

—En la kiva encontramos un tesoro de notas, diarios y documentos de Oskarbi, y también algunos de Bromley. Estaban guardados en un compartimento secreto, como si fueran escrituras sagradas. —Hizo una pausa y miró a su alrededor hasta fijar la vista

en Skip—. ¿Seguro que quieres oír esto? Es material duro y a lo mejor prefieres no saber más.

—¿Después de pasar semanas investigando, buscando migajas? —dijo Skip—. Claro que quiero saber más.

Tanto Nora como Watts asintieron.

—De acuerdo. Parte de esto ya lo sabéis. —Corrie respiró hondo —. Todo empieza hace veinte años. Un joven estudiante de posgrado llamado Oskarbi busca un tema de investigación. De algún modo oye hablar de un indígena totonaca llamado don Benicio que todavía practica los rituales religiosos tradicionales de sus antepasados en la Sierra Madre de México. Oskarbi viaja allí para convertirse en su acólito. Pero cuando Oskarbi desarrolla un interés enfermizo por los aspectos más peligrosos de esas creencias, en concreto, el camino para obtener los poderes de la oscuridad, Benicio lo expulsa.

»Así que regresa a Estados Unidos y escribe un libro que conecta con el *zeitgeist* del nuevo siglo y se convierte en un superventas. En realidad, es más ficción que realidad: incluye fragmentos fascinantes pero, en el fondo, irrelevantes sobre su año con Benicio, salpicados de jerga pseudoacadémica para darle un barniz respetable. Sin embargo, se guarda para sí lo verdaderamente importante. Gracias al éxito del libro, consigue un puesto en la Universidad de Nuevo México como profesor asociado de Antropología. Es moderno, popular, encantador y atractivo, y reúne a su alrededor a un círculo de estudiantes de posgrado que lo veneran, sobre todo mujeres. En los pocos años que tarda en convertirse en catedrático, se interesa cada vez más por la antigua cultura gallina y por su violenta desaparición. Desarrolla una teoría: que los gallina eran una rama de

los indios totonacas que, igual que él, fueron expulsados por practicar artes oscuras. Esos totonacas renegados emigraron hacia el norte, a Nuevo México, y se establecieron en el cañón Gallina. Fue allí donde practicaban sus artes oscuras… y fue precisamente eso lo que los llevó al conflicto con la gente del cañón del Chaco. Eran temidos y odiados por ser brujos, cambiapieles, adoradores del mal, y finalmente fueron exterminados en lo que, al parecer, fue un acto preventivo de autodefensa.

»En fin, para demostrar su teoría, Oskarbi organiza una expedición arqueológica al cañón Gallina y se lleva a varios estudiantes de posgrado. Y en la primera excursión, hace quince años, descubren la Gran Kiva del pueblo gallina, la misma que vimos todos, llena de tesoros inestimables. Ese hallazgo no fue considerado un simple golpe de suerte. Más bien, parece que desencadenó el desarrollo de la secta, cuyo objetivo era resucitar los poderes malévolos de los indios gallina.

»Oskarbi comparte entonces con sus estudiantes los secretos más oscuros y poderosos que había aprendido en México. Empiezan a acudir al cañón todos los veranos, bajo la apariencia de excavaciones de campo, para consumir drogas y organizar ceremonias destinadas a renovar su vínculo y profundizar su conexión con esas fuerzas oscuras. Así es como se mantiene la secta. —Corrie bebió un sorbo de vino—. Todo marcha bien durante cuatro años, pero entonces ocurre la tragedia: Oskarbi muere al caer por el acantilado cercano a la kiva.

Dejó la copa sobre la mesa y el silencio era absoluto mientras todos esperaban a que continuara.

—Pudo ser un accidente, o puede que Morgan Bromley le diera un empujón en el momento oportuno. Bromley se había convertido en una especie de lugarteniente, en su mano derecha. Tras su muerte, Bromley ocupa su lugar… y también las camas de aquellas mujeres. Aunque la muerte de Oskarbi fue sin duda un acontecimiento traumático para la secta (por ejemplo, Molly Vine abandonó su doctorado), siguieron totalmente entregados a sus creencias sobre los gallina y sus rituales oscuros. Momifican el cuerpo y lo sacan cada año para exhibirlo durante sus ceremonias como si fuera una especie de dios. Bromley tuvo un papel decisivo en todo esto. Lo que ocurrió después, como el sacrificio de las mujeres en el desierto, fue sobre todo obra suya. Al parecer, como resultado de su personalidad retorcida, llevó a la secta a un territorio mucho más siniestro que el de Oskarbi.

—¿Y el cuerpo que encontraron en el río Chama? —preguntó Nora.

—Al parecer, era un hombre que tropezó con las ruinas del cañón Gallina y decidió saquearlas, pero tuvo la mala suerte de hacerlo justo cuando la secta celebraba sus ceremonias anuales. Lo capturaron, lo mataron, lo mutilaron y arrojaron el cuerpo río abajo. Eso encajaba con las creencias de Bromley: ya sin las limitaciones que le imponía Oskarbi, estaba cada vez más decidido a realizar sacrificios humanos, convencido de que así podrían invocar algún tipo de espíritu o demonio. Ese demonio estaría bajo su control, con el poder de transformar sus vidas… y quizá también a ellos mismos. Algo parecido a un pacto fáustico.

Corrie extendió las manos.

—Y esa fue la espantosa ceremonia en la que todos nosotros irrumpimos.

Tras un momento de silencio, Watts se aclaró la garganta.

—¿Y qué opina Sharp de todo esto? Has dicho que acabas de salir de una reunión con él. ¿Cuál es su postura?

—Su postura es… que ya no es mi mentor.

—¿Qué? —preguntó Nora.

—Lo han ascendido. Va a asumir el cargo de jefe de la oficina del FBI en Albuquerque, y el actual jefe, García, se marcha a Washington.

Se oyeron murmullos de sorpresa alrededor de la mesa.

—¿Y tú qué? —le preguntó Watts—. ¿Significa eso que vas a tener que estrenar un tercer mentor?

Corrie bajó la mirada.

—Bueno…, iba a deciros…

—Vamos, suéltalo —dijo Watts.

Corrie se recostó en la silla y, sin levantar la vista, metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, sacó un sobre de aspecto oficial y se lo entregó a Watts. Este lo abrió, lo leyó y luego alzó la vista con una sonrisa de oreja a oreja.

—Parece que Sharp no ha sido el único que ha recibido un ascenso. El periodo de formación de Corrie ha terminado oficialmente y ahora es GS-11, nivel 2: una agente especial de pleno derecho.

Hubo un instante de sorpresa, seguido de vítores, silbidos y aplausos que hicieron que todo el restaurante se los quedara mirando. Nora se dio cuenta de que el rubor que había percibido en el rostro de Corrie no era una quemadura de sol.

Cuando el ruido se apagó, Watts se inclinó y le dio un beso de felicitación bastante apasionado.

—Es una noticia estupenda, Corrie —dijo Skip—. Y gracias por compartir esa información con nosotros. Nos… Bueno, ayuda saberlo. Pero te has dejado una cosa.

—¿El qué? —preguntó Corrie, separándose de Watts.

—Has explicado lo que creían Oskarbi, Bromley y los miembros de la secta…, pero ¿qué crees tú?

—Bueno… —respondió Corrie, pero dejó la frase a medias.

—Es una pregunta un poco rara —intervino Watts.

Skip se volvió hacia él.

—Yo sé lo que vi. Quiero oír lo que piensan los demás.

—Lo que viste —respondió Watts— fueron alucinaciones provocadas por las drogas, ¿no?

La respuesta fue un silencio discrepante.

—Vaya. ¿Se me escapa algo? —dijo finalmente Watts, que los miró a todos hasta que sus ojos se posaron en Corrie.

—Lo que yo vi —dijo Corrie— fue… más que suficiente para toda una vida.

—Un momento —repuso Watts en voz baja—. No creerás que viste cómo invocaban a un demonio salido del inframundo. ¿Eso figura en tu informe?

Se hizo otro silencio largo e incómodo.

—Lo que yo vi —dijo por fin Corrie— desde luego no aparece en mi informe. —Agitó el sobre con gesto teatral—. Si lo hubiera incluido, en lugar de esto estaría en la unidad psiquiátrica del FBI.

—En cuanto a mí —añadió Skip—, ya sabéis lo que pienso. Pero ¿voy a ir por el instituto contando al primero que pase que estuve a

punto de ser sacrificado en una ceremonia para invocar demonios? No soy idiota.

Watts se volvió hacia Nora.

—¿Y tú? ¿Crees que lo que viste fue real?

Nora le sostuvo la mirada antes de responder.

—Ya has oído lo que han dicho Corrie y mi hermano. Yo también voy a mantener la boca cerrada. Pero nosotros… nosotros tres… estuvimos allí.

—Es como le dijo Hamlet a su amigo —terció Skip—: «Hay más cosas en el cielo y en la tierra, Horacio, de las que sueña tu filosofía».

—Exacto —dijo Corrie, mirando a Watts. Su voz, que por un momento se había tensado, había vuelto ya a la normalidad—. ¿Y qué tienes que decir a eso, Horacio?

Aquello fue tan inesperado que todos se echaron a reír, incluso Watts.

—Vaya. —Watts se quitó el sombrero, le dio la vuelta, alisó el ala y se lo puso de nuevo—. A lo mejor no debería haberme saltado aquel trabajo de Shakespeare en el instituto.

Y, con una sonrisa, le cogió la mano a Corrie mientras las carcajadas llenaban la mesa y disipaban el ambiente sombrío.

Aquella conversación había terminado. Nora se sintió aliviada al observar a sus acompañantes. Cruzó una mirada con Corrie y luego con Skip: apareciera lo que apareciera en los informes oficiales, compartían una certeza que no requería más palabras.

Nosotros… nosotros tres… estuvimos allí.

NOTA DE LOS AUTORES

El pueblo gallina mencionado en esta novela es real. Fue una cultura misteriosa que vivió en el cañón Gallina y en las zonas circundantes del norte de Nuevo México durante el periodo preeuropeo, aproximadamente entre 1100 y 1275, cuando desapareció de forma repentina. Los pocos arqueólogos que han trabajado en ese remoto cañón descubrieron pruebas de una violencia extrema dirigida contra los gallina. La mayoría de los cerca de cien restos humanos hallados en el cañón presentan señales de muerte violenta, y esto es así en todos los grupos de edad: hombres, mujeres y niños. Esos hallazgos han llevado a algunos arqueólogos a plantear la hipótesis de que los gallina fueron víctimas de una campaña de genocidio. Quiénes fueron los perpetradores y por qué el pueblo gallina fue atacado sigue siendo un misterio.

En nuestra novela, especulamos con la posibilidad de que el enemigo de los gallina fueran los habitantes del cañón del Chaco. No es una idea inverosímil. Hacia 1275, los chacoanos sufrieron un derrumbamiento social y económico debido a una sequía generalizada. Estaban abandonando sus grandes casas y asentamientos mientras toda la región de las Cuatro Esquinas se sumía en la violencia y en episodios generalizados de canibalismo. Al parecer, la destrucción de la cultura gallina tuvo lugar durante ese periodo de agitación.

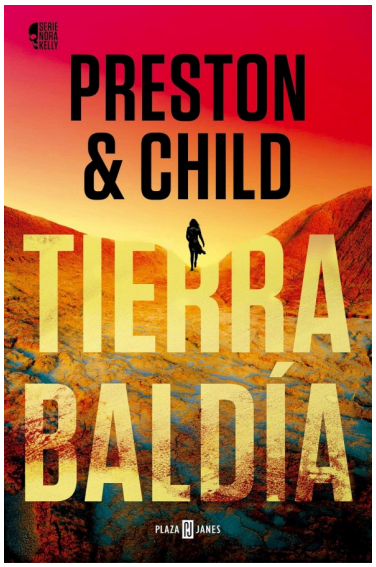
Mientras que la mayoría de las tribus pueblo actuales remontan su ascendencia a diversos asentamientos antiguos y ruinas concretas, ninguna ha reivindicado a los gallina como antepasados, lo cual constituye otra prueba de que fueron exterminados y no simplemente desplazados. Para acrecentar el misterio, la cerámica gallina es diferente de la cerámica pueblo antigua, y algunos cráneos gallina presentan una forma aplanada inusual, distinta de cualquier otra observada en el suroeste. Esto sugiere que los gallina pudieron haber emigrado a la región desde otro lugar, lo que también podría explicar por qué entraron en conflicto con sus vecinos. La idea de que los gallina practicaran brujería y rituales oscuros es una invención nuestra, aunque puede argumentarse que existen indicios indirectos que respaldan esa hipótesis: las personas que exterminaron a los gallina hicieron esfuerzos por quemar o enterrar sus kivas sagradas, posiblemente como una forma de anular su poder espiritual.

Los faros y las carreteras de Chaco existen realmente. Sin embargo, los siete faros que la novela describe a lo largo de la frontera gallina son ficticios. Aunque los paisajes mencionados en la novela existen y se describen con exactitud —Ashislepah Wash, las tierras baldías donde se practica la fracturación hidráulica y el cañón Gallina, entre otros—, nos hemos permitido ciertas licencias al reubicar elementos de la topografía para adaptarlos a las necesidades de la historia. En efecto, existe una controvertida explotación de fracturación hidráulica en esas tierras baldías, a la que se oponen firmemente los pueblo descendientes de los habitantes de Chaco.

En cualquier caso, además de nuestra representación ficticia de la desaparecida cultura gallina y de su igualmente ficticia relación (o ausencia de relación) con cualquier cultura conocida, viva o desaparecida, todos los personajes relacionados con esa historia y con la secta también ficticia —Oskarbi, don Benicio, Bromley— y las prácticas que describimos en la novela son enteramente fruto de nuestra imaginación.

A lo largo de todo el libro, y en todo momento, hemos abordado este tema con el mayor respeto, al tiempo que hemos intentado crear una novela que fuera emocionante y, en muchos aspectos, informativa. Esto nos lleva, por último, al tema de los nombres. Todas las personas, por supuesto, tienen derecho a denominar su afiliación cultural como deseen. Uno de nosotros, Doug, ha pasado media vida en Nuevo México y ha vivido tanto en la reserva zuni como en la navajo. Ha preguntado a numerosos indígenas cómo prefieren ser llamados, y las respuestas varían considerablemente. Muchos aceptan sin problema el término «indio». Otros prefieren «indio americano» para distinguirse de las personas del sur de Asia. Otros prefieren «nativo americano» o «indígena». Pero, sobre todo, su preferencia más firme es ser llamados por el nombre de su tribu: navajo, zuni, pueblo, etcétera. Por último, el término «anasazi», que significa «enemigo ancestral» o «extranjero ancestral» en lengua navajo para referirse a los pueblos antiguos del suroeste, ha sido abandonado en favor del término más preciso y respetuoso «indios pueblo ancestrales».

Cañones remotos, ruinas embrujadas y rituales ancestrales en el nuevo caso que reúne a Nora Kelly y Corrie Swanson



En las tierras baldías de Nuevo México aparece el esqueleto de una mujer. La víctima caminó hacia el desierto, despojándose de su ropa a medida que avanzaba, y murió agonizando de calor y sed. Sus manos aferran dos piedras de rayo utilizadas por el antiguo pueblo Chaco para invocar a los dioses.

¿Suicidio o sacrificio?

Cuando encuentran un segundo cuerpo en idénticas condiciones, Corrie y Nora se percatan de que el caso es mucho más complejo de

lo que imaginaban. Se enfrentan a un poder oscuro que, despertado de su largo letargo, amenaza con exigir un precio incalculable.

Douglas Preston y Lincoln Child son coautores de una treintena de novelas, aunque también escriben por separado.

Lincoln Child es un apasionado de las motos, los loros exóticos y la literatura inglesa decimonónica.

Douglas Preston, en cambio, prefiere los caballos, el buceo, el esquí y la exploración de la costa de Maine en un barco de pesca.



Título original: *Badlands*

Primera edición: noviembre de 2026

© 2025, Splendide Mendax, Inc y Lincoln Child
Esta edición se publica por acuerdo con Grand Central Publishing,
una división de Hachette Book Group, Inc., Nueva York, Estados Unidos.
Todos los derechos reservados
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Efrén del Valle Peñamil, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial basado en el diseño original de Faceout Studio para Grand Central Publishing
Fotografías de portada: © Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-01-03801-3

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @plazayjanes
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Tierra baldía
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61

Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Nota de los autores
Sobre este libro
Sobre Preston & Child
Créditos